

Selecta



*La
conquista de
Esmeralda*

D.J.57

CATHERINE BROOK

La conquista de Esmeralda

Catherine Brook

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Capítulo 1

Londres, 1820.

Esmeralda Loughy se internó más en el laberinto de *lady* Dartmouth, teniendo especial cuidado en no llamar la atención y mirando siempre para atrás para asegurarse de que nadie la veía. Ella sabía que una joven soltera no debía ausentarse sola de una fiesta, pero estaba demasiado necesitada de un respiro para tener en cuenta esa pequeña regla de sociedad.

Sus doloridos pies, enfundados en unas delicadas zapatillas de baile, no emitieron ningún ruido al caminar y Esmeralda pronto pudo respirar aliviada, sabiendo que era poco probable que alguien la encontrara ahí, por lo que tendría algo de tiempo para descansar. Sentándose en una de las bancas distribuidas en diversos puntos del laberinto, Esmeralda dejó que el frío aire de la noche la acariciara y jugueteara con los tirabuzones rubios que enmarcaban su cara. Cerró los ojos y disfrutó de la paz del lugar preparándose mentalmente para cuando tuviera que regresar.

Desde joven, siempre soñó en cómo serían sus años en sociedad; se imaginaba gran parte del tiempo paseando por el parque, yendo al teatro, bailando con caballeros hasta que encontrara entre ellos al hombre con el que se casaría. Sin embargo, nunca imaginó que tener una fila de pretendientes tras ella fuera tan agotador, más aún cuando tenía una tutora que parecía vivir solo para casarla con un buen partido. Esmeralda no dudaba de las buenas intenciones de Rowena con respecto a su futuro, ella sabía que la quería como a una hija y que lo único que deseaba era casarla bien y pronto, pero sus intentos, en su opinión, eran un poco

excesivos. Tener que bailar con un caballero tras otro, sonreír de forma cortés ante un comentario estúpido dicho por ellos, y agradecer cada halago vacío que le dedicaban durante el baile no era bueno para su salud mental y, definitivamente, no era bueno para sus pies.

A ella le gustaba bailar, sí, le gustaba, lo que no le agradaba eran los compañeros de baile que su tutora le presentaba, y es que, aunque debía admitir que muchos eran jóvenes, apuestos, e incluso simpáticos, ninguno parecía tener ese «algo» especial que ella estaba buscando. Puede que sus primas estuvieran en lo cierto y tantos libros de romance que había leído le hubieran dejado expectativas muy altas.

Desde que tenía uso de razón, Esmeralda siempre supo que se casaría solamente por amor y no pensaba cambiar de ideales. Días y noches soñaba con encontrar a esa persona especial y vivir una historia romántica como la que tuvieron sus padres, sus tíos, e incluso su tutora; ser feliz para siempre y tener hijos. Ahora que su hermana mayor y sus dos primas estaban felizmente casadas desde hacía ya cuatro años, Esmeralda había reafirmado su decisión de encontrar al amor de su vida y no tenía intención de conformarse con menos; el problema consistía en que ya llevaba tres temporadas en sociedad y aún no lo había hallado.

Durante los últimos años había conocido, gracias al incesante trabajo de Rowena, a varios tipos de caballero: los apuestos, lo no tan agraciados, los que tenían título, los de buena familia, los simpáticos, los arrogantes, los aburridos, y los carismáticos; pero ninguno le había llamado la atención ni cumplía con exactitud sus expectativas, siempre había uno que otro defecto que los hacía no correctos para un matrimonio.

Ella tenía claro el tipo de hombre con el que se casaría. Principalmente, tenía que ser un caballero en todo el sentido de la palabra y no solamente de trato, también debía ser simpático, alegre, romántico, fiel y, lo más importante, que la amara tanto como ella lo amaría a él. Sus primas y su hermana solían asegurar que buscaba al hombre perfecto y que nunca encontraría a alguien que reuniera todas esas cualidades juntas, pero ella no perdía la esperanza, estaba segura de que lo encontraría y cuando lo viera, sabría quién era, solo tenía que seguir

esperando.

Lamentándose por que ya había pasado mucho tiempo fuera y tenía que regresar, Esmeralda se levantó, alisó los pliegues de su vestido de tafetán verde claro y, luego de comprobar que su peinado estaba intacto, emprendió el camino de regreso. No tenía muchos ánimos de volver a la velada, y no solo porque tenía los demás bailes prometidos, sino porque no encajaba muy bien en la sociedad.

Apenas fue presentada, Esmeralda no tardó en darse cuenta de que sus ideales románticos eran tan poco comunes en las jóvenes como los hombres perfectos en el mundo. A las damas se las educaba para cazar marido dejando de lado toda idea o ilusión romántica; se les decía cómo comportarse y qué decir y las instaban a apuntar lo más alto que su condición les permitiese, eran pocas las que querían enamorarse y con las que Esmeralda se llevaba bien; solo Angelique Allen, la cuñada de su prima Zafiro, parecía congeniar a la perfección con ella. Angelique era un año mayor, pero igual de romántica y decidida, sabía que se casaría únicamente por amor y nadie la disuadiría. A Esmeralda le caía muy bien la chica, literalmente, trabajaban en la misma empresa.

Siguió caminando entre los grandes arbustos que conformaban las paredes del laberinto en busca de la salida, pero pronto se dio cuenta de que no recordaba dónde quedaba.

«Rayos», pensó mientras miraba de un lado a otro intentado buscar un punto de referencia, pero no encontró nada. No le sorprendía, su principal defecto era que siempre había sido una persona despistada, vivía como en otro mundo, siempre dejaba las cosas tiradas. En fin, ahora estaba perdida en un laberinto y no tenía la mínima idea de dónde estaba la salida. Empezó a vagar por los distintos lados del sitio intentando captar cualquier señal que le indicara el camino, algún ruido, voces, algo que le ayudara a salir del problema en donde se había metido.

Nunca había sido una persona pesimista, ni dada a mortificarse por cosas que tenían solución; sin embargo, si no llegaba pronto a la velada, Rowena empezaría a preocuparse y le esperaría una larga reprimenda luego.

Mientras caminaba, unos murmullos de personas le llamaron la atención, no sabía que decían, pero se apresuró a seguir el sonido de las voces con la

esperanza de que estuvieran cerca de la salida. En ningún momento se le ocurrió la idea de que podían ser personas que también buscaban privacidad, al menos hasta que vio a los dueños de las voces pasar por delante de ella. Decepcionada, se giró para seguir buscando, pero se retractó cuando se le ocurrió que tal vez ellos sí sabían el camino de regreso y podían ayudarla. Era algo muy arriesgado, si la veían sola ahí, podían sacar conclusiones equivocadas y su propia reputación podía estar en juego, pero era ese riesgo o quedarse perdida en el laberinto por sabrá Dios cuantas horas.

Decidió averiguar primero quiénes eran para asegurarse de que no se trataba de las peores cotillas de la sociedad, o alguien que la conociera y luego preguntara. La pareja había desaparecido de su vista, pero aún se oían murmullos de sus voces y se guio por ellos. Después de varios pasos vio el vestido de la mujer girar a su derecha y Esmeralda se apresuró a ir tras ella, de repente curiosa por averiguar la identidad de la pareja. No era común que parejas casadas se escaparan de las veladas para estar solos, teniendo toda una vida para estarlo; tal vez eran un par de prometidos ansiosos por un momento de intimidad en donde se pudieran robar unos cuantos besos. Si era así, ellos seguramente la entenderían y le dirían las indicaciones sin pensar mal de ella ni correr rumores malintencionados.

Aceleró el paso cuando vio que se le volvían a perder y, guiada esta vez por una risa femenina, logró dar con lo que comprobó era el centro del laberinto, pues tenía varios bancos colocados estratégicamente alrededor de una fuente que sobresalía del lugar por tener la imagen de la diosa romana Flora. Buscó inmediatamente a la pareja segura de que habían ido a parar ahí, y así fue, solo que la escena que encontró no era precisamente la de unos jóvenes robándose un par de besos.

Sin poder evitarlo, un jadeo escapó de su boca al contemplar la imagen. Un hombre estaba sentado en uno de los bancos pegado a uno de los arbustos, en una equina alejada, con la mujer montada encima de él a horcajadas; él tenía las manos en los pechos de la mujer y parecía que quería bajarle el corpiño. Ambos se giraron hacia ella cuando escucharon sus jadeos, y sus expresiones de horror no fueron muy diferentes a la suya.

Paralizada, Esmeralda tardó en reaccionar; parecía que su cerebro no había terminado de entender la situación y no le había mandado la señal de huida. Atontada como estaba, solo atinó a quedarse ahí parada, viendo como la mujer se apresuraba a levantarse del regazo del hombre y se acomodaba el vestido. ¿Esa era *lady* Perth?

Sus neuronas por fin decidieron terminar de mandar la señal de advertencia y Esmeralda reaccionó, salió corriendo en dirección contraria importándole poco que no tuviera idea de a dónde ir. No era tan ingenua, sabía perfectamente que los matrimonios arreglados como los de *lady* Perth desencadenaban infidelidades. Nunca estuvo de acuerdo con ellas, y por eso era fiel defensora de los casamientos por amor, pero sabía que existían; lo que nunca imaginó es que fuera a presenciar una.

—¡Anthony, haz algo! —chilló *lady* Perth viendo la dirección por donde había salido huyendo la testigo de su infidelidad.

Anthony Price, barón de Clifton, se levantó con pereza del banco donde había estado sentado y miró con aburrimiento a la mujer que parecía al borde de un ataque de histeria; en lo absoluto parecía afectado por verse descubierto en semejante posición.

—¿Qué quieres que haga, querida? ¿Qué vaya tras ella y la convenza de que guarde el secreto de esta aventura?

Era una pregunta retórica, la respuesta era obvia: ¡no! Él no pensaba hacer eso; primero, porque la muchacha ya debía de estar lejos y, segundo, porque en caso de que llegara a encontrarla, nada le aseguraba que ella mantendría el secreto, después de todo, las mujeres vivían del chisme. Mejor era que se fuera acostumbrando a un escándalo más en su larga lista de cosas reprobables, aunque seguramente ser el amante de una mujer casada sería un pecado menor en comparación de todo lo que se le acusaba.

Lady Perth no debió entender el significado irónico de la frase, porque

respondió:

—Mi marido te matará en un duelo si se entera —espetó la mujer que comenzaba a pasearse de un lado al otro frente a él.

Anthony rio.

—Tu marido tiene setenta años, querida, y siempre le tiemblan las manos. Si alguien morirá en el duelo será él, pero no te preocupes, no soy dado al asesinato así no te quedarás viuda tan rápido, aunque sé que eso es lo deseas.

Lady Perth lo fulminó con la mirada.

—¿Entonces, dejarás que la mujer se vaya y cuente todo?

Él se encogió de hombros.

—Te advertí que si venías conmigo era bajo tu responsabilidad.

Ella le dio una bofetada.

Anthony se tocó la mejilla que le escocía y miró a la mujer sin ninguna expresión en el rostro, como si su ataque de rabia no lo afectara, aunque su dura mirada dejaba entrever que no le había caído en gracia la bofetada y advertía que no se atreviera a darle otra.

—Estos arranques dramáticos no solucionarán nada, no pienso ir a perseguir a esa muchacha para intentar convencerla de un imposible.

—Parece una joven soltera, amenázala, dile que si dice algo contarás que la viste sola, o mejor, adviértele que dirás que estuvo en tu compañía, eso bastará para arruinarla —sugirió.

—Ni siquiera sé cómo se llama —objetó él.

—¡Eso es lo de menos! —Se exasperó la mujer, colocándose las manos en la cabeza como si intentara pensar—. Anthony, por favor, mi reputación está en juego.

Anthony le iba a mencionar que ella misma se lo había buscado en el momento en que se le insinuó, pero calló, y lo poco de caballero que quedaba de él salió en defensa de ella.

—Está bien, pero solo porque mi tía es la anfitriona y es la única que se atreve a invitarme a una fiesta, no quiero arruinarle la velada con un escándalo —dijo y empezó a caminar con paso resuelto por el camino por donde había desaparecido su espectadora.

Salió del centro del laberinto y miró a ambos lados en busca de la muchacha, pero como supuso, no estaba cerca. En su opinión, a la velocidad que salió, ya debía ir lejos y no había muchas esperanzas de que la encontrara antes de que ella pudiera decir algo, pero tenía que intentarlo, pues si fallaba, no solo tendría que soportar un ataque de histeria por parte de *lady* Perth, sino también de su tía, y no había nada que él odiara más que los ataques de histeria, sobre todo cuando de su tía se trataba. Eso sin contar el posible duelo que se avecinaba con lord Perth.

Lo que le había dicho a Samantha era en parte verdad, no iba a buscarla solo por ella, sino porque le tenía cierto aprecio a su tía y no estaba dispuesto a disgustarla, sobre todo porque la vieja vizcondesa era la única anfitriona en la alta sociedad que tenía el suficiente valor para invitarlo a una fiesta y no pensaba quedar vetado también de esa invitación. No era que le importaran mucho las veladas o los bailes, pues había más diversión en otro tipo de lados que conocía muy bien; tampoco es que le interesara mucho codearse con la alta sociedad, ya que esta le había cerrado sus círculos hace tiempo. No, el único motivo por el que quería mantener su pase seguro a las veladas de *lady* Dartmouth era mantener la buena relación con su tía, y sentirse parte de la civilización de vez en cuando.

No recordaba con exactitud la fecha en la que fue excluido de la sociedad y catalogado como una «paria», pero creía que había sido hace unos cinco años, después de la muerte de su amada Susan, cuando había quedado convencido de que no merecía el amor de nadie y se había dedicado a «malograr» su vida, como afirmaba la sociedad. No obstante, él tenía un concepto distinto, no creía que estuviera malogrando su vida, al contrario, la estaba disfrutando lo más que pudiera, siendo feliz a su manera, no era su culpa que la sociedad se escandalizara de forma fácil.

Admitía que no era un santo, y tenía varios pecados a sus espaldas, pero en el fondo la mayoría no eran distintos a los que cometían gran parte de los aristócratas que sí se hacían llamar caballeros. Mujeres, juego, juergas, una que otra pelea en cantinas, prostíbulos, amantes, alcohol, eso era el pan de cada día entre los hombres de la sociedad londinense, la única diferencia era que él no se

molestaba en ocultar sus pecados para ser aceptado, los demás sí.

Su forma despreocupada de llevar la vida y su poco interés en la opinión de los demás había hecho que sus pequeños pecados fueran divulgados de forma un tanto exagerada, corriéndose rumores de orgías, negocios y contactos con los bajos fondos de Londres, y sabrá Dios cuantas cosas más que habían causado que su reputación se viniera abajo, y si era sincero, nunca había hecho nada por intentar salvarla.

Tenía la firme convicción de que era una pérdida de tiempo intentar hacer cambiar de opinión a gente que creía lo que le parecía más interesante; así como era fiel defensor de que la vida era suya y nadie tenía derecho a juzgar sus decisiones ni meterse en ella. Le interesaba poco lo que la gente pensara de él y hasta tenía que admitir que tener mala fama tenía ciertas ventajas; por ejemplo: los caballeros le tenían respeto y no se atrevían a meterse con él, y las matronas, literalmente, quitaban a sus hijas de su camino por lo que podía respirar en paz y no estar como muchos, perseguido por jóvenes casaderas. «Sí, ser malo tenía sus ventajas, no importaba que la gente dijera locuras, incluso que hayan llegado a afirmar que tenía negocios ilegales», pensó con una sonrisa de incredulidad ante la imaginación de las personas.

Era cierto que uno no podía mantener el estilo elevado que él llevaba simplemente con las ganancias de una pequeña finca ligada a la baronía, y no es que su padre, que en paz descansa hace ya cuatro años, le haya dejado mucho, al contrario. Anthony estaba casi seguro de que dedicó sus últimos años a malgastar su dinero solo para tener el placer de no heredar nada a ese hijo que, según él, no era suyo, pero el asunto de su supuesta bastardía era algo que no deseaba recordar.

El hecho era que, si iba a malgastar el dinero, era menester hacerlo primero, por lo que utilizó ese ágil cerebro dado por el universo para invertir en ciertos negocios que le proporcionaron ganancias nada despreciables, y ahora, la flota de barcos de la que era dueño le garantizaba el dinero suficiente para solventar sus caprichos. Todo era completamente legal... bueno, puede que tuviera contacto con uno que otro pirata, que resultaron muy útiles para contrabandear productos durante los peores años de las guerras napoleónicas, y sí, también

tenía ciertos contactos en los bajos fondos de Londres solo que por otro asunto, pero nada más. El resto era completamente lícito, aunque la gente nunca lo creyó, por el simple motivo de que, dada su reputación, era más interesante pensar lo contrario. En conclusión, la lista de pecados que le achacaban era interminable y por ello había sido literalmente excluido de sociedad, pero ¿acaso importaba? Uno le daba a las personas la importancia que quería, y aunque eso de no tener muchos amigos y sentirse un poco solo no era del todo agradable, era algo a lo que estaba acostumbrado.

Siguió recorriendo a pasos rápidos pero calmados el camino que conducía a la salida, mientras intentaba divisar a la pequeña entrometida que había interrumpido lo que hubiera sido un encuentro muy placentero, casi estaba seguro de que esta ya debía estar difundiendo el chisme en el gran salón, pero aún así no quería perder la esperanza. Miraba a ambos lados en su busca, pero no había rastros de ella, aunque tampoco es que recordara muy bien como era. Rubia, eso era lo único que había logrado captar en medio de la sorpresa, pero Inglaterra estaba llena de rubias.

Decidió que lo mejor sería entrar a la fiesta y ver si el daño estaba hecho, ya que sería muy ingenuo de su parte creer que en verdad la muchacha seguía en el laberinto cuando casi llegaba al final y aún no la había visto. Sin embargo, faltando solo un cruce para llegar al camino de salida, divisó un movimiento de faldas a su izquierda e inmediatamente se giró, justo a tiempo para captar a la pequeña mujer que miraba de un lado a otro buscando a dónde ir para luego decidirse por un cruce a la derecha.

«Así que la pequeña chismosa está perdida», pensó con una sonrisa lobuna, viendo desaparecer el dobladillo de un vestido verde en uno de los caminos. Asegurándose de que sus zapatos no produjeran el más mínimo ruido al caminar, Anthony empezó a perseguir a su presa.

Esmeralda detuvo su carrera un momento para tomar aire mientras se reprendía una y otra vez por ser tan despistada. No sabía cuánto llevaba intentando encontrar el camino de salida, pero no había tenido ni una pisca de suerte. Suponía que la desesperación por huir no ayudaba a mejorar su sentido de orientación, pero ¿qué más podía hacer? Estaba claro que había visto algo que no

debía ver y, aunque ella no pensaba divulgar esa información, dudaba que *lady* Perth creyera lo mismo. No sabía cómo procedería la pareja de infieles, seguramente la estaba buscando para evitar que divulgara lo visto, pero Esmeralda no tenía la menor intención de dejar que la encontraran. Si la encontraban y la reconocían, sería ella la que podía estar en un problema, después de todo, no debería estar allí sin compañía.

Se dijo que estaba siendo exagerada. Dado el caso de que se encontrara con uno de ellos, bien podían hacer un trato: ella no decía nada si ellos no decían nada, era un trato justo.

Sí, eso era lo que haría, no podía seguir corriendo de esa manera o llegaría hecha un desastre a la fiesta, si es que llegaba, porque a este paso tenía el presentimiento de que se quedaría encerrada ahí para siempre. *Lady* Dartmouth no debería permitir el acceso a su laberinto si no pensaba poner algo que sirviera como referencia hacia la salida.

Respirando hondo, se giró para probar por otro camino y fue cuando lo vio.

El hombre estaba ahí. Vestido de traje de etiqueta en blanco y negro, parado a unos metros de ella, bloqueándole el paso. Su postura era relajada, pero su apariencia hizo que el miedo que acababa de dejar a un lado, regresara. El hombre era... era gigante, imponente, debía medir al menos un metro ochenta y era... era el espécimen más apuesto que ella hubiera visto en su vida, comprobó segundos después. Tenía el pelo color chocolate, piel tostada por el sol, fornido; su rostro era curtido, rudo, pero a ella le pareció apuesto y varonil; no veía el color de sus ojos, pero su mirada fría la mantuvo atrapada por segundos. Atrapada en el aura de atracción que emanaba su mirada, Esmeralda se vio de nuevo incapaz de reaccionar.

—Es usted una joven muy traviesa, señorita —comentó el hombre mientras se acercaba—. No debería internarse en un laberinto si no sabe cómo salir, así como tampoco debería espiar a las personas —reprendió él cada vez más cerca de ella—. Creo que tenemos que hablar.

Esmeralda se mordió el labio y tuvo que alzar la cabeza a medida que el hombre se acercaba para poder verlo a la cara. Sí, era un gigante, pero comparado con ella, que no debía medir más de un metro cincuenta y cinco, casi

todos lo eran. Sin embargo, su altura no la intimidaba ya tanto como antes y fue capaz de verlo a los ojos. Ámbar. Tenía los ojos ámbar de un depredador. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue el aura de peligro y misterio que lo rodeaba y se ocultaba bajo esa fachada despreocupada de libertino. Era algo casi imperceptible, pero Esmeralda lo podía ver en sus ojos; era difícil de explicar, simplemente lo veía.

Él se detuvo a unos centímetros de ella y sonrió de forma cínica, como si supiera el efecto que su presencia tenía en su persona. Su sonrisa hizo que algo extraño sucediera en su interior. Sintió, de repente, un vuelco interno y casi pudo notar cómo la flecha de Eros se clavaba directamente en su corazón, pero ¿sería posible? Lo fuera o no, algo le decía que ese desconocido cambiaría una parte de su vida, y la de ella.

Capítulo 2

Esmeralda Loughy siempre supo que cuando encontrara al hombre de su vida lo reconocería con una mirada, al igual que todas las protagonistas de sus libros. Sin embargo, a pesar de la impresión que le había causado este hombre, no podía sacar conclusiones precipitadas, sobre todo si se tenía en cuenta la situación nada favorecedora en la que lo había conocido. Su hombre ideal jamás accedería a tener una relación ilícita con una mujer casada, eso para ella era imperdonable... pero entonces, ¿por qué era incapaz de apartar la vista de esos ojos ámbar y parecía inmersa en un hechizo?

Había leído suficientes novelas de romance para saber que así era como se empezaba: cuando uno encontraba a esa persona especial, las miradas lo revelaban, una parecía caer en un embrujo y se veía incapaz de salir de él. Pocas personas sabían que esa era la señal del destino, pero ella lo sabía, solo que no estaba segura de que fuera el hombre correcto.

Al ver que él la miraba esperando una reacción de su parte, Esmeralda parpadeó para volver al presente y se obligó a dejar sus cavilaciones para más adelante. Intentó recordar por dónde iba su conversación, pero inmersa como había estado en su misterioso hechizo, se le olvidó lo que él dijo y no supo qué responder. Debía ser la persona más desmemoriada que existía en el mundo.

No muy de acuerdo en dejar que él se diera cuenta de que ella no le había prestado la mínima atención a lo que había dicho, decidió tomar las riendas de la conversación.

—Si lo que quiere es pedirme que mantenga el secreto de su... aventura, no se preocupe, yo no diré nada —informó.

Él hombre frunció ligeramente el ceño y sus ojos ámbar se entrecerraron con desconfianza y parecieron analizarla, como si intentara descubrir si estaba diciendo la verdad. Esmeralda no se movió, de repente curiosa por seguir viéndolo y analizándolo.

Anthony no estaba seguro de haber entendido bien, ¿así de simple se resolvería el asunto? ¿Ella en verdad no diría nada? Por naturaleza, era una persona desconfiada, sabía perfectamente que en la vida nada era tan sencillo, la gente no accedía a guardar un secreto así porque sí. Tal vez ella supiera que también tenía que perder, pero él ni siquiera había tenido que recurrir al chantaje. Quizás solo fuera un criatura inteligente o discreta como pocas, pero ¿en verdad habían jóvenes discretas? Analizó con perspicacia esos hermosos ojos verdes en busca de algo que delatara un truco, pero no encontró nada, si mentía o tramaba algo, no había nada que la delatara; en esos ojos solo brillaba una inocencia sorprendente, no había ningún tipo de malicia en ellos. Anthony no recordaba haber visto nunca una pureza similar, ni siquiera Susan tenía ese aire angelical. No supo si fue esa inocencia, o ese rostro de belleza extraordinaria, pero se convenció de que ella decía la verdad. Aún así, no apartó la mirada y siguió observando su cara, preso de una extraña curiosidad.

La mujer que tenía frente a sí poseía una belleza increíble. Su pelo rubio, aún recogido en ese intrincado moño, podía opacar el brillo del sol; y esos ojos... no había visto unos ojos tan verdes en su vida, brillaban de una forma que parecían dos esmeraldas. Sus facciones eran tan delicadas como la de una muñeca de porcelana, su nariz respingona y sus labios rojos le conferían un aspecto angelical, como si fuera un ángel que habían mandado del cielo a cumplir alguna misión en la Tierra, tal vez eso explicara la inocencia en sus ojos. Era perfecta, ni siquiera su baja estatura le parecía un defecto.

No creyó posible que una mujer así fuera solterona, debía tener unos veinte años y era imposible que una belleza semejante llegara a esa edad sin que ningún hombre aceptable le hubiera propuesto matrimonio. ¿Sería casada? Pero ¿por qué vestía como una debutante entonces? Quizás... ¿Qué estaba haciendo? Qué le interesaba a él si ella estaba casada o no. Tenía la certeza de que no diría nada, eso era lo que importaba, tenía que irse ya o corría el riesgo de que alguien los

viera juntos; si ella era soltera, tendría otro duelo más al que asistir porque no se pensaba casar, ni con ella, ni con nadie.

Movió ligeramente la cabeza para salir del embrujo y volvió a refugiarse en la fachada de cinismo y antipatía que lo caracterizaba.

—Bien, eso ha sido más sencillo de lo que esperaba, ni siquiera he tenido que recurrir al chantaje.

Esmeralda, que había experimentado satisfacción al ver que él también parecía incapaz de apartar la mirada de ella, salió del embrujo al que la sometían sus ojos ámbar y lo miró con el ceño fruncido al escuchar la palabra «chantaje».

—¿Chantaje? —preguntó incrédula—. ¿Pensaba chantajearme?

Él asintió sin ningún remordimiento.

—Si veía que usted se ponía difícil... no podía permitir que regara el rumor.

Esmeralda puso ambos brazos en las caderas en pose defensiva.

—Si hubiera querido divulgar el rumor, de todas formas no se lo habría dicho.

Él sonrió.

—Ah, pero yo suelo saber cuando la gente miente.

—¿Ah, sí?

—Sí, es muy sencillo, en realidad, pero ese no es el punto, ya que usted no piensa decir nada, no veo por qué seguir aquí. Adiós, hermosa desconocida, fue un verdadero placer haber llegado a un acuerdo con usted.

—Espere, ¿con que pensaba chantajearme?

Esmeralda no tenía idea de por qué, pero no quería que él se fuera, el hombre le había causado una fuerte impresión, y si era cierto lo que sospechaba, tenía que conocerlo un poco mejor para asegurarlo. Puede que su impresión inicial fuera un poco errónea y él no fuera del todo malo, es decir, si se obviaba la posición comprometedoras en que lo encontró, y el presunto chantaje que bien podía tener una explicación lógica, puede que el hombre todavía fuera un caballero. Si ella fuera una joven sensata, no se quedaría ahí para averiguarlo, pues era totalmente incorrecto; pero dado que entre las Loughy la única que había salido sensata era su prima Zafiro, y aún así se había fugado a Gretna Green...

Esperó a que el hombre le explicara específicamente lo del chantaje para

mejorar su opinión de él.

—¿Es usted soltera? —Como ella no respondió, él tomó su silencio como una afirmación—. Pensaba advertirle que si divulgaba algo, yo comentaría que usted andaba paseando sola por el laberinto, eso no es nada correcto, señorita.

Esmeralda hizo un esfuerzo para que la decepción no la embargara, él sin duda no había querido decir eso... es decir, no podía ser tan cruel...

—Ni siquiera sabe cómo me llamo —objetó en voz baja.

Él se encogió de hombros.

—No hubiera sido difícil averiguarlo.

—Pero... pero ¿en verdad hubiera arruinado mi reputación de esa manera solo para vengarse por haber divulgado un acto incorrecto?

Anthony vio la incredulidad en sus ojos y se preguntó en qué mundo vivía esa niña. La gente era egoísta por naturaleza, no dudaría en divulgar un rumor si eso le beneficiaba, o simplemente por venganza, *lady* Perth no lo hubiera ni siquiera pesado; la pregunta estaba fuera de lugar... pero en realidad, él no hubiera hecho nada, sería caer demasiado bajo hasta para él y una pérdida de tiempo en su opinión. Tenía cosas más interesantes que hacer en la vida que arruinar la reputación de una joven por voluntad propia, pero eso ella no lo sabía ni pensaba decírselo, lo mejor sería que creyera lo peor, por si acaso se equivocaba y divulgaba todo.

—Sí, lo hubiera hecho.

Vio como un brillo de decepción asomó a sus ojos verdes y por un momento deseó retirar sus palabras, pero solo por un momento, que duró hasta que recordó que a él no le importaba la opinión de esa joven. Él era Anthony Roberth Price, posiblemente uno de los hombres con peor reputación de Inglaterra, una paria; un hombre que se suponía no le importaba nada ni nadie que no fuera él mismo. ¿Por qué tendría que preocuparse de haber decepcionado a la joven? ¡Era ridículo!

—Usted no es un caballero —masculló la joven.

Él le hubiera querido decir que muchos de los que se llamaban caballeros no lo eran, pero se mordió la lengua, de repente incapaz de arruinar la versión feliz que ella parecía tener del mundo. Encogiéndose de hombros, interpretó de nuevo

el papel de villano. Era más divertido.

—Nunca dije que lo fuera.

La joven lo miró y escudriñó su cara. Parecía estar buscando algo en su rostro, como si intentara resolver un extraño enigma, algo que no comprendía y que le era menester entender.

Incapaz de permanecer más tiempo bajo su escrutinio, giró sobre sus talones y empezó a alejarse, pero la voz de ella lo detuvo nuevamente.

—Espere...

Esmeralda no sabía que estaba haciendo. Debería irse, olvidar ese encuentro y seguir en la búsqueda del amor de su vida; el problema radicaba en que creía que era ese, pero no terminaba de aceptarlo. Ese hombre no era un caballero, y mucho menos tenía las características que siempre soñó en un esposo, pero tenía algo... algo que la atraía. Una fuerza invisible le susurraba al oído que no lo dejara ir, que lo retuviera hasta terminar de aclarar sus ideas; y eso era lo que pensaba hacer, al menos tenía que descubrir qué le atraía de él que no fuera su aspecto, porque tenía la impresión de que si no lo hacía, no podría vivir con la duda, ni dejaría de pensar en lo que pudo haber sido y no fue.

Cuando él se giró de nuevo, puso rápidamente a trabajar su cerebro en busca de una excusa con la que sacarle conversación.

—¿Por qué tiene una relación ilícita con *lady Perth*? —Fue lo primero que se le ocurrió y, en el interior, lo que más deseaba saber. Tal vez si aclaraba ese asunto, también aclararía unas cuantas cosas.

Si Anthony se sorprendió ante la impertinente pregunta de la joven, no lo dio a mostrar; aunque sí le dio gracia que ella usara la palabra «ilícita». Lo hacía parecer como algo ilegal y completamente reprobable, definición que en cierta forma no faltaba a la verdad, pero aún así él hubiera utilizado «inmoral», ya que se adecuaba mejor.

—No tenemos una relación, solo iba a ser un encuentro placentero para ambos, pero ya que tiene usted el sentido de la oportunidad... supongo que no habrá nada.

Esperó alguna reacción horrorizada de la joven, pero no hubo ninguna; en cambio, ella puso un dedo en su barbilla y parecía analizar el asunto.

—No estoy de acuerdo con las infidelidades —comentó ella de repente.

Por milésima vez esa noche, Anthony se encontró nuevamente sorprendido. ¿Por qué suponía ella que al él le interesaba eso?

—No entiendo porque la gente se casa si no está enamorada —continuó—. Entiendo que muchos matrimonios son concertados... pero no deja de ser malo. Una tiene que hacer valer su opinión y casarse solo con el hombre de su vida, sino las consecuencias son estas. —Señaló a Anthony como si él representara las consecuencias—. La infidelidad es un pecado, y al contrario de lo que pueda decir la iglesia, también considero que lo es si la comete el hombre. La pareja tiene que respetarse entre sí. Eso, el amor y la confianza es lo único que hará que el matrimonio funcione.

Si él se había preguntado por qué la muchacha seguía soltera, ahí tenía la respuesta. La joven no solo era de las que buscaba al príncipe azul, sino que tenía pensamientos de igualdad, una combinación bastante letal en opinión de los hombres que buscaban una esposa sumisa y tímida. A pesar de que su sermón sobre la fidelidad no le interesaba en lo más mínimo, porque desde joven había comprobado que no existía, si le llamó la atención las ideas que tenía la muchacha. Había pocas mujeres que se querían lo suficiente para declararse en igualdad de condiciones que un hombre, y eso, sin duda, era algo que valía la pena ver.

Sabía que eran muchos los riesgos que corría al quedarse ahí, incluso existía la posibilidad de que fuera una trampa; pero ignoró las advertencias y la miró esperando a que siguiera hablando del tema que no le interesaba en lo absoluto, solo por poder analizarla un poco más.

Dado que tenía toda su atención, Esmeralda siguió hablando, segura de que podía convencerlo de abandonar esa terrible costumbre. Sin embargo, al ver que el parecía atento a cualquier cosa en ella menos a lo que decía, paró y lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Me está escuchando?

—No —respondió el simplemente.

Ella se cruzó de brazos en un gesto que pretendía ser el de una persona ofendida, pero se veía muy cómico viniendo de alguien tan pequeña.

—¿No reflexionará ni por un momento sobre sus actos? Estoy segura de que cuando se case... —Se detuvo al recordar que él nunca había mencionado si era casado—. ¿Es usted casado?

Anthony negó con la cabeza y no supo si se lo imaginó, pero creyó vislumbrar una expresión de alivio cruzar su rostro.

—Bien, como le decía, cuando se case, estoy segura de que no le gustará que su esposa le sea infiel, y dudo que a ella le guste que usted lo sea...

—No me pienso casar —intervino él.

—¿Por qué no? —preguntó curiosa aún sabiendo que no era de su incumbencia.

—Porque no.

Esmeralda negó con la cabeza como si no le creyera.

—Cuando se enamore...

—No me enamoraré.

—Uno no puede decidir si se enamora o no, es...

—El amor no es para mí —interrumpió de nuevo irritado—. No creo en él.

Esmeralda ahogó un jadeo, parecía que esa posibilidad le resultara imposible y luego lo miró con... ¿compasión? Pero ¿qué diablos..?

—Eso es muy triste —dijo Esmeralda negando con la cabeza.

Esmeralda miró al hombre que tenía en frente compadeciéndose interiormente de él. No creía en el amor, y una persona que no creía en el amor estaba destinada a una vida miserable. El amor era todo en la vida, ese sentimiento maravilloso tenía que estar presente si uno en verdad esperaba ser feliz; era mágico y único.

Se preguntó el motivo por el que el hombre no creería en el amor, porque tenía que haber un motivo. Esmeralda se negaba a creer que hubiera una persona en el mundo que no naciera amando a alguien, ya fuera a su madre, o a otra persona. Un humano que no creía en el amor era porque nunca había recibido amor en su vida y no sabía cómo era. Algunos se volvían malos por ello, otros simplemente se encerraban en sí mismo y se volvían indiferentes, como en el caso del desconocido que tenía en frente. Alguien que no creía en el amor era como alguien perdido en el mundo, que no sabe a dónde va ni por qué hace las cosas,

simplemente, no tiene un sentido en la vida; lo que realiza, lo hace inconscientemente, por sobrevivir, esperando, sin saber, a una persona que le dé todo eso que nunca tuvo. Se preguntó si ese era el caso del hombre que tenía en frente. Si era así, Esmeralda sintió unos repentinos deseos de hacerlo creer.

Las palabras de una gitana visitada hace años le vinieron a la cabeza: «Digamos que tu lo conquistarás a él». La mujer mayor se había referido a que ella conquistaría al amor de su vida. Ahora, que veía a ese hombre frente a sí, que desde un principio había parecido causar un revuelo en su interior, se volvió a preguntar si ese sería el hombre especialmente nacido para ella.

Al ver que la joven parecía inmersa en sus propias cavilaciones, Anthony dio media vuelta y empezó a alejarse nuevamente, no muy contento porque le hubieran recordado lo desdichada que había sido y que siempre sería su vida. El «amor» era un sentimiento demasiado sobrevalorado a su parecer, no era ni maravilloso ni mágico, sino algo malvado, que jugaba con las personas a su antojo, y luego causaba algún estrago que hacía que la persona terminara destrozada.

Decidido a salir de ahí lo antes posible, se dispuso a girar a la derecha, pero ella volvió a decir.

—Espere.

Anthony, que ya estaba bastante irritado con el asunto, decidió dejar a un lado todo rastro de educación y siguió caminando haciendo caso omiso de la mujer. No obstante, ella lo tomó del brazo con una fuerza sorprendente para alguien tan pequeño y lo jaló para que no siguiera caminando. Él podía habérsela quitado de encima con facilidad, pero cabía el riesgo de hacerle daño y ni él era tan canalla para hacer daño a una mujer.

Suspirando, se giró hacia el pequeño incordio que no parecía dispuesto a dejarlo ir. Él siempre supo que tendría que pagar por sus pecados en algún momento, pero nunca se imaginó que mandarían a un ángel de ojos verdes a martirizarlo. ¿Por el amor de Dios! ¿Acaso la muchacha no pensaba dejarlo marchar? ¿No se daba cuenta de lo inapropiado de la situación?

Una idea cruzó su mente en el preciso momento en que se formuló esa pregunta. Una trampa... ¿sería una especie de trampa matrimonial? La idea

sonaba lógica e ilógica al mismo tiempo. Lógica porque no encontraba otra razón por la que esa niña se negara a dejarlo marchar, e ilógica porque era ridículo pensar que una preciosidad como esa estuviera desesperada para tender una trampa a un caballero, menos a uno como él, que era una paria. Era hermosa, podía tener todas las ideas románticas del mundo, podía no tener un solo chelín de dote, pero esa belleza bastaría para que alguien más débil cayera a los pies de esa criatura, alabándola como el ser divino que parecía, o que tal vez era. No, no podía ser una trampa, pero sí podía verse en un lío si no salía en ese momento de ahí.

—Mira, muchacha, ya te dije que no pienso casarme, ni contigo ni con nadie.

Ella frunció de forma adorable el ceño intentando comprender lo que él había querido decir, pero después sus labios se curvaron en una sonrisa divertida.

—Yo no le he propuesto matrimonio —dijo con picardía.

¡Padre Nuestro! En verdad, empezaba a exasperarse.

—Si alguien nos encuentra aquí solos, no pienso casarme contigo así tenga que batirme en duelo con tu padre y cinco hermanos, ¿entiendes?

—Mi padre murió y no tengo hermanos, solo una hermana.

¿Es que acaso no se tomaba nada en serio?, ¿o sería tonta? No, tonta no era, irritante, sí.

Él intentó zafarse con cuidado de su brazo, pero ella lo apretó con toda la fuerza de la que fue capaz, para que no pudiera escaparse sin hacerle daño en el proceso.

—Hablo en serio, muchacha, si alguien nos ve, y luego viene un pariente ofendido exigiéndome que restaure tu honor, no lo haré así muera en un duelo.

Ella volvió a sonreír.

—Por Dios, señor, ¿prefiere morir en un duelo a casarse conmigo? Yo siempre me consideré una persona agradable a la vista.

¿Qué pasaría si empezara a zarandearla hasta que entrara en razón?

—¡Ya basta! —se exasperó—. ¿Por qué no me quiere dejar ir? Dígamelo y déjeme en paz.

Esmeralda se mordió el labio inferior intentando encontrar la respuesta a esa pregunta, no tanto para él, sino para ella ¿Por qué le retenía? Era algo difícil de

explicar ¿Cómo podía decirle que sentía unas extrañas ganas de pasar un tiempo a su lado? ¿De conocerlo más? No podía explicarlo, al menos no sin parecer una loca. También estaba el asunto de descubrir si él era el hombre que había esperado tanto tiempo. Mientras más lo conocía, más se daba cuenta de que no tenía ninguna de las cualidades que esperaba en un hombre, pero también sentía una gran curiosidad hacia él. ¿Así comenzaría el amor? Según sus novelas, sí, y según ella, también. Solo había una forma de comprobarlo.

—Béseme.

Si le hubieran dicho que su padre se había levantado de la tumba y lo estaba esperando en casa, Anthony se hubiera quedado menos sorprendido que en ese momento ¿Qué la besara? ¿Acaso estaba loca? No es que no fuera una tentación grande, pero era muy arriesgado y sospechoso. Consideró nuevamente la idea de que fuera una trampa, pero la volvió a descartar. No, no era una trampa, había más probabilidades de que la muchacha estuviera loca. ¿Cómo se trataba con una loca?

Negó interiormente con la cabeza. Estaba acostumbrado a que las mujeres pidieran sus favores, pero nunca lo había hecho una joven soltera y decente, estas se mantenían alejadas por orden de su madre si lo veían en algún lugar. Quizás ella no fuera decente, puede que fuera una oveja descarriada... Oh, pero su cara era tan inocente que costaba creerlo, ni siquiera parecía que la hubieran besado alguna vez. Él sabía que uno no debía dejarse llevar por las apariencias, pero cuando le veía la cara a esa joven, en verdad era difícil no hacerlo.

No, fuera inocente o no, él no pensaba besarla.

—No —respondió e intentó zafarse de nuevo, pero ella no lo dejó.

¿Le haría mucho daño si se soltaba bruscamente? No le hacía mucha gracia la idea de magullar alguna parte de esa piel de porcelana.

—¿Por qué no? —insistió la joven.

—Porque no.

Ella no era de las que andaba pidiendo besos a caballeros, y mucho menos a desconocidos; de hecho, esa sería la primera vez que la besarían, pero tenía que comprobarlo. El hombre la atraía de una manera extraña que no había sentido con nadie. Si no hubiera sido una lectora compulsiva de novelas de romances,

puede que hubiera pasado el asunto por alto, que no hubiera hecho caso a las señales; pero lo era, y sabía que eso no era normal y solo sucedía una vez y ella tenía que besarlo para comprobarlo. Sabía que el hombre posiblemente estuviera determinando su grado de locura, porque había sido un desvarío pedirle semejante cosa, pero ella tenía que comprobar sus sospechas o desecharlas y él la iba a ayudar.

—No sea cobarde —lo provocó—. Fue capaz de escaparse con *lady* Perth para tener un encuentro amoroso, pero ¿no es capaz de darme un beso?

Anthony no pensaba dejarse manipular.

—No beso a jóvenes aparentemente inocente.

Esmeralda decidió hacer caso omiso de lo que podía significar en la oración la palabra «aparentemente».

—Ya le he dicho que nadie nos descubrirá, y si lo hacen, ya lo sé, no sé casará conmigo, lo tengo claro.

En un impulso, le soltó el brazo y se le echó encima; le rodeó el cuello con los brazos y se pegó a él. Si hubiera sido más alta, lo hubiera besado, pero no llegaba a su boca ni poniéndose de puntillas, así que esperó.

La sorpresa fue tal que no dejó a Anthony reaccionar en su momento, y cuando por fin fue completamente consciente de la situación, era demasiado tarde. La mujer se había pegado a él, sus brazos estaban enlazados en su cuello y sus pechos rozaba el suyo; su cara estaba justo debajo de la suya y sus labios carnosos se encontraban en su campo de visión, incitándolo, tentándolo. ¡Por el amor de Dios! Era un hombre, no un santo. Nadie podría resistir semejante tentación y él en particular no se veía capaz de hacerlo. Maldiciendo interiormente, no hizo caso a la advertencia que le decía que iba a cometer un error, e incapaz de contenerse, guiado por una fuerza desconocida, bajó la cabeza y la besó.

En el mismo momento en que sus labios se tocaron, Esmeralda sintió un corriente rara recorrer todo su cuerpo. Cuando él empezó a mover sus labios sobre los suyos, una sensación agradable empezó a extenderse por toda ella, dando luego paso a una oleada de calor que se instaló en su interior cuando su lengua se abrió paso en su boca.

Era maravilloso.

Guiada por el instinto, Esmeralda hizo todo lo que pudo por corresponder al beso, y se alzó en su máxima altura para poder sentir mejor esa boca. Una necesidad desconocida la embargó a medida que el beso se prolongaba y pronto no fue consciente de nada. No sabía cuánto tiempo había pasado, e incluso había olvidado en dónde estaba, solo existían él y sus labios sobre los suyos. No quería separarlos nunca, y él tampoco parecía quererlo, porque cada vez que hacía amago de intentarlo, parecía arrepentirse y volvía a besarla nuevamente. Era espectacular, mágico, mucho mejor de lo que hubiera imaginado o leído.

Cuando él al fin se separó, Esmeralda notó inmediatamente la ausencia de sus labios; se alejó del hombre para recuperar la respiración que parecía faltarle. Respiró hondo, lo miró y comprobó con satisfacción que él parecía tan turbado como ella. Pero no lo mostró por mucho tiempo, porque su fachada de indiferencia volvió y empezó a alejarse.

—Gire a la derecha, camine recto hasta el primer cruce a la izquierda y podrá salir del laberinto. —Le indicó y desapareció.

Esmeralda se quedó un momento más ahí, ni siquiera segura de recordar en un futuro sus indicaciones; solo era consciente de una cosa: era él. Él era el hombre que siempre había esperado, no había duda, era él. El beso mágico y especial se lo confirmó. Había sentido lo mismo que habían sentido las protagonistas de sus libros, si no es que mejor. En ese beso se había expresado todo eso que los poetas plasmaban en papel, ese amor único y maravilloso.

Era él. Estaba segura.

Ahora, el único problema consistía en cómo le hacía ver a él que ella era la mujer de su vida, porque tenía que descubrirlo. Los hombres eran lentos de entendimiento en asuntos de romance y no se daban cuenta igual de rápido que ellas, las mujeres, y si a eso le sumaba que no creía en el amor, el trabajo que tenía por delante era grande. Pero no importaba, ella encontraría la forma de que él creyera en el amor.

Ahora, tal vez debería empezar por descubrir su nombre.

Capítulo 3

Cuando Esmeralda regresó a la fiesta, después de haber hecho un esfuerzo monumental por recordar la dirección que le había dado el desconocido, aún seguía pensando en el encuentro. Cualquiera diría que se había vuelto loca por decir estar enamorada de alguien que apenas había conocido ese día, y puede que tuvieran algo de razón, pero Esmeralda sabía que el amor era así, una locura, era impredecible y podía llegar en cualquier momento. Sus primas y su hermana posiblemente le dirían que tenía que esperar más tiempo para saberlo, pero ella estaba segura; no era ni Rubí ni Topacio, que habían tardado medio siglo en darse cuenta, ni como Zafiro, que debió haber analizado el asunto por horas. No, ella siempre supo que reconocería al amor de su vida cuando lo viera, y eso fue lo que pasó.

Si era sincera, admitía que el hombre no era nada de lo que ella siempre imaginó. Distaba en cada aspecto de su príncipe soñado y no tenía ninguna de las cualidades que siempre se dijo tenía que tener su amor, pero no importaba. En el fondo siempre supo que su ideal de hombre perfecto estaba un poco fuera de lugar. El desconocido que había nacido para ella podía no ser ni simpático, ni alegre, ni romántico e incluso podía no ser un caballero, pero algo le decía que no era tan malo como quería aparentar y de alguna forma lo comprobaría. Antes de que la besara, tenía que decir que tuvo cierta indecisión con respecto a sus sentimientos, pero después no hubo lugar a dudas. El beso había sido mágico y le había confirmado a gritos lo que no había terminado de admitir cuando lo vio, él era para ella, y ella para él. El asunto de que no quisiera casarse y no creyera en el amor no le preocupaba mucho; de toda su familia, siempre había sido la

más optimista y estaba segura de que conseguiría que él se diera cuenta de lo que ella ya sabía: que el destino les había escrito un final juntos. Lo primero que tenía que hacer era averiguar su nombre.

Empezó a buscarlo entre la multitud con la esperanza de volver a verlo, pero no lo encontró por ningún lado. ¿Habría regresado con *lady* Perth? La posibilidad no le gustó ni un poco. Sabía que él no había escuchado nada de su discurso de fidelidad, y también sabía que puede que él no hubiera sentido lo mismo que ella en el beso, pero eso no significaba que el sentimiento de posesión desapareciera. Se dijo que exageraba, tenía que ser paciente, esperaría que regresara a la fiesta y entonces... entonces no sabía bien que haría; ahí no podía acercarse a él sola, se armaría un escándalo, pero preguntaría a Rowena quién era, sí. Si alguien sabía el nombre de todos los caballeros en la sociedad londinense, esa era su tutora.

Recordando que había desaparecido hacía ya bastante rato, y que su tutora debía de estar preocupada, inició su búsqueda, pero no había dado ni dos pasos cuando una voz dijo en tono de reproche.

—¿Dónde has estado? ¿Tienes la mínima idea de por lo que he tenido que pasar en tu ausencia?

Esmeralda se rió y sonrió a su amiga, Angelique Allen, que tenía los brazos cruzados y la miraba con el ceño fruncido. No había que ser muy inteligente para hacerse una idea de a lo que se refería su amiga. Angelique había sido presentada en sociedad un año antes que ella por su prima Zafiro, pero Rowena la había tomado desde ese momento bajo su ala asegurando que, como ella tenía más experiencia, se encargaría de conseguirle un buen partido; esto no había sido tomado a buen ver para la joven que tuvo que soportar un año entero sola los intentos casamenteros de Rowena, y ahora, que las dos estaban en sociedad, el trabajo se repartía. Al no encontrarla a ella, la duquesa seguramente puso toda su atención en Angelique que no parecía muy contenta.

—La duquesa no me ha dejado en paz —reprochó—. Ya he perdido la cuenta de los caballeros con los que he hablado y bailado, sin contar las mentiras que tuve que inventarme para justificar tu ausencia.

Esmeralda hizo una mueca, Rowena debía estar histérica.

—¿Qué le has dicho? —preguntó para estar preparada.

—Primero, que habías ido por una limonada, luego que fuiste al servicio de damas y por último que estabas en la mesa de dulces intentado arruinar tu figura; creo que esta última fue lo único que me creyó.

Esmeralda sonrió recordando su afición por los dulces y agradeció tener una amiga que mentía con facilidad.

—Bien, ya he regresado, seguro que no ha sido tan malo.

Como toda respuesta, su amiga gruñó.

—Creo que ahora seré yo la que me escaparé un rato —mencionó viendo con anhelo la puerta que daba al balcón por donde podría bajar a los jardines.

—Primero tengo que contarte algo —dijo Esmeralda emocionada—: me he enamorado.

Angelique le prestó entonces toda su atención.

Esmeralda sabía que ella sería probablemente la única que la entendería. Angelique no solo se parecía a ella físicamente, sino que era la única que había conocido hasta ahora que compartía sus ideales románticos, y si alguien podía creer en el amor a primera vista era ella.

—No te imaginas, me lo encontré en el laberinto y es... —Se detuvo cuando vio que Rowena se acercaba y traía a un caballero con ella—. Te lo digo después.

Su amiga no necesitó girar para saber el motivo de su interrupción.

—¿Viene hacia aquí?, ¿no es verdad?

Esmeralda asintió.

Ella soltó un lamento.

—¿Quién ha sido el pobre ingenuo a quién ha atrapado ahora?

Esmeralda vio al hombre que venía con Rowena e intentó recordar su nombre.

—Lord Coventry —dijo cuando al fin se acordó del conde.

—Bien —dijo Angelique, con una sonrisa que Esmeralda conocía bien, era la misma que usaba cuando planeaba una de las suyas—. Este es para ti, amiga, yo ya he tolerado mucho. —Hizo ademán de irse, pero Esmeralda la detuvo.

—Oh, no —negó—, yo ya tengo todo los bailes restantes prometidos y Rowena lo sabe, creo que es para ti.

Angelique masculló un juramento en voz baja y vio rápidamente sobre el hombro cómo la duquesa se acercaba.

—La desventaja de no ser tan popular —se lamentó y casi imaginaba cómo su cerebro trabaja para buscar la mejor salida.

A pesar de que poseía rasgos nada despreciables a la vista, Angelique no había resultado ser tan popular como se esperó, y todo por su apellido. Los Allen eran conocidos en la sociedad por ser la «familia problemas». No salían de un lío cuando ya estaban en otros y eso no había sido muy buena referencia para la rubia, que aunque había mostrado en la medida de lo posible su mejor comportamiento, no fue suficiente para que los caballeros se interesaran; no eran muchos los dispuestos a forma alianza con una familia así.

—Sabes qué —mencionó la rubia al final—, estoy segura de que a lord Coventry no le molestará interactuar contigo un rato mientras suena el otro baile. Adiós, luego me cuentas lo de tu amor. —Empezó a escapar, pero ya era muy tarde, Rowena llegó hasta ellas y dijo.

—Angelique, querida, ¿a dónde vas?

De mala gana, Angelique se giró y dedicó una sonrisa forzada a Rowena y su compañero... ¿o debería decir víctima?

—Iba por una limonada —mintió.

—¿Ya conocen a lord Coventry, verdad? —preguntó su tutora.

Ellas asintieron.

—*Lady Angelique*, Srta. Loughy. —Les dedicó una reverencia a cada una a modo de saludo—. Un placer verlas.

Rowena sonrió.

—¿No son las jóvenes más hermosas que haya visto, lord Coventry?

Angelique se movió incómoda mientras Esmeralda se ruborizaba.

—Por supuesto —respondió el hombre cortés.

—Angelique, lord Coventry ha manifestado su interés en bailar contigo.

Lord Coventry lanzó una mirada suspicaz a la duquesa, pero era un hombre demasiado educado para contrarrestar su afirmación, en cambio, blanqueó rápidamente los ojos y se giró hacia Angelique.

—¿*Lady Angelique*, me haría el honor de concederme el siguiente baile?

—Claro...

La música empezó a sonar y lord Coventry guio a Angelique hacia la pista mientras Rowena observaba satisfecha su trabajo.

—Esta vez te has pasado, Rowena —reprendió Esmeralda viendo por donde había desaparecido la pareja—. Técnicamente, no le has dado opción al hombre. ¿Cómo has podido mentir de esa manera?

No sabía cómo había sido cuando sus primas estuvieron en sociedad, pero Esmeralda tenía la impresión de que su tutora era cada vez menos discreta.

—Tontería, yo no mentí, puede que no me lo dijera con palabras, pero lo atrapé mirándola varias veces, eso es suficiente.

Esmeralda negó con la cabeza.

—Todos saben que lord Coventry está a punto de proponerle matrimonio a *lady* Georgiana.

—Un hombre deja de estar disponible solo cuando tiene el anillo en el dedo, antes no.

Esmeralda sonrió sin poder evitarlo y volvió a pasar la vista por el salón; fue entonces cuando lo vio en la salida, esperando a que una criada buscara su abrigo. El corazón se le aceleró por la perspectiva de descubrir su identidad y se giró hacia Rowena.

—¿Quién es él, Rowena? —preguntó a su tutora señalándolo.

La duquesa giró la cabeza en su dirección ansiosa por ver el hombre que había captado la atención de su pupila, pero su reacción no fue la que esperaba Esmeralda, ya que Rowena frunció el ceño.

—Él... es Anthony Roberth Price, barón de Clifton.

Anthony... Esmeralda estaba tan ocupada analizando el nombre del hombre que no se percató del tono cauto con el que Rowena había dicho la frase.

Anthony, el amor de su vida se llamaba Anthony.

—¿Por qué no me lo habías presentado antes? —cuestionó en tono de reproche.

Su tutora se había esmerado tanto en presentarle a los que podían ser posibles candidatos, que Esmeralda no entendía por qué no se lo había presentado aún; aunque ahora que lo pensaba, no recordaba haberlo visto antes. Tal vez no estaba

en Inglaterra, o...

—No es apropiado. —Rowena interrumpió sus cavilaciones y Esmeralda tardó un momento en asimilar la frase.

—¿No es apropiado? ¿Cómo que no es apropiado? Acabas de decir que es barón, ¿no?

—Sí, pero...

—Está en la ruina, ¿es eso?

—No que yo sepa, sin embargo...

—¿Entonces? —la apuró.

—Simplemente no es apropiado —concluyó Rowena y al ver que ella esperaba una explicación más concreta continuó—. Es una paria —confesó—, las cosas que se dicen de él son tales que la gente ya no lo quiere en sus fiesta, aunque sea barón. *Lady Dartmouth* lo invitó porque es su tía.

—¿Qué cosas se dicen de él?

—Nada apto para los oídos de una señorita. Será mejor que lo olvides.

Esa última frase le cayó a Esmeralda como un balde de agua fría. ¿Olvidarlo? ¿Cómo iba a olvidarlo cuando al fin lo había encontrado? No, tenía que haber un error, él no era malo, él no podía ser malo porque si no ella no hubiera sentido lo que sintió cuando lo vio. No se hubiese sentido atraída por él y no hubiera sabido que era el hombre de su vida.

Reconsideró de nuevo la posibilidad de que se hubiera equivocado, de que estuviera precipitándose y su necesidad de encontrar al amor de su vida hubiera causado una confusión en su cabeza, pero ¿entonces el beso? Sin duda el mágico beso y las sensaciones de este no pudieron ser productos de su imaginación... Estaba hecha un lío, tendría que pensar mejor el asunto, sin embargo el instinto le decía que no había nada que analizar. Se negaba a creer que él fuera malo. No, él no podía ser tan malo como comentaban, porque si fuera así, *lady Dartmouth* no lo hubiera invitado a su fiesta por más familiar que fuera. En la alta sociedad lo que más importaba eran las apariencias, y un padre era capaz de renegar de su hijo si este había causado un escándalo que perjudicara a la familia; *lady Dartmouth* no tenía ninguna obligación de invitarlo, pero aún así lo había hecho, y si lo había hecho era por algo. Esmeralda se negaba a pensar de otra forma;

puede que él mismo hubiera admitido no ser un caballero, pero eso no significaba que fuera malo. Ella sabía que no lo era, algo se lo decía y no pensaba dejarse desanimar. Ahora, si Rowena no lo aprobaba, sí que se veía un problema.

Suspiró, al parecer todo sería un poco más difícil de lo que imaginó. Qué bueno que era una Loughy.

Capítulo 4

Anthony salió de la fiesta poco después de su encuentro con aquella muchacha entrometida y decidió resolver unos asuntos pendientes.

Desde el extraño acontecimiento, la velada había parecido ya no tener encanto y él no pensaba perder su tiempo ahí. Rememoró su encuentro con aquella mujer por milésima vez en la noche, y aún no podía descubrir que era lo que le había llamado tanto la atención para que no pudiera sacársela de la cabeza. Era hermosa, sí, pero había estado con muchas mujeres bellas. Quizás era la combinación de inocencia y audacia lo que había despertado su curiosidad.

«Bésememe». No era la primera vez que escuchaba esa frase de la boca de una mujer, pero sí era la primera vez que la oía de la boca de una señorita; así como también era la primera vez que sentía que había ocurrido algo especial en el beso. Era absurdo, lo sabía; es decir, era un simple beso, pero no podía quitarse de encima la idea de que había sido algo más que un contacto de labios como tantos otros. No podía decir con exactitud cuál había sido la diferencia, si los labios inocentes de la muchacha, o la inexplicable dulzura de su boca; pero algo lo había diferenciado de los otros y eso no le gustaba nada.

Durante años, se había negado a sentir cualquier cosa que pudiera estar fuera de lugar por miedo a que esta desencadenara lo que siempre deseaba evitar, el amor. Al contrario de como lo describían, el amor no era ni mágico, ni hermoso; era un sentimiento traicionero, una espada de doble filo que puede herirte en el momento menos esperado si no tienes cuidado. El amor te envuelve, te atrapa, te hace sentir la felicidad deseada por un tiempo limitado, para después dejarte con el corazón destrozado cuando el destino cruelmente te arrebatara eso que amaste

de una u otra forma. No, el amor como el que pintaban los poetas, maravilloso y eterno, no existía. Lo que existía era una vida cruel, llena de traiciones y desengaños en la que si no tenía cuidado, corría el riesgo de quedar destrozado en una de sus famosas trampas.

Él no tenía la menor intención de volver a caer por tercera vez en esa trampa para que el destino tuviese la oportunidad de burlarse de nuevo. No había nacido para ser amado por nadie, debió haber aprendido esa lección hace años, cuando su padre se la repetía y repetía. Lo que sea que hubiera sucedido en el beso que compartió con esa muchacha extraña, debió ser... debió ser producto del... ¡Celibato! ¡Eso era! Llevaba algunos meses sin estar con ninguna mujer y el deseo insatisfecho debió provocar lo que sucedió. Resolvería eso después de tratar el otro asunto, y problema resuelto.

Convencido de ello, Anthony permaneció más tranquilo durante el viaje en carruaje. Cuando llegaron al Drury Lane, que esa noche presentaba una de sus funciones, Anthony ordenó al cochero que esperara junto con alguno de los tantos carruajes ahí presentes y se bajó.

Con una pistola escondida en el abrigo como protección, empezó a caminar hasta que llegó al famoso mercado de Covent Garden. El mercado más famoso de día rivalizaba en mala reputación con East End cuando llegaba la noche. Nido de prostitutas, ladrones y casas de juego de mala reputación, era un lugar de perdición conocido y visitado en las noches por aquellos que van en busca de esos placeres prohibidos, donde incluso se podían encontrar caballeros de alta cuna que ante la sociedad afirmarían ser incapaces de cometer tales actos de poca moralidad.

Pensando en la hipocresía de la gente, sonrió para sus adentros y siguió caminando hasta llegar a un estrecho callejón, donde inmediatamente un olor putrefacto a basura se instaló en sus fosas nasales y causó un quejido en su estómago. Se cubrió la nariz con un pañuelo hasta que el olor disminuyó y siguió andado hasta llegar a su objetivo.

«Los ángeles del placer». Ese era el nombre que se veía colgado en el letrero torcido de la pequeña estancia que tenía en frente. Casa de juego, cantina y prostíbulo a la vez, Los ángeles del placer ofrecía a los interesados

entretenimientos únicos a los que solo podían acceder aquellos que se daban el lujo de permitirse pagar una cantidad moderada de dinero. El lugar no era tan elegante como White's o Brook's, y no poseía prostitutas experimentadas como las famosas cortesanas de *madame* Fave, pero definitivamente no era un lugar cualquiera. El establecimiento no se estaba viniendo abajo como muchos otros de la calle y las mujeres que aquí se encontraban aún se catalogaban como aceptables, no eran esqueléticas y se mantenía bien formadas, además de estar sanas y tener todos sus dientes en forma, que era más de lo que se podía aspirar por alguno de esos lugares.

Como si de una segunda casa se tratara, Anthony atravesó el sitio con zancadas grades y decididas de quien sabía a dónde iba. El lugar olía a humo y alcohol barato, pero no lo incomodó y siguió caminando por los oscuros salones apenas iluminados por uno que otro farol cerca de las mesas donde se realizaban importantes partidos llevados a cabo por hombres y mujeres; ahí no había distinción de género. Al final del salón, cruzó a la derecha y se internó en un pasillo tan oscuro como el cielo de la noche, que si no lo conociera bien, puede que se hubiera perdido. El suelo de madera crujía ante sus pisadas y el olor a humedad traspasaba su nariz. Anthony llegó al final del corredor, pero en vez de subir el tramo de escaleras que conducía a las habitaciones de arriba, se detuvo a un lado de estas y tanteó la pared hasta dar con el pomo de una puerta que chirrió al ser girado.

Adentro, la estancia compuesta por un escritorio, una silla y una licorera se encontraba iluminada solamente por un farol colocado en el escritorio de madera, que dejaba ver a la perfección a la mujer que se hallaba encima de un corpulento hombre y que estaba a punto de desabrochar su corpiño cuando el sonido de la puerta le advirtió de la presencia de un tercero.

Una serie de insultos en voz masculina que espantarían al más fiero de los marineros resonó en el lugar mientras la pelirroja se bajaba del regazo del hombre e intentaba acomodar su ropa. El hombre, por su lado, miró y soltó otro tanto de maldiciones al reconocerlo.

—¿Acaso en esos colegios tan finos a donde mandan a los de tu clase no les enseñan a tocar la puerta? —espetó el corpulento caballero de cabellos negros

mientras veía con decepción como la prostituta salía apresuradamente del lugar.

Anthony no le hizo caso, en cambio, tomó una de las sillas que estaban en una esquina y se sentó frente a él en el escritorio.

Calvin Blake, o cual fuera su nombre real, era una persona de figura imponente. Medía aproximadamente un metro noventa, más alto que él mismo; tenía la piel tostada por el sol, y cabello y ojos negros. Su nariz perfilada un poco torcida por los golpes de su profesión y su mandíbula cuadrada delataban su descendencia aristocrática, pero sus duros ojos, llenos de desconfianza, dejaban ver todo lo sufrido por haber nacido bastardo. Cuál de todos los nobles que se aprovechaban de jóvenes inocentes era el padre de Calvin, era desconocido, pero ese fue un hecho que nunca pareció molestar al hombre que, a pesar de haber crecido como un bastardo, consiguió salir adelante y llegó a convertirse en agente investigador de Bow Street. Por qué decidió dejar el trabajo para volverse dueño del un club y prostíbulo de mala muerte era todavía una interrogante.

Anthony conoció a Calvin cuando había decidido comenzar a malograr su vida, precisamente en ese mismo lugar. Sería hace unos cinco años ya, Susan acababa de morir y él era un joven que acababa de perder toda esperanza de ser feliz algún día; ya no creía en nada, y estaba seguro de que había sido mandado a ese mundo con el fin de castigar a alguien, a su padre específicamente.

Con veinticuatro años solo pensaba en disfrutar lo que pudiera de esa vida cruel que parecía empeñada en hacerlo sufrir. Había decidido que el juego, las mujeres y el alcohol eran una solución factible, y lo fueron, al menos por un tiempo, mientras era novedad. Ahora, a sus veintinueve años, era simplemente... aburrido, sentía que necesitaba algo más, pero no estaba seguro qué. El hecho era que había conocido a Calvin cuando ya llevaba unos meses visitando de forma frecuente el lugar. El hombre que debía tener ahora unos treinta y cinco años, nunca había mostrado especial interés en la gente que visitaba su local, le interesaba el dinero y nada más; pero cuando vio a Anthony, aseguró haber visto en él la misma tristeza que lo aquejaba en su juventud y le dijo, sin ningún escrúpulo, que no pensaba permitir que alguien tan joven acabara con su vida.

Aunque ahora, al recordar los hechos, el encuentro resultaba cómico, no lo fue en su momento. Había sido una discusión bastante fuerte que casi se

desencadenó en golpes. Joven e impulsivo, Anthony se había enfrentado a Calvin y le había dicho que no tenía ningún derecho de meterse en su vida, y que si no lo aceptaba en su club, podía irse a otro. Las palabras de Calvin habían sido claras y simples, pero aún lo recordaba.

—Anda si quieres, yo no tengo derecho a detenerte; y cuando te estés muriendo intoxicado de tanto alcohol, enfermo de sífilis, o muerto por una sobredosis de opio, piensa si en verdad valieron la pena los momentos efímeros de placer.

Anthony había salido de ahí furioso, mascullando que haría lo que se le viniera en gana y que si se quería matar, se mataría; sin embargo, las palabras estuvieron rondando su cabeza por varios días hasta que decidió moderar un poco, solo un poco, su estilo de vida, y dejar el opio; no tanto por él, sino porque no quería darle el gusto a su padre de verlo muerto. Su reputación ya se había arruinado para entonces y él no se molestó en arreglarla, más bien quiso mantenerla. Poco después había regresado a Los ángeles del placer y entabló cierta amistad con Calvin, donde había descubierto todos los aspectos de su vida y él sabía todos de la suya. Calvin era mejor amigo de lo que podía ser cualquier petimetre aristócrata. Actualmente iba ahí de vez en cuando, ya fuera a divertirse un poco o a tratar cierto asunto, como ahora.

—¿Qué has averiguado? —interrogó Anthony recostándose despreocupadamente en el sillón, para intentar ocultar su ansiedad ante la respuesta.

—Nada, nada en absoluto. El señor Dudley y Evangeline Aradde parecen haber desaparecido de la tierra, o al menos en Inglaterra no están.

Anthony intentó ocultar su decepción. Tal vez debería dejar el asunto así, dejar de perder tiempo y dinero buscando a personas que, si llegaban a estar vivas, no querían ser encontradas; pero es que la necesidad de información a veces era tan fuerte...

No recordaba con exactitud la fecha exacta en la que quiso investigar el paradero de su madre, pero desde entonces se había convertido en una especie de obsesión. De joven, el odio hacia la progenitora, que primero le había mostrado cariño para después abandonarlo cuando recién había cumplido los siete,

siempre lo cegó y le hizo creer que no deseaba saber dónde estaba, que no le interesaba; y aunque el sentimiento de rencor y desprecio no había cambiado en lo más mínimo, sí había desarrollado cierto interés en encontrarla, aunque fuera para decirle a la cara todo lo que la despreciaba, para quitarse ese odio de encima que parecía matarlo por dentro cada día. Quería gritarle que la odiaba, quería decirle todo lo que sufrió por su abandono, pero en el fondo lo que más deseaba era una explicación de esto; siempre la había deseado. Deseaba saber el motivo de su desprecio hacia él, deseaba preguntarle por qué no lo había llevado consigo en vez de dejarlo a merced de su padre, que desde temprana edad supo que lo odiaba.

Después de su abandono, fueron muchos los años en los que esa incógnita lo atormentó. ¿Por qué no lo había llevado consigo? ¿Acaso todo ese afecto que le había demostrado durante sus primeros años de vida fue mentira? ¿Sería cierto lo que decía su padre, que había sido un error, que nunca debió nacer? Días y noches se preguntaba lo mismo, nunca pudiendo encontrar una respuesta clara.

Ante la sociedad, Evangeline Price, o Evangeline Aradde, como era su apellido de soltera, había abandonado a su marido en 1797 y había escapado a Francia con su amante más reciente, el señor Dudley. Se rumoreó que apenas empezó la declaración de guerra en 1803 regresaron a Inglaterra temerosos lo que le pudiera suceder allá, pero nunca se supo con exactitud su paradero. Muchos eran los que afirmaban haber visto a «los excluidos» (como fueron llamados) en el norte, otros el sur, pero ninguno de los investigadores que Anthony había contratado había podido localizar a nadie que respondiera a esos nombres o a las descripciones dadas.

Cuando conoció a Calvin, creyó que una había una nueva esperanza. El hombre no solo tenía contactos con los mejores investigadores de Bow Street que harían lo que fuera por una buena tajada de dinero, sino que tenía informadores en los bajos fondos de Londres y en la mayoría de los clubs de juego, que según recordaba, era una de las aficiones del señor Dudley.

La posibilidad de que su madre y su amante estuvieran en Londres era tan remota como la de que aún siguieran juntos; después de todo, habían pasado muchos años y si estuvieran en Londres, él se hubiera enterado hace rato. Sin

embargo, Calvin le planteó la posibilidad de que tal vez no tuvieran la misma posición acomodada que antes, y todos sabía que la clase alta jamás se fijaba dos veces en alguien que, a simple vista, pareciera inferior, aunque este hubiera pertenecido antes a su mismo círculo; pero, hasta ahora, nada había dado resultado.

Había intentado de todo. Envió a investigadores a diferentes áreas del país donde se rumoreaba habían sido vistos. Entrevistó a la familia del señor Dudley que siempre aseguraban no saber nada de él. Mandó a interrogar a criadas y a lacayos que servían en las casas que ambos personajes solían visitar, para saber si sucedió algo durante esas visitas, si habían oído algún chisme, algún rumor. Él mismo, cuando su reputación no era tan mala que aún le permitían asistir a fiestas, había hablado personalmente con algunas viejas amistades de su madre, pero todas afirmaban que nunca se trataron demasiado, por supuesto, ninguna pensaba afirmar que había sido amiga de alguien que demostró tener un comportamiento tan vergonzoso e inmoral.

A estas alturas, Anthony estaba a punto de rendirse, tal vez, simplemente no era su destino encontrarla.

—¿No has pensado que pueda estar muerta? —preguntó con cautela Calvin—. Quizás haya muerto en Francia, o nunca regresó. Puede estar en Irlanda, Escocia, América. Las posibilidades son muchas, y cada una más difícil que la anterior.

Claro que lo había pensado, había pensado en todo ello, solo que nunca quiso analizarlo a fondo. Que estuviera muerta significaría que jamás sabría sus motivos para que lo abandonara, y que anduviera en otro país también, pues ¿qué tantas posibilidades había de dar con ella si desconocían el lugar específico donde estaba? Podía seguir en Francia, podía estar en Irlanda, o Escocia, América e incluso España. Si mal no recordaba, su madre hablaba varios idiomas.

—¿Sabes qué? Creo que ya no importa, me rindo.

¿Para qué seguir invirtiendo su tiempo y dinero en un imposible? ¿Para qué seguir ilusionándose ante el mínimo avance si al final el resultado era el mismo? Si ella quería seguir desaparecida, que lo siguiera, al fin y al cabo, estaba seguro de poder vivir como siempre.

Calvin lo miró como quién sabe que no le era tan indiferente el asunto como quería aparentar, pero no mencionó nada, en cambio, cambió de tema a otro que le interesaba.

—Sobre el otro asunto...

—Hasta ahora nada —intervino él tranquilo—. Creo que tal vez el desconocido se haya cansado y simplemente se dio cuenta de que mala hierba nunca muere.

—No deberías venir mucho por aquí, eres un blanco fácil.

Anthony se encogió de hombros en gesto indiferente, como si no le importara que pudieran atacarlo de nuevo.

Si Calvin estuviera en su lugar, no se quedaría tan tranquilo ante el hecho de que un desconocido estuviera pidiendo su vida; pero no lo estaba, y no era mucho lo que podía hacer para lograr convencer a Anthony de que tomara más precauciones. Él sabía que su amigo era capaz de defenderse solo, pero eso no alejaba la preocupación que causaba que alguien quisiera verlo tres metros bajo tierra, sobre todo cuando Calvin sabía que las ganas de vivir del muchacho parecían cada vez menores. Aunque no lo demostraba, Anthony estaba cada vez más hastiado de la vida, como si esta no tuviera sentido para él; Calvin temía que cometiera alguna locura, o peor, que se dejara matar por quien sea que estuviera buscando su cabeza.

Hace años, logró convencerlo de que morir de sífilis, o de cirrosis producto del alcohol, no era la mejor manera de acabar con su existencia; y había convencido al muchacho para que moderara los vicios que pudieron llevarlo a la destrucción. Sin embargo, él sabía que lo único que lo había convencido en ese momento fue no darle el gusto al viejo barón de su muerte, pero ¿ahora? El antiguo barón de Clifton llevaba cuatro años muerto y Calvin podía ver cómo Anthony parecía cada vez menos conforme con su vida. Lleno de un rencor hacia la progenitora desaparecida, y sin ninguna intención de casarse y formar una familia, no era una buena perspectiva para el futuro.

Por otro lado, estaba el asunto de presunto asesino. Por más que lo intentaron, aún no habían podido descubrir la identidad del personaje que quería verlo muerto. A lo largo de los últimos seis meses, el asesino había propiciado cerca

de unos tres ataques a su amigo; dos de los cuales se produjeron precisamente en unas de sus idas hacia el prostíbulo. En otro, el asesino contratado había llegado incluso a filtrarse en la residencia de Anthony en Piccadilly. Por ahora, no tenían ningún dato que los llevara hasta la mente maestra del plan. Los atacantes, hasta ahora, habían ido en grupos pequeños, pues ¿qué tan difícil podía ser matar a un solo hombre? Sin embargo, temía que las personas contratadas aumentaran al darse cuenta de que ese solo hombre tenía la fuerza de tres. El terco de Anthony se negaba a tener que contratar protección para sus salidas y solo había accedido a emplear agentes que vigilaran su casa por cualquier otro atentado ahí. Todos los atacantes habían huido en el intento, ya fuera heridos o bastante magullados, pero no habían podido dar con ninguno para obtener información. Este hecho preocupaba cada vez a más a Calvin, no así a Anthony que parecía muy tranquilo con la posibilidad de que alguien quisiera adelantarle su ida al otro mundo.

Sabiendo que no valía la pena insistir en el tema, decidió aligerar la tensión.

—¿Y bien? ¿Me vas a decir que no quieres divertirte solo un poco? Becky asegura que la tienes muy abandonada, tienes tiempo que no vienes y empieza a pensar que has decidido volver al buen camino. ¿Es así acaso? ¿Piensas volverte monje?

Anthony bufó y pensó en la morena que le acaban de mencionar. Becky sí que sabía cómo complacer a un hombre y hacerle despertar sus más bajas pasiones, pero por más que imaginó todo lo que podría compartir con ella esa noche, no logró animarse. Como había dicho antes, las citas con prostitutas y el alcohol ya no parecían surtir el mismo efecto relajador que antes, ya no parecían llenar el vacío que había en su interior; ahora era aburrido. De pronto se encontraba deseando algo más, pero no sabía que era. Una imagen de la joven entrometida del jardín volvió a aparecer en su cabeza y Anthony juró interiormente. ¿Por qué rayos no se podía olvidar de ella? ¿Qué tenía de especial?

Molesto consigo mismo por pensar en aquello que le estaba vetado, se levantó y se dirigió a la salida.

—Tal vez luego —informó a Calvin—, ahora tengo otras cosas que hacer.

Cosas que consistían en ir a su casa y echarse a dormir con la esperanza de que

unas horas después su misteriosa obsesión con el ángel rubio desapareciera. Sin embargo, cuando llegó a su casa y estaba a punto de dormirse, la imagen de ella lo acompañó en los sueños.

Capítulo 5

Esmeralda Loughy esperó pacientemente en el pequeño salón de visitas a que su prima Topacio bajara a recibirla, o le mandara a indicar que podía subir.

Toda la noche había estado dándole vueltas al asunto de su no adecuada elección de enamorado, y había llegado a la conclusión de que ella no se pudo haber equivocado. Debía haber algo que explicara todo lo que se decía de él y ella estaba dispuesta a descubrirlo; ahora, el problema consistía en que si en verdad el hombre no era invitado por ninguna anfitriona respetable a ninguna velada, sus posibilidades de encontrarse con él eran prácticamente nulas. Si no se topaba con él, no podría ni descubrir las razones de su mala reputación, ni podría hacerle ver que ella era la mujer de su vida y que tenía que creer en el amor. Debía buscar la forma de fomentar un encuentro entre ambos, y en ese caso, su mejor aliada sería Topacio.

Cuando había llegado el momento de decidir cuál de todas sus familiares casadas podía ayudarla con ese asunto, no le quedó duda de a quién elegir. Ella quería mucho a sus dos primas, y a su hermana Rubí, pero sabía que Topacio era la única que no se mostraría completamente horrorizada por las supuestas cosas que decían de su futuro marido; cosas que, por cierto, Rowena se había negado a decirle afirmando que no eran aptas para los oídos de una señorita.

Si James, el hermano de su tutor, hubiera estado en Londres, habría recurrido a él, pues siempre había tenido una relación fraternal bastante buena con el hombre y sabía que él la habría ayudado sin decir palabra; pero dado que acababa de cumplir 28 años, Rowena también se había dedicado a buscarle esposa. Con una excusa inverosímil de no sé qué trabajo, se había ido a pasar

unas semanas en la tranquilidad del campo y Esmeralda sabía que se quedaría ahí toda la temporada si era necesario, aunque se perdiera las mejores diversiones de Londres. Pensó en escribirle para ver si conocía a Anthony, pero lo haría más tarde, primero hablaría con Topacio.

Topacio Loughy, o cual fuera su apellido de casada, siempre había sido una mujer de armas tomar. La palabra «miedo» no existía en su vocabulario y siempre parecía reírse del peligro; sin duda, justo lo que andaba buscando. Además, su esposo, el duque de Rutland, parecía conocer todo de todo el mundo; era extraño, pero solía saber lo bueno y lo malo de una persona, como si fuera a necesitarlo en un futuro. El hecho era que si alguien la podía ayudar, eran los duques. El cómo harían para propiciar un encuentro entre ambos sería mejor que lo pensarán ellos, porque a ella no se le ocurrían muchas ideas.

El mayordomo le indicó que la que duquesa estaba en el cuarto de los niños, y Esmeralda, que ya conocía el camino, subió hasta él.

La escena que encontró no podría describirse como otra cosa que conmovedora. Sentada en un diván, Topacio, que normalmente mantenía una expresión indiferente y cínica, sonreía con ternura a la bebe de un año que tenía en sus brazos, a la vez que hacía unas cuantas muecas para hacerla reír. Cualquier persona que no fuera familia y viera a Topacio mostrar semejante despliegue de afecto, no reconocerían en ella a aquella bruja que afirmaban tenía una lengua venenosa y mortal.

—Buenos días —saludó Esmeralda, se sentó en una pequeña silla a su lado y estiró los brazos para tomar a la pequeña niña de cabellos negros que sonrió al reconocerla y que se lanzó a ella—. ¿Dónde está Albert? —preguntó curiosa mirando por la habitación en busca del niño de tres años.

—Con Adam, en su despacho, dijo que le iba a enseñar algo... ¡Dios! espero que no sea a forzar cerraduras, eso sería demasiado peligroso para mi integridad mental. Ese niño ha resultado ser más travieso de lo que esperaba, ¿sabes? No entiendo por qué, yo siempre fui una santa.

Esmeralda rió ante la afirmación y depositó un beso en la mano de la niña que parecía querer explorar su boca.

—Zafiro siempre fue una santa, y Angelique me contó que sus mellizos ya

corrieron a la primera niñera.

Los ojos de Topacio brillaron con sorpresa, lo que era un logro, porque Topacio rara vez se sorprendía.

—Pero si apenas cumplirán tres años el mes siguiente. ¿Cómo...?

Esmeralda se encogió de hombros.

—No lo sé y prefiero no saberlo. Al parecer Allen más Loughy resultó ser una combinación un tanto peligrosa.

Topacio rio.

—Oh, pobre Zafiro. —Volvió a reír demostrando la gracia que le causaba la situación de su prima—. Bueno, algo debe estar pagando. En fin, ¿qué te trae por aquí, cariño?

Esmeralda sonrió.

—Me he enamorado —afirmó.

A Angelique no le haría mucha gracia saber que alguien más se había enterado primero de los pormenores de su enamoramiento, pero este era un caso especial.

Topacio examinó su cara. Su descendencia gitana no solo se manifestó en su cabello oscuro y sus ojos grises, sino que le había proporcionado un instinto e intuición única. Pocas eran las cosas que permanecían ocultas a Topacio y esta siempre parecía saber los sentimientos de otros antes que ellos mismo; parecía... adivina.

Cuando terminó su escrutinio, Topacio sonrió.

—Ya veo... —dijo percatándose de ese brillo especial en los ojos, que solo podía definirse como amor hacia alguien—. Y dime, ¿quién es el afortunado?

La sonrisa de Esmeralda disminuyó.

—Bien... ese es el problema, verás... Rowena dice que no es apropiado.

Topacio alzó una ceja para que se explicara. Ella sabía mejor que nadie que para que a Rowena alguien no le pareciera apropiado, era por algo.

—Se llama Anthony Price, es el barón de Clifton.

Su prima arrugó ligeramente el ceño y puso un dedo en su barbilla intentando recordar el nombre.

—Anthony Price... ¡Ya me acordé! —exclamó y luego hizo una mueca y negó con la cabeza—. No, las cosas que se dicen de él no son muy halagadoras; y si

no supiera que uno no debe creer todo lo que oye, probablemente te diría que te alejes de él. ¿Cómo lo conociste? Tengo entendido que no hace muchas apariciones en sociedad, mejor dicho, que no recibe muchas invitaciones.

—Bien...

Esmeralda dudó si contarle o no su encuentro con el hombre, pero al final decidió que sí. Ella era Topacio Loughy, y Topacio Loughy jamás había sido fiel defensora de las reglas ni de las cosas normales. Así que contó todo, incluido el beso.

—Fue tan maravilloso —concluyó Esmeralda rememorando cada detalle del beso—. Fue mágico, único, especial... no encuentro palabras para describirlo. Después, supe que era él.

Topacio sonrió y asintió.

—Tengo que volver a verlo, pero ¿cómo?

Su prima lo pensó.

—Puede haber otros lugares donde te lo puedes encontrar que no sea necesariamente una velada. Hyde Park, Green Park, Drury Lane, Ascot, Vauxhall. No creo que no haga vida social.

—¿Y cómo sabré con qué frecuencia, o cuándo acude a esos lugares?

Esmeralda no tenía muchas ganas de ir todos los días a un lugar diferente y a una hora diferente para averiguar cuáles eran las costumbres de Anthony, podría tardar meses en descubrir sus hábitos y ella no estaba dispuesta a esperar tanto.

Topacio sonrió.

—Estoy segura de que Adam podrá ayudarnos con eso.

—¿Cómo? —preguntó curiosa.

—Solo lo sé.

—Pero... ¿no le molestará verse inmiscuido así en mis asuntos? Yo no quiero causar problemas...

Topacio la detuvo con un ademán de manos y su sonrisa se volvió más calculadora.

—No te preocupes, cariño, a Adam le fascina entrometerse en asuntos ajenos, más si es de familia. Pronto sabrás todo sobre tu Anthony, incluso si es tan malo como dicen.

Esmeralda asintió cautelosa y le devolvió la niña a Topacio. No sabía que planeaba y prefería no saberlo, se contentaba con el hecho de que pronto podría volver a verlo.

Durante los días siguientes, Esmeralda tuvo que contener su impaciencia para saber la información que había recolectado Topacio. Intentó concentrarse en otras cosas. Leyó, invitó a Angelique para contarle la historia, volvió a leer, practicó piano para tortura de las pobres almas que vivían en la casa, visitó a unas amigas, aceptó salir a pasear con algunos caballeros solo con la esperanza de ver al que le interesaba e, incluso, intentó bordar y fracasó rotundamente. En resumen, trató de todo, pero no podía mantener la cabeza alejada del asunto.

Los días pasaba y ella estaba cada vez más ansiosa. Sabía que esas cosas llevaban su tiempo descubrirlas y, a decir verdad, no tenía idea de cómo lo haría Rutland, pero no podía mantenerse quieta. Su mente no dejaba de imaginar cómo sería su encuentro nuevamente con él; se preguntaba qué le diría, si él se acordaría de ella, o si acaso le hablaría, pues dado su último encuentro, Esmeralda tenía la sensación de que no le había caído mucho en gracia; pero se negaba a ser pesimista, prefería pensar en que tendrían un agradable reencuentro.

No había hablado más a Rowena del asunto por miedo a su reacción. Prefería esperar a confirmar que el hombre no era tan malo como decía y luego vería. Había pensado en escribirle una carta a James, preguntándole sobre él, pero no lo hizo, también por miedo. Esmeralda temía que James, que siempre la había comprendido y consentido como a una hermana pequeña, tampoco fuera capaz de entender su situación. Si había oído escuchar hablar de Anthony, casi podía leer su respuesta: «Duende, estoy seguro de que tú no estás enamorada. Nadie puede enamorarse a primera vista». Sí, esa sería la respuesta de James, y es que lo conocía tan bien. James Armitt tampoco era fiel defensor del amor y sus ideas románticas siempre le habían parecido un poco desubicadas, pero nunca las cuestionó. Puede que siempre le haya brindado su apoyo, pero Esmeralda prefería no arriesgarse, al menos hasta que pudiera comprobar que la gente había exagerado un poco sobre la conducta de Anthony, y él no era tan malo como se decía, porque estaba segura de que no lo era.

Cuando le llegó la nota de Topacio pidiéndole verla porque tenía información,

Esmeralda casi da saltitos de alegría. Ese mismo día fue a visitarla por la tarde.

Ya había pasado una semana desde su última conversación, y aunque relativamente era un tiempo corto para investigar las costumbres de alguien, a ella le había parecido una eternidad. Así que, sentada en el pequeño salón de té, con una taza en la mano, esperó expectante a que Topacio contara lo que su esposo había averiguado de una forma desconocida.

—Anthony Price, barón de Clifton, tiene una reputación verdaderamente horrible —comenzó Topacio y Esmeralda intentó no desilusionarse tan rápido—. Las cosas que se comentan de él solo pueden ser inventadas por alguien con la mente retorcida, gente que conforma la sociedad londinense.

—¿Inventado? ¿Quieres decir que es mentira? —preguntó esperanzada, ya ni siquiera interesada por oír las cosas que se decían de él.

Topacio se encogió de hombros.

—Adam no puede afirmarlo, al parecer, hay fundamentos para afirmarlo, pero Adam no estaba en el país cuando Anthony Price fue declarado una paria, así que no puede asegurar nada. Durante los últimos días ha estado siguiéndolo y...

—¿Siguiéndolo? —interrumpió Esmeralda—. ¿Algo así como una especie de espionaje?

—Algo así, pero...

—¿A tu esposo no le molestó hacer de espía solo para conseguirme a mí información?

Todos sabían que el duque estaba perdidamente enamorado de Topacio, pero de ahí a servir de espía solo para obtener información para ella... le parecía demasiado. No creía que fuera una tarea sencilla.

Topacio sonrió como si supiera algo que ella no.

—Te aseguro que no le supuso ningún problema. Ahora, si me dejas hablar, te explicaré. Es cierto que lord Clifton suele visitar casas de juego con frecuencia...

—¿Es adicto al juego? —Eso no debía ser bueno.

—¡Déjame hablar! —exclamó Topacio exasperada por sus interrupciones.

Esmeralda asintió sumisa.

—Bien, como te decía, en la última semana ha visitado casas de juego, de no buena fama a decir verdad, pero según Adam, no jugó de forma exagerada, y

cuando empezaba a perder mucho dinero se retiraba; por lo que no se le puede calificar aún como un jugador adicto. No ha visitado prostíbulos, por lo que no creo que sea verdad lo que dicen sobre sus... gustos. —concluyó Topacio y Esmeralda la notó incómoda.

—¿Gustos? ¿Qué clase de gustos?

¿Era idea suya o Topacio se estaba ruborizando? No, imposible, Topacio jamás se ruborizaba.

—Gusto que no deben ser escuchado por una señorita.

—Oh, vamos, Topacio. Tú nunca has sido remilgada, dime...

—¿Quieres saber el resto o te estacarás en el tema? —Cortó su prima y Esmeralda hizo un gesto enfurruñado para que continuara—. Bien. Si vamos al lado bueno, tiene una embarcación naviera que transporta mercancía a otros países y que le proporciona una economía bastante holgada. Adam confirmó que el negocio era completamente lícito, y con ello queda desestimado el rumor de negocios con piratas y contactos con los bajos fondos de Londres.

A Esmeralda le hubiese gustado preguntar cómo había averiguado Rutland tantas cosas en solo una semana, pero presintiendo la pérdida de la poca paciencia de su prima, calló, esperando a que continuara y la informara de lo que más le interesaba, sus hábitos.

Como si le leyera la mente, Topacio continuó.

—No hace mucha vida social —comentó con una mueca—. Al parecer solo sale a sus clubs de juego, y a tratar asuntos de sus negocios, pero nada más. Sin embargo... —añadió justo cuando Esmeralda experimentaba otra ola de decepción— tiene la costumbre de salir a cabalgar por Green Park temprano, cuando casi nadie está despierto.

Topacio arqueó las cejas y las movió significativamente, dándole a entender qué esperaba de ella.

—¿A qué hora? —preguntó Esmeralda entusiasmada. No era muy amante de la cabalgata pero... lo que fuera por volver a verlo.

—A las seis en punto está en Green Park.

A las seis. Green Park era un parque tan famoso como Hyde Park para dar un paseo a caballo o a pie, pero eran pocas personas, por no decir ninguna, las que

estaban levantadas a las seis de la mañana. Los aristócratas tenían la costumbre de dormir hasta tarde, sobre todo cuando la temporada estaba en pleno apogeo y las fiestas se alargaban hasta altas horas de la noche. Si se encontraba con él, había muchas posibilidades de que no hubiera nadie que los incordiasen... ¡Era maravilloso!

El entusiasmo debió de reflejarse en sus ojos, porque Topacio sonrió.

—Solo cuida no hacer como Rubí.

Esmeralda se ruborizó. Hacía apenas un año que se había enterado de que su hermana había... estado con Aberdeen antes de matrimonio. Fue una historia de los más sorprendente, pero explicaba muchas cosas que en aquel entonces le parecieron confusas.

—Te prometo que no cometeré ninguna locura.

Topacio amplió su sonrisa.

—Ay, cariño, eres una Loughy, no se puede evitar.

Esmeralda rio y, después de estar un rato con los niños, regresó a su casa para planear cada detalle de su próximo encuentro con lord Clifton... no, con Anthony, sí, en su interior siempre sería Anthony, o Tony... ¡Sí! ¡Tony! Más sencillo para alguien con muy mala memoria, aunque dudaba que algún día olvidaría ese nombre.

Sonriendo como una boba, llegó a su casa y se pasó casi el resto del día viendo sin disimulo cuanto reloj encontrara en la casa. Si los duques notaron su rara actitud, no comentaron nada. En la noche, casi no pudo dormir de la emoción por el próximo encuentro. Si esa emoción por ver a alguien no era amor, no sabía que era.

Cuando al fin llegó el día, se levantó a las cinco de la mañana y tomó un desayuno. Pidió a su doncella que la ayudara a ponerse un elegante traje de montar verde oscuro y salió con dirección a los establos, desde donde partió con un lacayo rumbo a Green Park.

En el fondo, Esmeralda esperaba que Rowena no se enterara de su salida. Las Loughy, a excepción de Topacio, tenían la peculiar cualidad, o defecto, según se viera, que no sabían mentir. Si su tutora le preguntaba por qué su afición por salir a cabalgar tan temprano, cualquiera que fuese la mentira que dijese sonaría

inverosímil; por ende, prefería rezar para que no se supiera nada.

Green Park no quedaba muy lejos de su casa y no tardó en llegar al parque y empezar a buscar su objetivo. Sabía que su reputación corría riesgos si alguien la veía con Anthony ahí, cuando no había nadie alrededor y con la única compañía de un lacayo por protección; pero, dado que se trataba de decidir su futuro, correría el riesgo.

Debido a que no tenía mucha experiencia montando, anduvo a trote lento, atenta a cualquier señal que pudiera hacerle saber la presencia de alguien más.

Cuando llevaba al menos unos diez minutos cabalgando, lo vio. Estaba ahí, a unos veinte metros de ella, con un traje completamente negro, inclinado en el caballo para ganar velocidad y trotando en un gran círculo, parecía un caballero medieval que persigue al enemigo dispuesto a ensartarlo con su lanza.

Esmeralda detuvo su avance y se quedó observándolo como en un hechizo al hermoso espécimen que montaba a caballo. Observó cada uno de sus movimientos. Sus músculos flexionados por el ejercicio. Su pecho subía y bajaba por el esfuerzo. Pareciera como si quisiera desahogar algo, como si deseara liberarse de un peso mediante la actividad.

Lo observó por varios minutos hasta que él se detuvo. Levantó la cabeza hacia el cielo, como un pecador que pedía perdón a Dios y suplicaba misericordia. A pesar de la distancia, su semblante mostraba una angustia y un sufrimiento que hicieron que a Esmeralda se le encogiera el corazón.

Guiada por el instinto empezó a acercarse, dispuesta a distraerlo de lo que sea que lo aquejaba.

Anthony abrió los ojos y enderezó la cabeza cuando la sensación de ser observado se manifestó al erizársele los vellos de la nuca. Olvidó sus congojas y giró la cara esperando encontrarse con nada como las veces anteriores, pero esta vez sí había alguien. Una mujer rubia se acercaba a él, con el aspecto de una aparición divina que venía directamente del cielo a salvarlo. Parpadeó pensando que la alucinación desaparecía, pero no fue así, siguió acercándose hasta que pudo distinguir su figura y fue entonces cuando se dio cuenta de que no era ninguna aparición, sino una mujer verdadera, una mujer que... ¡No!, no podía ser... Ella no podía ser...

—Buenos días, lord Clifton. Qué casualidad encontrarlo por aquí.

Era ella. La entrometida y hermosa mujer que no podía sacarse de la cabeza estaba ahí frente a él, y Anthony tenía el desagradable presentimiento de que no tenía ninguna intención de irse.

Capítulo 6

Anthony observó con recelo a la joven rubia que en ese momento le mostraba una sonrisa tan encantadora que hubiera hecho que un caballero se enfrentara a mil dragones solo por poder disfrutarla toda una vida.

No tenía ni idea de cómo había obtenido su nombre, o mejor dicho, por qué se había molestado en averiguarlo; pero sí sentía cierta desconfianza sobre sus motivos. La mujer había asegurado que no divulgaría nada, y tenía entendido que así fue, pero ¿por qué investigó su nombre? Curiosidad, seguro era eso, la muchacha tenía cara de curiosa.

Miró a ambos lados esperando ver a la joven con alguna compañía, pero lo único que divisó fue a un lacayo que se encontraba a una distancia prudencial. Estaban literalmente solos, como la vez anterior y eso solo podía significar problemas.

—Señorita...

—Loughy. —Se apresuró a presentarse ella—. Señorita Esmeralda Loughy.

Esmeralda... viendo a la luz del día el verde profundo de esos ojos, se dio cuenta de que el nombre le quedaba muy bien.

—Srta. Loughy, qué coincidencia verla por aquí, tan temprano... cuando el parque normalmente está desierto.

Si ella notó el tono sarcástico de la frase, no lo dio a entender.

—Sí, es una gran coincidencia, como ha dicho —afirmó ella.

No supo si fue idea suya, pero el tono en que lo dijo parecía algo ensayado; no obstante, eso era imposible, porque en verdad debía ser una coincidencia. ¿Qué más podía ser? Ella seguía sonriendo, y Anthony pensó que, con esa sonrisa, ella

podía afirmar que el cielo era verde y ni el mismo rey se atrevería a contradecirla.

No muy dispuesto a descubrir si él también podría sucumbir a los encantos de esa sonrisa a la vez seductora e inocente, dijo.

—Bien, que gusto volver a verla. Por cierto, gracias por no decir nada. Hasta luego.

Empezó a alejarse, pero como parecía ser su costumbre, ella lo llamó.

—Espere, ¿se va tan pronto?

—Sí.

—¿No quiere pasear conmigo un rato?

Ahora sí que la miraba con desconfianza. ¿Pasear con ella un rato? ¿A las siete de la mañana? ¿Cuándo no había nadie más que un simple lacayo que pudiera garantizar el decoro? Ni loco.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no es correcto.

Ella volvió a sonreír, esta vez con un brillo de humor en los ojos.

—Usted me dijo que no era un caballero, ¿y le preocupa el decoro?

Anthony decidió no hacer caso a la pulla y tomó de nuevo las riendas de su caballo dispuesto a alejarse de esa mujer que parecía querer a gritos que la arruinaran. Era de lo más extraño, pero por más que la tentación era grande, no pensaba ser él quien lo hiciese. No estaba completamente seguro de que la mujer fuera tan inocente como aparentaba, pero si lo era, definitivamente había sido vetada del sentido común, por lo que por primera vez tendría que demostrarlo él. ¿Pasear con ella? ¿Pero a quién se le ocurre? Si paseaba con ella mucho tiempo, dentro de poco tendría a un pariente furioso exigiéndole matrimonio y retándolo a duelo cuando se negara.

—No muerdo —masculló ella intentando darle alcance para lo que azuzó un poco más a su caballo.

Anthony pensó en seguir, pero un diablillo en el hombro le susurró al oído un plan más interesante. Detuvo al corcel y giró la cabeza para verla, luego, sus labios se curvaron en una sonrisa que no podía definirse como otra cosa que

maliciosa.

—¿No lo hace? Es una lástima.

La expresión que pasó por el rostro de la joven era de evidente confusión. Sin duda, sí era tan inocente como aparentaba, y él casi podía ver a su cerebro intentando descubrir el significado de esas palabras. Al final, no debió conseguirlo porque negó imperceptiblemente con la cabeza como descartando el asunto y se empezó a acercarse a él.

Anthony no estaba seguro de qué hacer. ¿Por qué rayos parecía querer perseguirlo? Ni las más coquetas de las debutantes eran tan descaradas para encontrarse a solas con una persona en un parque desierto, más si esa persona era él. Si la muchacha se tomó la molestia de averiguar su nombre, sin duda había escuchado hablar de todo lo demás. ¿Por qué arriesgaba de esa forma su reputación? Él no se pensaba casar, se lo había dejado en claro aquella noche. ¿Se le habría olvidado?, ¿o no le creía? Fuera lo que fuera, tenía que andarse con cuidado.

La joven llegó a hasta donde se encontraba y él pudo notar que tenía cierta dificultad al manejar el caballo.

—No deberías salir a montar si no sabes cómo hacerlo —le comentó.

—Si sé cómo hacerlo —objetó ella en tono dulce—, solo que no tengo mucha práctica y... —Sus ojos se iluminaron cuando le llegó una idea—. He venido a practicar aquí. He decidido venir temprano pues no deseo que la gente note mi inexperiencia... ¿No quiere usted enseñarme alguna técnica para cabalgar mejor?

Anthony frunció el ceño, pero luego volvió a ofrecerle esa sonrisa maliciosa que hizo que un escalofrío le recorriera el cuerpo. Se veía sorprendentemente apuesto cuando sonreía de esa manera.

—Me encantaría, pero temo que mi forma de cabalgar dista mucho de la suya; sin contar que me metería en un gran problema.

Ella volvió a fruncir adorablemente el ceño para intentar captar el doble significado de la frase.

—No entiendo...

—Ya veo.

Acostumbrado a mujeres de mala vida, tanta inocencia se le hacía bastante

conmovedora. Hace años que no tenía contacto con gente así, que parecía ajena al lado oscuro de la vida.

Ella volvió a negar con la cabeza. Al parecer, era de las personas que no se ponían a pensar mucho en lo que no entendían y lo descartaba rápidamente.

—¿Está jugando conmigo? —preguntó al ver el brillo burlón en sus ojos.

Él compuso una expresión ofendida.

—¿Yo? Para nada, solo le he manifestado mis motivos para no enseñarle a cabalgar —manifestó recorriéndola de arriba abajo con una mirada depredadora. Sus ojos ámbar parecieron oscurecerse de repente.

Ella frunció nuevamente el ceño. Pronto debió comprenderlo todo porque sus pálidas mejillas se volvieron de un tono rojo carmesí que le cubrió casi toda su cara. Se veía adorable, tuvo que admitir... ¡Diantres! ¿Por qué todo en esa mujer le estaba pareciendo adorable? Quizás era él el que se estaba volviendo loco.

Esmeralda comprendió lo que él quería decir en el mismo momento en que sus ojos ámbar la observaron con un brillo depredador mezclado con la burla. En otro momento, no le hubiera gustado mucho que le tomaran el pelo por su ignorancia, pero en esa ocasión decidió no darle mucha importancia. En cierto modo, le acababa de confesar de manera indirecta que ella le gustaba y le parecía atractiva para hacer... eso. Ella sabía que del deseo al amor, la diferencia era enorme, sobre todo cuando de los hombres se trataba. Topacio solía decir que la mayoría de los hombres no pensaba con la cabeza de arriba, y aunque recientemente se había enterado de qué significaba eso, sabía que tenía razón. Sin embargo, era algo por ahora. Le había prometido a su prima que no cometería ninguna locura, y no lo haría; ella no pensaba estar con él... aún, pero después pensaría si podría utilizar esa información a su favor. Por ahora, se concentraría en la forma de retenerlo.

—Es usted de lo peor —masculló cruzándose de brazos para intentar dar una pose ofendida, pero el caballo se movió e instintivamente ella se sujetó a su lomo.

Él rió, aunque no supo si por su comentario o por su miedo al animal.

—Ha tardado mucho en darse cuenta. Ahora, si me disculpa...

Tomó las riendas para azuzar el caballo, pero de alguna forma ella logró

interponérsele en el camino, ganándose un gruñido de parte de él.

Esmeralda sabía que se podía meter en un lío grande si seguía reteniéndolo de esa forma. Estar demasiado tiempo a solas en su compañía le podría suponer un problema, y no solo porque alguien podía aparecer de repente y verlos, sino porque el lacayo que se había visto obligada a llevar consigo, ya que le había sido imposible salir a escondidas, podía comunicarle a la duquesa su largo encuentro con un caballero. Rowena se podría histérica ante semejante falta de decoro, sobre todo si se enteraba de que ese caballero no era un caballero, sino el barón de Clifton. Sí, había muchas posibilidades de que las cosas le salieran mal, pero por otro lado, también había muy pocas posibilidades de encontrarse con él, así que se arriesgaría.

Sería positiva. Rowena nunca se enteraría, ella seguiría yendo todas las mañanas y se encontraría con él por «casualidad», luego lo obligaría a entablar una conversación con ella y lo convencería de alguna forma de que ella era la mujer que él necesitaba. Al final tendría una gran boda, vivirían felices y comerían perdices.

—Estoy hablando en serio, ¿me va a ayudar a mejorar mi técnica?

Él tuvo que contener una carcajada. Oh, vaya que le encantaría ayudarla, pero no la conocía, y no sabía qué tan grande sería el lío si lo hacía.

—No. Será mejor que se vaya, Srta. Loughy, si le queda algo de sentido común, lo hará.

Definitivamente, Anthony Price no había escuchado hablar de las Loughy, si lo hubiera hecho, no estaría pidiéndole a una que usara el sentido común.

—Yo sé que usted no tiene buena reputación —le dijo Esmeralda ansiosa por sacar conversación y que él no se fuera—, y sé que tampoco debería estar aquí, pero... ¿en verdad es tan malo como dicen? —preguntó curiosa.

Él sonrió de nuevo.

—Puede ser. Para tener una reputación mala hay que hacer actos para conseguirla.

—Pero ¿en verdad ha hecho cosas tan malas? ¿O la gente ha exagerado? —insistió.

—Si le digo que sí las he hecho, ¿se irá?

Esmeralda no se pensaba dar por vencida, y como estaba claro que él no pensaba decirle la verdad, cambió de táctica.

—Yo no creo que sea tan malo.

Él se mostró horrorizado.

—Dios, ¿eso quiere decir que mi reputación ha ido mejorando con el tiempo?

—negó con la cabeza—. Eso es impensable, tengo que hacer algo para recuperarla.

—Estoy hablando en serio —dijo aunque sonrió ante su actitud.

—Yo también —afirmó completamente serio—, no pasé tanto años de mi vida arruinándola para que ahora la gente empiece a creer de nuevo que no soy tan malo.

—¿Por qué quiere que la gente piense que es malo?

—Tal vez lo soy. —Le hizo ver.

—¿Qué ha hecho para ganarse esa reputación?

—Cosas no aptas para los oídos de una señorita.

¡Oh, vamos! ¿En serio? ¿Él también? Se estaba cansando de que la gente no le contara nada.

—No puede ser tan malo —insistió.

Él se sorprendió de que la mujer siguiera insistiendo en que no era tan malo. La gente prefería pensar que lo era para así tener más de que hablar.

—Si fuera tan malo como dicen —prosiguió ella con un brillo calculador en los ojos—, no tendría ningún escrúpulo en contarme lo que dicen de usted.

Conque también era manipuladora. Interesante.

—Quizás me dé fastidio empezar a enumerar mis pecados.

—Y tampoco —continuó ella como si él no hubiera hablado— estaría tan preocupado de que nos vieran juntos.

—Se lo dije aquella noche, no deseo enfrentarme a duelo con algún pariente ofendido—. Esa era la razón, claro que era la razón, nada que ver con caballerosidad.

—Si mal no recuerdo —objetó ella intentando recordar la conversación—, le dije que no tenía padres ni hermanos.

—Ah, pero debe tener algún tutor, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Quién es?

Esmeralda dudó en si decirlo o no. En otra circunstancia, el nombre de su tutor hubiera bastado para que un pretendiente abriera los ojos encantado y empezara a analizar la buena alianza que sería, pero ella tenía el presentimiento de que aquí sería el efecto contrario. Al final decidió que una relación no se puede empezar ocultando cosas y que era mejor decir la verdad.

—El duque de Richmond, pero...

—¿El duque de Richmond? —preguntó incrédulo.

Definitivamente, esa muchacha deseaba verlo muerto. Pues que otro motivo tendría para perseguirlo de esa manera. ¡Era la pupila de un duque! ¡Por el amor de Dios! Era sorprendente que aún siguiera soltera.

No conocía de trato a Richmond, pero, por lo que había oído hablar de él, era un hombre muy respetado y honorable. Jamás permitiría que una pupila suya cayera en desgracia sin querer reparar el daño y eso lo pondría a él en un buen aprieto.

Intentó recopilar toda la información que hubiera escuchado de esa familia tratando de saber más sobre la persona que tenía frente a sí.

Loughy, ella había dicho que su apellido era Loughy... ¡Claro!, las Loughy, ¿cómo no lo había asociado antes? Podría no salir mucho en sociedad, pero sí había escuchado hablar de las Loughy, todos habían escuchado hablar de las Loughy. Eran las pupilas de los duques de Richmond después de que sus padres murieran en lo que, si mal no recordaba, fue un asesinato, una tragedia, sí. Tenía entendido que todas estaban casadas con... Puso su mente a trabajar intentando recordar... ¡Ya!, el marqués de Aberdeen, el duque de Rutland y el conde de Granard. ¡Jesús Bendito! No sabía cuál de ellos era el esposo de la hermana que ella había mencionado antes, ni cuáles eran los primos políticos, pero si no salía de ahí pronto sí que estaría en un gran problema. Nunca se había considerado cobarde, pero vamos, enemistarse con dos duques, un marqués y un conde era literalmente un suicidio. Puede que no le importara mucho su vida, pero eso no significaba que quisiera perderla por una mujer que apenas conocía.

No, tenía que irse de ahí.

—¿Está bien? —preguntó ella viendo que él parecía un poco ¿nervioso?

—Perfectamente. Fue un gusto verla, Srta. Loughy, sin embargo, estaré feliz si no vuelvo a tener ese placer.

No, no fue buena idea decirle su parentesco, tenía la impresión de que lo había asustado.

—Entonces, ¿no me va a ayudar a mejorar mi técnica? —preguntó inocentemente y recibió como única respuesta un gruñido.

Él tomó las riendas y empezó a alejarse, esta vez haciendo caso omiso de los llamados de Esmeralda. ¡Rayos! Esta vez parecía que sí la iba a dejar ahí, y ni siquiera lo había convencido de que le enseñara a cabalgar.

—No me diga que lo he asustado, lord Clifton —lo pulló para ver si así reaccionaba, pero él se limitó a responder sin detenerse.

—No es miedo, Srta. Loughy, simplemente instinto de supervivencia. Ni un loco salido de Bedlam se atrevería a enojar a los parientes que usted tiene.

Ah, entonces sabía todo sobre sus parientes. Bien, eso puede que tuviera algo que ver con su huida.

—Le aseguro que ninguno lo retará a duelo si es lo que teme. No mientras yo le diga que no lo hagan.

Al menos esperaba que no lo hicieran, no podía asegurarlo, pero él no tenía porque saberlo. Tenía que hacer que se quedase, al menos hasta que le sacara la promesa de que le enseñaría a montar a caballo. No pensaba irse de ahí sin haber tenido algún progreso.

—Prefiero no arriesgarme.

Hombre inteligente.

—Nadie tiene porque enterarse. Puede enseñarme a estas horas, cuando no hay nadie alrededor, prometo que intentaré escaparme de casa sin lacayo.

Eso sí sería un problema, pero lo intentaría, si así podría convencerlo.

Él detuvo al caballo y giró su cabeza hacia ella.

—Mire, no sé porque su interés en este absurdo, pero si le queda un poco de sensatez —cosa que dudo— no me buscará más, no solo por su bien sino por el mío, ¿entiende?

Claro que entendía, pero eso no significaba que fuera a hacerle caso.

—Oh, vamos, ¿ahora sí resultó ser un caballero?

Anthony se exasperó.

—Muchacha, está siendo irritante. ¿Por qué su interés hacia mí?

Ella no se lo podía decir, al menos no ahora, ya que tenía el presentimiento de que la terminaría de tachar de loca si lo hacía; así que decidió inventarse una mentira a medias.

—Porque me ha llamado usted la atención —respondió.

El frunció el ceño como si no comprendiera ese hecho, luego sonrió.

—Ya entiendo, ¿se siente usted atraída por mi mala reputación? ¿Le gusta el peligro que representa acercarse a mí?

—¿Qué? No, claro que no.

Él volvió a fruncir el ceño y analizó su cara intentando discernir si mentía.

—Entonces la única conclusión lógica es que usted está loca.

Esmeralda intentó no sentirse ofendida por ello. En cambio, formuló la pregunta que de repente empezó a aquejarla.

—¿No cree ser una persona que merece ser conocida mejor? —cuestionó.

Su semblante se volvió pensativo, parecía que no entendía la pregunta o la estaba analizando.

—Digamos que las mujeres no desean conocerme mejor, al menos no en el aspecto que usted afirma. Porque es el aspecto social, ¿verdad?

Ella se volvió a ruborizar. Era imposible.

—Sí, pero no me ha respondido. ¿No se considera usted una persona a la que vale la pena conocer mejor?

—Ya le respondí, nadie ha deseado conocerme mejor.

En el rostro de Esmeralda pugnó por aparecer una expresión de compasión, pero consiguió pararla antes de que se hiciera evidente por miedo a la reacción de él.

«Nadie ha deseado conocerme mejor».

Dicho en el tono tranquilo en que lo dijo, podía parecer una afirmación común sin mucha importancia, pero algo le decía a Esmeralda que había más en ella de lo podía imaginar. Decir: «Nadie ha deseado conocerme mejor» era como afirmar que nadie se había interesado lo suficiente en él para conocerlo, que

nadie lo había querido, que estaba... solo. Eso era muy triste, y ella de pronto se vio embargada por una rabia hacia la gente que siempre juzgaba y criticaba sin molestarse en conocer bien a una persona; esparcían chismes que exageraban sobremanera alguna mala acción que pudo haber cometido la persona y le cerraban sus círculos como si de un perro sarnoso que pudiera contagiar a los demás se tratara. Ciertamente que ella no lo conocía lo suficiente, pero ahora estaba segura de algo, y es que él en verdad no era tan malo como aparentaba. Si lo fuera, se hubiera aprovechado de ella en las tantas ocasiones que le estaba brindando en vez de buscar la mejor manera de salir huyendo; y aunque una vocecilla fastidiosa le decía que tenía miedo de todo los pariente poderosos que tenía, otra parte le recordaba que, aún cuando desconocía su nombre, nunca intentó propasarse con ella.

Él era un caballero, y ella estaba dispuesta a hacérselo saber, pero no todavía, primero tenía que convencerlo de que dejara de evitarla y de mirarla con desconfianza.

—Pues yo sí deseo conocerlo mejor, me parece una persona bastante... interesante.

Él no dijo nada, la miró con recelo y luego prosiguió la marcha en su caballo, para dejarla ahí sin ni siquiera dirigirle una palabra de despedida.

—Espere, aunque sea me puede decir si...

—No, no le voy a enseñar a cabalgar —respondió en tono seco como si le leyera la mente—. Hasta nunca, Esmeralda Loughy —dijo y aceleró el trote para pronto perderse entre los arbustos.

Frustrada, Esmeralda contuvo la maldición que pugnó por salir de su boca y se recordó que debía ser paciente. Pero vaya que se la pensaba poner difícil, menos le había costado convencer a James de que le enseñara a disparar.

Mala suerte para Anthony que el apellido Loughy fuera sinónimo de terquedad.

Anthony azuzó cada vez más al caballo hasta que se encontró en el refugio de su casa en Piccadilly. Este encuentro con la mujer rubia lo había turbado y confundido tanto o más que el anterior. No lograba comprender el motivo de la mujer para insistir en pasar tiempo en su compañía y recelaba de los motivos.

«Quiero conocerlo mejor», había dicho ella, pero él no podía creérselo, nadie quería conocerlo mejor; era una paria, un ser que nadie quería cerca por miedo a contagiarse de sus malos hábitos. ¿Conocerlo mejor? ¿Por qué, por todos los santos, la pupila de los duques de Richmond desearía conocerlo mejor?

Aunque le costara, tenía que admitir que la mujer poseía una presencia que delataba una personalidad optimista, alegre, dulce; se le hacía difícil pensar que en verdad hubiera un motivo macabro tras todo ese interés. Sin embargo, tampoco podía tragarse por completo ese asunto de que quería conocerlo mejor, por el simple motivo de que no había razón para que ella lo deseara. Se habían visto solo dos veces, ambas por causalidad. ¿Qué interés podían haber suscitado en una joven esas dos ocasiones? Él era consciente de los pensamientos pecaminosos que atacaban a las mujeres cuando lo veían, pero ninguna era mujer como la Srta. Loughy, soltera e inocente, con la mente demasiado limpia para entender el doble significado de una frase e imaginar alguna escena impúdica. No, o había algo más detrás de ese asunto, o él simplemente le estaba dando importancia a algo que no la tenía. Quizás la joven simplemente tenía curiosidad, y aunque lo que estaba haciendo para saciarla no eran precisamente los actos más correctos, puede que solo fuera eso, curiosidad.

Intentó convencerse de esa teoría, porque si seguía pensando en toda la conversación; en todas sus palabras que parecían ser más de lo que eran; en sus gestos y acciones que parecían destinados a inspirarle confianza; en su «yo no creo que sea tan malo como dicen» y en todo lo que había hecho fuera de lo común, tendría un lío en la cabeza por varias horas. Esa mujer estaba permaneciendo mucho tiempo en su mente y eso empezaba a preocuparle. No solo había despertado su interés y deseo aquella noche en el laberinto, sino que empezaba a causarle cierto temor. Nadie había permanecido en su mente por tanto tiempo desde que Susan murió. Si se permitía aquello, podía permitirse cosas mayores cuyas consecuencias amenazaban acabar con la línea fina que representaba su tolerancia al sufrimiento. No permitiría que la vida le jugara otra mala pasada.

Decidió que lo mejor sería olvidar todo el encuentro, o intentarlo al menos. Conseguirse el día de hoy había sido simple casualidad, y no había

probabilidades de que se volvieran a topar. Sí, pronto su vida volvería a la normalidad y Esmeralda Loughy no estaría en ella. Por si acaso, no iría los siguientes días al parque

Capítulo 7

A una persona tan optimista como ella le hubiera gustado pensar que el motivo de que Anthony no se haya aparecido en Green Park los dos días siguientes era alguna enfermedad, o un inconveniente; pero ser optimista no significaba ser ingenua, y ella sabía perfectamente que el hombre intentaba evitarla.

Le dolía pensar que quisiera no volver a verla, y reconsideró nuevamente el asunto de que no fueran una pareja destinada a estar junta. Puede que ella creyera que él era el amor de su vida, pero ¿sería ella la mujer de la suya? ¡Claro que lo era! Tenía que serlo. Las cosas que él le despertó cuando lo volvió a ver no podían definirse como otra cosa que un profundo interés, que un amor real. No se equivocaba, algo le decía que no se equivocaba, sobre todo cuando aquellas palabras dicha por la gitana hace años volvían a su mente: «Digamos que tu lo conquistarás a él». Era él, estaba segura, y si él era el hombre de su vida, por lógica ella tenía que ser la mujer de la suya; solo tenía que hacer que él se diera cuenta, y lo lograría como que se llamaba Esmeralda Loughy.

El problema volvía a ser encontrárselo. Tal vez pudiera hacer que alguna de sus primas consiguiera una invitación para él para la velada de *lady Ailsal*... sí, eso haría, aprovecharía el hecho de tener buenas influencias en la familia.

Como Topacio era la de rango más alto, y la única que sabía su pequeño secreto, se encontró otra vez importunándola en su casa.

—Necesito que me ayudes, otra vez.

Topacio no pareció en lo absoluto sorprendida de verla ahí, como si intuyera que Esmeralda necesitaría de nuevo ayuda

—¿Qué sucedió ahora?

Esmeralda le relató su encuentro con Anthony y le comentó que el hombre no se había aparecido más por el parque los días siguientes.

—Tuve que mentirle a Rowena diciendo que quería practicar a caballo cuando se enteró de mis salidas, y sabes que no miento bien. Pronto empezará a sospechar, así que tuve que idear otro modo de verlo, y para eso necesito tu ayuda. Necesito que le consigas una invitación a la velada de *lady Ailsal*; sé que es mucho pedir, y que existe la posibilidad de que no vaya, pero...

—Habla con Rubí —interrumpió Topacio mareada de tanto parloteo—, podré ser duquesa, pero sabes que no me llevo bien con muchos y la hipocresía no es lo mío. Rubí es la única Loughy a quién la sociedad todavía considera un tanto tolerable, ya sabes, Zafiro dejó de ser sensata desde que se unió a los Allen. Rubí podrá conseguir esa invitación con más facilidad, es ella, o Rowena.

Esmeralda suspiró. Ella no tenía ganas de contar su secreto a alguien más, aunque ese alguien fuera su hermana. Rubí podía ser bastante comprensiva en muchas ocasiones, pero Esmeralda no estaba segura de que comprendiera del todo su interés por alguien que apenas conocía. Topacio era diferente, era más liberal. Sin embargo, entre Rubí y Rowena, prefería ir a hablar con Rubí, y no porque no confiara en su tutora, sino porque su reacción apenas señaló a Anthony aquella noche no suponía nada bueno.

—Tienes razón.

Se levantó con desgana y Topacio la acompañó a la puerta. Al ver su semblante un poco deprimido dijo:

—No te desanimes tan fácil, míralo de esta manera, si no quiere verte, es porque lo has logrado turbar de alguna manera.

Esmeralda, que no había pensado en eso, abrió los ojos con interés.

—¿Tú crees? —preguntó de pronto más animada, pero luego negó con la cabeza—. No creo, creo que más bien decidió huir después de que le dije mi nombre.

—¿Después de que le dijiste que te llamabas Esmeralda Loughy? Sé que el apellido está bastante manchado, pero no creí que tanto.

Esmeralda fulminó con la mirada a Topacio.

—Sabes que me refiero a las influencias.

—Ah, bueno, mejor, así sabe a qué se atiene si te rompe el corazón.

—Topacio...

Topacio rio.

—Cariño, por lo que tengo entendido, ese hombre se ha enfrentado a varios caballeros poderosos que lo acusaron de haberlos ofendido y ha salido ileso. No le tiene miedo a los duelos y mucho menos le tendrá miedo a enfrentarse a un familiar furioso por ti, esa debió ser la excusa que se dio a sí mismo para no admitir la verdad, que le llamaste la atención de alguna manera.

—¿En serio?

—Confía en mí, si le fueras indiferente, no trataría de evitarte, simplemente te ignoraría. Créeme, lo afectaste, y la reacción instintiva del cerebro ante algo que lo afecta es huir de ello. Lo digo por experiencia propia.

Comprendiendo que tenía razón, Esmeralda le dio las gracias a la siempre sabia Topacio y emprendió el viaje a la casa de su hermana, no muy lejos de ahí.

Cuando llegó a casa de Rubí, una niña pelirroja de cuatro años se abalanzó hacia ella.

—Tía Esmeralda, ¿has venido a verme?

Esmeralda se agachó para quedar a la altura de su sobrina Marian y le revolvió los rojos cabellos en un gesto de afecto.

—Claro que sí, y a tu madre también ¿sabes dónde estás?

La niña señaló las escaleras del vestíbulo.

—En el cuarto de los niños, con mi hermano.

Esmeralda asintió, pero la miró arqueando una ceja.

—¿Y tú porque no estás con ellos? ¿Dónde está la niñera?

—Jugamos al escondite. Yo me escondo, ella me busca.

—Aja... en otras palabras, te escapaste.

La niña se puso en pose ofendida, pero una sonrisa pugnaba por salir de su boca.

—No, solo jugamos al escondite.

En ese momento se escuchó la voz de la niñera llamando a Marian, y Esmeralda subió tranquila los escalones con dirección al cuarto de los niños.

Encontró a su hermana colocando a un pequeño niño de no más de seis meses

en su cuna. El bebe se acababa de quedar dormido y Rubí se alejó con cuidado como si temiera despertarlo haciendo un movimiento brusco de su parte.

Se percató de la presencia de Esmeralda solo cuando estaba a punto de llegar a la puerta, le sonrió a su hermana y le hizo señas para que saliera del cuarto.

—¿A qué debemos el milagro de que hayas decido visitar a tu hermana favorita? —preguntó Rubí mientras caminaban por el pasillo en dirección a un pequeño salón de té en la planta de abajo.

—Eres mi única hermana —observó Esmeralda—, y en realidad, vine a pedirte un favor.

Rubí blanqueó los ojos.

—¿Por qué no me sorprende? ¿No te has metido en ningún lío, cierto? Dicen que juntarse mucho con un Allen...

—No —la interrumpió—, no me he metido en un lío. —Al menos no en uno del tipo que Rubí pensaba—. Bueno sí, pero es diferente. Me he enamorado —confesó y logró que su hermana se parara en seco en medio del pasillo.

—¿En serio? Oh, eso es maravillo ¿Por qué es un problema?

Rubí sabía por experiencia que el amor, a veces, podía ser un gran problema, sobre todo cuando uno no admitía los sentimientos rápidos y temía que la otra persona no sintiera lo mismo. Sin embargo, su querida hermana siempre había dicho que sabría cuando se enamoraría y, dado que era un encanto de persona, Rubí dudaba que el destinatario de su amor no sintiera lo mismo que ella. Solo había que verla para que cualquier caballero cayera rendido a sus pies.

Esmeralda siguió el camino hacia el salón del té y, solo cuando hubo cerrado la puerta para evitar oídos indiscretos, le contó a su hermana todo. Desde el encuentro en el laberinto y su reunión en el parque, saltándose únicamente la parte del beso. Eso todavía no lo confesaría.

Como supuso, parte del ánimo de Rubí decayó al oír el nombre de Anthony Price, y es que cualquiera que llevaba unos años en sociedad había escuchado hablar de él. Rubí siempre creyó que su hermana terminaría enamorada de un caballero parecido a ella: sensible, romántico, de buen trato, pero nunca se imaginó que la dulce Esmeralda fuera a poner sus ojos y corazón en una paria del que se decían toda clase de barbaries.

—Oh, pequeña, ¿tú estás segura de que estás enamorada? ¿No será simplemente curiosidad...?

—No —la cortó Esmeralda—, es él. Cuando lo vi, lo supe. No tengo ninguna duda.

—Pero Anthony Price es...

—Ya sé que no tiene buena reputación —aventuró su hermana—, pero no es tan malo como creen, Rubí, yo lo sé. ¿Dudas acaso de mi capacidad de juicio?

En ese momento, sí, lo dudaba, pero no se atrevió a decírselo a su hermana. En cambio, empezó a recordar todo lo que se decía de Anthony Price.

Aunque no era fanática del chisme, sí tenía que admitir que, a diferencia de Topacio o de Zafiro, le gustaba estar bien informada, y si la gente empezaba a hablar, no era ella quién los detenía.

El nombre de Anthony Price había surgido de modo casual entre las señoras en distintas ocasiones. Si mal no recordaba, se rumoreaba de él todo tipo de cosas, desde negocios ilegales, delincuencia, que era un jugador, bebedor, que frecuentaba prostíbulos, entre otras cosas que las mujeres parecían incapaces de mencionar. También había escuchado que su madre había abandonado al barón cuando el hijo contaba con apenas siete añitos y desde entonces también se empezó a dudar de su legitimidad.

El hombre podía tener un título, pero sin duda no era un buen candidato para nadie, y menos para una mujer tan linda como su hermana, que siempre había soñado con el príncipe azul; ni en sus más remotos pensamientos pudo imaginar que terminaría enganchada del villano.

—Tienes que pensar bien las cosas, cariño. Puede que te estés adelantando.

Y por eso no había querido ir a ver a su hermana. Era su hermana, y le profesaba mucho cariño, pero le molestaba que dudara de su capacidad para juzgar a las personas y no confiara en sus decisiones. Puede que no tuviera el instinto de Topacio, pero ella sabía que Anthony no era malo. Entendía que su hermana solo estaba preocupada por su futuro, pero a sus veinte años se veía más que capaz de saber lo que era bueno o no para ella, y aunque Anthony no resultó ser el hombre que siempre imaginó, ella sabía que era el hombre destinado para ella. Lo supo desde aquel beso en el jardín; y si ese era el destino

que la vida le había deparado, lo aceptaría gustosa. Una no podía esperar que las cosas salieran exactamente como lo imaginó, la vida siempre actuaba de forma extraña.

Respirando hondo para tranquilizarse, dijo:

—Estoy segura, y necesito saber si me vas a ayudar o no.

Rubí notó que el buen humor de su hermana empezaba a disiparse y se dijo que tenía que irse con cuidado. Podía parecer un ángel, pero muy pocos la conocían enojada, era una Loughy después de todo, y aunque sacara el aspecto de su padre, la sangre irlandesa de su madre seguía corriendo por su venas. Podía ser muy persistente y terca cuando se lo proponía.

—Te ayudaré —decidió al fin diciéndose que era mejor estar de su lado que en contra—, solo espero que no salgas lastimada.

Esmeralda sonrió.

—Ya verás que, al final, tendré razón.

Rubí asintió deseando que fuera cierto. Ese día intentaría conseguir invitación a la velada de *lady* Ailsal que se realizaría en dos días, y que fuese lo que el destino dispusiese.

Lo estaban siguiendo.

Todos los instintos de Anthony se pusieron en alerta cuando la inminente sensación de que alguien lo estaba siguiendo se apoderó de él.

Durante la última semana la sensación de ser seguido lo había estado atormentando. Sin embargo, no fue hasta ayer que la advertencia de verdadero peligro le atravesó la piel e hizo que los vellos se le erizaran ante la amenaza. Conocía esa sensación, la había sentido cada vez que había estado a punto de sufrir algún ataque contra su vida y ahora estaba de vuelta.

Acelerando el paso por el camino que conducía a Los ángeles del placer, Anthony tomó desde el interior de su frac su pistola y la sujetó con firmeza listo para utilizarla en caso de que fuera necesario. También tenía una navaja en su

bota, pero no se atrevió a sacarla por miedo a que su atacante supiera que él estaba al tanto de su presencia y decidiera acelerar las cosas.

En las últimas dos ocasiones que había sido atacado en esas mismas calles, los agresores no habían sido muchos y tampoco estaban debidamente armados. Llevaban cuchillos y otro tipo de objetos filosos, pero nunca habían llevado armas, lo que demostraba su baja estampa. Ahora, no estaba tan seguro de que quien sea que quisiera verlo muerto cometería el error de subestimarle, por lo que temía que hubiera mandado a alguien más.

Si era sincero, ya se estaba cansando de todo ese asunto, tal vez debería dejar que el que quisiera verlo muerto cumpliera su objetivo, así al menos haría feliz a alguien. Si moría, nadie lamentaría su pérdida, de eso estaba seguro. No tenía familia y sus amigos eran escasos. Su vida se basaba en un constante estado de búsqueda de placeres que ya no lo satisfacían como antes. Entonces, ¿por qué quedarse en una vida que parecía querer desaparecerlo? Como si él se tratara de un error que nunca debió existir y fue enviado a la tierra por equivocación, solo para importunar a los habitantes con su presencia.

Sí, debería dejarse morir, pero algo en su interior se negaba a darle ese gusto no solo al que quería matarlo, sino a la vida. El dilema entre si era mejor morir o vivir lo había perseguido durante años y, hasta ahora, no había llegado a una decisión concreta. Morir significaba dejar a un lado toda preocupación, todo sufrimiento, en cambio, vivir significaba tener que seguir enfrentándose a la dura realidad y luchando con ella. Visto de ese modo, la opción de la muerte se veía más alentadora, aún así, no hacía más simple el hecho de llevar a cabo una acción para conseguirla. Desde la muerte de Susan, Anthony dudaba de que esa vida fuera para él, no sabía qué cosas más terribles le tenía deparado el destino y tampoco estaba seguro de poder soportarlo. Sin embargo, no se decidía a atravesarse la cabeza con una bala así como tampoco estaba muy predispuesto a dejar que otros acabaran con su vida, aunque tal vez fuera lo mejor.

Cuando había comenzado con la bebida, el opio y las mujeres, lo había hecho con la secreta esperanza de que ese estilo de vivir lograra lo que él no podía, acabar con su vida. Y aunque era cierto que lo había mejorado un poco solo por no darle el gusto a su padre de verlo muerto, ahora que su progenitor ya no

estaba, aún así no se animaba. Un instinto de supervivencia que todavía se encontraba en él lo instaba a mantenerse con vida, como si quisiera convencerlo que había algo en ella que debía conocer. Fuera lo que fuera, él no tenía planeado morir ese día.

Atento ante cualquier ruido, Anthony siguió caminando por el viejo sendero constituido principalmente por locales abandonados y basura, con la vista vagando de un lado a otro sobre su hombro, pendiente ante cualquier movimiento o sombras. Estaba pendiente, pero no pudo prevenir el disparo que resonó en el aire.

En un movimiento reflejo, se lanzó al piso en el momento mismo en que el silencio se vio interrumpido por el ruido del disparo.

Cuando el peligro pasó, se levantó y buscó con la mirada a su agresor, siendo su mayor sorpresa que no era uno, sino dos hombres a una distancia de diez o quince metros suyo. Solo que los hombres no se ponían a recargar la pistola, sino que uno intentaba desarmar al otro; por lo que Anthony llegó a la conclusión de que alguien desconocido acababa de salvarlo.

Empezó a acercarse al lugar de la pelea, pero en ese instante el que parecía su salvador fue empujado y el asesino salió corriendo, pero al ver a Anthony en su camino bloqueándole el paso, optó por abalanzarse sobre unas cajas amontonadas una sobre otra frente lo que antes fue una cantina y las usó como escalera para luego impulsarse y con dificultad lograr subir al viejo tejado maltrecho y salir corriendo.

El hombre con el que peleaba, al contrario de lo que pudo imaginar; salió corriendo tras el criminal y usó las mismas cajas para imitar el acto del otro, y este, a pesar de ser más robusto y pesado que el asesino, también subió con facilidad y llegó hasta el techo con una agilidad casi felina para ir tras el hombre.

Incapaz de quedarse solo observando, Anthony siguió por abajo la carrera de los dos hombres dispuesto a detenerlos apenas consiguieran bajar, pero no supo si fue por el tiempo perdido, o porque le faltaba ejercicio, pero cuando los hombres saltaron del techo una cuadra más allá y cayeron como gatos, de pie, no los había alcanzado, y cuando logró llegar al callejón por el que se fueron, ya habían desaparecido.

—¡Maldita sea! —masculó regresando sobre sus pasos para llegar al local de Calvin.

Entró en Los ángeles del placer y, como la vez anterior, se dirigió directamente hacia la oficina de su amigo. Nuevamente pasó sin tocar, pero esta vez no había interrumpido nada. Calvin estaba sentado en una silla revisando lo que supuso eran pagarés que cobraría después.

Al ver el semblante de Anthony, no necesitó ser adivino para saber lo que había sucedido.

—Lo han intentado otra vez —dedujo su amigo.

—Sí —respondió sentándose frente al escritorio—, esta vez trajeron pistola y me salvé porque un desconocido decidió hacer de mi ángel de la guarda —bufó.

No es que no agradeciera la ayuda no pedida, pero le frustraba sobremanera que el delincuente haya escapado de nuevo. Además, aún le parecía raro que el desconocido haya ido a perseguirlo, quizás era un detective de Bow Street que paseaba por ahí y estaba dispuesto a atrapar al delincuente, no había otro motivo.

—¿Un desconocido? —preguntó Calvin frunciendo el ceño.

—Sí, un desconocido, con habilidad de un gato, diría yo. Saltó de un bendito edificio y diría que no se partió ni un hueso.

Calvin asintió y puso una mano en su barbilla, como si pensara en algo.

—¿Lo conoces? —preguntó Anthony al ver su expresión.

—No lo sé, la gente que se cría en los bajos fondos suelen ser flexibles y ágiles, es una cualidad necesaria a la hora de escapar.

Anthony negó con la cabeza, no creía que el desconocido fuera un vulgar ladrón. No lo había visto bien, pero sí lo suficiente para afirmar que no lo era. No, se inclinaba más a pensar que era un agente de Bow Street.

—Bien, de todas formas no tiene importancia.

—¿No tiene importancia quién es? O ¿no tiene importancia que te hayan intentado matar de nuevo?

—Las dos. No tiene importancia.

Semejante despreocupación estaba empezando a preocupar a Calvin.

—No me van a matar —dijo Anthony como si leyera sus pensamientos—. Está claro que la vida está empeñada en dejarme aquí un rato más. No te preocupes, si

mi enemigo hubiera estado destinado a triunfar, ya lo habría hecho.

«Si lo sigue intentado, lo haré», estuvo a punto de mascullar Calvin, pero calló.

—Supongo que no tienes ninguna información nueva —preguntó Anthony levantándose.

Calvin negó con la cabeza.

—Nada.

—Bien, entonces iré por un trago, lo necesito.

Anthony salió sin decir más y dejó a Calvin un tanto preocupado. Los ataques seguían y eso no auguraba nada bueno. Cualquiera que quisiera acabar con la vida de su amigo podría conseguirlo en cualquier momento si no se detenía pronto, si tan solo tuviera una condenada pista.

La puerta de su estudio volvió a abrirse en ese momento y por ella entró un hombre alto y robusto, de cabellos negros. Tardó un rato en reconocerlo porque habían pasado al menos siete u ocho años desde la última vez que lo vio, pero era el mismo hombre al que las prostitutas habían apodado el «Ángel Negro», por ese hermoso rostro y pícara personalidad.

—Vaya, vaya —musitó Calvin—, tanto tiempo sin verlo por aquí, debo suponer que usted era el hombre con agilidad felina que me acaban de mencionar.

El hombre asintió y se sentó en el puesto que hace poco había ocupado Anthony, como si fuera su casa.

Calvin desconocía, al igual que todos, el nombre del desconocido, solo sabía que era un caballero de clase alta que hace años visitaba ese tipo de lugares, y hacía preguntas discretas sobre la presencia de algún francés. Calvin suponía que debía ser algún tipo de espía, o un agente de la corona, pues lo había visto en una ocasión perseguir a un hombre con una agilidad casi sobrenatural. No obstante, no lo sabía ni le interesaba. Él se limitaba a aceptar el dinero que le ofrecían por información.

—Necesito todos los datos que tengas sobre el hombre que acaba de salir —pidió Adam sacando una bolsa de monedas de su chaqueta y poniéndola en el escritorio.

—¿Para qué la quieres? —preguntó a su vez.

Adam meditó su respuesta.

—Simplemente la necesito —respondió al final—. No es para nada malo, si te tranquiliza.

Calvin negó con la cabeza.

—Temo que información personal no te puedo dar.

—¿Por qué?

—Tal vez no sé nada de él.

Adam arqueó una ceja en un gesto que había aprendido hace años, indicando que no creía eso.

—O no te la daré porque es mi amigo y no doy información sobre mis amigos. La información que me ha dado es confidencial y no pienso decirlo.

Adam, que sabía el significado de lealtad, decidió no insistir.

—Al menos dime, ¿por qué quieren matarlo? Porque quieren matarlo —afirmó antes de que él intentara negarlo, pero Calvin no lo hizo.

—No lo sé. Es el cuarto atentado en seis meses.

—¿El cuarto? —preguntó ocultando la incredulidad. Si era el cuarto, la persona en verdad quería verlo muerto.

—Sí. Desconocemos el motivo y al enemigo. Puede que Anthony no le caiga bien a mucha gente, pero de ahí a formarse un enemigo que quiera matarlo... —Negó con la cabeza—. No se me ocurre ninguno, ni a él tampoco.

Adam reconsideró el asunto.

—¿Un marido celoso? ¿Un padre ofendido? ¿Alguien a quien haya quitado dinero en el juego? ¿Alguna persona con la que se haya peleado estando borracho? —sugirió.

—No lo sé. Pero visto de esa forma, vaya que hay sospechosos.

Adam se empezaba a frustrar.

—¿No tienen la más mínima pista?

Calvin volvió a negar con la cabeza.

—¿Y no le importa siquiera un poco?

—Anthony es... digamos que no tiene mucho interés en el asunto.

Adam no podía creer eso. ¿Cómo alguien no podía tener interés por su vida?

Venía siguiendo a Anthony Price desde que Topacio le pidió el favor y hasta

ahora no había encontrado nada que pudiera considerarse verdaderamente reprobable, al menos, nada que fuera diferente a lo que hacían otros pares de la sociedad. Sospechaba que los rumores sobre él habían sido un poco exagerados como siempre sucede, pero ahora, luego de escuchar al hombre que no tenía el menor interés en la vida, le hizo saber a Adam que definitivamente algo no andaba bien con él. Sin embargo, por lo que sabía del pasado del barón —el abandono de su madre, la muerte de su prometida—, no se atrevía a juzgarlo. Hay cosas que marcan la vida de una persona, y cada quien las toma de una manera diferente. Él lo había hecho desahogándose con alcohol, juego y mujeres; y aunque no aprobaba su comportamiento, tampoco se atrevía a criticarlo. La joven Esmeralda tendría un duro trabajo si pensaba sacar al hombre del infierno personal en que vivía, pero antes tenían que detener al presunto asesino, no podía arriesgarse a que ella también corriera riesgos.

—El agresor se me escapó —admitió Adam de mala gana recordando su persecución al hombre que había desaparecido poco después de que ambos bajaran del edificio—. Creo que estoy perdiendo habilidades, casi me tuerzo el tobillo cuando saltamos del edificio —comentó moviendo el tobillo derecho y haciendo una mueca al sentir todavía el músculo contraído.

—Habilidad no, flexibilidad diría yo. Por Dios, ¿cuántos años tienes? ¿34? ¿35?

—¿Me estás llamando viejo? —preguntó con sarcasmo.

—Ya no tienes veinte años —prosiguió el hombre—, no es lo mismo ahora que antes.

—No, supongo que no —suspiró—. Eso, y que mis huesos deben estar oxidados por cuatro años sin un buen ejercicio.

—Por lo menos sé que tienes huesos, hace unos años pensé que habías nacido sin ellos.

Adam rio.

—Mi madre creía lo mismo cuando era un niño. Creo que incluso pidió que me viera un doctor. No le parecía normal que un niño de cuatro años pudiera contorsionarse de la forma en que yo lo hacía.

—Bien, si eso es en todo lo que te puedo ayudar... —musitó Calvin y Adam se

levantó.

—Sí... no, otra cosa. El hombre que perseguía tenía una cicatriz larga y profunda que le recorría de aquí hasta aquí. —Hizo un trazo con su dedo desde más arriba del codo, torciéndose hasta llegar a la parte delantera de la mano y deteniéndose en sobre las venas—. Tú conoces mejor estos lados, ¿te sirve de algo?

Calvin intentó recordar. La gente de los bajos fondos estaba llena de cicatrices, pero había escuchado hablar de esa marca en particular, solo tenía que recordar.

—Investigaré —prometió.

—Bien, regresaré la semana que viene a ver. No le menciones a Clifton de mi presencia y mantengamos esto en secreto, ¿de acuerdo? —Calvin asintió receloso—. Quédate con el dinero, puede que lo necesites.

Estaba a punto de salir cuando Calvin lo llamó.

—¿Por qué tanto interés en Anthony? —preguntó con desconfianza.

—Asuntos personales. —Desvió Adam—. Pero no te preocupes, yo también quiero ayudarlo. Alguien cercano a mí no estará bien si llega a morir. —Dicho esto, salió dejando a Calvin con el ceño fruncido.

El hombre calvo de unos cuarenta años se paseaba de un lado a otro del callejón, furioso con las noticias que su reciente mercenario le acababa de dar.

Había logrado escapar de nuevo. Anthony Price había logrado escapar de nuevo, y esta vez había recibido ayuda de sabrá Dios quién. ¿Se pondrían acaso las cosas más difíciles?

—Largo —le dijo al hombre flaco que había contratado y que esperaba una nueva orden—. Toma. —Le lanzó una bolsa de dinero y el hombre empezó a alejarse, pero no había llegado muy lejos cuando un disparó resonó en el vacío callejón y el cuerpo quedó en el piso.

El asesino guardó su pistola, miró con repugnancia el cuerpo inerte y se acercó a recoger la bolsa que le había tendido antes, para luego empezar el camino de regreso. Un asesinato más, un asesinato menos, ya le daba igual, pero no podía permitir que divulgaran información acerca de él, así como tampoco podía permitirse seguir gastando más libras innecesariamente.

El dinero se le estaba acabando, y no deseaba gastarlo todo contratando ineptos

para que mataran a Clifton. Admitía que no había contratado a los mejores por falta de presupuesto, pero en su defensa podía decir que nunca creyó que un hombre que se comentaba que vivía en contante estado de ebriedad pudiera salir ileso de dos ataques. Eso solo le había enseñado dos cosas. Primero, que no se debía subestimar a la gente, y segundo, que su víctima ya no estaba tomando tanto como antes y eso le favorecía; en sus cinco sentidos había más probabilidad de que saliera ileso de los ataques. Si no fuera demasiado peligroso, él mismo se encargaría del asunto.

Por otro lado, seguía el asunto del misterioso ayudante que lo había salvado esa noche de lo que posiblemente hubiera sido un ataque exitoso. Podía ser cualquier ciudadano que estuviera por ahí en ese momento, pero por lo que le había relatado el inepto que se acababa de ir, el hombre parecía acostumbrado a perseguir gente, pues con su agilidad estuvo a punto de atraparlo. Lo único que lo había salvado era que el hombrecillo contratado conocía esas calles y el misterioso hombre no.

Poniéndose las manos en la cara en gesto de desesperación, se apretó más el abrigo que lo ocultaba de miradas indiscretas y comenzó a realizar el camino de regreso. Pensó que tenía que acabar ya con ese asunto. El tiempo se le estaba acabando y si quería salvarse, necesitaba que Anthony muriera ya. El muy bastardo ni siquiera debió de haber nacido. Si no lo hubiese hecho, las cosas habrían sido más sencillas para él. Pero no, no solo había nacido, sino que resultó ser una persona despreciable. Alguien despreciable a quien eliminaría pronto, así tuviera que hacerlo él mismo como última opción. Anthony Price no viviría mucho.

Capítulo 8

La velada de *lady* Ailsal era una de las más esperadas por la sociedad. La marquesa realizaba su famosa fiesta cada año a mitad de la temporada, cuando esta estaba en pleno apogeo y casi toda la aristocracia estaba en Londres. *Lady* Ailsal era muy minuciosa al elegir a los invitados y todo aquel que recibía una invitación ya podía considerarse alguien. Los que asistían a la fiesta de *lady* Ailsal eran personas con buenas influencias y reputaciones, intachables, aceptables y con títulos altos. Por lo tanto, Anthony no tenía ni la menor idea de por qué había recibido una invitación, y mucho menos por qué había asistido.

Cuando hace una semana había llegado a su casa la invitación, lo primero que pensó era que había habido una equivocación, y si no fuera porque eso era imposible, él mismo hubiera ido a devolver la invitación en persona.

Las fiestas y las veladas nunca lo habían aficionado sobremanera, sobre todo ahora, cuando se había acostumbrado a no recibir ninguna invitación. La hipocresía de la sociedad lo hastiaba desde que tenía uso de razón y, aunque no tenía que preocuparse porque las matronas fastidiosas pasearan a sus hijas frente a él, sí tenía que enfrentar miradas reprobatorias, comentarios mordaces y conversaciones aburridas.

En resumen, no había ninguna razón para que deseara asistir a una fiesta de sociedad cuando podía irse a un lugar a tomar, o a un burdel para deshacerse del celibato que mantenía desde hace unos meses por una razón desconocida. Pero aún así se encontró enviando una respuesta afirmativa y todavía pensaba en sus motivos.

Tal vez fuera porque deseaba sentir lo que era una fiesta de «clase»; o quizás

quisiera buscar a una «dama» con la que entretenerse un rato. Puede que solo deseara escandalizar nuevamente a la sociedad para que no empezaran a considerarlo nuevamente aceptable, o solo quería verla a ella.

«¡No!», se dijo reprendiéndose por sus absurdos pensamientos. Puede que no pudiera sacársela de la cabeza, pero su estancia ahí sin duda no era a causa de Esmeralda Loughy. Ella no tenía nada que ver; ni siquiera estaba seguro de que asistiera. Tenía que buscar la forma de sacarla de su mente. ¡Por Dios!, ni siquiera debería estar en ella.

Llegó al final de la fila, saludó a los anfitriones, y con voz de barítono fue anunciado su nombre apenas entró en el salón. Las miradas se posaron en él en cuanto entró y entre semblantes horrorizados, curiosos y algunos sorprendidos, Anthony se coló entre la gente caminando con la seguridad de alguien con la autoestima alta, que sabe perfectamente a dónde va y que desafía a alguien a que lo critique o diga algo en su contra.

Sin un rumbo fijo, caminó a través del salón respondiendo algunos saludos educados, mientras buscaba algo que llamara su atención; ya fuera un mesero con bebidas, o una mujer que quisiera quitarle el tormento al que unos ojos verdes sometían a su cabeza.

Se detuvo en una esquina y observó todo el salón con ojos depredadores, deteniendo su vista de vez en cuando en algún escote demasiado bajo, o en una falda corta sin más de dos enaguas que moldearan más las piernas. Sin embargo, nada parecía llamar su atención. Sentía la misma sensación de hastío que venía persiguiéndolo últimamente, la misma sensación de que algo faltaba.

De pronto, sus ojos se desviaron a una parte alejada del salón y captaron una mirada verde de la cual fue imposible desviar la vista.

«No», se dijo cuando ella sonrió. Estaba loca, ella no debería sonreírle así. Su reputación podía quedar en entre dicho solo por sonreírle así, pero eso no parecía importarle porque seguía haciéndolo, y si no supiera que era imposible, hubiera jurado que se trataba de una especie de invitación. Pero eso no era posible, ¿cierto?

Como si tuvieran voluntad propia, sus piernas empezaron a moverse en dirección a la sonrisa que ejercía una especie de atracción invisible. Eso no

estaba bien. ¿Qué estaba haciendo? Él no debería estar caminando hacia ella, no podía acercarse a ella.

«Dos duques, un marqués y un conde», se recordó para hacerle entender a su cerebro el peligro que corría, y él lo entendió, solo que sus piernas parecían moverse bajo otra influencia porque seguían caminando en su dirección, como si una atracción no vista las guiara hasta donde estaba ella. No podía detenerse, o simplemente no quería detenerse.

Al carajo con el peligro, ¿desde cuándo eso le había importado a él? Si la muchacha tenía interés en arruinarse, ¿por qué tenía que ser él el que hiciera uso del sentido común? No, por esa noche no sería él quien pensase bien las cosas, y si mañana se arrepentía, eso sería mañana. Esa noche por lo menos estaba dispuesto a descubrir por qué la muchacha parecía querer volverlo loco.

Mientras se acercaba, buscó con la vista a la acompañante que debía tener y que seguro lo despacharía rápidamente, pero no supo si fue buena o mala suerte, porque no había nadie. Ella estaba sola, ni siquiera tenía caballeros a su alrededor.

Llegó hasta ella y le devolvió la sonrisa que le ofrecía. Tomó su mano enguantada y depositó en ella un beso que duró más de lo debido; luego, se encontró diciendo con una sonrisa pícaro y una voz ronca:

—Buenas noches, Srta. Loughy.

Esmeralda estaba eufórica. Se había acercado, ¡por voluntad propia! Eso era un avance, ¿cierto? Ahora, solo debía pensar en la mejor forma de proceder.

A pesar de haber leído en su vida toda novela romántica con final feliz que hubiera sido publicada, Esmeralda no tenía mucha idea de cómo conquistar a un hombre, teniendo en cuenta que en casi todas las historias sucedía al revés. Este era un tema desconocido para ella, pero no significaba que fuera imposible.

«Sé tú misma», le habían aconsejado todas las ex Loughy e incluso la misma Angelique. «Estoy segura de que tarde o temprano caerá», había añadido Topacio, que por cierto, andaba algo extraña ese día.

—Buenos días, lord Clifton —respondió con su mejor sonrisa.

Por algún motivo, no podía dejar de sonreír cada vez que él estaba cerca. Sus labios se curvaban automáticamente cuando lo veía y después la sonrisa no se

borraba de su cara.

El hombre volvió a mirar a los lados como si buscara a alguien, y Esmeralda comprendió que debía de estar buscando a una acompañante, pero no la encontraría, también se había encargado de eso.

Cuando llegaron a la fiesta, había utilizado a las Loughy para alejarse de la atenta mirada de Rowena, asegurándole que estaría bien cuidada. Por motivos claros, su tutora no estaba plenamente convencida de ello, pero aun así la había dejado con ellas y se retiró, seguramente buscando a algún caballero al que atrapar.

Después de tener que revelarle todo el asunto a Zafiro (que para su sorpresa se mostró más receptiva que Rubí) Esmeralda había escapado y paseado con tranquilidad por el salón en espera del único hombre que le interesaba. Fue interceptada por algunos caballeros a los que tuvo que prometerles un baile, y otros a los que les aseguró que su carnet estaba lleno, pero al final había conseguido detenerse en una esquina del salón rogando en silencio que ningún otro caballero se acercara. Angélique la acompañó un rato para no dejarla sola y no llamar la atención, pero apenas vio a Anthony, le hizo una seña a su amiga, y esta, bendita fuera, interceptó a Rowena que iba a dirigirse a ellas y ahora la entretenía con no sabía qué tema.

Esmeralda simuló no ver los gestos de advertencia que le dirigía y sonrió a lord Clifton.

—Qué placer verlo por acá. No ha asistido más al parque —reprochó—, y yo que tenía la esperanza de convencerlo de que me enseñara a cabalgar.

Anthony hizo una mueca casi imperceptible ante la mención del encuentro del parque. Había hecho bien en no asistir, aunque aún no entendía qué rayos hacía hablando con ella ahí. Quería descubrir porque se mostraba así con él, sí, solo eso.

—Creo que el asunto está zanjado. No importa cuán irritante sea, no le pienso enseñar a cabalgar.

—¿Irritante? —Imprimió en su voz un tono ofendido—. Yo prefiero persistente. Suelo ser muy persistente en lo que me interesa —dijo con la leve esperanza de que él captara el doble significado de la frase. No lo hizo.

—Estoy seguro de puede permitirse un profesor de equitación.

Esmeralda no supo como contrarrestar esa, así que cambió de tema.

—De todas formas me da alegría verlo. No lo suelo ver mucho en sociedad.

—¿Acaso me buscaba? —preguntó arqueando una ceja.

—¿Por qué no? Ya le dije que es una persona que deseo conocer mejor.

—Y yo todavía me pregunto el motivo.

—No tiene que haber un motivo.

—Para mí, sí. Nadie hace nada sin un motivo.

—No tiene por qué ser tan desconfiado —dijo Esmeralda con suavidad, preguntándose por qué el hombre no se creía merecedor ni siquiera de ser conocido.

—La desconfianza es la clave de la supervivencia —apuntó con un deje de sonrisa.

—Creo que nos desviamos del tema —comentó presintiendo que estaba desviándose a un tema en el que ninguno de los dos pensaba ceder—. ¿Por qué no aparece mucho en sociedad?

—No recibo muchas invitaciones —admitió, pero no parecía muy afectado con ello—. Tampoco soy fanático de las veladas. Solo he venido hoy por la preocupante noticia que usted me informó en el parque.

Esmeralda frunció el ceño intentando recordar toda la conversación. Al final se dio por vencida porque preguntó:

—¿Cuál noticia?

—Me dijo que mi reputación estaba mejorando. Que ya no me creían tan malo. Esmeralda no pudo evitar sonreír.

—Yo no dije eso, dije que yo no lo creía tan malo.

—Lo cual significa que las cosas que se dicen de mí ya no son tan terribles. Así que he venido con el firme propósito de demostrarles que no he cambiado.

—¿Y cómo piensa hacerlo? —preguntó llena de curiosidad.

Él sonrió de forma... ¿maliciosa?

—¿Tiene algún vals libre que me pueda reservar?

Anthony no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo. ¿Pedirle un baile? ¿En verdad? Era una locura, sobre todo porque podían suceder dos cosas,

y ninguna de ellas le gustaba mucho. Si ella aceptaba, podían iniciar una serie de murmuraciones y la reputación de la muchacha se pondría en entre dicho, solo por bailar con él. Sin embargo, también podían empezar a pensar que él se estaba regenerando y pensaba en sentar cabeza; eso sí sería una verdadera tragedia. Aún sabiendo eso, no pudo evitar que la pregunta saliera de su boca.

Una extraña necesidad de tomarla entre sus brazos por varios minutos nacía dentro de sí. Quería sentir sus manos aunque fuera a través de la tela de los guantes; quería ver de cerca esos ojos esmeraldas, y quería... ¡Rayos! Quería besarla de nuevo. Era absurdo, impensable. Ella era decente, él era una paria que no quería regenerarse, pero... pero esa necesidad parecía más fuerte que él.

Anthony se empezó a preocupar por lo que esa muchacha comenzaba a despertar en él y una parte de su mente le decía que se alejara para no salir lastimado, sin embargo, la otra se empeñaba en mantenerse cerca de ella como si fuera una necesidad. Sentía que se estaba metiendo en un gran problema, pero no sentía muchas ganas de salir. En conclusión, había muchas posibilidades de que estuviera perdiendo el juicio. Tal vez sí debería dejar que uno de los parientes de la muchacha lo matara.

Vio como ella miraba a un lado suyo antes de responder y una parte de él deseó que se negara para así poder salir de ahí, donde nunca debió ir; pero la otra parte, la masoquista, quería que aceptara.

Siguió su mirada y vio que miraba fijamente a la que reconoció como la duquesa de Richmond que hacía una serie de gestos con la cara prestándole poca atención a la joven rubia que intentaba llamar su atención.

—Mi tutora me está haciendo señas para que le diga que no—comentó ella.

—¿Y usted la obedecerá?

Era una pregunta estúpida. ¡Claro que debía obedecerla! Era su tutora, ella no se atrevería a contradecirla, Anthony estaba seguro de ello, por lo que no se pudo sorprender más cuando ella dijo.

—Yo me haré la desentendida y le diré que sí. Tengo el próximo vals libre.

Su tono dulce e inocente casi le hizo reír. La música empezó a sonar, y a pesar de que sabía que se arrepentiría, la llevó consigo a la pista.

Los murmullos se extendieron apenas empezaron a bailar, pero Anthony hizo

caso omiso de ellos y disfrutó de la sensación de tocar el menudo cuerpo que tenía frente a sí, más cerca de lo debido si alguien se atrevía a mirar bien.

A pesar de afirmar que no era fanático de las veladas, el hombre que tenía frente a sí se movía con la gracia y elegancia de un caballero. A Esmeralda no le suponía ningún esfuerzo seguirlo y se deslizaban a través de la pista de forma grácil. Él la tenía más cerca de lo debido, y aunque eso causaría problemas y escándalo, ella no tenía ninguna intención de reprenderle. Disfrutaba de la sensación de su mano en la cintura y la palma enguantada de su mano unida a la suya. Esmeralda casi podía sentir el calor de su cuerpo y oír el sonido de su corazón. Eran una sensación maravillosa que deseaba que no terminara nunca.

Los últimos compases de la pieza empezaron a sonar y ella pensó en una forma desesperada de retenerlo. No había hablado durante la pieza y la expresión de él decía que se estaba preguntando por qué había propiciado todo esto. Ella no pensaba darle tiempo a que reflexionara que lo mejor era alejarse.

—¿Qué le parece si... nos escapamos al jardín para hablar mejor? Aquí hace mucho calor. —Lo que en realidad no era mentira.

Cualquiera que la escuchara daría por hecho que quería arruinarse. Pedir a un caballero que la acompañara afuera sola era impensable, pero pedirle a un hombre que reconocía no ser un caballero, salir solo con ella, era lo más estúpido que alguien podría hacer. Ella nunca se había considerado estúpida, pero en su opinión las reglas eran demasiado estrictas. ¿Qué tenía de malo escaparse con el hombre de su vida unos cuantos minutos? Para ella nada, aunque los demás tendrían algo que decir al respecto.

Anthony la miró como si intentara determinar su nivel de cordura. Ella suponía que debía considerarla desde hace tiempo una loca, o una oveja descarriada.

—Solo será un momento —insistió—, le prometo que nadie aparecerá para exigirle matrimonio.

—Creo haber oído esa frase varias veces hace unos cinco años.

Hace unos cinco años... ¡Claro! Hace unos cinco años aún era un partido aceptable, por ende, una presa que había que atrapar para el matrimonio.

—Pero yo ya sé que usted no se comprometerá, me doy por advertida.

Él no parecía muy seguro, y ella casi podía ver la pelea consigo mismo entre si

correr el riesgo o no. Al final, cuando ya estaba a poco de terminar el vals, él empezó a girar en dirección a la terraza y se fueron escabullendo sin que nadie se diera cuenta.

Llegaron a la terraza que estaba vacía para su suerte y bajaron los escalones que conducían al jardín.

—¿Es usted consciente de que esto es de lo más inapropiado? —dijo guiándola hacia unos matorrales que los ocultarían de miradas curiosas, mientras pensaba, nuevamente, por qué había aceptado eso. Solo había una razón por la que él saldría de una fiesta con una dama, y no era para hablar mejor.

—No veo por qué tiene que ser incorrecto, no haremos nada malo.

Y por eso, pensó Anthony, es que no debería de estar ahí.

—¿Cómo está tan segura de que no me aprovecharé de usted, que no la raptaré y la deshonraré de la manera más perversa?

Esmeralda sonrió como si la idea no le resultara del todo mala.

—No lo permitiría. Sé defenderme.

—¿Ah sí? ¿Cómo se defendería?

—Tengo una pistola aquí —señaló el ridículo sujeto con casi imperceptibles cintas en su talle.

Si no fuera por la seriedad de su voz, él habría jurado que bromeaba. De igual forma preguntó:

—¿En serio?

Ella asintió divertida y abrió el bolso para mostrarle la pequeña arma.

—Parece sorprendido —comentó ella con evidente diversión.

—No es cosa de todos los días encontrar a una señorita que, en lugar de guardar perfume y un abanico, lleve una pistola. ¿Sabe cómo usarla?

—Por supuesto, me llevó dos años convencer a James de que me enseñara, pero al final lo hizo. Por ello, no pierdo la esperanza de que usted me enseñe a montar.

Él no hizo caso de la punta y se preguntó quién sería James. Bien, no le interesaba de todas formas; o eso se dijo.

—¿Por qué quería salir de la fiesta? ¿No empezará a sospechar su tutora?

Esmeralda palideció. ¡Se había olvidado de Rowena! Esperaba sinceramente

que Angelique la mantuviera ocupada. Confió en que sí. Angelique Allen siempre se había salido con la suya.

—Estoy segura de que no lo notará —dijo, pero su propia voz delataba la mentira, estaría en problemas.

Llegaron a los matorrales y se escondieron parcialmente en ellos. Parecían una pareja que buscaba el mejor lugar para un encuentro amoroso.

—Creo que será mejor que regresemos...

—No. —Ella lo tomó del brazo para detenerlo y sonrió—. ¿Ve por qué digo que no es tan malo? Aunque no lo admita, es todo un caballero.

Él gruñó.

—¿Se supone que es un halago? Lo siento como un insulto.

—Oh, es muy exagerado.

—Y usted está loca —dijo sin ningún tapujo.

Esa debía ser la mujer más rara que hubiera visto jamás. Llevaba una pistola en el ridículo, se empeñaba en dejar a un lado todas las reglas de sociedad, y lo más extraño, no parecía en lo absoluto sorprendida porque la hubieran llamado loca.

—Suelen decir eso de las Loughy —respondió—, hace tiempo que dejó de ser una ofensa.

Él negó con la cabeza como si no comprendiera.

—¿Por qué no le gustan las veladas? —preguntó ella, de repente, dispuesta a averiguar todo lo posible de él.

—No me gusta codearme con la alta sociedad—confesó cruzándose de brazos.

—¿Y usted no es parte de la alta sociedad? —inquirió confundida.

—¿No lo ha escuchado? —dijo con un tono que pareció de desprecio—. Mi legitimidad ha estado siempre en entredicho. Hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que sea un bastardo.

Si él pensó que escucharía un jadeo horrorizado seguido de una huida de parte de ella, se equivocó en demasía. Esmeralda se limitó a fruncir ligeramente el ceño y a permanecer callada por varios instantes, analizando la información. Luego, ante su sorpresa, se encogió de hombros.

—Nunca he comprendido el desprecio de la sociedad ante los hijos ilegítimos. ¿Qué culpa tienen las criaturas de los errores de los padres?

Desde que la conoció, Anthony estaba seguro de que se había sorprendido más veces que en toda su vida. No solo estaba medio loca, carecía de sentido común y parecía empeñado en perseguirlo, sino que además tenía pensamientos muy distintos a los de la alta sociedad.

«¿Qué culpa tienen las criaturas de los errores de los padres?», eso mismo se había preguntado él por años, cuando su padre descargaba en él su rabia durante sus borracheras. Cuando algunos se atrevían a mirarlo por encima del hombro considerándolo inferior, un impostor. Se había hecho esa pregunta miles de veces hasta que terminó convenciéndose de que tal vez sí era su culpa, simplemente no debió haber nacido.

Ella vio que él parecía inmerso en una batalla con sus pensamientos. En sus ojos apareció un brillo de dolor como si estuviera recordando algo poco agradable. La tensión llenó el ambiente y ella casi podía sentir su agonía, su tristeza provocada por recuerdos poco agradables. Casi podía ver el vacío que había dentro de él y una necesidad de protegerlo, de consolarlo, se apoderó de ella. Sentía ganas de acariciarlo, de curar cual fuera el dolor que lo atormentaba, porque a pesar del tono despreocupado en que dijo que posiblemente era un bastardo, ella sabía que en el fondo sí le dolía eso, y algo más que no podía identificar.

Decidida a romper la tensión del lugar, habló.

—A mí tampoco me gusta mucho la alta sociedad —le confesó llamando su atención—. La mayoría suele ser...

—¿Arrogantes? ¿Despectivos? ¿Discriminadores? ¿Malvados? ¿Hipócritas? —sugirió y ella sonrió.

—Sí, todo eso; pero no todos son así, conozco gente muy buena.

—Por ejemplo...

—Los duques de Richmond, por ejemplo. Ellos recogieron a mí, a mis primas y a mi hermana cuando no teníamos a nadie.

—¿La muerte de sus padres supongo? ¿Cómo murieron?

—¿Nunca escuchó la historia? —Todos habían escuchado la historia.

—Si lo hice, no recuerdo. Mi memoria es selectiva, solo recuerdo lo que me interesa.

Un semblante de tristeza amenazó con traspasar el alegre humor de Esmeralda, pero ella se apresuró a alejarlo.

—Bien, es una historia muy larga y triste, no vale la pena contarla. Solo digamos que ellos cuidaron de nosotras, sin pedir nada a cambio, al contrario; nos dieron todo.

—Supongo que siempre puede haber una excepción al caso.

Ella asintió mostrando conformidad.

—También están Aberdeen, Rutland y Granard. Ellos son muy buenos, así como la familia de este último, los Allen. *Lady Angelique* es mi amiga.

—¿Es usted amiga de un Allen? —pregunto, y cuando ella asintió comprendió por qué estaba medio loca.

Él sabía quiénes eran los Allen, todos lo sabían. De hecho, había estudiado con Richard Allen en Eton, antes de que lo expulsaran por haber provocado, según él «accidentalmente», que el director rodara por las escaleras. Si no se equivocaba, ningún Allen había durado más de tres años en Eton.

—Interesante.

—Por eso nunca me fijo mucho en lo que dicen de las personas. Ellos son muy buenas personas; solo son un poco...

—¿Problemáticos? —ayudó él.

—Sí —admitió ella—, pero son muy buenas personas.

Él casi sonrió y toda reserva por estar ahí con una joven soltera parecía desaparecer a medida que la conversación iba fluyendo.

—Por lo que escucho, es usted de las personas que siempre se inclinan a pensar lo mejor de los demás.

Ella asintió.

—La vida hay que verla con un poco de optimismo —dijo ella—. ¿No es usted una persona optimista?

Él negó con la cabeza.

—Suelo siempre pensar lo peor, así no espero demasiado para después decepcionarme.

Ella se encontró pensando cuántas veces se habría decepcionado por esperar demasiado.

—¿Es por eso que no cree en el amor? —preguntó recordando su conversación en el laberinto— ¿Porque sería esperar demasiado para luego correr el riesgo de quedar decepcionado?

El sonrió sin humor.

—Exactamente; pero más que decepcionado, creo que se podría decir destrozado. El amor es un sentimiento traicionero.

—Es un sentimiento maravilloso —objetó Esmeralda incapaz de imaginar cómo algo tan mágico como el amor pudiera ser traicionero—. Tiene que sentirlo para saberlo.

—Ya lo hice, y no se sintió agradable cuando el destino me lo arrebató.

—¿Lo ha experimentado?

Una punzada del algo que reconoció como celos se instaló en su ser. Había estado enamorado, pero ¿qué pasó para que tuviera tan poca estima al sentimiento? La curiosidad la atacó. Deseaba saber que sucedió, pero sobre todo deseaba saber quién era la mujer que había sido merecedora de su cariño.

—Aunque no lo crea, hace años estuve comprometido, y a punto de casarme —confesó, y otra punzada de celos la atravesó, pero se dijo que si no estaba casado es porque estaba reservado para ella—. Se llamaba Susan y...

—¿Llamaba? —Esmeralda tenía la mala costumbre de interrumpir a la gente, pero sentía que debía hacer la pregunta que aquejaba su mente de inmediato para no quedarse con la duda.

—Sí, llamaba. Murió unas semanas antes de la boda. Estaba enferma de tisis, pero yo no lo sabía.

—Oh. Lo siento.

Esmeralda se sintió mal, no solo por haber sentido celos de una persona muerta, sino porque la tristeza en su voz evidenciaba lo mucho que la había querido y el tremendo dolor que le causó perderla.

—Tal vez... —dijo con cautela— usted está destinado a alguien más —sugirió. Él negó con la cabeza como si esa posibilidad lo horrorizara.

—No. Hace tiempo comprendí que no nací ni para amar ni para ser amado, y sinceramente, vivo más feliz así.

—Eso es ridículo —espetó Esmeralda incapaz de concebir esa afirmación—.

Todo el mundo merece ser amado.

—Yo no —insistió él con una seriedad que la sorprendió—. Por eso, nunca más me volveré a enamorar. Ese sentimiento no causa más que problemas.

—Nunca diga nunca, lord Clifton —dijo Esmeralda acercándose a él—. El destino juega de manera extraña sus cartas.

Estaban solo a unos centímetros de distancia y ninguno de los dos parecía capaz de apartar la vista del otro. Esmeralda se fijó en sus labios y recordó la maravillosa sensación de besarlos; deseó que volviera a suceder.

Estaba muy cerca, demasiado cerca para gusto del poco autocontrol de Anthony. La presencia de esa muchacha lo afectaba de una manera en la que nadie lo había afectado antes. Lo había notado mientras bailaban y ahora lo notaba ahí. Intentó convencerse de que era solo deseo, pero algo en su interior le decía que era algo más.

Vio como ella miraba sus labios y él supo exactamente lo que pensaba, porque estaba recordando lo mismo. Eso no podía volver a suceder, él no podía...

Soltando una maldición entre dientes, Anthony bajó la cabeza y tomó posesión de su boca.

Era tan exquisito como lo recordaba. Los labios de él se movían con más fiereza que la vez anterior, con más urgencia; pero no le molestó, al contrario. Ondas de placer empezaron a recorrer su cuerpo cuando el beso se volvió más profundo, y Esmeralda se puso de puntillas para acercarse más. Le enlazó los brazos al cuello y se esforzó por seguir los movimientos de su boca, de pronto, sintiendo la misma urgencia que él.

El mundo desapareció; el tiempo se detuvo. No eran conscientes de nada más que el contacto de sus labios. Sus rodillas parecieron perder fuerza y como si él lo supiera, colocó un brazo en su cintura y la atrajo hacia sí. La sensación de su cuerpo pegado al suyo, provocaron ráfagas de calor en su interior. Él se separó y ella protestó, pero él bajó su boca hasta su cuello y besó con suavidad una parte sensible en donde latía su pulso. Ella se encontró soltando un jadeo.

De pronto, él se separó y la soltó tan bruscamente que si no hubiera tenido sus manos en su cuello, se hubiera caído.

—Dios —musitó él con una voz un tanto ronca—. ¿Qué me has hecho? ¿Por

qué apareciste en mi vida?

El tono en que lo dijo le hizo saber a Esmeralda que no esperaba respuesta, pero aún así se la dio.

—La gente suele aparecer en la vida de otras personas con una razón —dijo y quitó los brazos de su cuello cuando estuvo segura de que sus rodillas la sostendrían.

Él negó con la cabeza como si no lo creyera. ¿Qué clase de treta era esa? ¿En qué clase de juego perverso intentaba enredarlo nuevamente la vida para hacerlo sufrir de nuevo?

—Eres mi pesadilla.

Esmeralda negó con la cabeza y sonrió.

—En verdad usted quiere acabar con mi vanidad. Las pesadillas son feas, yo tenía entendido que yo no.

A su pesar, él esbozó una sonrisa.

—¿Estás segura de que eres decente? —preguntó con un tono de súplica que indicaba que esperaba que la respuesta fuera no.

Ella sabía que su comportamiento no podía describirse de otra forma que indecente. Cualquiera otro ya la hubiera tachado de fulana y cosas peores, destrozando su reputación a la mínima oportunidad.

—Sí, lo soy. Simplemente soy poco normal. Soy una Loughy, eso suele siempre explicar las cosas.

—Ya veo.

—Quiero ser tu amiga —confesó. Ella quería ser más que su amiga, pero tenían que ir por pasos.

—Los amigos no se besan —informó él.

—¿Seremos una clase de amigos especiales?

Dios, ¿eso significaba que quería volver a besarlo? No creía poder soportar más besos sin continuación.

—Creo que lo mejor será que te alejes de mí.

—¿Por qué?

Por su propio bien, pensó Anthony. Si la seguía viendo, terminaría loco. Además, ella era demasiado dulce, buena, tierna y optimista; todo lo contrario a

él. No podía seguir viéndola, y mucho menos formar una amistad con ella. Sería como juntar un perro sarnoso con uno sano; al final, el sano terminaría contagiándose y hundiéndose en la misma oscuridad y tristeza que el sarnoso. Él no podía hacerle eso.

Oh, pero parecía tan jodidamente difícil alejarse de ella, ahora que la había conocido.

—Porque sí —respondió.

—¿De qué tiene miedo, lord Clifton? —preguntó y dio justo en el blanco.

¿De qué tenía miedo? A esas alturas, se atrevería a decir que no tenía miedo de nada. Sin embargo, sabía que se estaba mintiendo a sí mismo, pero no se atrevía a indagar cuáles eran sus miedos.

—De nada. ¿Qué clase de pregunta es esa?

Esmeralda negó con la cabeza como si comprendiera algo que él no.

—No tiene nada de malo que seamos amigos —dijo con dulzura.

—La sociedad tendría mucho que decir al respecto.

—Tonterías. Usted no tiene nada que perder, lord Clifton.

—Pero usted sí —señaló él—. ¿Por qué correr el riesgo? ¿Por qué me persigue de esa manera?

—Ya le dije, solo quiero conocerlo mejor.

—¿Por qué? —preguntó en voz alta, ligeramente exasperado de no obtener respuesta a esa pregunta.

—Deje de preguntarse el porqué de las cosas —reprochó—, no se puede obtener respuesta a todo. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué el cielo es azul? ¿Por qué el clima es cambiante?

Él frunció el ceño.

—No, pero eso no tiene respuesta, esto sí.

—Solo siento curiosidad —explicó ella intentando sonar convincente, no era del todo mentira.

Él la miró a los ojos, y la profundidad de esa mirada casi le hace perderse en ella, a punto de revelar todos los motivos.

—Usted está mal de la cabeza.

Ella sonrió.

—¿Qué parte de «soy una Loughy » no entendió? ¡Ya sé! ¿Por qué no me ayuda a mejorar mi técnica de cabalgar? Podemos comenzar por ahí. Nadie nos verá a las siete de la mañana.

—¿No se da por vencida? ¿Cierto?

—No.

Volvió a sonreír y él empezó a sentir el efecto de esa dulce sonrisa. Era hechizante, parecía especialmente destinada a hipnotizar a la gente y que dijeran sí ante todo lo que ella pidiera. Una bruja, sí, tenía que ser una bruja, porque de otra forma no se hubiera encontrado diciendo:

—El lunes a las seis en Green Park. Intente llegar sola, llevaré dos caballos si es necesario —dijo y se fue antes de que se arrepintiera de lo dicho, como seguramente haría más adelante.

Esmeralda casi dio saltitos de alegría. Rowena ya podía empezar a planear otra boda.

Capítulo 9

Cuando Esmeralda regresó a la fiesta, se encontró a una Rowena casi al borde de la histeria. Según parecía, había logrado librarse de Angelique y se había dedicado a buscarla. Considerando que la última vez que la vio fue en compañía de lord Clifton, era de esperar que estuviera preocupada.

—¿Dónde has estado? —preguntó con una expresión bastante enojada.

—Salí a tomar un poco de aire —no era completamente una mentira.

—¿Sola? —Su tono solo podía definirse con horror—. ¿Estás loca? Sabes que eso no se puede. Por cierto, me encantaría saber: ¿por qué hiciste caso omiso de mis indicaciones y le aceptaste un baile a lord Clifton?

Esmeralda se ruborizó y se llevó a Rowena a una esquina, donde había menos probabilidades de ser escuchada.

—Solo fue un baile —masculló—, no tiene nada de malo.

—Lo tiene cuando te advertí que él no era la clase de partido aceptable. No sabes cuantas murmuraciones has causado por la forma escandalosa en que bailaron... ¡Oh! ¿En qué pensabas, Esmeralda?

Esmeralda se estaba cansando de que todos dijeran que él no era aceptable. Él era un buen hombre, ella lo sabía y sintió la necesidad de defenderlo.

—Él no es una mala persona —aseguró dejando incrédula a Rowena con su vehemencia—. La gente suele exagerar en los rumores.

Rowena negó con la cabeza y su rostro se tiñó con preocupación.

—Oh, querida, no me digas que estás interesada en él.

Esmeralda asintió incapaz de mentir.

—Pero de todos los hombres... —protestó.

—Él es el hombre de mi vida —aseguró—, y me casaré con él... apenas se dé cuenta de que yo soy la mujer que necesita.

—Piénsalo bien, querida —insistió—, uno no se enamora a primera vista.

—Una vez contaste que eso fue lo que te sucedió a ti —le recordó, rememorando las ocasiones en que Rowena le había contado su historia con el duque.

—Sí, pero...

—Entonces —interrumpió—, no veo porque no me puede suceder a mí.

—Yo sabía que William era un buen hombre.

—Él también —insistió—, es solo que... creo que no le ha ido bien en la vida.

Esmeralda no estaba segura de cómo había sido exactamente su vida, pero no había que ser muy inteligente para saber que no le ha ido bien. Lo de su prometida era un ejemplo, y aunque desconocía otros, estaba casi segura de que no era el único.

—¿Por qué se rumorea que es un bastardo? —preguntó deseosa de saber más.

Rowena soltó un jadeo ahogado y miró a ambos lados para asegurarse de que no había nadie que las oyese.

—¿Habló de eso contigo? ¿Pero cómo...?

—Rowena... —interrumpió Esmeralda al ver que ella quería desviar el tema.

Su tutora suspiró y habló mientras volvía a mirar a los lados.

—Su madre... la baronesa, no tenía muy buena reputación. Se dice que el barón tenía veinte años más que ella cuando se casaron, y ella no era feliz en el matrimonio... En fin, se comenta que hubo varias ocasiones en que la atraparon teniendo encuentros amorosos con otros hombres, y hace unos 23 años se fugó a Francia con el señor Dudley, abandonando a su esposo y a su hijo.

Esmeralda contuvo un jadeo horrorizado. La madre de Anthony lo había abandonado cuando no era más que un niño... ¡Oh, Dios! Con razón no creía en el amor. Si tu propia madre no te había demostrado cariño, era natural que uno creyera que no había nacido para ser amado; y si a eso le sumaba la muerte de su prometida... Nadie podía culparlo por ser como era.

Por unos instantes, Esmeralda se imaginó al niño pequeño que lloraba por la ausencia de su madre y el corazón casi se le partió en dos. Heridas como esas

casi nunca sanaban completamente. Se necesitaba mucho amor y cariño... por suerte, ella tenía bastante que ofrecerle.

—Debió de haber sufrido mucho —murmuró—. ¿Y la gente aún así se atreve a culparlo? ¿A rechazarlo después de todo lo que ha vivido?

Esmeralda no podía entender cómo la gente podía ser tan cruel. No comprendía por qué veían la vida de forma tan superficial e irracional, de acuerdo a su propia conveniencia.

—Comprendo lo que dices, querida; y estoy de acuerdo contigo en que a veces se juzga de forma muy dura a personas por pecados ajenos —dijo comprensiva—, pero no hay que engañarse, la reputación que tiene se la ha ganado a pulso.

—¿Qué se dice de él? ¿Que bebe? ¿Que juega? ¿Que visita... lugares de mala fama? ¿No es eso lo que hacen la mayoría de los «caballeros», Rowena?

Rowena se ruborizó.

—No deberíamos hablar de estos temas, y menos aquí.

—¿Por qué? —Esmeralda empezaba a exasperarse—. Sabes que tengo razón, Rowena.

Rowena no dijo nada, y su silencio fue suficiente confirmación.

—¿Cómo te habrías sentido tú... —continuó Esmeralda dispuesta a hacerle entrar en razón— si tu madre te hubiera abandonado cuando no eras más que una niña? Si cuando encontraste al que creías era el amor de tu vida, de repente esta te lo arrebatara de la peor forma. ¿Cómo te hubieras sentido? ¿Cómo hubieras reaccionado?

—Esa no es justificación para llevar una vida... inmoral.

—No lo es —accedió Esmeralda—, pero cada quien intenta llenar el vacío de la mejor forma. Además, ¿quién nos asegura que en verdad sea tan malo como dicen? ¿Quién nos asegura que aún lo es? ¿La sociedad? ¿Esa misma sociedad que busca la mínima oportunidad para desprestigiar a alguien solo por diversión? ¿Esa misma sociedad que vive del chisme?

Rowena soltó un suspiro de resignación.

—Tienes razón. Solo... me preocupo por ti, no quiero que salgas lastimada.

Esmeralda sonrió y tomó una mano entre la suya.

—Te aseguro que no será así, lo sé.

—Bien, pero tienes que prometerme que no cometerás una locura por tratar de llamar su atención. Hagas lo que hagas, tiene que ser correcto...

—Oh, mira, ahí está Angelique, tengo que hablar con ella —informó y desapareció sin prometer nada.

Rowena suspiró. Después de dieciséis años viviendo con ellas, no comprendía por qué aún esperaba un comportamiento correcto de parte de alguna Loughy.

Calvin conocía cada lugar de los bajos fondos como si fuera la palma de su mano; así como conocía a sus habitantes.

Cuando uno vivía tanto tiempo en ellos, era indispensable saber cómo moverse. Saber cuáles eran los que convenía tener como aliados, a quiénes no granjearse de enemigos, y a quién evitar. Los bajos fondos de Londres no eran más que un pequeño mundo dirigido por delincuentes en donde nada más sobrevive el más listo y valiente. En resumen, no muy diferente a la realidad.

Calvin había vivido en esos lados hasta los cuatro años, con su madre, que al ser despedida sin referencias solo por haber sido víctima de un lord, y quedar embarazada, no le quedó otra que ejercer la profesión más antigua del mundo para mantener a su hijo.

Él no recordaba mucho de su madre, solo tenía en su memoria imágenes de cómo ella se sentaba a llorar después de una noche de trabajo. Cuando lo veía, le sonreía y le afirmaba que estaba bien, pero él sabía que no estaba bien. Ella había muerto de una enfermedad desconocida, pero antes se había asegurado de viajar a su pueblo natal y dejarlo frente a la puerta de la vicaría, donde el buen vicario y su esposa se encargaron de cuidarlo sin hacer preguntas, ni discriminarlo por desconocer sus orígenes.

Decir que su vida fue fácil a partir de ese momento hubiera sido mentira. Recibió educación y evitó convertirse en un carterista, pero ni las más humildes de las personas se comportaban bien con un niño cuyos orígenes estaban en entre dicho. Fue discriminado y despreciado en varias ocasiones, pero después de años se aseguró que ya nada de eso le importase. Cuando había conseguido un trabajo como investigador de Bow Street, creyó que era todo lo que podía pedir y, a pesar de que no le fue mal, no tardó en darse cuenta de que parecía no encajar. Fue entonces cuando decidió formar su propio negocio y volver a donde nunca

debió salir. William se convirtió en Calvin, el propietario de Los ángeles del placer.

No había tardado en familiarizarse nuevamente con el pequeño mundo. Habiendo tenido que soportar lo que soportó, no era una persona de trato fácil y no se dejaba pisotear por nadie. Se había ganado el respeto de los jefes en East End y tenía contactos en ambos lados de Londres. Se podía decir que estaba conforme.

Caminando entre los callejones llenos de basura y repletos de prostitutas, Calvin se detuvo ante un edificio que daba la impresión de estar a punto de caerse. Entró y saludó a algunos conocidos hasta que llegó a la parte de atrás del lugar; subió dos pisos por escalera y tocó a una puerta ubicada en el fondo del pasillo izquierdo.

Una voz gruñona indicó que pasara y Calvin entró.

Adentro, el hombre musculoso estaba sentado en una vieja silla de madera ya húmeda, tomando el contenido de una botella.

—Blake —saludó el hombre con un fuerte acento cockney, bastante sobrio considerando que la botella ya andaba por la mitad—.¿Qué te trae por aquí?

—Necesito cierta información —dijo, sacó de su bolsillo un soberano y se lo mostró.

Los ojos del hombre brillaron con codicia y su boca se curvó en una mueca ambiciosa, resaltando la cicatriz en su mejilla. Si había alguien en los bajos fondos que supiera lo que él quería, ese era el hombre que tenía en frente.

—Tú dirás.

—¿Qué sabes de un hombre con una cicatriz larga y profunda en el brazo izquierdo que recorre esta trayectoria? —preguntó haciendo el recorrido que le había indicado aquel hombre que lo persiguió.

El hombre lo pensó unos segundos y luego sonrió.

—Le dicen «la Araña». Es un asesino. Lo encuentras en Aldgate, normalmente frecuenta una taberna llamada Perdición.

Calvin asintió, le lanzó el soberano y salió con la misma rapidez con la que había entrado.

En su camino hacia Aldgate, Calvin se vio invadido por la excitación que

significaba obtener pistas sobre el misterioso asesino que quería acabar con la vida de su amigo. Qué harían cuando supieran quién era, todavía era desconocido. Para entregarlo a la policía se necesitaban pruebas que no tenía la certeza de conseguir, sin embargo, había otras formas de deshacerse de una persona molesta. Él no era partidario del asesinato ni de la crueldad, pero ¿en verdad valía la pena tener piedad con alguien que había demostrado carecer de escrúpulos? De todas formas, una vez obtuviera la información, dejaría que Anthony decidiera que hacer... ¡No!, mejor le informaría al desconocido que parecía tener interés en ayudarlo.

Confiar la vida de su amigo a un desconocido era desde todo punto de vista una mala opción, pero había algo en él que le atribuía confianza; y Calvin siempre sabía en quién confiar y en quién no. Sin duda, el desconocido había parecido más preocupado por la vida de Anthony que su mismo amigo, y eso era un punto a favor. Sí, se lo mencionaría al desconocido si regresaba, o quizás se lo dijera a ambos... no sabía, decidiría luego de obtener información.

Tardó al menos tres cuartos de hora en llegar a la taberna mencionada y entabló conversación con el primer hombre que encontró; un borracho marinero que se mostró encantado de darle información por un mísero penique.

Como le dijo su anterior contacto, el hombre al que apodaban la Araña frecuentaba todos los días esa caverna, pero hace días que no iba y el borracho manifestó su desconcierto ante eso.

Habló con unas cuantas personas más, aquellas que estaban lo suficientemente borrachas para garantizar que no se acordarían de nada al día siguiente, pero todas estables para articular palabras. Estas le dijeron lo mismo que el marinero, hasta que uno le informó algo que hizo que empezara a soltar maldiciones en voz alta.

—Lo encontraron muerto hace poco —le informó arrastrando las palabras un hombre mientras tomaba el contenido de un vaso y hacía señas a una prostituta para que se acercara—. Alguna pelea, suponen.

Calvin salió del lugar furioso. Sea cual fuera la mente maestra era más listo de lo que esperaba. Se había encargado de no dejar cabos sueltos y eso lo empezaba a preocupar. Tenía el presentimiento de que las cosas se pondrían feas.

Capítulo 10

Sentada frente al elegante tocador de madera caoba, Esmeralda dio vueltas a la pluma entre sus dedos y miró la hoja en blanco pensando en cuál sería la mejor forma de comenzar una carta.

Era domingo por la tarde, y ella no tenía nada que hacer. Hacía un día ideal para dar un paseo, pero Anthony no la invitaría a uno y ella en realidad no quería salir si no era con él. Sin embargo, decidió enviarle una carta. Ayer en la noche había accedido a ayudarla a mejorar su técnica para cabalgar, lo que significaba que ya no se mostraba tan reacio como antes, y como ella no podía esperar hasta mañana para tener noticias de él, decidió escribirle.

Mojando la pluma en el tintero, comenzó.

Querido lord Clifton,

Ayer se marchó sin que yo pudiera manifestarle mi gratitud por el servicio que me va a prestar. También le advierto que no pienso aceptar un arrepentimiento de su parte, por lo que espero en verdad encontrarme mañana con usted.

Ya que hablamos de ese tema, le confieso que a pesar de considerarme capaz de escaparme sin que nadie me vea, no me atrevo a llegar sola al parque sin ninguna protección, por lo que me pregunto si tendrá la amabilidad de esperarme a una manzana de mi casa para acompañarme en el trayecto hacia el parque. Por mi reputación no se preocupe, soy consciente de los riesgos que corro y estoy dispuesta a afrontarlos; de todas formas, intentaré no llamar la atención.

E.L.

Esmeralda le entregó la carta a su doncella y le pidió de favor que la llevara a la dirección indicada, que no era muy lejos de ahí. Luego, se sentó a esperar una respuesta, pensando que ese era un buen día para mantener correspondencia.

Aburrido, Anthony terminó con los informes que le mandaba el administrador de la finca, y se puso a pensar.

No había hecho bien con acceder a darle clases de equitación a esa joven. Era una joven soltera y decente, loca también, y sin sentido común, pero decente. Salir con ella al parque sin carabina podía significar la ruina de esta, y aunque era cierto que a las seis de la mañana solo se encontraban en la calle a criados que comenzaban su día laboral, eso no lo hacía menos peligroso. Alguno de ellos podía reconocerla e ir con el chisme a sus patrones... Era muy peligroso. La reputación de él no tenía nada que perder, pero por más extraño que sonase, sobre todo viniendo de una persona que se supone carecía de principios morales, él no deseaba que ella perdiera la suya.

Lo mejor sería enviar una disculpa y acabar con ese asunto antes de que saliera perjudicada.

Sacó de uno de los cajones una pluma y tintero, cogió una de las hojas a un lado en su escritorio y se dispuso a elaborar la carta. Sin embargo, antes de que pudiera escribir una palabra, tocaron a la puerta.

—Adelante —masculló Anthony, y el mayordomo entró.

—Han traído esto para usted, milord. La doncella que lo trajo dice que le ordenaron esperar respuesta.

Anthony gruñó pensando en quién sería el inoportuno, hasta que su mente captó que su mayordomo dijo «doncella». Solo las mujeres mandaban un carta con una doncella, y a él no le solía escribir ninguna mujer... ¡Oh, no!

Recibió la carta y la leyó rápidamente. No supo si echarse a reír o lamentarse de que la mujer pareciera bruja.

En la misiva no solo le advertía que no permitiría ningún arrepentimiento de su parte (cosa que conociéndola lo poco que la conocía, no lo dudaba) sino también pedía que la acompañara al parque. Si le había quedado alguna duda de que ella

quería arruinar su reputación, ya no la tenía. Bien, ese ya sería su problema, no pensaba preocuparse más por problemas ajenos o empezaría a ablandarse, y Dios sabía que en el mundo en el que vivía, eso podía considerarse una falla letal.

Si ella deseaba que la ayudara a cabalgar mejor, lo haría (pero solo porque ya lo había prometido). Si a ella no le importaba su reputación, a él tampoco. Ya le había dicho que no se pensaba casar y ella estaba advertida. Le enseñaría lo que tuviera que enseñarle y luego desaparecería de su vida, por su propio bien.

Decido, empezó a escribir.

Mi querida Srta. Loughy...

Arrugó el papel antes de seguir.

¿Querida? ¿En serio escribió querida? Sabía que esas solían ser las formalidades en las cartas, pero sonaba demasiado ridículo y podía dar pie a malinterpretaciones.

Agarró otra hoja y escribió.

Srta. Loughy...

Sí, eso sonaba mejor. Con una sonrisa inconsciente por lo que se le vino a la mente, siguió.

Mentiría si le dijera que el arrepentimiento no pasó mi cabeza, pero como temo lo que su impulsiva mente pueda idear para convencerme, prefiero aceptar. Ya que usted no parece en lo más mínimo preocupada por un posible desplante social, no veo por qué debería estarlo yo, después de todo, nunca he presumido de poseer sentido común o dignidad. Sin embargo, debo insistir en que después de que la ayude a mejorar su técnica, será mejor que no nos veamos más, o me sentiré tentado a querer enseñarle otro tipo de cabalgata más interesante que nos metería a ambos en un aprieto.

Anthony Price, barón de Clifton

Anthony envió la carta sonriendo maliciosamente. Si el destino tenía un poco de piedad por su salud mental, la muchacha se espantaría y desistiría de esa idea.

Debió saber que no tendría tanta suerte, porque media hora después estaba leyendo otra carta que no decía ningún reproche.

«Querido lord Clifton,

Creo recordar haberle mencionado la forma en que me podría defender de sus intentos con respecto a otro tipo de enseñanzas, que aunque suenen de lo más interesante a oídos de una joven curiosa, temo que no podrá ser posible. No obstante, no encuentro motivo para no ser amigos. Ayer creí haber entendido que usted aceptaba mi amistad, y ya que la tengo, no estoy dispuesta a romperla. Por ello, y como entre buenos amigos no van las formalidades, me tomaré a partir de ahora el atrevimiento de llamarlo Anthony y hablarle de tú. Espero estés de acuerdo conmigo, Anthony, y también te animes a llamarme por mi nombre que siempre he considerado muy bonito.

E.L.

¡Si resultó descarada la Srta. Loughy! No solo había entendido el doble significado de la frase, sino que se había mostrado tranquila y había tenido el atrevimiento de llamarlo por su nombre.

Anthony tenía la impresión de que se había metido en un lío, pero el diablillo que tenía en el hombro lo instó a responder, quería ver hasta dónde llegaba el descaro de la Srta. Loughy o su capacidad de aguante. Parecía dos personas distintas, a veces descarada, y otras veces tan inocente... Dios, le encantaba. Se estaba volviendo loco, pero le encantaba esa personalidad, era tan... especial. Él no debería seguir con ese juego, pero no podía evitarlo.

Srta. Loughy,

Aunque me siento tentado, temo que no sería correcto, y no porque sea fiel defensor de las reglas de educación, sino porque en las únicas ocasiones en que uso el nombre de pila de una mujer es cuando estamos en una situación más... íntima. Como ya me ha afirmado el riesgo que corro si lo intento, prefiero mantener las formalidades y le ruego que usted lo haga.

Anthony Price, barón de Clifton

Sin que aún hubiera desaparecido el color rojo de la nota anterior, las mejillas de Esmeralda se volvieron a teñir de carmesí, pero la sonrisa pícaro no se le borró de la cara.

Desde el encuentro en el parque, sabía a qué atenerse cuando de Anthony se trataba, y cuando empezó a lanzar pullas, Esmeralda no resistió la tentación de volverse un poco descarada. Por lo visto, él disfrutaba del juego, de otra forma no respondería.

Se preparó para escribir otra carta y se dijo que tendría que darle una buena propina a la doncella por tenerla de un lado a otro.

Querido Anthony...

Sonrió solo de pensar en su reacción.

Insisto en que las formalidades están de más, y sobre las ocasiones en que usas el nombre de pila de una mujer, creo que puedes hacer una excepción conmigo. Siempre hay una primera vez. Es más, como Anthony es muy largo para mi desmemoriado cerebro, creo que te llamaré Tony. ¿Acaso no suena bien? Es más simple, y pido nuevamente que me llames Esmeralda. No te niegues, o seguiré insistiendo. Ya sabes que puedo ser muy persistente.

E.L.

Anthony no podía creer lo que estaba leyendo. Definitivamente estaba manteniendo correspondencia con una loca. ¿Tony? ¿En serio? Como no tenía más nada que hacer el domingo, respondería. Solo porque no tenía nada que hacer.

Esmeralda,

Consentiré que nos hablemos de tú, pero ni en un millón de años consentiría que me llamas Tony. Me parece un apodo demasiado ridículo y no viene al caso. Pido, por favor, que no me ofendas con semejante nombre.

Anthony

Esmeralda leyó la pequeña nota y con una sonrisa traviesa, respondió.

Querido Tony,

Vamos cediendo poco a poco, eso es bueno.

El diminutivo de tu nombre no me parece ridículo, más bien adorable y daría un toque especial a nuestra relación que de por sí es extraña, ¿no crees?

Anthony leyó la nota y no supo si reír, o gritar de exasperación.

Esmeralda,

Estoy considerando seriamente en investigar más sobre las Loughy, porque me empiezo a preocupar por tu salud mental, o tu capacidad de entendimiento. Temo estar manteniendo correspondencia con alguien que no está en sus cinco sentidos, pero no soy prejuicioso.

Sobre lo nuestro, no creo que podamos definirlo como «relación», es una palabra demasiado... fuerte. Cambiando de tema, querida, ¿tu tutora está de acuerdo en que mantengas esta correspondencia, o mejor dicho, en que mantengas contacto conmigo?

Anthony

¡La había llamado querida! Eso era un progreso, ¿cierto? Se sentía un poco decepcionada porque no calificaba lo suyo de «relación», pero todo a su tiempo.

Querido Tony,

No te preocupes por mi tutora, ya te aseguré que nadie te va a ir a retar a duelo. Con respecto a mi salud mental, puedo asegurar que estoy bien, también tengo buena capacidad de entendimiento, solo soy persistente en los mis objetivos. Te recomiendo que no investigues sobre las Loughy, o el que saldrá corriendo serás tú.

E.L.

Anthony no pudo evitar soltar una carcajada ante esa mención. Vio por la ventana de su estudio que el tiempo empezaba a descomponerse y decidió poner fin a la conversación, seguir mandando a la pobre doncella con esas condiciones no era conveniente.

Querida Esmeralda,

No soy de los que se asustan con facilidad, y has logrado captar mi curiosidad. Investigaré luego solo para asegurar mi protección personal con respecto a ustedes. Repito, no soy un cobarde, y como me considero valiente, asistiré mañana a nuestra cita a pesar de mis dudas sobre que tus facultades mentales estén equilibradas. A las seis de la mañana te estaré esperando a una manzana de tu casa e iremos al parque. Me despido.

Anthony

Esmeralda terminó de leer la última carta y lamentó que el mal tiempo le impidiera seguir mandando más cartas, aunque seguro la pobre Sarah debía de estar agradeciéndolo. Le dio media corona por las molestias y recogió todas las cartas dispuesta a guardarlas y leerlas en un futuro cuando ya estuviera casada.

Acababa de atarlas con una cinta cuando alguien irrumpió en su habitación.

Instintivamente ocultó las cartas tras ella.

Rowena la miró con sospecha.

—¿Se puede saber por qué has mantenido a tu doncella de un lado a otro?
¿Con quién te escribes?

Esmeralda bajó la vista y respondió con voz inocente.

—Con An... lord Clifton.

Rowena hizo una mueca y abrió la boca como si quisiera protestar, pero Esmeralda se adelantó.

—Es una forma correcta de llamar su atención, no es ninguna locura.

Rowena no discutió.

—Está por llover —mencionó—, será mejor que dejes la correspondencia para otro día.

—Seguro —afirmó—. De hecho, ya nos habíamos despedido.

—Bien. —En lugar de irse, Rowena entró en la habitación y se sentó en una silla junto a la ventana—. ¿De qué hablaron?

Esmeralda rogó a Dios no haberse ruborizado.

—Oh, ya sabes, temas convencionales.

—¿Te va a cortejar? —preguntó animada Rowena.

—Bien...

—No es correcto mantener correspondencia con un hombre que no te corteja —farfulló Rowena.

—Pero, Rowena... —Esmeralda puso su mejor cara de ruego—. ¿De qué otra manera quieres que llame su atención? Tal vez deba pedirle consejo a Rubí o...

—¡No! —exclamó Rowena inmediatamente—. Creo... creo que puedo pasar por alto el asunto de la correspondencia, solo si aseguras que se está comportando como todo un caballero y no te está haciendo propuestas... inadecuadas.

—Te aseguro que en lo que respecta a mí, no ha hecho nada malo.

Rowena no pareció muy convencida, pero suspiró resignada.

—Espero que esto salga bien.

Esmeralda la abrazó.

—Saldrá perfectamente, ya lo verás.

Rowena bostezó.

—Bien, creo que dormiré un rato, no sé por qué, pero estos días he estado un poco cansada. Supongo que se debe a todo el ajetreo de la vida social y que Angelique está en su última temporada y no se ha casado. Oh, esa muchacha acabará con mis nervios.

Esmeralda rio.

—Te estás ablandando, Rowena, ¿no acabó Topacio con tus nervios y lo va a hacer Angelique? Vamos, estoy segura de que puedes con eso. Ahora, también podrías dejarle el trabajo a Zafiro.

Rowena soltó un chasquido poco femenino.

—Zafiro aún es muy joven, ella no sabría cómo hacerlo bien. Además, tiene la mala costumbre de pensar y analizar mucho las cosas.

Esmeralda no creía que eso fuera una mala costumbre, pero Rowena tal vez lo consideraba así porque esa manía de analizar a los pretendientes fue lo que la mantuvo soltera tanto tiempo, aunque Esmeralda prefería pensar que no se había casado porque el destino ya le tenía reservado un hombre.

Rowena salió de su cuarto y Esmeralda se acostó en la cama. Miró las gotas de lluvia que empezaban a bañar la ventana y apretó las cartas contra su pecho.

Inhaló el olor masculino que provenía de ellas y soltó un suspiro soñador.

Puede que las cartas no tuvieran escritas palabras de amor, o poemas, como siempre imaginó que sucedería cuando encontrara al amor de su vida e iniciaran el cortejo. Sin embargo, no se sentía decepcionada ni veía las cartas menos especiales. Al contrario, eran especiales solo porque venían de él; no importaba que dijeran cosas poco correctas que para otros serían vulgares. Ella las guardaría como un tesoro.

No teniendo nada que hacer, decidió seguir el ejemplo de Rowena, tomar una siesta y soñar con la boda con el hombre de su vida que sería su final feliz de novela.

Capítulo 11

Soltando un bostezo poco femenino, Esmeralda se abotonó su traje de montar y se apresuró a salir a hurtadillas de la casa.

Eran las cinco menos cuarto de la mañana y la única actividad que se oía era la de algunos criados que empezaban a levantarse. Como pudo, Esmeralda se escabulló por una ventana de la biblioteca, en la parte lateral de la casa.

Sabía que no había forma alguna de pasar desapercibida, y estaba dispuesta a correr el riesgo. Sin embargo, no supo si fue el destino que conspiraba en su ayuda u otra cosa, pero en el camino que la separaba de donde la estaba esperando Anthony, no se encontró a nadie, ni un solo criado, que pudiera reconocerla.

Anthony la estaba esperando donde quedaron, montado en un semental negro, y con un traje de igual color, tenía las riendas de una yegua blanca en la mano.

—Hola, Tony —saludó Esmeralda y sonrió al ver su expresión de fastidio.

—Se escucha peor de lo que pensé —masculló, pero no hizo ningún intento por intentar disuadirla de que dejara de llamarlo así, en cambio, señaló a la yegua.

—Ven rápido, tenemos que llegar al parque antes de que alguien nos vea.

—¿Puedo montar contigo hasta el camino? —sugirió en tono inocente—. Solo para llegar más rápido. Mi torpeza nos retrasaría, y habría más riesgo de que alguien nos viera.

Él iba a mencionar que riesgo ya había, pero en sus ojos leyó que en realidad no era una pregunta, así que asintió. Además, tener su pequeño cuerpo pegado al suyo se le hacía una posibilidad encantadora, aunque probablemente se

arrepintiera luego.

—Está bien.

Él la ayudó a montar y juntos emprendieron el camino al parque lo más rápido que pudieron.

En las calles no había ni un alma visible, lo que le confirmó a Esmeralda que el destino estaba de su lado y la apoyaba.

Cuando llegaron al parque, literalmente la colocó en la yegua como si no pudiera soportar más su contacto. Esmeralda vio que hacía una mueca y luego negaba con la cabeza.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Esto es una locura —masculló.

—Velo como una aventura, las aventuras son divertidas.

—¿Has tenido muchas aventuras en tu vida? —preguntó él con un deje de burla.

—No muchas —admitió ella—, aunque una vez...

—Una vez ¿qué? —insistió él al ver que ella callaba.

Esmeralda dudó en decirle lo de su escapada con Topacio al campamento de gitanos. No era algo que se pudiera andar contando.

—Nada importante —musitó.

Él parecía con ganas de preguntar, pero pareció recordar algo porque se puso serio y dijo:

—Será mejor que comencemos, no podemos quedarnos mucho tiempo.

Ella asintió, aunque lo que más le gustaría es quedarse todo el día con él.

—Lo primero que deberías saber es que tenerle miedo al caballo no te ayudará en nada para que te obedezca.

—Yo no tengo miedo —protestó Esmeralda.

—¿Ah no?, entonces estoy imaginando el temblor de tus manos al sostener las riendas.

Esmeralda miró sus manos que, efectivamente, sostenían las riendas de manera temblorosa.

—Nunca me ha gustado cabalgar —admitió ella de mala gana—, pero Rowena aseguró que toda dama debía saber cabalgar, por si alguien te invitaba a un

paseo.

—No es tan difícil —animó Anthony al ver que ella parecía un poco molesta con el asunto—, solo hay que agarrarle el... método. Tienes que mantener la espalda recta —le dijo llevando las manos a sus hombros haciendo leve presión para que los enderezara. Esmeralda lo hizo, pero más por el hecho de que quería sentir su contacto que por otra cosa—. Tienes que relajarlos —insistió él al sentirla tensa—. Es una yegua mansa, no te hará daño al menos que la molestes.

—¿Seguro?

Un brillo burlón apareció en sus ojos.

—¿Me vas a decir que una dama que sabe disparar en verdad le tiene miedo a un caballo?

—Bueno...

—No te hará nada —aseguró él—, confía en mí.

Esas palabras bastaron para que Esmeralda se relajara, como si fueran un calmante natural.

—Ahora —dijo tomando las manos entre las suyas—, afloja un poco las riendas, no puedes tomarlas tan fuertes o la molestarás. Los pulgares van así —indicó colocando los pulgares hacia arriba.

A pesar de que ambos llevaban guantes, el calor de su mano pareció atravesarla y le recorrió todo el cuerpo.

—Así, muy bien —dijo cuando ella pareció relajarse por completo.

Su voz era suave y dulce, como un paciente maestro que le habla a un niño.

—Ahora —prosiguió él—, intenta iniciar una cabalgata lenta, y verás que ahora se te hará más fácil. Siempre intentando seguir el ritmo del caballo.

Él volvió a sonreír y Esmeralda supo que hablaba nuevamente con doble sentido.

¿Sería su costumbre? ¿O quería poner a prueba su aguante? Tenía la impresión de que era la segunda.

Intentando no ruborizarse, se hizo la desentendida y se concentró en la cabalgata. Manteniendo la espalda recta y relajada a la vez.

Cuando Rowena había contratado a alguien para que le enseñara a cabalgar, a Esmeralda no le había hecho mucha gracia. Tal vez porque ella era tan pequeña y

los caballos tan grandes... el hecho era que les había tenido un miedo instantáneo que le había impedido mejorar su técnica. Sin embargo, ahora, la cosa parecía más fácil y se atrevía a decir que era por la compañía de su apuesto maestro.

Con él se sentía segura, sentía que nada podía pasarle mientras él estaba cerca. La confianza que le inspiraba el que era casi un desconocido era sorprendente, pero después de todo, el amor era así, ¿no?

Manteniendo el equilibrio, Esmeralda dio unas cuantas vueltas en círculo y se sintió más confiada a cada paso. Anthony la seguía de cerca y parecía observar todos sus movimientos; si ella hubiera prestado más atención, se hubiera percatado de que en verdad la observaba a ella.

Siguieron con la práctica unos quince minutos más. Él le corregía uno que otro error, aunque de manera ausente, su vista siempre puesta en ella.

—¿Te das cuenta de que no es tan difícil? —dijo él al ver que ella iba mejorando—. Con un poco de práctica, serás muy buena amazona. No creo que necesites más mi ayuda.

Esmeralda detuvo el caballo y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Quieres librarte de mí? —formuló en tono de reproche.

Él asintió.

—Estoy considerándote ya como una piedra en el zapato.

El tono de él era entre medio burlón y medio serio, por lo que Esmeralda no pudo averiguar si se estaba burlando de ella o si hablaba en serio. Al final decidió no molestarse y recordó las palabras de Topacio: «Si se quiere librar de ti es porque lo has afectado de alguna manera».

—¿Y no habíamos quedado en ser amigos? —preguntó.

Él hizo una mueca.

—Tú diste eso por hecho, yo no.

—Oh, vamos. Estoy segura de que tú también lo quieres.

—¿Por qué habría de querer ser amigo de una joven casadera? Ustedes, para los hombres solteros, equivalen a la peste, se les huye de la misma forma.

Esmeralda hizo un mohín.

—¿Entonces por qué accediste a ayudarme?

Él suspiró y se quedó callado, como si también desconociera la respuesta.

—Mi cerebro no estaba en su mayor capacidad. Estaba aturdido.

Esmeralda no necesitó más para saber que era por el beso que se habían dado, y lo sabía porque ella también había quedado aturdida.

—¿Eso quiere decir que debo aturdir nuevamente a tu cerebro para que aceptes ser mi amigo?

Si su hermana o Rowena la oyeran, se desmayarían.

Él ya no parecía sorprendido por su atrevimiento. Debió de acostumbrarse después de la correspondencia del día anterior. Eso, o había llegado a la inminente conclusión de que las Loughy estaban un poco locas. En cambio, su rostro dibujó una sonrisa felina.

—Puede ser —dijo inclinándose un poco hacia ella—, pero antes debo saber: ¿trajo el arma consigo?

Esmeralda negó con la cabeza y la sonrisa de él se amplió.

—En ese caso...

Se inclinó hacia ella y ella cerró los ojos para recibir su beso, pero el beso no llegó, lo que sintió fue un fuerte tirón en su cintura que la llevó directamente al piso. No le dio tiempo ni de gritar cuando sintió el peso de Anthony caer encima de ella protegiéndola como un escudo, justo en el momento exacto en que un disparo resonó en el aire.

La sangre abandonó el cuerpo de Esmeralda, que ahí, tirada en el piso, no sabía que sucedía ni tampoco sabía qué hacer. Anthony seguía encima de ella resguardándola con su cuerpo y ella apenas fue consciente de la agitación de los caballos antes el fuerte sonido.

Los animales relincharon y empezaron a moverse. Escuchó lanzar a Anthony una maldición por lo que supuso que uno lo había golpeado. Ella quiso preguntar, pero la presión a la que estaba sometida se lo hizo imposible. Los animales se alejaron asustados, pero ellos no se movieron.

No fue hasta después de varios minutos que Anthony consideró que no había peligro y se levantó, ayudándola a hacer ella lo mismo.

Esmeralda miró a su alrededor desorientada. Tardó un poco reaccionar, pero cuando lo hizo, se giró hacia Anthony que se masajeaba el brazo izquierdo,

donde lo debía de haber golpeado el caballo.

Olvidándose un poco de las magulladuras que le causó la caída tan brusca, se acercó a él.

—¿Estás bien? ¿Te hizo mucho daño?

A él pareció causarle gracia tanta preocupación, considerando que esas no eran el tipo de preguntas que se esperaban en primer lugar cuando uno vivía una situación así.

—Perfectamente, fue un golpe leve. ¿Cómo estás tú? ¿Estás herida de alguna manera?

Ella negó con la cabeza.

—Bien, nos vamos ahora mismo a tu casa —dijo tomándola del brazo y la empezó a arrastrar.

—Espera, ¿y los caba...?

—Vendré a buscarlos luego, no hay tiempo que perder.

Mientras literalmente la arrastraba de camino a casa, Anthony agradeció que no hiciera preguntas indiscretas que le recordaran su negligencia por haberla traído ahí.

Había sido un completo estúpido saliendo con ella a solas conociendo el hecho de que alguien andaba tras su cabeza. Si no hubiera visto al hombre de reajo cuando le iba a apuntar...

Jurando interiormente, se dijo que esa situación ya se estaba saliendo de control. Los ataques empezaban a ser seguidos, y el que se hayan atrevido a hacerlo de día en un lugar público, solo significaba que el desconocido estaba ansioso por librarse de él. Tenía que andarse con cuidado, y tenía que alejar a esa muchacha de él; aunque con lo que acababa de pasar, dudaba que le quedaran ganas de estar en su compañía.

Todavía no podía creer que hubiera podido arriesgarla de esa manera. Debió haber pensado mejor las cosas antes de acceder. Debió haberse recordado que no era buena compañía para nadie en ese momento, y que posiblemente nunca la sería. ¿Por qué sabiendo eso había accedido a verse con ella? Era algo que jamás sabría con certeza. Podía ser la insistencia de la muchacha, o su carácter peculiar lo que lo llevó a querer conocerla mejor. No lo sabía, pero no debía volver a

pasar.

Ese ataque había sido la señal no pedida de por qué no debía juntarse más con ella, no solo la ponía en peligro, sino que simplemente no estaba destinado a llevarse bien con una mujer fuera de los ámbitos sexuales. Ella era demasiado inocente, casta, para ser arrastrada al mundo de perdición que él representaba. Nunca debió olvidarlo, y ella tampoco debería hacerlo.

Escondiéndose tras una de las fachadas de la casa cuando vieron pasar a un criado, Anthony pensó que esa tenía que ser la despedida. La vida así lo había dispuesto. Eso ni siquiera debió de haber comenzado. Era ridículo lo que ellos llevaban, incorrecto. Puede que nunca fuera defensor de lo correcto o de las normas de sociedad, pero una cosa sí tenía clara, y es que no debía meterse con nadie de ese círculo. Simplemente no pertenecía a él.

Siguieron caminando y se detuvieron en lo que fue su punto de encuentro. Anthony sacó un reloj de bolsillo y vio que eran las seis menos cuarto, aún demasiado temprano para la aristocracia.

—Tony... ¿Qué sucedió?

Así que al final, sí quería hablar del tema.

—Es una larga historia. Pero temo que comprenderás que este será nuestro último encuentro.

La cara de ella dejó claro que no lo comprendía.

—No podemos volver a vernos —bramó él—, no debimos vernos nunca.

—¿Te querían matar a ti? —preguntó horrorizada como si de repente lo comprendiera todo—. ¿Por...?

—No lo sé —se adelantó él—, y ahora, vete a tu casa.

Ella no se movió y Anthony tenía el desagradable presentimiento de que no lo haría.

—No tenemos que dejar de vernos, estoy segura de que debe haber una solución...

—¿Por qué eres tan terca? —se exasperó él—. ¿Es que no lo entiendes? Puedes estar en peligro, y si esa no es una razón suficiente, te informo que este encuentro nunca debió ocurrir. Yo no entablo relaciones con mujeres al menos que sea en la cama.

—Podemos ser una excepción...

—No, no podemos —interrumpió—. ¡Vete ahora! Al menos que estés dispuesta a arruinarte en todos los sentidos.

Ella no dijo nada, pero tampoco se fue. Pasó al menos un minuto en silencio y a Anthony le entraron ganas de zarandearla para que reaccionara.

—¿No nos veremos nunca más? —preguntó con voz ¿ahogada? No iba a llorar, ¿cierto?

—No —dijo tajante.

—¿Me das un beso de despedida?

¿Un beso? ¿En medio de la calle? ¿No la habrían sacado de Bedlam?

—Un abrazo, al menos —sugirió al ver que él dudaba.

Él debería haberse ido sin decir nada, pero esa cara... tenía una adorable expresión de súplica.

Nunca le habían entusiasmado mucho los abrazos, y no recordaba la última vez que recibió uno de afecto. Aún así, asintió.

Ella literalmente se le lanzó y lo abrazó por varios segundos; luego se separó de él lentamente como si fuera reacia a dejarlo, y al final salió corriendo en dirección a su casa.

De toda esa situación, Anthony solo pudo pensar que había cedido demasiado rápido.

Diciéndose que ahí acababa todo, regresó al parque donde tardó casi una media hora en encontrar a los caballos.

Cuando llegó a su casa, estaba de un humor de perros, y no sabía bien cuál era el motivo, si el nuevo intento de asesinato o el hecho de que no la volvería a ver. Por su bien, esperaba que fuera la primera.

No sabía ya qué hacer para averiguar la identidad del que quería su cabeza. Había pensado en todos sus enemigos, pero no creía que ninguno quisiera matarlo. Además, todos sus adversarios eran poderosos, si quisieran hacerlo, contratarían a alguien más efectivo que esos bandidos de mala fama. No, el que lo quería matar, no debía tener mucho dinero, e incluso puede que lo haya intentado él mismo.

El día estaba lleno de neblina, no pudo ver bien el rostro del que lo apuntó, y

no es que la situación estuviera para absorber detalles. Lo más extraño de todo fue que, cuando vio el cañón de la pistola, no pensó inmediatamente en su vida, sino en la mujer que tenía al lado.

Se dijo que solo había sido porque ella estaba a su cuidado, y aunque se estuviera mintiendo a sí mismo, se quedaría con esa versión. Era completamente absurdo que se estuviera preocupando por alguien que no fuera él. Nunca se debía preocupar por alguien que no fuera uno mismo.

Con más brusquedad de la necesaria, se quitó la chaqueta del traje de montar y la arrojó a uno de los sillones. Estaba por desabrocharse el chaleco cuando oyó el sonido de algo caer. Miró al piso y vio que algo dorado rodaba por la habitación hasta detenerse justo a sus pies. Cuando lo pudo ver bien, no daba crédito a lo que observaba.

Ahí, junto a sus botas, estaba un anillo. ¡Un anillo de esmeralda!

Tomó el anillo entre sus manos y se dijo que tenía que haber un error. ¿Por qué ella le habría dado el anillo? No, tuvo que haberlo perdido sin querer, cuando lo abrazó.

A la mente se le vino su fácil claudicación y se convenció de que no hubo ningún error. Ella se lo había dado, y se lo había dado para que él se viera en la obligación de devolvérselo. ¡Condenada mujer! ¿Es que no se daba por vencida? ¿Qué rayos quería con él?

Pensó en la posibilidad de no devolverle nada. Podía venderlo, obtener una pequeña fortuna por él. Ella se lo había dado después de todo. Sería una forma de no caer en su juego.

Maldijo por lo bajo. Él no haría eso, y ella lo sabía. Parecía haberlo llegado a conocer mejor en las cuatro ocasiones en las que se habían visto que él en toda su vida.

Observó el anillo. La esmeralda tenía una particular forma de corazón y estaba incrustada en una base de oro. Lo giró entre sus dedos y su vista se detuvo en un grabado dentro del anillo: *La joya*.

Un grabado un tanto extraño para un anillo. Sí, era una joya, pero ¿sería eso lo que quería decir? Le entró el presentimiento de que había algo más en el asunto. Algo que a él no le interesaba.

Le devolvería el anillo personalmente solo porque corría muchos riesgos al enviarlo con alguien, era una pieza demasiado valiosa para confiarlo a alguien más. Sin embargo, tampoco podía ir a su casa o se podría dar a malas interpretaciones. Había bailado con ella en una ocasión, podían empezar a creer que la cortejaba, y eso sería imperdonable. Tendría que buscar otra forma para devolvérselo, y cuando lo hiciera, no la volvería a ver más.

Capítulo 12

Haber asistido a la fiesta de *lady* Ailsal tuvo más efectos contraproducentes de lo que esperaba. No solo había cometido la mayor estupidez de su vida al concertar una cita con esa pequeña joven, sino que también había limpiado un poco su reputación consiguiendo que más matronas se animaran a invitarlo. ¡Eso era inaceptable!

Anthony vio nuevamente las tres invitaciones que le habían llegado hace unas horas y negó interiormente con la cabeza. Se supone que la sociedad londinense nunca olvidaba, por lo que no lograba entender el motivo por el cual empezaba a ser aceptado ¡Ni siquiera sabía por qué *lady* Ailsal lo había invitado! Todo era muy extraño, pero de una cosa estaba seguro, había cometido un error al asistir a aquella velada y no lo volvería a cometer. Lo mejor sería que volviera a su exilio voluntario... después de que le devolviera el anillo a la joven.

Maldijo interiormente su mala suerte. Tenía que ir a una de esas veladas aunque solo fuera para devolverle a la pequeña fastidiosa su anillo, era mejor dárselo discretamente en una velada a ir a su casa y causar murmuraciones innecesarias. Aunque si le pensaba bien, todo eso hubiera sido innecesario si no hubiera decidido llevarla esa mañana al parque, ahora estaba pagando las consecuencias.

Decidido a olvidarse del asunto, dejó las tarjetas en la bandeja al lado de la puerta, donde las había encontrado, y salió con destino a los Los ángeles del placer, no solo para hablar con Calvin de lo sucedido, sino también para tomarse unos cuantos tragos y buscar una prostituta que le aplacara el mal humor que empezaba a experimentar.

Cuando llegó a su establecimiento favorito, decidió pedir una copa antes de dirigirse que Calvin; cuando se la entregaron, la vació de un trago. El licor le quemó la garganta, pero no ayudó nada a aplacar los diferentes sentimientos que se aglomeraban en su interior, los que, ni él mismo, sabía cuáles eran. Una mezcla de rabia, vacío, desesperación, y todos sin ninguna justificación. Nunca se había sentido así en su vida. Ni cuando era niño y se dio cuenta de que estaba solo en la vida.

Frustrado porque el licor no había aplacado en nada su estado, tomó el camino hacia la oficina privada de Calvin, de donde venía saliendo un hombre.

Anthony frunció el ceño. Eran pocas las personas que Calvin recibía ahí, y menos personas con aspecto de caballero, como el hombre que pasó a su lado. La oscuridad del pasillo no lo dejó divisar bien las características de la figura masculina, pero solo había que ver su forma de caminar y el corte de su ropa para saber que no era un simple comerciante, o un pequeño terrateniente. El hombre no le prestó la mínima atención y Anthony decidió no hacer caso al asunto. Podía ser cualquiera, y él siempre supo que el trato de «caballero» no significaba que la persona no pudiera pecar.

Entró en la oficina privada y tomó asiento donde siempre.

—Anthony, que bueno que estás aquí, te tengo buenas noticias.

Una variante para todos los sucesos del día.

—Te escucho.

—Hay pistas sobre quién puede querer matarte.

Aunque Anthony esperaba recibir alguna notificación sobre su progenitora, la noticia no le cayó del todo mal, después de todo, ese asesino se estaba volviendo una piedra en el zapato bastante molesta.

—Estuve investigando, y descubrí que al hombre que te atacó la otra vez en el callejón le dicen la Araña.

Dado que el desconocido le había pedido, por algún motivo, que mantuviera su intervención en el asunto en secreto, Calvin decidió modificar un poco la cuestión para contarle a Anthony. Seguía recelando de los motivos del misterioso hombre acerca de la ayuda que le quería prestar a su amigo, pero decidió confiar esa vez.

Ayer, un día después de haber descubierto la sospechosa muerte de la Araña, Calvin había regresado a los lugares que frecuentaba el hombre para entrevistar si alguno de sus conocidos podía informarle sobre alguna tarea en la que estuviera involucrado el individuo. Un hombre que afirmó ser su hermano aseguró que la Araña había pregonado hace varios días que un señor importante lo había contratado para un trabajo. Nunca mencionó el nombre del señor porque probablemente no lo sabía, ni tampoco dijo nada significativo al respecto, pero al menos era algo.

—Según mis informes, la Araña había sido contratado por un señor importante para que matara a alguien que, según las propias palabras del señor, «le estorbaba». Sospechosamente, a la Araña lo encontraron muerto un día después de tu intento fallido de asesinato. Mucha coincidencia. ¿No crees?

Anthony asintió.

—Sí, pero ¿estamos seguros de que fue él quien intentó matarme? En estos lados siempre andan contratando asesinos para algún trabajo.

—Sí, pero es demasiada casualidad. Además, la descripción que me dieron de él coincide bastante con la que tú mismo me dijiste.

—Bien, pero aún desconocemos la identidad del asesino —observó.

—Al menos tenemos una pista. Es un caballero, pero un caballero que no tiene suficiente dinero para permitirse algo mejor, y que además tiene especial interés en librarse de ti.

—Interesante... —dijo Anthony desilusionado—. Eso no deja a nadie en particular. No conozco a nadie de buena cuna y pobre que quiera hacerme daño.

Calvin gruñó ante su poca colaboración.

—Piensa, hombre, ¿algún marido celoso?

—No, suelo meterme con mujeres cuyos maridos son insignificantes y se conforman con un disparo fallido en el campo de duelo. Además, todos ellos tienen suficiente dinero para costearse algo mejor.

—Un padre ofendido, quizás. ¿Cuántas jóvenes has mancillado y te has negado a casarte con ellas?

Anthony lo pensó e irremediablemente la imagen de Esmeralda Loughy se le vino a la cabeza. Se obligó a apartarla.

—Dos. Pero fue hace cuatro años. Y a ninguna la arruiné de verdad. Eran trampas en las que no pensaba caer, los únicos espectadores que había eran sus familiares y el asunto nunca salió del lugar de los hechos. Al final, las dos se casaron bien.

—¿Alguien que te deba dinero?

—Nadie.

Calvin empezaba a exasperarse.

—¿Me estás diciendo que en realidad no tienes ningún enemigo?

—Todos tenemos enemigos —admitió—, pero ninguno sin dinero, suelo consagrarme enemigos más poderosos. Créeme, si alguno de ellos me hubiera querido matar, ya lo hubiera hecho.

—Piensa, Anthony —insistió—. ¿A quién beneficiarías con tu muerte?

—A medio Londres, quizás. Creo que la sociedad se quedaría encantada de librarse de una paria entre ellos.

Calvin volvió a gruñir. Estaba a punto de soltar una serie de improperios, cuando una idea se le ocurrió.

—Si mueres... ¿A quién le dejarás todo tu dinero?

Anthony frunció el ceño por la pregunta.

—No tengo la menor idea. Supongo que irá a parar al familiar más cercano, junto con el título. O tal vez se lo quede el Estado.

Una idea empezó a formarse en su mente.

—Y, ¿quién es tu familiar más cercano?

La expresión de Anthony decía que empezaba a entender.

—No lo sé. —Puso una mano en su barbilla intentando recordar—. Mi padre no tenía hermanos. Mi abuelo creo que tuvo uno, pero tengo entendido que murió, y no sé si tuvo hijos...

—Averígualo —ordenó—. Piénsalo, Anthony, si mueres, al no tener herederos y no haber hecho un testamento formal, el título, junto con el dinero, irán a parar a manos de una persona en específico; una persona que, además, puede estar necesitando el dinero con urgencia. Tienes que investigar.

Anthony asistió, pero no se levantó.

—Sobre el otro asunto...

Calvin abrió los ojos como si recordara algo.

—También tengo información. —Anthony se enderezó en su asiento expectante—. Un detective amigo está en una... aventura con una de las doncellas de lord Coventry. La conversación salió de improviso, pero el hecho es que la doncella le musitó en tono confidencial algo.

—¿Qué? —apuró Anthony al ver que su amigo no decía más.

—Sabes la fama que tienen los Miller, su reputación es impecable. Bien, parece ser que la doncella mencionó que escuchó una conversación entre el mayordomo y el ama de llaves, donde el mayordomo le manifestaba la necesidad de destruir ciertas cartas, ahora que lord Coventry falleció hace casi año y medio.

Anthony entendía perfectamente lo que Calvin quería dar a entender, y aunque la información era interesante, no podía estar seguro.

—¿Cómo puedes estar seguro de que las cartas eran una comunicación con mi madre? Puede ser cualquier otra cosa.

—Según me contó el detective, el ama de llaves mencionó en su conversación el nombre de tu madre.

Eso sí hizo reaccionar a Anthony, que no queriendo darse muchas esperanzas, habló con cautela.

—Supongamos que mi madre y lord Coventry mantuvieron comunicación, ¿por qué?

—Podían ser amantes. —Le hizo ver Calvin.

—En ese caso, ¿por qué no quemar las cartas una vez leídas? ¿Por qué conservarlas?

Calvin se encogió de hombros.

—Lo desconozco. Tal vez deberías hablar con el actual lord Coventry —sugirió.

Anthony lo pensó un momento. La información dada era más de lo que habían obtenido en mucho tiempo, sin embargo, tampoco daba muchas esperanzas al respecto. Si planeaban quemar las cartas, ya lo deberían haber hecho, por lo que toda prueba habría desaparecido. Podía hablar con el actual lord Coventry, pero todo el mundo sabía que Eliot Miller era la personificación de la perfección, no

tenía ningún escándalo o mal hábito en su lista, y aunque era cierto que la gente no era lo que aparentaba, a Anthony el hombre le parecía bueno y sincero. Si le iba con el cuento de una posible infidelidad de su padre, posiblemente terminaría retándolo a duelo por siquiera insinuar esa mancha en el apellido.

Era muy arriesgado, pero ¿no valía acaso la pena? Hace algunos años puede que no, pero ahora estaba decidido a hacerlo. Tenía la impresión de que, si daba con su madre, un gran peso le sería quitado de encima.

—Lo intentaré —musitó Anthony y se levantó—. Gracias por todo, ¿cuánto debo por la información? Porque supongo que habrás pagado por ella.

Calvin hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—Con todo lo que gastas aquí, me doy por bien servido. Por cierto, las chicas me preguntaron que si te piensas meter a monje, parece que has comenzado un voto de celibato.

Anthony gruñó y estuvo a punto de decirle que iba a buscar una en ese momento, pero las palabras no salieron de su boca. En realidad, no sentía deseo alguno de estar con nadie, al menos, no con nadie que no fuera ella.

¡Maldición! Estaba seguro, esa muchacha había aparecido en su vida para hacerle pagar alguno de sus muchos pecados, no había otra forma de explicar el tormento que vivía en ese momento por su culpa.

Frustrado porque no había logrado mejorar su mal humor, regresó a casa diciéndose que en verdad debió haberse portado muy mal en la vida para merecer esto.

Esmeralda se paseaba de un lado a otro de la habitación incapaz de conciliar el sueño.

Todos los sucesos del día la tenían un poco exaltada, y no solo por el hecho de que posiblemente estuvo a punto de morir, sino porque Tony quería cortar toda relación con ella. Después de tanto esfuerzo por conseguir su amistad, no pensaba dejar que se deshiciera de ella tan fácilmente.

Dejarle el anillo en el bolsillo había sido una decisión desesperada de última hora. Sabía que a pesar de lo que podían decir de él, no era malo, y se sentiría obligado a devolvérselo, lo que le propiciaría otro encuentro en el que podría convencerlo de que lo que sucedió hoy fue algo sin importancia para ella. Pudo morir, sí, y eso era algo grave, pero Esmeralda no se preocupaba por lo que no pasó. En cambio, si estaba muy preocupada de que alguien quisiera matar a su futuro esposo.

Era consciente de que alguien con la mala reputación de Anthony podía granjearse muchos enemigos, pero ¿hasta el punto de querer matarlo?

No entendía por qué las personas se empeñaban en solucionar los conflictos con la vida de otro ser humano. Eso era lo más bajo que podía caer alguien, y como enemiga de la violencia, jamás lo llegaría a entender.

Su mente se puso a elaborar las posibles formas de ayudarlo, pero siendo una mujer, además soltera, no era mucho lo que podía hacer. Podía pedir ayuda a su cuñado, o a Rutland y a Granard; sin embargo, era un asunto grave y personal, y no creía que Tony se tomara muy en gracia ese tipo de intervención por su parte. No podía decir nada al menos que él se lo autorizara, y no estaba segura de que lo hiciera, ni siquiera estaba segura de lo que sucedía en realidad. Tampoco creía que él estuviera predispuesto a contárselo, pero de alguna forma conseguiría enterarse. Uno no podía tener secretos entre parejas, aunque el todavía desconociera que se casarían.

Pensó que tal vez se lo podía contar a una de sus primas, pero con la condición de que no dijera nada. Necesitaba consejo, y lo necesitaba con urgencia, para que cuando lo volviera a ver pudiera llevar bien la situación. El consejo tenía que venir de una persona centrada y sensata, y si había alguien que aún tenía un poco de sensatez en esa familia, esa era Zafiro. Iría a verla mañana y le comentaría el asunto exigiéndole la mayor discreción de su parte, aunque no fuera necesario. Zafiro no era dada a chismorreos y, aunque últimamente siempre se veía involucrada en un escándalo, como cuando la encontraron encima de su esposo en la fiesta de *lady* Zouche estando recién casada, o en aquella ocasión cuando lord Granard tumbó a lord Wessex a la fuente en aquella velada de *lady* Uffork porque según él se quería proparar, seguía siendo una persona sensata, y ella

sabría aconsejarla.

Sí, eso haría, visitaría a su prima Zafiro mañana y averiguaría la mejor forma de tratar el asunto. Loco estaba Anthony Price si creía que se podía deshacer de ella tan fácil. ¡Cómo se notaba que todavía no había buscado información de las Loughy!

Capítulo 13

Zafiro Loughy siempre había sido una mujer sensata e inteligente. Tenía una respuesta para cualquier interrogante y siempre buscaba la mejor forma de resolver un asunto de manera fácil, sencilla, y correcta.

Vivía en una de las casas de St. James's Street junto con su esposo, cuñadas e hijos. También habían vivido ahí dos cuñados más, pero después del nacimiento del segundo par de mellizos Allen, llamados mellizos Loughy para diferenciarlos de los primeros, gran parte de la familia había querido salir huyendo; y es que llevar el «Allen» pospuesto a la palabra «mellizos», solo podía significar una cosa: caos.

Los mellizos Allen eran conocidos y huidos por todas las institutrices respetables de Inglaterra, pues una vez corrido el rumor de los perros de caza que soltaron en el almuerzo de *lady* Misford, además de todas las maldades intencionadas cometidas a las institutrices, alguien tenía que estar loco, o al menos muy desesperado, para darles clases. El segundo par de mellizos, se veía, sería peor que el primero, pues no solo llevaban el apellido «problemas», sino que también tenían sangre Loughy, que por más sensata que hubiera salido la madre, no abstenía que tuviera un apellido de locos. En resumen, entrar a esa casa era poner en riesgo su vida, pero dada la urgencia de Esmeralda por un consejo, se arriesgaría.

Entró en la casa y aguardó en la sala de espera a que su prima la recibiera.

La casa estaba raramente silenciosa, y Zafiro tardó al menos unos cinco minutos en llegar.

Con sus rubios cabellos, y unos ojos azules llenos de una extraña serenidad

considerando con quien vivía, Zafiro entró en el pequeño salón del té ataviada con un vestido azul-celeste de mañana.

—Esmeralda, que sorpresa, Angelique no está —informó.

—Lo sé, vine a verte a ti.

Zafiro se sentó y llamando para que trajeran el té, preguntó:

—¿En qué problemas te has metido?

Aunque Zafiro era una persona normalmente optimista, también era muy perspicaz.

—¿No podías siquiera creer que venía a saludarte?

Ella arqueó una rubia ceja.

—¿Has venido a saludarme?

—No —admitió—, de hecho... —Esmeralda le contó todo; desde el primer encuentro con Anthony hasta el último y el incidente.

—En resumen: te has enamorado del peor partido de Londres, que además está en peligro de muerte y puede arrastrarte a ti a ello, pero aún así quieres casarte con él. —Zafiro ya estaba enterada del asunto, pero aun así hizo el resumen.

—Dicho de esa forma, me haces ver como una loca —farfulló—. Estoy enamorada y dispuesta a todo. Necesito un consejo.

Zafiro puso una mano en su barbilla en expresión pensativa.

—Un consejo sensato sería que te alejaras hasta que todo se solucionara —dijo—, pero sé que eso no es lo que quieres oír, ¿me equivoco?

Esmeralda negó con la cabeza.

—Bien, creo que debes ir con cuidado. Investiga bien de qué va todo esto, si en verdad puedes estar en peligro, o si él está haciendo algo para solucionarlo. Convéncelo de que te cuente lo que sucede y si es posible de que pida ayuda. Todos nosotros estaríamos dispuesto a ayudarlo, aunque supongo que en un principio se negaría rotundamente —mencionó negando con la cabeza, como si el orgullo masculino fuera algo complicado—. De todas formas, ve con cuidado, Esmeralda. Si quiso alejarte de él, es porque el asunto es en verdad grave.

Esmeralda se paró de la silla de repente.

—¡Eso es genial! —exclamó.

Zafiro frunció el ceño.

—¿Es genial que el asunto sea grave?

Ella negó con la cabeza y sonrió de oreja a oreja.

—No, es genial que haya querido alejarme ¿No lo entiendes? Eso significa que le importo y no quiere que nada me pase. No había pensado en ello hasta ahora.

Zafiro masculló algo en voz baja, y la miró con seriedad.

—Esto es un asunto grave, Esmeralda. Tienes...

—Sí, sí, ya sé, tengo que ir con cuidado. ¡Oh, Zafiro!, le importo. Es un paso más cerca. Creo que nos casaremos a finales de temporada.

Zafiro iba a replicar, pero un estruendo en la parte de arriba la puso alerta.

—Tengo que irme —informó Zafiro—. Recuerda, cuídate y me avisas que sucedió.

Zafiro se fue y Esmeralda volvió a su casa.

Cuando entró, lo primero que se encontró fue una carta no firmada dirigida a ella.

Emocionada porque sabía de quién era, la abrió.

¿Vas este sábado a la velada de lady Jersey? Creo que tengo algo que te pertenece. Debería venderlo, así aprendes que no puedes manipular las situaciones a tu antojo, pero me siento generoso así que estoy dispuesto a devolvértelo.

¿La acababa de llamar manipuladora? Ella no era manipuladora, solo... hizo lo que estaba a su alcance para tener la oportunidad de volver a verlo.

Querido Tony,

Yo no manipulo la situaciones a mi antojo, simplemente hago lo que puedo para conseguir un objetivo. Sobre la velada, sí, iré.

Siempre tuya.

Esmeralda

La respuesta que recibió fue la siguiente:

Eso, querida, en otras palabras es manipulación. Una cualidad femenina que no me gusta y en la que ni pienso caer. Por favor, deja de llamarme Tony,

me estoy exasperando.

Con una sonrisa malvada, Esmeralda escribió:

Querido Tony,

Prefiero obviar el hecho de que has atribuido la manipulación a las mujeres, pues te puedo asegurar que los hombres también la usan, e incluso con más frecuencia. Me gusta cómo suena Tony, así que me quedaré con Tony.

Anthony no podía creer lo que leía, ni siquiera sabía porque habían empezado de nuevo con la correspondencia; pero no podía parar.

Esmeralda,

Los hombres no somos manipuladores, solo somos astutos. La palabra «manipulación» define más a la mujer. Manipulan con todo, sobre todo con lágrimas, y en tu caso, tretas.

Querido Tony,

Si los hombres son astutos, las mujeres más. Si te sirve de algo, no soy dada a las lágrimas, pero sí bastante ingeniosa.

«Eso no lo puedo negar», pensó Anthony y se dio cuenta de que se estaban alargando innecesariamente.

Creo que nos desviamos del tema. En la velada de lady Jersey te entregaré el anillo y no nos volveremos a ver. Te veo en la biblioteca a las diez. ¿Sabes cómo llegar?

¿Qué no se volverían a ver? Eso estaba por verse.

Querido Tony,

Me perdí en el laberinto. Creo que eso debería darte una idea de lo mal que funciona mi memoria con respecto a direcciones, sobre todo si de casas ajenas hablamos.

A Anthony no le sorprendió en lo absoluto la respuesta.

Después de que salgas del salón de baile, al final del pasillo cruzas a la izquierda, la primera puerta que veas. No es tan difícil llegar, incluso para alguien tan desmemoriada como tú.

Esmeralda rió.

*Querido Tony,
Entonces, tenemos una cita. Nos vemos.
Siempre tuya.
Esmeralda.*

Él hubiera corregido la palabra «cita», pero eso hubiera significado alargar la conversación y eso estaba de más. En cambio, alejó todos los papeles del escritorio y pensó en que finiquitaría ese asunto el sábado. Él y Esmeralda Loughy no se podía volver a ver, no solo por seguridad de ella, sino porque fuera lo que fuera que tenían, no podía seguir. Ella era una joven debutante en busca de marido, con una reputación que cuidar a pesar de que a ella no pareciera importar. Él era una paria que no pensaba cambiar por más que la sociedad empezara a pensar lo contrario.

No, él no cambiaría y, mientras más pronto se alejara de ella, más pronto volvería su vida a la normalidad.

Por ahora, tenía que ocuparse de otros asuntos, como de conseguir una cita con lord Coventry, por ejemplo.

Capítulo 14

Lady Jersey, era junto con *lady* Ailsal, una de las mejores anfitrionas de la temporada, pero a Esmeralda no le interesaba la fiesta, sino con quién se encontraría ahí.

Pensando la noche anterior en el asunto, se dio cuenta de dos cosas. Una, que la reputación de Anthony debía estar mejorando si lo invitaron a esta fiesta, y dos, que literalmente contaba los minutos para verlo. Últimamente estaba cada vez más ansiosa, y posiblemente se debía al hecho de que esta era su única oportunidad para convencerlo de seguirse viendo; si no lo lograba, tendría que pensar en medidas más drásticas.

Apenas entró en la mansión, su vista se posó en el gran reloj colocado en una de las paredes. Las nueve menos cuarto. Aún faltaban quince minutos para que se iniciara el baile en sí, y quince minutos para verse con él. Tenía que poner especial cuidado en no prometer el primer baile a nadie, y por si la reunión se alargaba, como esperaba, el segundo tampoco.

Ansiosa de escapar de Rowena que haría lo humanamente posible por hacerla prometer los bailes, aunque los tuviera que aceptar ella en su nombre, Esmeralda empezó a buscar una tabla de salvación, ya fuera alguna de sus primas, su hermana o Angelique. Como no encontró a nadie, decidió esconderse hasta que dio la hora y luego fue a su cita.

Siguiendo la dirección que le había indicado Anthony, Esmeralda llegó a la biblioteca, y cuidando que nadie la viera, entró.

Él estaba parado frente a la chimenea y parecía tener bastante interés en las formas del fuego crepitante.

Ella carraspeó para llamar su atención y él se giró. Su ceño fruncido no era muy diferente al de lord Coventry, y Esmeralda se preguntó si ella no estaría también en peligro de muerte. Bien, se arriesgaría.

—¿Hola, Tony?

El ceño fruncido de él se incrementó e, inconscientemente, ella retrocedió un paso.

—Esto —dijo sacando el anillo de su bolsillo—, es lo último que usarás para manipularme.

Esmeralda adoptó una pose defensiva.

—Yo no quería manipularte. Simplemente no podía permitir que rompieras así nuestra... relación.

—¿Qué relación?! —bramó él—. Nosotros no tenemos nada. Tú te has dedicado a perseguirme y yo me he dejado perseguir. Todo este tiempo me has atormentado inconsciente como un... ¡duende! Sí, eso te describe a la perfección.

Un duende. No había otra palabra que se adaptara mejor a Esmeralda Loughy, y no solo por su corta estatura, sino por su irritante determinación. Los duendes solían ser criaturas mitológicas que jugaban con sus víctimas y los perseguían, atormentándolos. A veces no lo hacían con mala intención, pero eso no significaba que fuera menos irritante. Eso era exactamente lo que estaba haciendo ella, siendo lo peor de todo que a él su acoso ya no le estaba molestando tanto como antes. Pero tenía que alejarla.

Esmeralda hubiera podido darse cuenta del significado bueno de esa frase si él no hubiera usado ese apelativo que siempre odiaba. «Duende». James siempre le decía así y ella detestaba ese apodo.

—¡Yo no soy un duende! —masculló cruzándose molesta de brazos—, y no pienso permitir que me llames así. Con James me basta y a él se lo aguanto porque llevo años conociéndolo.

Si no fuera por la vehemencia de sus palabras, a él le hubiera causado gracia su postura defensiva. Al parecer, la pequeña criatura también tenía su genio, y él tenía el presentimiento de que lo mejor sería no avivarlo. Sin embargo, una pregunta volvió a surgir en su mente y, por más que lo intentó, no pudo dejar de

preguntar.

—¿Quién es James?

Ella pareció relajarse.

—Es el hermano del duque de Richmond. Lo conozco desde que tenía cuatro años, y le permito el apodo porque lo quiero mucho, pero no pienso tolerarlo dos veces.

¿Lo quería mucho? ¿Por qué esa declaración pareció despertar en él una punzada de celos? Era imposible, por supuesto. Él no podía estar celoso. No había motivos para estarlo, no obstante, se encontró diciendo.

—¿Lo quieres mucho?

Por algún motivo, esa pregunta logró que ella abandonara la pose defensiva y sonriera, como si comprendiera algo que él no.

—Lo adoro —manifestó y él sintió de nuevo esa aguda punzada de celos en el cuerpo. ¿Por qué?

Algo debió mostrar su cara porque ella amplió su sonrisa y aclaró.

—Es el hermano mayor que nunca tuve.

Y con eso, toda rabia desapareció. ¿Qué le sucedía? Negó con la cabeza para alejar el asunto.

—Me desvío del tema. Toma. —Le extendió el anillo.

Ella se negó a cogerlo y, después de pensar algo unos minutos, dijo:

—Quédatelo. Una gitana me dijo un día que estaba bendito. Puede que te dé suerte.

—¿Una gitana? ¿Has visitado a una gitana?

Anthony había escuchado cosas locas en su vida, y de esa mujer ya eran pocas las que le sorprendían, pero ¿una gitana? ¿Qué clase de mujer decente visita a un campamento de gitanos?

—Sí, es una larga historia que no va al caso. Quédatelo.

Él negó con la cabeza.

—No tengo por costumbre quedarme con cosas ajenas, y menos con cosas tan caras.

Si la situación no fuera seria, se reiría. Eran los hombres los que solían regalar lindas joyas a las mujeres, no viceversa.

—Insisto —dijo ella negándose a aceptarlo—, puede que te ayude con tu... problema.

—No creo en la suerte —dijo y tomó su mano para darle el anillo, pero ella se negó a tomarlo. Él gruñó—. Si no lo tomas, lo venderé —aseguró.

—No, no lo harás —afirmó ella.

—¿Cómo estás tan segura?

—Lo estoy. Quédatelo. Es importante para mí y me gustaría que tú lo tuvieras.

La emoción con la que dijo que era importante para ella llamó la atención de Anthony. Si era importante para ella, ¿por qué quería dárselo?

—¿Qué tiene de importante? —preguntó incapaz de contenerse.

Esmeralda miró unos segundos al piso y movió su pie enfundado en una zapatilla de seda. Creyó que no iba a responder, pero lo hizo.

—Es el único recuerdo que queda de nuestros padres. Todas tenemos uno con la joya identificativa a nuestro nombre —dijo con melancolía, pero se recompuso rápidamente y sonrió—. La gente siempre suele vernos las manos para saber con cuál Loughy o ex Loughy está tratando. Los nombres suelen causar confusión.

Anthony no dijo nada. Se volvió a preguntar porque se lo quería dar siendo un recuerdo tan valioso. Nadie nunca le había dado algo con un significado tan especial: en cambio ella estaba ahí, ofreciéndoselo supuestamente para que le diera suerte. El gesto lo conmovió. Él no podía aceptarlo.

—No puedo quedármelo. Ya te dije, no creo en la suerte.

—Pero yo quiero que lo tengas. —Se empecinó ella—. Hazlo por mí.

Él empezó a negar con la cabeza, pero se adelantó.

—Por favor —rogó con una cara de súplica casi irresistible—, quiero que estés protegido.

Anthony no creía que un simple anillo lo fuera a proteger, pero el hecho de que ella sí lo creyera, y que además se preocupara por él, lo embargaba de una ternura casi indescriptible, nunca antes sentida. Ese nuevo sentimiento no le gustaba nada. Hace años que había dejado de sentir ternura por alguien, pero en esta ocasión no lo podía evitar. No recordaba a ninguna mujer, ni siquiera Susan, que hubiera manifestado la preocupación que se veían en los ojos de esa joven.

Nadie nunca, a excepción de Calvin, se había preocupado por él. Siempre se las había arreglado solo, y así seguiría siendo. Sin embargo, se guardó el anillo, estaba claro que ella no lo aceparía de regreso y él ya no se veía con fuerzas para negarse... ¡Rayos! Se estaba ablandando, ella lo estaba ablandando y eso tampoco era de su agrado. En esta vida, una persona blanda no llega ni a la esquina. Aún así, se quedo con el anillo.

—No veo como un anillo pueda ayudarme con mi problema. El asesino no va a dejar de perseguirme solo por esto —dijo intentando sonar mordaz, pero ella no le hizo caso al tono.

—¿Por qué quieren matarte? —pregunto ansiosa de saber todos los detalles.

—No tengo la menor idea. —Anthony se desplomó en uno de los sillones de la biblioteca y miró el fuego.

—Pero ¿has investigado siquiera?

—Sí, pero no he tenido mucha suerte. Tal vez estoy destinado a morir un día de estos.

—¡No digas eso! —exclamó ella con una vehemencia que lo sorprendió. Parecía más molesta por esa frase que cuando la llamó duende. Él no supo que responder—. Tú no morirás, algo se nos ocurrirá para arreglar esto.

—¿Nos? —Anthony se puso en alerta—. ¿Por qué la frase en plural?

—Bueno... —Se había equivocado, pero ya había hablado y no había nada que hacer—. Yo te ayudaré.

Él se habría carcajeado ante semejante afirmación si no supiera que ella hablaba en serio. Y como sabía que no bromeaba, en vez de reírse, la furia mezclada con preocupación empezó a embargarlo.

—Estás loca si piensas que voy a dejar que te inmiscuyas en este asunto —bramó un poco más fuerte de lo que esperó.

Ella sonrió.

—Una vez me llamaste loca, ¿no? No sé por qué te sorprende.

Él se levantó del asiento como un resorte.

—Tú no vas a intervenir de ninguna forma. Este es mi asunto y no tienes por qué meterte en él. Es más, nunca más nos volveremos a ver.

Ella negó con la cabeza como si comprendiera algo que él no.

—No estás siendo racional, yo...

—¿Qué no estoy siendo racional? —repitió incrédulo—. Eres tú la que quiere meterse por voluntad propia en un problema grave. Nadie en su sano juicio lo haría.

—Somos amigos, ¿recuerdas?

—¡No! No, somos amigos —masculló, él ni siquiera sabía bien qué eran. Se pasó una mano por el pelo intentado tranquilizarse, pero no lo consiguió del todo—. Tú debiste venir a este mundo para hacerme pagar algún pecado.

—Tonterías —replicó ella—, tal vez vine para compensarte por algo.

—¿Compensarme? Mi vida está de cabeza desde que te conocí. No has cesado de perseguirme. Ya no soy el mismo de antes. ¡No sé que rayos me pasa! —exclamó respirado con dificultad.

—Yo sé que te pasa —afirmó ella, acercándose.

Él la miró con expresión cansada.

—¿Ah sí? Según tú, ¿qué tengo?

—No me creerías si te lo digo —comentó ella y él gruñó.

—Quiero que te alejes de mí —afirmó él desplomándose nuevamente en el sofá—, no quiero volver a verte en lo que me queda de vida.

—No, eso no es cierto.

Él volvió a gruñir.

—Creo estar lo suficientemente grande para saber lo que quiero —replicó con sorna.

—Pero tú no quieres que me aleje —afirmó ella poniéndose en frente de él.

Anthony soltó un lamento.

—Es lo único que deseo en este momento —aseguró, pero no la miró a los ojos y Esmeralda sonrió.

—Tony, Tony, tienes que dejar de ser tan desconfiado. Yo te puedo ayudar.

Él soltó una carcajada amarga.

—¿Cómo?

—Podemos pensarlo juntos —dijo y lo miró. Después de un segundo de duda, se sentó en su regazo—. Dos mentes piensan mejor que una —afirmó.

Si él se sorprendió de que ella se sentara de forma tan descarada en su regazo,

no dijo nada, lo que significaba que ya se estaba acostumbrando a sus locuras.

—¿Por qué? —preguntó después de un rato.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te has dedicado a perseguirme? ¿Por qué has insistido en ser amigos? ¿Por qué quieres conocerme mejor? La verdad, Esmeralda, nada de rodeos, quiero una respuesta directa.

Ella no podía darle una respuesta directa, tenía la impresión de que si lo hacía, él en verdad no querría verle más. Anthony no creía en el amor, de hecho, le tenía aversión, y es que con sus antecedentes, ella no lo culpaba. Sin embargo, a pesar de que no era el momento de decirle la verdad, tampoco podía mentirle, no lo hacía bien, y él se daría cuenta. Ya le había dicho que no aceptaría evasivas, así que Esmeralda hizo lo único que se le vino a la mente en ese momento. Lo besó.

Cuando los labios de ella rozaron suavemente los suyos, Anthony se olvidó de todas sus interrogantes. Un hombre en su sano juicio jamás despreciaría la dulzura de esos labios, y él podía ser lo que sea, pero no estaba loco.

Se besaron consumiéndose en las llamas de sensaciones que invadían ambos cuerpos. Sus labios se rozaban con avidez, con urgencia y necesidad de algo más fuerte. Esmeralda le rodeó el cuello con los brazos y pegó su pecho al suyo. Anthony empezó a esparcir besos a lo largo de su cuello, sus manos acariciaron su cintura, subiendo hasta encontrarse con sus pechos, frotando las manos en ellos a través de la fina tela del corpiño.

Esmeralda jadeó al sentir el calor de la palma de la mano en su pecho. Él no tenía guantes y lo único que los separaba de un contacto verdadero era una fina tela de tafetán y una camisola de muselina. Ella arqueó la espalda por instinto, de pronto necesitada de su contacto. Él estuvo a punto de bajarle el corpiño, pero se detuvo como si recordara algo.

—Esto no está bien —dijo quitándole las manos de encima y echándose para atrás como si quisiera alejarse.

Esmeralda tuvo que parpadear y sujetarse a los reposabrazos del sillón para poder recuperar un poco de su orientación. El cuerpo le pesaba y respiraba con dificultad. Sentía su piel arder ahí, en donde él la había tocado, y una sensación

de insatisfacción la recorrió entera. ¿Qué le sucedía?

—Es mejor que te vayas —murmuró Anthony con la voz ronca—, o no respondo de mis actos.

Esmeralda hubiera sido bastante feliz si él no respondía de sus actos, y se lo hubiera comentado si de pronto no le hubiera entrado un ataque de timidez. ¿En la biblioteca? ¿En serio? Con dificultad, se levantó de su regazo y lo miró.

—¿Cuándo nos veremos para hablar mejor del tema?

Si Anthony tuvo la mínima esperanza de que ella olvidara el asunto, ya había desaparecido.

—Qué te parece... nunca —dijo y también se levantó.

Esmeralda se cruzó de brazos y le bloqueó el camino.

—¿Vas a la velada de *lady* Misford?

—No. —Él la rodeó y se dirigió a la puerta—. Vine a esta solo para devolverte el anillo, no pienso asistir a ninguna otra.

Ella corrió a bloquearle la puerta

—Entonces...

—No te inmiscuirás en el asunto y es mi última palabra —dictaminó haciéndola a un lado.

—Pero...

Él gruñó.

—¿Que no te das cuenta del peligro que puedes correr?

—Asumiré el riesgo.

—Yo no.

Eso conmovió a Esmeralda. Él se preocupaba por ella, y literalmente lo acababa de admitir en voz alta.

—Sin embargo...

—No. —Fue la cruda respuesta de él antes de salir del lugar, olvidándose por completo de que ella no respondió a su pregunta.

Esmeralda se quedó ahí un rato más, mientras pensaba en la manera de convencerlo de que le contara todo el asunto. Él parecía dispuesto a no volverla a ver, por lo que si quería saber algo, tendría que buscarlo ella. Y se le acababa de ocurrir la idea perfecta.

Anthony regresó a la fiesta sintiendo una mezcla de furia, frustración y exasperación. Se acababa de dar cuenta de que la muchacha lo había besado para no responder a su pregunta y eso lo hacía recelar de sus motivos. Además estaba el hecho de que ella se mostraba insistente sobre inmiscuirse en su vida. ¿Que no se daba cuenta de que corría peligro? ¿De que podía incluso morir por su causa? Él había hecho muchas cosas malas en su vida, pero nunca poner en peligro a alguien, y esa no sería la excepción. El asesino podía querer deshacerse de él, pero si seguían viéndose como hasta ahora a escondidas, bien podía ser ella la víctima por error, y ese era un riesgo que no pensaba correr. Y no porque ella le importara algo, no, simplemente, no deseaba que nada malo le pasara porque quedaría en su conciencia y ya tenía demasiados pecados en ella.

Convenciéndose de ello, Anthony decidió localizar a lord Conventry, y si el destino estaba a su favor, tendría más suerte que los días anteriores.

Toda la semana había intentado fomentar una audiencia con el conde, pero no había tenido suerte. Cada vez que iba a su casa, el conde no se encontraba, y estaba casi seguro de que el mayordomo ni siquiera se molestaba en darle su recado; parecía temer que algo de su imperfección le fuera contagiada a su señor, porque siempre que iba, lo veía con un desagrado demasiado altanero para alguien de su posición. Así pues, había intentado localizarlo en otros lados, pero no había tenido suerte y esa noche era una buena oportunidad. Sabía que había asistido y esperaba poder hablar con él a solas, pero no lo veía por ningún lado.

Preguntó a unos cuantos caballeros, pero todos afirmaron no haberlo visto desde hacía un buen rato.

Maldiciendo para sus adentros, Anthony pensó que en verdad el destino no parecía querer que encontrara a su madre, de otra forma, no se las ingeniaría para quitar de su camino todas las posibles pistas. En verdad, empezaba a pensar que era una pérdida de tiempo.

Se quedó un poco más con la esperanza de que Conventry apareciera, pero después de media hora, decidió irse. Definitivamente, ese no era su día.

—¿Te has vuelto loca?

Que esas palabras salieran de la boca de Topacio solo significaba que en verdad creía que era una locura lo que ella le planteaba. Sin embargo, a Esmeralda le parecía una idea estupenda; un tanto excéntrica y de última hora, pero perfecta.

—Es la única opción, Topacio, tienes que ayudarme —rogó poniendo su mejor cara de súplica, mala suerte que Topacio nunca cayera en chantajes.

—Te juro, Esmeralda Loughy, que no sé qué pasó con tu rama de la familia en particular, parece que hubieran salido con la sangre... caliente. Oh, pobre tía Marion —se lamentó en tono excepcionalmente dramático—, debe estar revolviéndose en la tumba pensando qué fue lo que hizo mal con ustedes.

Si no hubiera usado ese tono tan particular, Esmeralda se hubiera creído su farsa.

—Vamos, Topacio. Eres la única que me puede ayudar.

Topacio soltó un chasquido.

—Está bien —accedió—, pero si Rowena me mata por esto, tú serás la culpable de que mis hijos queden huérfanos y Adam viudo —advirtió y se fue para llevar a cabo el plan.

Cuando Anthony llegó a su casa, lo único que deseaba era quitarse la ropa y echarse a dormir. No se había quedado mucho tiempo en la velada, pero lo sucedido allí había sido suficiente para que sus fuerzas se agotasen y el mal humor que lo venía persiguiendo desde hace días se incrementase.

No sabía la razón exacta de por qué estaba molesto, si por el encuentro con la terca muchacha y la despedida definitiva, o porque no había podido hablar con lord Coventry. Intentaría mandarle mañana una carta, pidiéndole concertar una cita, y esperaba tener una respuesta afirmativa, o al menos una respuesta.

Subió las escaleras que lo llevarían al piso de arriba y fue apagando a su paso las velas que el servicio había dejado encendidas para su comodidad. A Anthony no le gustaba desvelar al personal de servicio, por lo que cada vez que salía de noche, daba permiso para que estos se retiraran temprano.

Llegó a su cuarto y abrió la puerta con pereza, dirigiéndose automáticamente hacia la chimenea para avivar el fuego, sin embargo, no había dado dos pasos

cuando se dio cuenta de que el fuego ya había sido avivado. Frunciendo el ceño por la extraña situación, se giró en dirección a la cama para quitarse las botas, y fue entonces cuando divisó la sombra sentada en la butaca al lado de la ventana.

Instintivamente, y recordando uno de los últimos ataques, buscó en su frac la pistola que siempre llevaba por seguridad, pero no la sacó por dos motivos. Primero, porque era extraño que si era un atacante todavía no se hubiera movido, y segundo, porque a pesar de que esa parte de la habitación estaba oscura, a Anthony no le pasó desapercibido el destello del rubio cabello.

Obligándose a acercarse, caminó hacia el intruso mientras se decía que era imposible, inaudito e inimaginable lo que estaba pensado. No podía ser, en verdad no podía ser... ¡Pero lo era! Lo comprobó cuando estuvo lo suficientemente cerca para ver al intruso, estaba ahí.

—Hola, Tony —saludó ella.

Esto tenía que ser una broma.

Capítulo 15

A pesar de la oscuridad, Esmeralda observó todas y cada una de las expresiones que pasaron por el rostro de Anthony cuando la vio. Sorpresa, incredulidad, y... ¿molestia? Sí, parecía un poco molesto, y aunque no dijo ni una palabra, ella casi adivinaba todos los improperios que pugnaban por salir en voz alta; y es que tenía que admitirlo, si las cosas fueran al revés, ella también estaría sorprendida.

Era consciente de que debía parecer una loca acosadora que debería ser internada en un hospital para enfermos mentales como Bedlam, pero de Zafiro había aprendido que situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, y se podía decir que su situación era desesperada. Él no quería volver a verla, y aunque le honrase que fuera por motivos de seguridad, no podía permitirlo. Si le permitía alejarse, era posible que no quisiera volver a verla más, y que terminara convenciéndose de que lo mejor para ella era que él se alejara. Esmeralda tenía que convencerlo de lo contrario, además de hacerle ver por qué debería aceptar su ayuda en esta situación difícil.

El plan de aparecerse en su casa antes que él era desde todo punto de vista una locura, pero la única solución factible. Topacio, que ya tenía ganado el cielo, había manipulado hábilmente a Rowena y la convenció de que ella llevaría a casa a Esmeralda, que se sentía muy mal. Aseguró a su tutora que no se preocupara, y que disfrutara de la fiesta, además de mencionar algo muy conveniente como: «Por cierto, no he visto a Angeli que por ningún lado, me pregunto en qué lío estará metida». Esmeralda vio entonces como el cerebro de Rowena se debatía entre cuál asunto era más importante, y decidió que lo mejor

sería localizar a la joven Allen antes de que estallara un escándalo de proporciones enormes. Así, Topacio había salido con Esmeralda de la fiesta antes que Anthony y la llevó a la casa del susodicho, para luego regresar a su casa mientras murmuraba algo de qué explicación le daría a Adam.

Entrar en la residencia fue un poco más difícil, pues comprobó con extrañeza que el perímetro de esta estaba rodeado de agentes de Bow Street, aunque después se dijo que debía ser por seguridad. Así pues, cubriéndose hasta la cabeza con el abrigo, tocó la puerta y esperó a que un soñoliento mayordomo apareciera. Con un argumento tan convincente que la sorprendió a ella misma, Esmeralda convenció al mayordomo de que se iba a reunir con su señor apenas este regresara de la fiesta de *lady Jersey*.

El mayordomo, por supuesto, se mostró dudoso en permitirle la entrada a la casa a una extraña, aunque esta pareciera bien vestida, y a punto estuvo de cerrarle la puerta en la cara. Sin embargo, Esmeralda consiguió de alguna forma hacer que creyera su teatro y la dejó pasar; aunque no supo si porque no le extrañaba ver mujeres que tocaran a la puerta a altas horas de la noche, o porque tenía demasiado sueño para pensar bien las cosas. Fuera cual fuese el motivo, ella había entrado y había logrado, gracias a las velas encendidas, descubrir cuál era la habitación de Anthony. Una vez dentro, avivó el fuego de la chimenea y se sentó a esperar la llegada de su amor, que fue, por cierto, quince minutos más tarde. Ahora, solo cabía esperar que el hombre saliera de su asombro para hablar.

Anthony tardó al menos dos minutos en rememorar el número de copas que se había tomado en la velada y convencerse de que no habían sido suficientes para emborracharlo, por ende, lo que tenía en frente no era ni de lejos una alucinación como le hubiera gustado pensar. En frente de él estaba Esmeralda Loughy que había entrado de alguna forma desconocida a su casa.

Ella no pudo haberse colado; desde aquel incidente, tenía todo el perímetro de la casa vigilado y pagaba una fortuna para que los agentes contratados no dejaran entrar ni a una sombra. Para que pudiera entrar, tuvo que hacerlo por la puerta principal haciendo uso de una treta desconocida. Tendría que preguntar al mayordomo mañana, haciendo énfasis en el hecho de que la próxima vez no dejara entrar a una desconocida en su casa. ¿Pero a quién se le habría ocurrido?

Podría ser despedido por eso. Muchas eran las mujeres que iban a su casa, sí, pero él siempre se encargaba de avisar cuando una lo iba a hacer. No recordaba haber dicho nada en esta ocasión y eso supondría una explicación mañana.

Él abrió la boca para preguntarle si acaso estaba loca, pero la volvió a cerrar. ¿Para qué preguntar algo cuya respuesta ya sabía? ¡Claro que estaba loca! De estar cuerda, no estaría ahí. Tendría que tener una conversación con los duques de Richmond y sugerirles de forma sutil la posibilidad de que internaran a su pupila en Bedlam. Una loca rondando en las calles de Londres era muy peligroso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó intentando por todos los medios esconder la incredulidad de su voz.

—Tenemos que hablar —aseguró ella, como si fuera lo más normal del mundo.

Anthony se sentó en una de las butacas cerca de la chimenea y la miró con calma, parecía que ya no le sorprendiera nada de lo que ella hacía.

Definitivamente, el destino debía de estar riéndose de lo lindo de las situaciones en la que lo ponía. Ese tipo de cosas no le pasaban a alguien normal, pero últimamente le estaban sucediendo mucho a él; siendo que lo peor de tenerla ahí, en su cuarto, no ayudaba para nada a disminuir la frustración que sentía por lo que dejó inconcluso en la biblioteca. Ese tipo de pruebas no se le ponían a un hombre.

—¿Luego me preguntas por qué digo que estoy pagando algún pecado contigo? —le dijo con voz cansada. Tuvo la intención de preguntarle cómo había conseguido llegar ahí, pero se abstuvo. Mientras menos supiera, mejor. De todas formas, la impresión sería la misma. Ella estaba loca.

Esmeralda no hizo caso de su comentario y prosiguió con el tema que la había traído ahí.

—Déjame ayudarte, Tony. Dime qué sucede.

¿Ayudarlo? ¿Cómo se supone que alguien como ella podía ayudarlo? Ella ni siquiera debería estar interesada en ayudarlo. No era su problema y podía resultar muerta en el proceso. ¿Por qué ayudarlo cuando su vida podía correr riesgos? Era absurdo, pero de esa mujer ya nada lo sorprendía. Recordó entonces que ella no le había respondido su pregunta de por qué estaba interesado en él, y

también se acordó de que lo había besado para evitar responder.

La sospecha se instaló en él. ¿Por qué simplemente no decírselo? ¿Sería algún motivo macabro? No, claro que no, si fuera algo malo, simplemente hubiera mentido, pero ella era demasiado buena para mentir bien. Lo había besado porque no quería responder, y si no quería responder, las opciones eran dos: o no quería que él se enterara porque no le gustaría, o ni ella misma lo sabía. Esta última podía suceder con más regularidad de lo creído, después de todo, ni él mismo sabía por qué se había visto involucrado en este juego con ella. Fuera cual fuera, decidió no insistir más en el asunto, temiendo de repente la respuesta.

Prefirió concentrarse en este asunto que parecía más importante, y aunque en cierto punto estaba ligado con la pregunta anterior, tenía que zanjarlo.

—Ya te dije que no te metas en el asunto. Vamos, te llevaré a casa antes de que notes tu ausencia. —Le hizo un ademán con la mano para que se levantara, pero ella no se movió—. ¡Mal... seas, muchacha! Esto no es un juego.

—Ya lo sé —espetó ella con calma, ajena a su ataque de ira—. Quiero ayudarte.

—¡No puedes!

—Sí puedo. Solo tienes que decirme qué sucede. No pierdes nada, Anthony.

Anthony se estaba exasperando. Decidió que le diría todo, tal vez si era consciente del peligro que corría, dejaría esa absurda idea.

—Todo comenzó hace unos seis meses —empezó—, me atacaron cuando caminaba por Covent Garden hacia una cantina.

«Conque sí era verdad que frecuentaba cantinas», pensó Esmeralda. Bien, eso no tenía por qué significar algo malo.

—Al principio creí que era un asalto, y lo seguí creyendo aún después de haberme librado de los atacantes, sin embargo, cuando sucedió un segundo ataque, y luego un tercero, supe que alguien me quería matar.

—Pero ¿por qué alguien querría matarte? ¿Tienes algún enemigo?

Él soltó una carcajada amarga.

—Varios —admitió—, pero ahí está el asunto. Si mis enemigos quisieran matarme, lo hubieran hecho porque tienen los medios para hacerlo. El que sea que quiere matarme no tiene medios suficientes para contratar asesinos

profesionales.

Esmeralda puso una mano en su barbilla.

—Y, ¿en verdad no tienes la menor idea, la menor pista?

—No. —Él sí la tenía, pero no pensaba decírselo, o eso haría que se involucrara más en el asunto—. Por eso debes alejarte. La vez que estuve contigo, fue el quinto intento. ¡El quinto! Eso significa que la persona en verdad está desesperada y que seguirá intentándolo.

—Sí —admitió ella—, pero no me pienso ir hasta que me digas de quién sospechas —dijo sorprendiéndolo—. Sé que sospechas de alguien, tus ojos me lo dicen.

Anthony rió intentando disimular su asombro.

—¿Ahora eres un detector de mentiras? —se burló.

—Dime —insistió—. Si no me dices, no me voy.

—Si no te vas, pueden suceder dos cosas. La primera, te llevaría a rastras al carruaje, y la segunda, te llevaría a rastras a la cama y te deshonraría. La segunda se me hace muy apetecible, así tal vez aprendes por qué no puedes entrar en la noche a la casa de un hombre y colarte en su habitación.

Esmeralda no se dejó intimidar.

—Dime.

Anthony gruñó, Esmeralda Loughy había inventado la terquedad.

—Sospecho de un familiar cercano, alguien que herede el título y los bienes que dejaré a mi muerte. Tiene cierta lógica, si esa persona está necesitada de dinero, mi muerte le vendría a las mil maravillas.

Esmeralda consideró el asunto.

—Y, ¿quién es el siguiente en la línea de sucesión?

—Según he investigado, un primo de mi padre, pero aún no sé quién es ni su situación. Sinceramente, no he investigado mucho en el tema.

—¿Que no has investigado? —dijo Esmeralda incrédula—. ¿Tu vida está en peligro y no te has molestado en investigar?

Ella parecía más preocupada y molesta que él por el asunto, lo que nuevamente lo sorprendió. ¿Qué motivo tenía ella para preocuparse por él?

—Es mi vida. —Le hizo ver—. Hago con ella lo que me plazca.

—¿Incluso dejarte morir? —Ella no podía creer que él en verdad quisiera morir.

—A nadie le haría falta —admitió y Esmeralda tuvo ganas de zarandearlo.

¿Qué no le haría falta a nadie? ¿Y ella? ¿Estaba pintada en la pared? Pues no, no se pensaba quedar viuda antes del matrimonio.

—A mí me harías falta —dijo.

El sentimiento con que lo dijo hizo que algo diera un vuelco dentro de Anthony. «A mí me harías falta». Nunca nadie le había dicho esa frase, y menos alguien que apenas había visto un par de ocasiones. ¿Cómo podía hacerle falta? Para extrañar a alguien se tiene que profesar cierto afecto o cariño a esa persona, y eso era imposible, a él nadie lo quería.

—Eso es absurdo —dijo, pero su voz no sonó tan firme como esperó.

Ella se levantó y se paró frente a él. Sus ojos esmeraldas estaban aguados, como si intentara contener la lágrima, pero eso era ridículo. Ella en verdad no iba a llorar...

—Tú no puedes dejarte morir —dijo con decisión sacudiéndolo de los hombros, aunque la única que se movió fue ella porque a Anthony no lo pudo mover.

Eso era el colmo. ¿Que no podía dejarse morir? ¿Quién se creía ella para decirle eso? ¿Quién se creía para juzgarlo por su decisión cuando no había sufrido lo que había sufrido él? La vida era mala, no era el cuento feliz que ella creía. A veces, abandonarla era lo mejor que uno podía hacer.

De repente, furioso, se levantó haciendo que ella retrocediera.

—¿Que no puedo? ¿Por qué no puedo? —espetó sintiendo como la ira del pasado se acumulaba en su interior, aunque su voz no era alta, más bien fría—. Dime, ¿por qué tendría que quedarme en una vida donde solo hay sufrimiento? ¿Por qué tendría que quedarme en una vida que desde niño me ha enseñado que está ensañada conmigo? ¿Para seguir sufriendo? ¿Para sobrevivir? ¿Para darle la oportunidad al destino de seguir burlándose de mí?

Su voz estaba llena de emoción contenida. Rencor no curado se arremolinaba alrededor de Anthony, haciéndole decir cosas que en otra ocasión no hubiera confesado.

—Oh, Tony. No has tenido una vida fácil, ¿cierto? —dijo ella con voz dulce, y guiada por el instinto, lo abrazó.

Anthony no supo cómo reaccionar. Había estado en posiciones más íntimas con varias mujeres, pero eso era... especial. No sabía cómo explicarlo. Ella lo abrazaba y Anthony sintió una ternura inexplicable.

—Yo sé que la vida no es fácil —dijo Esmeralda instándolo a sentarse—. A pesar de lo que puedas creer, no vivo en un mundo imaginario donde todo es feliz, sé que hay gente mala en el mundo.

Anthony resopló como si no lo creyera, pero lo que en realidad no creía era haber confesado todo lo que acababa de decir. Nunca hablaba de ese tema, nadie sabía de sus desgracias. Entonces, ¿por qué había hablado?

—¿Has escuchado como murieron mis padres? —preguntó.

—Una tragedia. No sé más.

Esmeralda asintió y se sentó en su regazo como en la biblioteca, parecía estar más cómoda así, y él no la rechazó.

—Yo no recuerdo mucho lo que pasó —admitió—, pero sí tuve pesadillas por varios meses, y sé lo que pasó al igual que todos. Unos hombres armados entraron en la casa en plena Nochebuena y mataron a sangre fría a todo el que se encontraba dentro. —Su voz contenía tristeza, pero no tan profunda, como si ya estuviera resignada—. Yo estaba escondida con Rubí en el invernadero, se suponía que jugábamos. Vaya sorpresa cuando entramos en la casa y nos encontramos con todos los cadáveres en el piso, creo que incluso pregunté si estaban dormidos, estaba demasiado chica para entender qué era la muerte —dijo con tono irónico.

Anthony se quedó en silencio, no sabiendo que decir. Él había escuchado que sus padres habían muerto en una tragedia, pero la gente siempre solía exagerar todo, así que nunca se imaginó que pudiera ser una de esa índole. Una masacre. Vivir algo así no se lo desearía ni a su peor enemigo. Se la imaginó ahí, viendo con esos ojos llenos de inocencia los cuerpos tendidos con la esperanza de que estuvieran dormidos, no encontrando más explicación lógica. Se le encogió el corazón.

—Sé que el mundo hay gente mala, Tony —continuó—, sin escrúpulos, como

los que mataron a nuestros padres, pero creo que es mejor verle el lado bueno a las cosas. No se puede vivir desconfiando de la vida o, tarde o temprano, eso nos carcomerá por dentro. Hay gente mala, sí, pero también hay gente buena, como los duques. Es cosa de encontrarla.

Esmeralda recostó su cabeza en el hombro de él.

—Si vivo en un mundo feliz no es porque haya crecido en una burbuja, simplemente es mejor para uno. Yo sé que no la debes haber pasado bien, y desconozco hasta que punto sufriste en la vida, pero no por eso hay que dejarnos vencer. Hay que demostrarle a la vida que estamos listos para enfrentarnos a ella, aunque a veces estemos cansados de luchar. Después de que conocí a los duques, mi vida fue fácil, no te lo voy a negar, pero eso no significa que aquel hecho no quede grabado en la memoria. —Levantó la cabeza y lo miró a la cara—. ¡No puedes dejarte vencer!

Anthony suspiró y cerró los ojos. Era tan sencillo decirlo... Admitía que la opinión hacia ella había cambiado; puede que su vida no fuera un cuento de hadas después de todo, pero estaba mucho de parecerse al infierno que él sufrió toda su vida. Si ella y sus primas se salvaron fue por el simple motivo de que la vida tenía otros planes para ellas, pero unos planes que sí eran buenos. Él simplemente no debió haber nacido.

—Te llevaré a casa —dijo, incapaz de seguir con esa conversación, pero se equivocó si pensó que el tema quedaría zanjado así de fácil.

—¡No! —dijo ella y apoyó ambos brazos en el sofá, a ambos lados de su cabeza para bloquearle el paso—. No hasta que me prometas que vas a luchar hasta desenmascarar al que te quiere matar, que vas a luchar por tu vida.

Anthony gruñó.

—Por favor, Anthony —rogó—. Hazlo por mí. ¿Qué sería de mí sin ti?

Nuevamente esas palabras lo afectaron sobremanera. ¿Qué sería de ella sin él? Sería una joven normal como hasta ahora, en busca de marido. Todo lo ocurrido quedaría en el pasado y ella seguiría con su vida.

—Tendrías una vida normal —dijo.

—Una vida normal es aburrida. Además, ya me lo has dicho, estoy loca, no soy normal —objetó—. ¡Prométemelo! —Al ver que él se quedaba callado dijo

—: Prométemelo o juro que no te dejaré en paz.

—No me has dejado en paz ni un solo momento desde que te conocí — protestó él pensando en lo tranquila que era su vida antes de que ese duende apareciera para importunarla.

—Bien, eso solo te da una idea de lo fastidiosa... perseverante —corrigió— que puedo ser. ¡Prométemelo!

Él volvió a gruñir.

—Está bien, te lo prometo —dijo al final y Esmeralda lo abrazó; y para su sorpresa, él la correspondió.

Se quedaron así por varios minutos, ninguno parecía querer moverse, como temiendo arruinar el momento. Anthony no entendía muy bien lo que acababa de suceder, y Esmeralda estaba feliz de haber ganado. Al final, fue ella quien habló.

—Estoy segura de que todo saldrá bien. Si quieres, mi familia te puede...

—No. —Cortó él antes de que terminara considerando impensable pedir ayuda a la familia de la joven.

Ella suspiró resignada, como si hubiera sido mucho esperar que accediera a eso.

—Bien, al menos me mantendrás informada....

—No. —Volvió a cortar y ella gruñó.

Con el ceño fruncido, Esmeralda lo enfrentó.

—Si seguimos discutiendo así, me quedaré aquí toda la noche —informó.

La sonrisa malvada de él le dio a entender que había malinterpretado su comentario.

—En ese caso, espero que hagamos mejores cosas que discutir.

Ella le dio un golpe en el hombro.

—Oh, eres imposible —masculló—. Bien, sobre mantenerme informada... — Al ver que él hacía una mueca, añadió—. Si no me prometes eso, te juro, Anthony Price, que te perseguiré hasta en tus sueños

—Ya estás en mis pesadillas —aseguró él—, desde que te conocí.

Otro golpe.

—Hablo en serio.

—Yo también. Eres demasiado irritante... —Sonrió al ver que ella empezaba a

perder la paciencia—. Está bien, te prometo que te mantendré al tanto, solo si así me dejas en paz. Bueno, ¿te irás?, ¿o te quedas a pasar la noche?

Esmeralda se levantó, aunque con pereza.

—Me voy —dijo en tono de lamento—, pero porque Rowena se preocupará si llega a la casa y no me encuentra.

Él también se levantó.

—Sé que no debería preguntar... pero ¿cómo llegaste?

Esmeralda sonrió.

—No lo quieres saber.

Él decidió conformarse con esa respuesta, y muy a su pesar, la llevó a su casa.

Capítulo 16

En los días que siguieron, Esmeralda le confirmó a Anthony que era la personificación de la persistencia. No tenía idea de cómo lo había conseguido, pero siempre parecía saber dónde estaba.

Como le había prometido descubrir la identidad de su familiar más cercano, Anthony se vio en la penosa necesidad de internarse con más frecuencia en sociedad para recaudar información; y no porque alguien dentro de esta pudiera ayudarle mucho, sino porque la bruja que tenía por tía, *lady* Dartmouth, se había negado a darle información a menos que «saliera de su exilio», según sus propias palabras.

«¡Eso es el colmo!», había pensado Anthony cuando salía de la casa de la arpía, manipulado por una mujer. Esmeralda había asegurado que ellas no eran manipuladoras, entonces, ¿cómo podía llamarse eso?

Anthony sabía que *lady* Dartmouth siempre quiso que regresara a sociedad, que se regenerara, pero nunca se imaginó que utilizaría esa forma de chantajearlo. Era una simple información que estaba seguro poseía, después de todo, era la hermana menor de su padre, si alguien sabía algo, esa era ella. Él no le había contado que su vida dependía de esa información para no preocuparla, pero vaya que había estado tentado.

«Aunque sea, aparece dos semanas enteras en sociedad, Tony, si lo haces, prometo decirte todo lo que sé. Hazlo por mí». Esas habían sido sus palabras exactas, y Anthony había respondido con un gruñido. Dos semanas serían suficientes para que la gente lo empezara a creer regenerado, más aún cuando la Loughy menor parecía habersele pegado como sanguijuela, más de lo normal,

por supuesto; siendo lo peor que ninguno de sus familiares parecía estar muy molesto, la duquesa incluso lo había llegado a saludar en un par de ocasiones. En resumen, lo peor estaba sucediendo. Su fama de paria desaparecía.

No sabía qué era peor en realidad, que su reputación estuviera mejorando, o que los tutores de la muchacha no hicieran el mínimo esfuerzo por alejarla de él, lo que no hacía más que mantenerla más cerca.

Hasta ahora, llevaba toda una semana en sociedad y se la había encontrado en todos los bailes a los que había asistido, y no solo eso, sino que había terminado bailando con ella al menos una vez en las tres ocasiones. Él sabía que estaba causando murmuraciones de un posible cortejo, pero es que cuando la veía en algún lugar, sus piernas, sus manos y su boca parecían desconectarse de la parte racional de su cerebro. Siempre se encontraba buscándola con la mirada, caminando hacia ella, y pidiéndole un baile, y es que parecía no poder evitarlo. Era como una fuerza de atracción que le indicaba su presencia en cada baile, en cada lugar; que hacía que se dirigiera hacia ella, que le hablara, pues, por mucho que le disgustara admitirlo, le agradaba su compañía, se había acostumbrado a ella.

No le gustaba nada el rumbo que estaba tomando todo ese asunto. Mientras más conforme se sintiera en la compañía de esa muchacha, más peligro había de que pudiera suceder algo indeseado. Debería alejarse de ella, debería buscar la forma de sacudírsela. Pero no podía. ¡Mal... sea! No podía. Le gustaba bailar con ella, le gustaba hablar con ella, le gustaba su presencia y se odiaba por ello. Se odiaba por ser tan estúpido. Las decepciones anteriores no las había podido prever, pero ¿ahora? ¿Qué excusa daría cuando la vida le confirmara que él no podía amar ni ser amado? Tenía que alejarse de ella, pero primero tenía que descubrir la forma de cómo hacerlo.

Enojado consigo mismo, se decía que no podía ser tan difícil alejarse de ella, se lo repetía varias veces, pero no podía convencerse. La muchacha era una bruja, lo había embrujado con esa sonrisa encantadora, con esos verdes ojos inocentes. Él no quería que eso llegara más lejos, pero si no supiera que era absurdo, pensaría que era ella la que quería llevarlo más lejos.

Ya se había resignado a no saber el motivo de la persecución que la muchacha

inició hacia él, pero no significaba que dejara de intrigarle. Todo había sucedido de repente, su vida había cambiado de un día para otro y sus pensamientos ya no le pertenecían del todo, sino que ahora ella los gobernaba. No tenía idea de qué le sucedía, y en realidad presentía que no quería saberlo. Tenía que alejarse, eso era lo único que sabía, pero no podía, simplemente no podía.

Si la vida tuviera aunque sea un poco de compasión por su salud mental, no se la habría encontrado con tanta frecuencia, tal vez así habría podido olvidarla; pero no; se la había encontrado en todos y cada uno de los bailes, y ahora, cuando había decidido asistir a Vauxhall para variar un poco, también la vio a lo lejos con su familia, en uno de los recintos privados. En definitiva, la vida lo odiaba y disfrutaba bastante con su tormento.

Deseando al menos una noche en santa paz, Anthony decidió evitarla. Vauxhall era un lugar lo suficientemente grande para no encontrarse con alguien si ese era su deseo, y esa noche, ese era su deseo. Necesitaba al menos ese día lejos de ella, necesitaba saber que podía sobrevivir sin su compañía aún sabiendo que ella estaba en el mismo lugar, necesitaba saber que aún quedaba algo del antiguo Anthony, del Anthony que era antes de que ella apareciera en su vida hace aproximadamente un mes.

Decidido, resolvió buscar conocidos en otro lado que no fuera la parte central de los jardines, pero no había caminado mucho cuando escuchó:

—Buenas noches, lord Clifton, que alegría verlo esta noche por aquí.

Él pensó que estaba pagando por algún pecado, y se giró intentando ocultar su exasperación.

Ella le sonrió, parecía un poco agitada, como si hubiera estado corriendo, que debió ser exactamente lo que sucedió porque hace poco estaba a más de veinte metros y luego estaba frente a él. Vio que la duquesa estaba a lo lejos, lanzándole una mirada reprobatoria a su pupila que decía claramente: «Las damas no corren», pero luego le sonrió a él y empezó a acercarse.

Debería haberle alegrado que en esta ocasión no estuviera ni un momento a solas con ella, pero no fue así, tenía el presentimiento que estar cerca de la familia era peor.

—Lord Clifton —saludó la duquesa cuando llegó, su semblante era alegre,

pero también parecía cansada—. Qué gusto verlo.

—Excelencia —saludó Anthony.

Como mencionó antes, no era la primera vez que la duquesa lo saludaba, así como tampoco era la primera vez que veía ese extraño brillo en sus ojos cada vez que lo miraba a él y luego a su pupila, era un brillo calculador, como si planeara algo.

—¿No le gustaría cenar con nosotros en el recinto? —Señaló el recinto privado donde había al menos ocho personas que debían ser el resto de la familia—. Hay lugar para usted.

—Eso sería maravilloso —intervino Esmeralda antes de que él pudiera hablar—. Estoy segura de que a An... lord Clifton de encantará, ¿verdad, lord Clifton?

¡No! Gritó su interior. Algo le decía que una cosa era estar con Esmeralda, y otra con la familia entera, y ese mismo algo le advertía que no quería estar con la familia entera.

—En realidad yo...

—Vamos, lord Clifton —insistió la duquesa—, ¿me va a negar ese placer?

Anthony miró de un mujer a otra y se dijo que aunque no llevaran la misma sangre, él las veía bastantes parecidas e igual de manipuladoras. La duquesa de Richmond era una mujer que estaba acostumbrada a que le dijeran que sí, y estaba claro que no pensaba permitir que él fuera la excepción. Soltó un lamento interior, si no fuera porque la idea era absurda, pensaría que era un complot.

—Me encantará cenar con ustedes.

—Estupendo. —Esmeralda se agarró a su brazo y empezaron a caminar.

Los recintos privados de Vauxhall eran habitaciones de tres lados, lo suficientemente grandes para dar cabida a diez o doce personas, y estaban abiertas en la parte delantera para poder disfrutar de los espectáculos ofrecidos. Dentro, cada recinto tenía como decoración un gran cuadro dibujado por Francis Hayman y sus amigos de Saint Martin's Lane Academy, que se volvieron bastante populares siendo uno de los principales atractivos del jardín.

Llegaron al recinto donde había una gran mesa para doce personas, donde pronto serviría la cena.

Las mujeres tomaron asiento y Anthony se sentó al lado de su incordio

personal; frente tenía al duque de Rutland, que estaba sentado junto a su esposa.

—Lord Clifton, que placer tenerlo por aquí. Sabía que era usted cuando lo vi, y se lo comenté a los demás. No es común verlo por aquí —comentó una morena que supo sin lugar a dudas era la antigua Topacio Loughy, ahora duquesa de Rutland. Si alguna vez se había cuestionado por qué la llamaban bruja, ya tenía la respuesta. Por su culpa estaba ahí y ella no se veía en lo absoluto arrepentida por eso—. Aunque —prosiguió— no estoy segura de que fuera buena idea invitarlo a cenar, Rowena, no queremos que salga huyendo tan rápido, más ahora que empieza a volver a sociedad.

La duquesa de Richmond le lanzó una gélida mirada, pero la joven no se inmutó, al contrario, formó una sonrisa inocente.

—No creo que lord Clifton se asuste con facilidad —dijo Esmeralda y le sonrió.

Anthony tenía la impresión de que se había metido en territorio peligroso.

—Estupendo. En ese caso, tal vez algún día quiera cenar con nosotros en privado. Son cenas muy entretenidas —mencionó e hizo caso omiso de la mirada de advertencia de Rowena—. La persona que tiene al lado es una experta lanzando cuchillos, creo que debería saberlo si deja que se le acerque mucho. El pobre James todavía tiene una cicatriz en el brazo.

Esmeralda se ruborizó y la fulminó con la mirada.

Anthony no entendía por qué le estaba diciendo eso, era como si quisiera advertirle cómo era la familia de la que no era parte. Entonces, ¿por qué le interesaría?

—Zafiro le dejó una vez un moretón en medio de la frente —protestó Esmeralda, no pareciendo querer quedar como única culpable.

—El moretón desapareció, la cicatriz no —objetó una mujer rubia sentada al otro lado del duque de Rutland. Lo dijo con voz firme, pero estaba rivalizando. Lo miró y sonrió de manera débil, como rogándole que no la considerara una loca aún. ¿Sería esa la hermana? Se parecían.

—Muchachas —intervino Rowena—, estoy segura de que a lord Clifton no le interesa eso —dijo la duquesa con voz tensa.

Cierto, no debería interesarle, pero ahora sentía cierta curiosidad.

—Pero, Rowena —dijo Topacio—, tenemos que advertirlo. No sea que vaya a aceptar otra cena con nosotros y se quede como Aberdeen o Adam; estupefactos por varios segundos y probablemente pensando que estamos locas hasta que la educación los obliga a decir que todo está bien.

Los susodichos protestaron ante lo de «estupefactos».

—Yo creo que será mejor que cambiemos de tema —dijo una pelirroja sentada a una silla de él—. Mi hermana parece un tomate —dijo y señaló a Esmeralda—, además, creo que todo esto está de más. ¿No crees, Topacio? —Su voz contenía una advertencia impresa.

«Así que la pelirroja es su hermana. No se parecen mucho», observó Anthony. Al menos físicamente, porque si vamos al caso de comportamiento, ahora entendía por qué la muchacha estaba loca. Toda la familia lo estaba.

Era curioso, pero a Anthony le agradaban. Durante los siguientes minutos, la conversación que se propició puede decirse que fue normal, pero la familia tenía un toque que la hacía especial. Las mujeres participaban activamente en la conversación sin ser reprendidas por intervenir en temas que no eran de damas, y las jóvenes solteras, Esmeralda y la que supuso era Angelique Allen, también intervenían. Sin embargo, lo que más le sorprendía no era la inteligencia de las mujeres, sino el amor que se veía reflejado en los rostros de sus maridos. Esos rostros curtidos que hubieran inspirado miedo al más valiente cuando se mostraban serios, se ablandaban cuando lanzaban una mirada a sus esposas. Incluso el duque de Richmond miraba con cariño a la suya. En esa familia había amor, no lo podía negar y Anthony se encontró sintiendo cierta envidia, sin percatarse de que la joven de al lado le lanzaba a él las mismas miradas.

—Oh, mira, es lord Coventry, ¿creen que le gustaría unirse a nosotros? Queda un puesto libre.

—No creo —comentó Esmeralda..

—Tonterías —replicó la duquesa con una sonrisa tan calculadora que Anthony casi sintió pena por Coventry—, he escuchado que ya no corteja a *lady* Georgiana. Iré a decirle.

—Rowena... —dijo Esmeralda queriendo salvar al pobre hombre—. Mejor en otra ocasión.

La duquesa soltó un chasquido.

—Tonterías, es la oportunidad perfecta. —La duquesa se levantó—. ¿No creen?

—Yo creo que sería muy buena idea —comentó Anthony.

Era la oportunidad perfecta. Él necesitaba hablar con Conventry, y el puesto que quedaba libre era a su lado. Puede que no logran tratar ahí el tema abiertamente, pero al menos podrían concertar discretamente un encuentro para hablar mejor.

—Maravilloso. —La duquesa empezó a caminar, pero la voz de *lady* Granard la detuvo.

—Rowena, sé discreta, por favor —dijo con súplica Zafiro.

—Yo siempre he sido discreta —respondió, y la mujer soltó un lamento, como si presagiara desgracias.

La duquesa se fue y un silencio quedó en el lugar. Todos miraban como Rowena se acercaba a lord Conventry y fingía encontrárselo por casualidad. Ambos entablaron una conversación y la misma sonrisa que la duquesa le había dado a él (esa que no admitía un no por respuesta) se la dio a lord Conventry, quién pronto se encontró caminando hacia ellos, aunque no poseía la cara de alguien condenado a la horca, como parecían creer todos que tendría. De hecho, parecía tranquilo, resignado para ser exactos.

Lord Conventry llegó al recinto y saludó a todos los presentes, luego se sentó en el puesto libre al lado de Anthony, justo antes de que sirvieran la comida.

La cena consistía en vino francés para los caballeros, teniendo como plato principal pollo frío, pan, queso, ensaladas, y pasteles de carne, además del famoso jamón Vauxhall, cortado de forma tan fina que se podía leer un periódico a través de él.

Durante la cena, Anthony logró entablar una conversación con lord Conventry, que al contrario de lo que pensó, no se mostró ofendido por estar sentado al lado de una «paria». Se mostró cortés y amable, incluso agradable. Era un hombre simpático y, a diferencia del resto de la sociedad, no era hipócrita. A Anthony le costaba pensar que su padre hubiera tenido algo que ver con su madre.

—Me gustaría hablar con usted, lord Conventry. Llevo dos semanas intentando

concertar una cita, pero no he tenido suerte.

El tono serio con el que lo dijo debió llamar la atención de lord Coventry, porque le prestó total atención.

—Por supuesto. Cuando quiera. ¿De qué quiere hablar?

Anthony iba a responder con alguna mentira inocente para despistar, pero en ese momento un murmullo se oyó en el lugar. La gente que estaba fuera, y en los recintos cercanos, hablaba y señalaba hacia afuera. Al principio creyó que un espectáculo de fuegos artificiales comenzaría, pero no, el motivo del ajeteo era otro. Un personaje se movía en el centro de los jardines en dirección a una de las mesas que había bajo los árboles, con paso resuelto como si no le importaran las murmuraciones que causaba a su paso. El hombre debía tener unos cincuenta años, era alto y fornido a pesar de la edad, de presencia imponente y paso decidido; era de esas personas que no pasaban desapercibidas, pero ese no era el motivo de tantas murmuraciones. El motivo, se dio cuenta Anthony poco después, sintiendo como un sudor frío le bajaba por la frente, era que ese hombre era el señor Dudley, el último amante conocido de su madre.

Capítulo 17

Mientras veía como el señor Dudley caminaba para saludar a un par de conocidos, Anthony dejó de ser consciente de lo que le rodeaba. Se olvidó de que con quién estaba, de dónde estaba, e incluso no sentía los tirones que Esmeralda le daba en su manga para llamar su atención. Su vista, al igual que su concentración, estaba en el hombre que se movía como si el revuelo causado no fuera su culpa.

La respiración pareció fallarle y sus pensamientos iban y venían de tal forma que era imposible saber con claridad qué pensaba. Su cerebro no funcionaba bien y sus neuronas hacían un esfuerzo sobrehumano por hacerle llegar una información lógica que lo hiciera reaccionar.

El último amante de su madre estaba ahí, y con ello, la posibilidad de encontrarla o saber qué fue de ella también. No quería hacerse esperanzas, pero tampoco podía evitarlo. Guiado por el instinto, murmuró una disculpa y se levantó. Sabía que las miradas curiosas vagaban del señor Dudley a él; muchos, ansiosos de saber su reacción, pero a Anthony no le importaba. No le importaba si se armaba un escándalo, no le importaba lo que sucediera a partir de ahí, solo quería saber la verdad. La necesidad de liberarse de un peso del pasado era demasiado grande.

—¿Qué sucede? —preguntó Esmeralda viendo como Tony se levantaba y caminaba hacia un señor que parecía haber causado revuelo—. ¿Qué está pasando?

En defensa a su ignorancia, se podía decir que todos en la mesa tenían la misma cara de desconocimiento que ella. Todos menos William y Rowena, que

parecían un poco incómodos.

—¿Quién es el recién llegado? —preguntó.

Rowena carraspeó y respondió un poco incómoda.

—Es el señor Dudley —dijo.

El señor Dudley... ¿Quién rayos era el señor Dudley? Vio la cara de los demás y se dio cuenta de que ellos habían entendido algo que ella no, y eso no le gustaba. Estaba a punto de preguntar cuando recordó. ¡Claro! Rowena había mencionado una vez que el señor Dudley fue el hombre con el que se había fugado la madre de Anthony, y él debía saber dónde estaba ella.

—Oh, Tony —murmuró sin importarle quién la oyera, e hizo amago de levantarse, pero Rowena le presionó la mano y le indicó que se mantuviera sentada.

Esmeralda entendió, no era momento para que ella interviniera, ese era un asunto de Anthony, un asunto que él tenía que resolver solo. Resignada, se conformó con mirar la escena como todos los demás.

Los pies parecían pesar más de lo común, haciéndole dificultosa la tarea de llegar hasta el hombre. Pareció pasar una eternidad hasta que por fin llegó hasta el grupo sentado en una de las mesas bajo el árbol.

Las personas con las que hablaba el señor Dudley, que ya de por sí se mostraban incómodas antes de su llegada, parecieron perder el color y empezaron a tartamudear. Miraban de uno a otro y no sabían bien que hacer, hasta que al final decidieron callarse. El señor Dudley lo miró con unos ojos grises y fríos y lo examinó, pero no debió saber quién era porque arqueó una ceja en silenciosa pregunta.

Haciendo gala de hasta el último gramo de autocontrol, Anthony imprimió una sonrisa fría en sus labios y moderó su voz hasta un tono calmado.

—Buenas noches, señor Dudley.

—Buenas noches —respondió el hombre con voz firme, aunque Anthony pudo notar un leve tono de cautela en ella.

—No nos conocemos personalmente, así que me presento. Mi nombre es Anthony Price, barón de Clifton.

Las palabras causaron justo la reacción que esperó. El cuerpo del hombre se

tensó en reconocimiento y lo miró con desconfianza. No era un hombre que se echara a temblar ante cualquier problema, se percató Anthony; ese era un verdadero hombre, uno que buscaba la mejor forma de afrontar el asunto.

—Un gusto conocerlo, milord —respondió el hombre con voz calmada, consciente de que todas las miradas y oídos estaban puestos en ellos, a pesar de que la orquesta que tocaba no dejaba escuchar mucho

—Lo mismo digo. —Y vaya que era un gusto. Anthony bajó la voz, para que solo él lo escuchara—. Quiero hablar con usted.

El hombre asintió con cara de alguien que se esperaba esa propuesta, y juntos empezaron a alejarse de la gente, en busca de un lugar más privado donde tratar aquel importante asunto. Cuando lo encontraron, Anthony fue el primero en hablar.

—¿Qué sabe de mi madre? —Vio que el hombre parecía sorprendido por la pregunta, pero intentó disimularlo.

A Anthony no le interesaba escuchar de ese hombre las historia con su madre, ni por qué habían huido, ni dónde habían estado todo ese tiempo; lo único que quería saber era dónde estaba ella. Quería que ella personalmente le explicara todo; eso era lo único que quería ahora, lo demás carecía de importancia.

—No lo sé —respondió con sencillez.

Anthony contuvo un gruñido de frustración, sabía que cabía la posibilidad de una respuesta así, pero eso no significaba que la decepción fuera menor. Las esperanzas se habían elevado tanto que la caída había sido demasiado abrupta. ¡Mal... sea! ¿Por qué no podía tener una mísera pista? ¿Por qué el destino no quería que acabara con esto de una vez?

Abrió la boca dispuesto a hacer más preguntas, pero el hombre pareció leerle el pensamiento y se adelantó.

—Cuando tu madre y yo nos fuéramos —comenzó el hombre llamando la atención de Anthony—, estábamos muy enamorados. —Su vista se perdió en algún punto del camino como si estuviera viendo al pasado—. Llevábamos al menos dos años de relación ilícita, y en ese momento una fuga nos pareció la mejor opción. Irnos a un lugar donde nadie nos encontrara ni nos juzgara. Ser felices, encontrar la felicidad que ella por estar casada no podía tener.

—¿Por estar casada y tener un hijo, no? —masculló con amargura.

El señor Dudley no lo vio, pero sí respondió.

—Ella te quería —dijo sorprendiéndolo—, tenía planeado regresar por ti una vez nos asentáramos en Francia. Yo estaba de acuerdo, hubiera estado de acuerdo con cualquier cosa que me hubiera pedido. Ella decía que no te podía dejar con alguien como tu padre, y siendo sincero, yo tampoco lo hubiera hecho.

—Pues me quedé esperando su visita —dijo sarcástico.

El señor Dudley negó con la cabeza y al fin lo miró.

—No entiendes.

—¿Qué no entiendo? ¿El hecho de que su amor materno hubiera desaparecido una vez que llegaron a Francia? ¿El que jamás regresó por mí?

—¡Sí regresó! —el señor Dudley había alzado la voz para hacerse escuchar.

—Eso es absurdo —dijo Anthony negándose a creerlo. Ella no había regresado, no pudo haber regresado por él, pero ¿por qué el hombre le mentiría? ¿Era acaso un juego perverso?

—Tardé al menos tres años en granjearme una posición respetable en Francia. Para el año 1800, tu madre decidió regresar por ti, pero yo no fui con ella, quedamos en que ella te buscaría, y luego te llevaría a Francia con nosotros. Sabía que no iba a ser fácil, tu padre no iba a dejar ir a su único heredero así cómo así.

Por como lo trató todos esos años, Anthony pensaba que hubiera estado encantado de deshacerse de él.

—Entonces, ella había decidido que te sacaría a escondidas de la casa —continuó— Viajó a Inglaterra el 7 de marzo del 1800, pero nunca regresó. Al principio, creí que había decidido volver con su marido, o tal vez consiguió a alguien más. Quedé destrozado cuando no apareció meses después, nunca se me pasó por la cabeza que pudo haberle sucedido algo malo, simplemente creí que se había aburrido de mí. Estaba herido; yo la amaba, dejé mi adicción al juego por ella, era mi razón de ser. Me quede en Francia decepcionado, hasta que se declaró la guerra en 1804. Tuve que volver por miedo a lo que podía sucederme, y comenzar de nuevo. Sabía que no podía quedarme mucho tiempo en Inglaterra, pues ya no sería bien admitido en la buena sociedad, así que decidí viajar a

América, a probar suerte. Sin embargo, antes de irme, puse mucha atención en investigar qué había sido de la vida de Evangeline, quería simplemente saber que pasó con ella, por qué me dejó.

—¿Qué descubrió? —preguntó con voz ahogada, temiendo la respuesta.

El señor Dudley sonrió sin humor.

—Descubrí que la gente seguía creyendo que seguía conmigo. No lo podía creer, y me empecé a preocupar. Entonces, recurrí a la única persona que podía darme razón de ella: su hermano.

—¿Tenía un hermano? —él nunca supo de la existencia de un tío.

Él asintió.

—Alexander Miller, quinto conde de Coventry, era su hermano.

Anthony se quedó estático.

—No entiendo —dijo—, mi madre se apellidaba Aradde.

El señor Dudley resopló como si le pareciera tedioso tener que explicar esa parte de la historia.

—Cuando la cuarta condesa de Coventry enviudó, su hijo Alexander tenía edad suficiente para hacerse cargo del título; así que ella decidió irse a vivir al campo. Ahí, se dejó seducir por el médico del pueblo y como ya rondaba los cuarenta, nunca imaginó que pudiera salir embarazada, pero sucedió. El médico era casado, así que te imaginarás el escándalo que se formaría cuando el asunto saliera a la luz. Los Miller era una familia de impecable reputación, un escándalo era imperdonable, así que Alexander tomó en sus manos el asunto. Cuando la niña nació, se la entregó a una prima lejana de su madre que vivía en el norte, para que la criara. La mujer acababa de enviudar y estaba embarazada, pero acababa de perder al niño a solo un mes de nacer, y en su tristeza, aceptó gustosa esa oportunidad, más porque así se libraría también de la compasión que en la gente inspiraría cuando se corriera el rumor. Evangeline creció allí, y cuando cumplió la edad casadera, la mujer, que era vizcondesa viuda, la trajo a Londres y la presentó en sociedad. Lord Coventry se enteró y preso de culpa terminó contándole la verdad a su hermana. Ambos acordaron guardar el secreto para conservar las apariencias, pero su relación a pesar de ser escondidas, fue muy estrecha. El hecho es que cuando me enteré de que ella no había vuelto con su

esposo y que seguían creyendo que estaba conmigo, me puse en contacto con lord Coventry, pero el hombre había salido de Londres, y nadie sabía cuando regresaría. Decidí quedarme un tiempo para esperarlo pero...

—Pero... —apuró Anthony.

—Tu padre descubrió mi regreso y me amenazó para que me fuera. Lo enfrenté y le pregunté por Evangeline, pero con una de esas sonrisas torcidas me aseguró que no sabía nada de ella, y que seguramente se había conseguido otro amante y escapado con él.

—¿Y por qué volvió a desaparecer? —Enfrentó Anthony—. ¿Por qué no quedarse? Ya no estaba con mi madre después de todo.

El señor Dudley negó con la cabeza.

—Era más complicado. Si la sociedad se enteraba de mi regreso, significaría reavivar nuevamente los rumores que ya empezaban a correr. Tu padre no estaba dispuesto a pasar por la misma humillación nuevamente y me aseguró que si no me iba, él se encargaría de hacer que rogara jamás haber regresado. Nunca me he considerado cobarde, muchacho, pero admito que en ese momento lo fui. Yo sabía que la buena sociedad no me aceptaría nuevamente, y mi familia tampoco. Tu padre tenía mucho poder y podía destruirme con facilidad, así que decidí volver a huir, esta vez a América. Hace poco me enteré de su muerte, por eso regresé, sin embargo, aún desconozco donde está tu madre, o si sigue viva.

Anthony se pasó una mano por los marrones cabellos y le dio la espalda al hombre. Llevaba años queriendo saber lo que sucedió, y al fin lo sabía, solo que no era la versión que esperaba.

«Ella te quería». ¿Lo quería? Lo dudaba, si lo hubiera querido, lo habría llevado consigo en un principio, no lo hubiera dejado con su padre. Si lo hubiera querido, no habría desaparecido en vez de ir a buscarlo. Sin embargo, ¿existía alguna posibilidad de que hubiera ido a buscarlo? Tal vez lo hizo, tal vez algo salió mal... ¡No!, no quería formar esperanzas absurdas. No quería volver a ilusionarse con algo que bien pudo no haber sido. Su madre bien pudo jamás volver a Inglaterra, tal vez lo utilizó a él como excusa para alejarse del señor Dudley; había muchas posibilidades... «pero ninguna respuesta concreta», le recordó una parte de su cerebro. La realidad era que nunca sabría lo que sucedió

al menos que su madre apareciera, que para como iban las cosas, no sucedería nunca. Estaba claro que Georgiana Aradde no quería aparecer, eso si estaba viva, por supuesto.

La posibilidad de que estuviera muerta era algo en lo que no quería pensar; no solo porque nunca se quitaría toda esa rabia de encima, sino porque el resto de las historias quedaría en las sombras, desconocida, y ahora que sabía parte de lo que sucedió, no quería quedarse con la duda de la otra parte. Pero ¿en verdad habría alguna posibilidad de enterarse de lo sucedido? ¿Habría alguna posibilidad de que su madre estuviera viva? La había, claro que la había; siempre había una posibilidad, solo que eso era algo que dependía del destino al que, sabía, no le caía en gracia.

También estaba el asunto del hermano de su madre. El viejo lord Coventry fue su tío, por lo que el hombre con el que conversaba hace un rato, el actual lord Coventry era... ¡su primo! ¡Mal... sea! ¡Eliot Miller era su primo! Cualquier duda que hubiera tenido sobre que el destino jugaba sus cartas de una manera perversa, solo para su entera satisfacción, había sido disuelta. Él, Anthony Price, una paria londinense, era primo hermano del hombre con la reputación más intachable de Inglaterra. Si la situación hubiera sido otra, posiblemente se habría echado a reír.

Anthony se giró nuevamente hacia el señor Dudley, solo para darse cuenta de que el hombre había desaparecido y emprendía el camino de regreso. Él quiso llamarlo, pero no lo hizo, no lo hizo porque en realidad no había nada más que el hombre le pudiera decir y él lo sabía.

Diciéndose que tenía que caminar un poco para despejarse, Anthony enfiló hacia el final de los jardines, dudando si entrar o no en uno de los famosos «paseos oscuros» para buscar tranquilidad. Los paseos oscuros eran posiblemente una de las mejores atracciones de Vauxhall, sobre todo para gente depravada como él, ya que no solo proporcionaban intimidad a jóvenes amantes, sino que también había prostitutas que ofrecían un rápido revolcón a quién lo quisiera. Sin embargo, estos famosos paseos también podían ocultar carteristas y ladrones, que de alguna manera lograban colarse en los jardines y se aprovechaban de la gente ingenua que iba a los paseos para robarla. Muy pocos

sabían ese hecho de Vauxhall, pero él lo sabía, y esa vez, prefirió no arriesgarse; no fuera a hacer acto de presencia su mala suerte y apareciera el famoso asesino a intentar matarlo.

Suspirando, se quedó en un lugar poco transitado y se recostó en un árbol. La música de la orquesta se escuchaba lejana, al igual que los murmullos de las personas. Si el señor Dudley había regresado a la parte central de los jardines, debía de estar causando un gran revuelo que Anthony no tenía intención de experimentar.

Se sentía cansado y con pocas fuerzas de enfrentar con indiferencia las críticas y miradas reprobatorias de la sociedad. Su cerebro no estaba en capacidad de hacer nada más que llevarlo a su casa, a su cama para acostarse, dormirse y, por unas horas, olvidarse de todo y hacer como quien no se enteró de nada, como quien no estaba más confundido que antes. Dormiría y haría desaparecer por unas horas la sed de información que le exigía su interior. Dormiría y al día siguiente se enfrentaría nuevamente a la realidad, tal y como hacía siempre.

Cerró los ojos un momento deseando que su mente dejara de formular hipótesis cuyas respuestas posiblemente tendría. Se estaba torturando innecesariamente y lo sabía, pero no podía evitarlo. Tenía que saber la verdad, por su salud mental tenía que saberla. La única esperanza que le quedaba era el actual lord Coventry y ahora más que nunca estaba dispuesto a hablar con él. Todo por liberarse de esa pesada carga que amenazaba con tumbarlo al piso.

—¿Tony?

Anthony suspiró. Era esperar mucho que la joven se hubiera quedado con su familia en vez de ir a buscarlo arriesgando su reputación, pero ya no le sorprendía. Hace tiempo comprendió que a ella no le interesaba su reputación cuando se trataba de estar con él, y aunque Anthony no era tonto, en esas ocasiones sí prefería serlo, pues no quería pensar por qué ella se arriesgaba tanto o tenía la impresión de que llegaría a una conclusión que no le gustaría.

Ella se acercó a él y se recostó a su lado, acomodándose en el hueco de su mano. Él le puso un brazo por los hombros y la apretó contra sí. Cualquiera que los viera daría por hecho que eran una pareja teniendo un momento de intimidad, pero a él no le importaba. En ese momento, donde parecía estar a punto de

derrumbarse, ella parecía un pilar de apoyo enviado especialmente en su ayuda.

Pasaron varios minutos en silencio. Los últimos sonetos de una canción llegaron hasta sus oídos. Ella recostó su cabeza en su hombro y segundos después, habló.

—¿Estás bien, Tony?

«Bien» era una palabra que podía adoptar varios significados de acuerdo a cómo se formulara la pregunta. No estaba enfermo, ni sufría alguna dolencia física, así que sí, literalmente estaba bien. Ah, pero si hablaba de cómo estaba por dentro... no, no estaba nada bien, pero tampoco estaba dispuesto a admitirlo en voz alta.

—Perfectamente.

Ella lo miró, sus ojos verdes destellaban sospecha. Él mentía muy bien, pero por algún motivo ella no le había creído.

Esmeralda sabía que él no estaba bien. Cualquiera que lo viera sabría que no estaba bien. Sus ojos ámbar habían perdido el brillo cínico que lo caracterizaba y parecían cansados; sus hombros ya no estaban erguidos, más bien caídos, como si un peso grande amenazara con tirarlo. No, él no estaba bien y ella sabía por qué.

Después de la llegada del señor Dudley, la gente no había tardado en hablar. Especulaban toda clase de posibilidades inverosímiles y criticaban sin piedad al hombre, compadeciéndose también del actual barón de Clifton, aunque en el fondo deseaban saber cómo reaccionaría. A Esmeralda le parecía despreciable la forma en que la gente se metía en la vida de los demás y se regocijaba de sus desgracias. Era cruel, inhumana. No se imaginaba qué sentía Anthony al revivir todo eso, pero fuera lo que fuera que sintiera, no debía de hacerlo estar bien.

Deseando buscar una manera de consolar ese dolor desconocido, ella se abrazó a su cintura. Para su sorpresa, él también la abrazó, como si lo necesitara.

—¿Te ha dicho dónde está tu mamá? —le preguntó ella con voz dulce, deseando que sacar el tema, que se desahogara. Sabía que él debió preguntar por su mamá, no había otro motivo para que hubiera querido hablar con el hombre.

Él no pareció sorprendido de su perspicacia, ni tampoco molesto por su impertinente pregunta. No parecía sentir nada.

—No sabe. Nadie parece saber.

Ella notó el dolor y la rabia que contenía esa voz y lo abrazó más fuerte.

—Solo me ha dicho... —se calló como si hubiera estado a punto de decir algo que no debía.

—¿Qué? —insistió ella—. ¿Qué te ha dicho?

Él no respondió inmediatamente y Esmeralda pensaba que tendría que insistir, cuando habló.

—Me dijo que ella me quería.

Todas las emociones contenidas en esa frase hicieron que Esmeralda contuviera las lágrimas. Nunca lo admitiría en voz alta, pero en el fondo, eso era lo que él deseó siempre escuchar. Deseaba escuchar que había sido amado y ella tuvo ganas de gritarle que ella lo amaba, pero no lo dijo, y no lo dijo porque él no parecía muy convencido del hecho de que su madre lo quisiera. Decirlo en ese momento podía significar perder todo el progreso.

—¿Y no lo crees? —preguntó ella con la voz ahogada.

Él soltó un suspiro cansado.

—No lo sé. Hay tantas cosas que no sé y que solo ella puede aclarar... Necesito encontrarla —manifestó casi sin ser consciente, de hecho, parecía que hablaba más consigo mismo que con ella. Cuando pareció darse cuenta de que lo hacía, negó con la cabeza y dijo—: No importa. No deberías estar aquí. ¿No está la duquesa buscándote?

Ella suspiró, como si él hubiera tardado mucho en intentar correrla.

—Rowena está muy ocupada intentado buscarle esposo a Angelique —negó con la cabeza ante la persistencia de su tutora—. Ella no se dio cuenta de que me escapé.

Anthony rió.

—Pero qué buena amiga, en vez de ir a ayudarla, has aprovechado su sufrimiento para escaparte.

Esmeralda se encogió de hombros sin mucho remordimiento.

—Ella puede arreglárselas sola. En fin, sobre el otro asunto... ¿Investigaste quién es tu familiar más cercano?

Anthony gruñó, no supo por qué esperó que ella hubiera olvidado el tema.

—No y no lo sabré hasta...

Una idea se le ocurrió de repente. Su tía posiblemente era la única que sabía cuál era su familiar más cercano, pero ella no se lo diría en al menos una semana más; sin embargo, tiempo no era lo que le sobraba a Anthony, por lo que alguien más podría obtener la información por él... Meter más a la chiquilla en el asunto no debería ser buena idea, pero era una tarea inofensiva. Esmeralda tenía ese aire inocente que ganaría la confianza de cualquiera. Cuales fueran las preguntas que ella le formulara, su tía las respondería encantada tomándolo como simple curiosidad. Era perfecto para librarse ya de ese asunto.

—Necesito tu ayuda para eso.

Esa frase pareció emocionarla sobremanera, como si el hecho de que él le pidiera su ayuda fuera digno de celebrar por algún motivo.

—Encantada. Tú dirás.

Anthony le contó lo que quería, y también mencionó los motivos por los que no podía hacerlo él mismo.

—Es una vieja arpía —masculló Anthony al final—, no le costaba nada darme la información, pero me salió con ese chantaje. Intenté hacerme el que no me importaba el asunto, pero la bruja pareció darse cuenta de lo mucho que yo necesitaba la información.

Ella rió.

—¿No le dijiste que podías estar en peligro?

—No vi necesario dar esa información. Que alguien me quiera matar no es algo para andar divulgando.

Esmeralda intentó no sonreír. Él no había dado la información por el simple motivo de no mortificar a su tía, pero claro, eso jamás lo mencionaría en voz alta. En cambio, prefirió acceder a pasar dos semanas en la sociedad que tanto odiaba. No es que ella se quejara, de hecho, estaba feliz por esa artimaña, pues así había podido verlo más seguido, y si no fuera porque ella sabía que la información era urgente, se negaría solo por tener la oportunidad de seguir viéndolo.

—Su almuerzo es mañana, sábado. Será la ocasión perfecta. ¿Irás, Tony?

—Como si tuviera otra opción. La vieja arpía me mata si no voy.

—Entonces, nos vemos mañana, Tony.

Esmeralda se puso de puntillas y se pegó a él esperando recibir un beso. Y él no la decepcionó, pues después de haber comprendido hace tiempo que le era imposible negarse a esos seductores labios, y a la persistencia de la muchacha, Anthony había decidido que lo mejor sería no pensar más en el futuro ni en las posibles complicaciones de esa relación tan rara que tenían.

Sus labios se rozaron en una tierna caricia que fue volviéndose más profunda a medida que la necesidad iba en aumento. Ella enlazó sus brazos a su cuello, y él la atrajo hacia sí, justo en el momento en que los fuegos artificiales se alzaban e iluminaban todo el jardín, dando al beso ese toque especial que solo ocurre en un final feliz de novela.

Capítulo 18

«**E**ra una arpía. *lady* Dartmouth era una arpía», y ella no usaba la palabra arpía a la ligera. Esmeralda no podía creer que la astuta mujer se hubiera negado a su inocente petición de saber quién era el próximo en la lista de sucesión si Anthony moría, y eso que, en contra de su carácter, Esmeralda había trabajado pacientemente para sacar el tema con sutileza y discreción. Le había llevado al menos media hora de conversación llegar a donde quería, y cuando al fin había hecho la pregunta, disfrazada de simple curiosidad, la mujer se había negado a decirle, y no solo eso, sino que se había reído y le había dicho, según sus propias palabras: «Querida, dile a Anthony que no le pienso decir nada hasta que no cumpla la promesa que me hizo».

Muy en el fondo tenía que admitir que la anciana no tenía malas intenciones, pero es que no le gustaba nada haber fallado en lo único que Anthony le había pedido. No tenía ni la menor idea de cómo la mujer se había enterado de que era una especie de espía, pero supuso que lo dedujo de los bailes que había concedido a Anthony a lo largo de la semana, y que habían causado más de una murmuración. Era una mujer inteligente, pero eso no quitaba que estuviera molesta.

A Anthony no pareció sorprenderle que ella hubiera fracasado, y no porque dudara de sus habilidades de manipulación, pues afirmó creer fervientemente en ellas, sino porque conocía a su tía, y según lo dicho por él mismo: «Ni el mismo Diablo podría engañarla». Esmeralda le agradeció el gesto de que intentara animarla, ya que significaba que le importaban sus sentimientos, pero la astilla del fracaso se clavó en su orgullo, pues alguien tan persistente como ella,

acostumbrada a triunfar en todo lo que deseaba, simplemente no admitía la derrota. Aún así sabía que ella no podía hacer nada más con respecto a *lady* Dartmouth, pero sí decidió probar otra forma de conseguir información, alguien más debía saber quién era el pariente más cercano de Anthony, y ella creía saber cómo averiguarlo, ya no tanto por él, sino por ella y su orgullo herido.

El almuerzo ya había acabado y el limitado grupo de invitados paseaba por los jardines de la casa de *lady* Dartmouth en la afueras de Londres, esperando que fuera un poco más tarde para regresar a casa. Toda su familia había sido invitada, y Esmeralda no tardó en localizar a su fuente de información, el duque de Rutland.

Como dijo alguna vez, el duque parecía saber todo de cada miembro de la alta sociedad como si la información le fuera a ser de utilidad en un futuro, y si había alguien que podía saber lo que quería, era él.

Estaba parado hablando bajo un árbol con los demás miembros masculinos de la familia, Esmeralda le hizo seña para que se acercara y le dijo que lo importunaba nuevamente porque necesitaba su ayuda.

—Un belleza como usted jamás importunará. Usted dirá, bella dama, en que puede servirle este humilde servidor.

Esmeralda sonrió. El duque de Rutland era, sin lugar a dudas, el mayor granuja adulator que pudo haber nacido en Inglaterra. Su encantadora sonrisa haría desmayar a una dama más débil y su hermoso rostro había hecho que lo apodaran el «Adonis de pelo negro». Su matrimonio con Topacio causó más de una especulación, y fue envidiado por toda joven soltera en el país, sin embargo, nadie podía negar que la pareja estaba más que enamorada.

Ya que había perdido toda su paciencia intentando llevar una conversación con *lady* Dartmouth, Esmeralda no se fue con rodeo y preguntó.

—Rutland, usted por casualidad ¿no sabe quién es el siguiente en la línea de sucesión de la baronía de Clifton?

Como su empeño en conquistar a la paria era de conocimiento público en su familia, a Adam no le sorprendió la pregunta. De hecho, Esmeralda creía que la información no solo era de conocimiento público en la familia, sino en la alta sociedad, siendo Anthony el único que parecía no darse cuenta de la adoración

que le profesaba la joven. Eso, o no se quería dar cuenta.

Rutland sonrió y Esmeralda en su optimismo, lo tomó como una buena señal.

—El señor Ledger. Primo hermano del antiguo barón de Clifton, primo segundo del actual, tiene 50 años y es adicto al juego.

Esmeralda pensó que si hubiera recurrido a él antes, se hubiera ahorrado la conversación con *lady* Dartmouth. Debió haber pensado en Rutland como anterioridad, Rutland siempre sabía todo. Era como una librería que solo contenía información de la alta sociedad, y si no sabía algo, no tardaba en averiguarlo. Era sorprendente, aunque Esmeralda desconocía cómo lo hacía.

—¿Quién está interesada en la información, Clifton o tú? —preguntó Adam curioso.

Esmeralda no podía decirle que Anthony, eso podría suscitar muchas preguntas.

—Eh... yo, siento curiosidad por saber cuál es el familiar más cercano de mi futuro esposo —dijo y después de obsequiarle a Rutland una encantadora sonrisa, se fue sabiendo que no era buena mintiendo.

—¿Qué quería? —preguntó Topacio acercándose a su marido.

—Saber cuál es el familiar más cercano de Clifton. Creo que este al fin se está empezando a interesar por su vida. Menos mal, porque ya me estoy cansando de perseguir al viejo. Parece solo vivir en casas de juego, aún estando a punto de embargarlo.

—¿Estás seguro de que el asesino es él? ¿No estaremos perdiendo el tiempo?

Adam se encogió de hombros.

—Siempre existe el riesgo, pero es lo más probable. Todo concuerda a la perfección. Además, solo llevo una semana siguiéndolo, puede que esté planeando otro ataque, que si Clifton se pone alerta, pueden llegar a atraparlo en el próximo.

Topacio asintió y sonrió.

—Bien, espero que se solucione pronto, ella quiere casarse a finales de temporada, lo que no le deja mucho a Rowena para organizar la boda.

Rutland solo rió.

Esmeralda buscó a Anthony para decirle la información obtenida, pero no lo

encontró por ningún lado. La gente ya empezaba a retirarse y se preguntó si él no lo habría hecho. ¿Sin despedirse? Eso no le agradó mucho. Decidió ser más optimista y seguir buscando. Con disimuló, se escabulló hasta el jardín trasero de la casa y fue cuando lo vio. Estaba solo con lord Coventry hablando cerca de unos rosales. Anthony le hizo un gesto de cabeza como despedida y se giró, entonces, la vio.

Lo correcto hubiera sido esconderse para que lord Coventry no viera que había ido a buscar a Anthony sola, sin ninguna carabina, pero según todo lo que le había contado Angelique cuando la visitó hace una semana, no debía temer porque el hombre dijera algo, y no solo porque fuera un hombre discreto, sino por... otras cosas. El hecho era que no significaba ningún peligro que él la viera, pues lo peor que podía pensar era que se había juntado mucho con Angelique y agarrado sus «malas mañas».

Anthony blanqueó los ojos cuando la vio, y empezó a acercarse a ella seguido de lord Coventry, quién después de mirarla extrañado unos segundos, le hizo una inclinación de cabeza y se retiró dejándolos solos, sin importarles mucho lo incorrecto de la situación. Esmeralda sonrió para sus adentros, sí debía haber llegado a la conclusión que estaba igual de loca que Angelique, porque de otro modo, siendo como era un caballero intachable, no la hubiera dejado sola con Anthony y la hubiera convencido de regresar a la fiesta.

—Te tengo la información que querías, Tony.

Él abrió los ojos con sorpresa.

—¿Cómo la has conseguido?

—Yo siempre consigo lo que quiero —afirmó ella y él temió por la vehemencia de sus palabras, que parecían decir más de lo pensado—. El siguiente en la línea de sucesor es el señor Ledger. Primo hermano de tu padre, y es adicto al juego.

Anthony se quedó atónito, y no por la información, sino porque seguía cuestionándose los medios que ella utilizó para obtenerla. Su tía no se la había dado, estaba seguro de ello, entonces... ¿Cómo la consiguió? No se lo iba a decir, eso lo tenía claro, así que decidió conformarse con eso, después de todo, era lo único que necesitaba.

—Ahora todo tiene sentido. Muchas gracias.

Esmeralda sonrió, encantada de servir de ayuda.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó ella.

—Conseguiré que un agente de Bow Street lo siga para ver si me proporciona alguna prueba, pues entenderás que no puedo acusarlo de cinco intentos de asesinato sin estas. Hablaré con Calvin esta noche, él podrá ayudarme. Adiós.

Pasó a su lado, pero ella le bloqueó el paso.

—¿Quién es Calvin?

Anthony debió esperarse una pregunta así en el momento en que mencionó el nombre de su amigo.

—El dueño de Los ángeles del placer, una cantina-burdel que queda en Covent Garden —dijo sin sutilezas—. Él me ayudará.

La seguridad con la que lo dijo hizo que la curiosidad de Esmeralda se avivará por saber más del hombre que sí había prestado una mano a su Tony.

—¿Es tu amigo?

Anthony frunció el ceño ante la pregunta y empezó a caminar de regreso al jardín principal.

—Podría decirse que sí.

—¿Puedo ir contigo esta noche?

Anthony se detuvo en seco.

—¡No! —exclamó más alto de que lo quiso.

—¿Por qué no? —A ella le gustaría conocer al amigo de su futuro esposo. Anthony no tenía muchos amigos, y se veía, por la forma en que hablaba de él, que a este lo apreciaba. Tal vez podría invitarlo a la boda.

Anthony la miró como si estuviera loca, es decir, la miró como siempre la miraba.

—¿Qué parte de «cantina-burdel» no dejé en claro?

Esmeralda resopló, eso de ser señorita de clase alta a veces era tan tedioso, no la dejaban ir a ningún lado. Ella sabía que esos lugares podían ser peligrosos, y que se veían cosas que nadie decente debería ver, pero ella estaría con él, y con él no le pasaría nada.

—Si voy contigo, no me pasará nada malo.

Él soltó un suspiro que dio a entender que ya la daba por perdida y empezó a caminar de regreso al jardín principal. No dijo nada, pero Esmeralda sabía que su respuesta era no.

—Por favor, Anthony —rogó alcanzándolo—, tengo curiosidad por conocer lugares nuevos. Mi vida es muy aburrida. Quiero aventuras.

—¿Y has decidido que un lugar de mala muerte puede proporcionártela? Créeme, no es un lugar que desees conocer.

—Pero, Anthony, también quiero saber qué planearán para atrapar al asesino.

—Te lo diré mañana —aseguró—, no vas a ir—. Dicho eso, siguió caminando.

Esmeralda esperó un rato para regresar a la fiesta con el fin de no levantar sospechas. Estaba desilusionada de que no se le permitiera conocer otra parte del mundo, y ella tenía curiosidad. Quería saber cómo era, quería saber la clase de lugar que visitaba Anthony, ah, y quería conocer al tal Calvin y preguntarle cosas sobre su amado. El problema era que si el barón no la llevaba, ella no podía ir sola... ¡No!, no podía, era demasiado hasta para ella. Ir sola sería poner en riesgo su vida y tampoco era el caso.

Decepcionada, Esmeralda regresó a donde estaban los demás. La mayoría ya se iba, y vio que Anthony procedía a hacer lo mismo.

—¿Qué te pasa? —preguntó una voz familiar a su oído.

Era Angelique.

Con ganas de desahogarse, Esmeralda le contó todo. Angelique era probablemente la única persona, además de Zafiro, a la que había mencionado el asunto del intento de asesinato de Anthony, y es que entre amigas no había secretos; y así como Angelique le había contado lo que sucedió con lord Coventry aquella noche en la que supuestamente la quiso matar (con mucha justificación en opinión de Esmeralda), ella le había contado todos los líos con Anthony.

—¿Por qué no vas? —inquirió su amiga luego de que Esmeralda terminó su relato.

—¿Me has estado escuchando? No puedo ir sola, Covent Garden está lleno de carteristas y asesinos. ¿Sabes lo que le harían a una dama sola?

—Disfrázate de hombre —sugirió su amiga con un brillo calculador en los ojos

—. Con tu estatura seguro pasarás por un niño, solo hay que asegurarse de que la ropa este rasgada y sucia para que te camufles con el ambiente, así pasarás por uno de ellos. ¡Es perfecto! ¿No crees? —dijo entusiasmada.

Los ojos de Esmeralda empezaron a brillar de emoción, pero se obligó a alejarla rápidamente.

—No puedo...

—Hazlo —instó Angelique—, será divertido. Edwin dejó ropa antes de irse a Eton, creo que te quedarán pues ha crecido bastante últimamente, era como de tu misma estatura. Vamos, Esmeralda, ánimo. Piensa que así conocerás al amigo de tu amor. Te acompañaría, pero ya sabes lo que dicen de los Allen y los problemas, no quieres arriesgarte.

—En caso de que aceptara —dijo sintiendo cómo surgían las ganas de hacerlo—, ¿cómo se supone que llegaré? Si voy con aspecto de alguien de la calle jamás podré tomar un coche de alquiler, pensarán que quiero robar, o algo por el estilo.

—Toma una capa fina y oscura del armario de lord James. Cubre la ropa con ella, tomas un coche de alquiler y te bajas en el Drury Lane... ¡No! Ya sé, ve a la casa de lord Clifton y espera a que este salga. Luego, síguelo y listo.

«Oh, todo se ve tan perfectamente planeado... y tan perfectamente peligroso», pensó Esmeralda sintiendo al diablillo de la tentación susurrándole que aceptara.

—Es muy arriesgado...

Pero ¿no era eso lo divertido? ¿No eran esas el tipo de aventuras que valían la pena, según Topacio?

—Oh, está bien —accedió incapaz de resistirse al reto.

—¡Maravillo! —los ojos de Angelique brillaban con anticipación—. Mandaré con un criado la ropa de Edwin bien envuelta. Zafiro me llama —dijo viendo a su cuñada haciendo señas—. Adiós y suerte.

Esmeralda asintió y la vio alejarse, sentía cómo su cuerpo temblaba con anticipación. Esa sería la primera aventura que haría por ella misma, como lo de los gitanos, pero por ella misma. Sería emocionante y conocería al amigo de Anthony. Sabía que Tony la mataría, pero correría el riesgo. Además, se enteraría de primera mano sobre cómo trataría el asunto del asesino, pues como ya sospechaban quién era, Esmeralda no se quedaría tranquila hasta saber qué

harían para asegurar la protección de Tony. Sería optimista, todo saldría bien.

Capítulo 19

Anthony tomó un sorbo del licor mientras observaba como lord Coventry se acercaba mirando con el ceño fruncido el lugar.

Esa tarde, durante el almuerzo, Anthony había logrado hablar con lord Coventry en privado y le había comentado todo el asunto, absteniéndose de mencionar la parte que era familia, pues no tenía ni idea de cómo reaccionaría el hombre, además de que no era ni el momento ni el lugar. Él tampoco tenía muchas ganas de que se supiera el asunto, pero sabía que tarde o temprano se lo tendría que decir si las cartas aparecían; por el momento; solo le había dicho que su padre mantenía comunicación con su madre y que si no le creía, que le preguntara a su mayordomo y ama de llaves, diciéndole que cuando lo confirmara, le hiciera el favor de investigar si las cartas aún existían, y si así era, se las llevara esa noche a los Los ángeles del placer.

Debido a que la mayor parte de las personas que frecuentaban el lugar eran terratenientes, o personas de clase media, a Anthony le había parecido el lugar perfecto para tratar el tema, pues en caso de que surgieran verdades que nadie deseaba que se conociesen, como el hecho de su parentesco con el actual lord Coventry, no habría nadie que lo divulgase. Así es que Anthony había asistido esa noche esperando saber la verdad. También tenía que hablar con Calvin sobre el otro asunto, pues hoy, mientras se movilizaba, tuvo nuevamente la sensación de que alguien lo seguía, aunque según pudo ver, no eran más que un par de carteristas a quienes había logrado perder en el camino. De todas formas, hablaría con su amigo.

Lord Coventry se acercó, y sin decir palabra, sacó un fajo de cartas de su frac. Anthony las recogió intentando controlar el temblor de emoción de su mano y desató la cinta que unía las cartas.

—¿Las has leído? —preguntó mientras ojeaba las cartas, buscando las que tenían fecha del 1800.

—No —respondió el conde—, te las he traído primero, aunque tengo que admitir que no me gusta nada el haberme enterado que era verdad que mi padre mantenía correspondencia con una mujer casada.

Anthony hizo una mueca ante el tono de decepción que embargaba la voz del conde. Sin duda lo que estaba pensando no era ni de lejos la verdad, y si no se equivocaba, debía de estar preguntándose cómo el hombre que lo educó con los más estrictos principios morales pudo haber cometido una falta semejante. Sabía que tendría que decirle la verdad, pero no era que tuviera muchas ganas de hacerlo. Él hubiera preferido mantener todo en el anonimato, pues estaba seguro de que lord Coventry no tomaría a bien la noticia de que era familia de una de las peores parias de sociedad; sin embargo, puede que tuviera suerte y el asunto no saliera de esas cuatro paredes.

—No es lo que piensas —comentó mientras seguía ojeando las cartas.

—¿Ah, no? ¿Debo suponer que hay una explicación lógica para todo este asunto?

Anthony asintió, pero no respondió, pues en ese momento dio con las cartas que concordaban con las fechas que el señor Dudley le había dicho. Si su madre viajó el 7 de marzo a Inglaterra, debía haber llegado más o menos a principios de mayo. Vio que había una carta del 28 de febrero y decidió leerla.

Querido hermano,

Al fin se me ha presentado la oportunidad y en marzo he comprado boleto para viajar a Inglaterra. No sabes la emoción que me da la idea de volver a verte, pero aunque ofenda tu vanidad, no es nada comparada con la alegría de que por fin podré tener a mi hijo conmigo. Todos estos años...

Anthony dejó de leer incapaz de continuar. Entonces era verdad, lo quería, iba a buscarlo... La emoción de ese descubrimiento hizo que se le encogiera el corazón. No quería esperanzarse, no quería ilusionarse con el hecho de que su madre alguna vez lo quiso, pero la semilla ya estaba sembrada. Intentó recordarse que lo había abandonado, que pudo haberlo llevado consigo en primer lugar, pero no lo hizo; sin embargo, no fue suficiente para reavivar la rabia que antes lo perseguía y que había quedado aplacada con unas simples palabras: «con la alegría de que por fin podré tener a mi hijo conmigo». ¿Sería posible?

Sintiendo un nudo en la garganta que no había sentido desde hacía más de cinco años, Anthony decidió leer las cartas en privado. No respondía de sus acciones si lo hacía ahora. Buscó todas las notas con fecha del 1800, pero no eran muchas. Una de enero, la que leyó de febrero y otra del 4 de mayo, el mes en donde ya debía haber llegado a Inglaterra. Las guardó en su frac y le devolvió el resto a lord Conventry. No le interesaba saber la historia entre lord Conventry y su madre o algo por el estilo, solo quería enterarse de lo que sucedió durante el tiempo en que su madre desapareció.

—Quédatelas —le dijo Anthony apurando el contenido de la copa que había dejado a un lado—, ya tengo lo que me interesa.

Lord Conventry, incapaz de contener la curiosidad por saber la relación entre su padre y otra mujer que no era su madre, abrió una de las cartas ahí mismo y la leyó. Por su cara, Anthony dedujo que su madre había comenzado todas las cartas con «querido hermano».

—¿Hermano? ¿Pero qué rayos...? —Sin dedicarle una mirada, siguió leyendo mientras buscaba una explicación, pero no debió encontrarla, porque alzó la vista hacia Anthony y lo interrogó con la mirada.

—Es una larga historia —dijo Anthony, y después de pedir a una guapa camarera otra copa, se giró hacia lord Conventry—. Todo comenzó...

Anthony le narró la historia tal y como se la había narrado el señor Dudley unos días atrás, y a medida que iba contando, vio como el rostro del actual conde iba mostrando diversos grados de incredulidad. Cuando terminó, su expresión no se pudo definir como otra cosa que horror.

—¿Me estás diciendo que mi padre fue capaz de regalar a su propia hermana

para evitar el escándalo? —Por el tono en que lo decía, dejaba claro que la versión de que su padre tuviera un amante no le parecía tan mala ahora.

Esa no era la reacción que Anthony hubiera esperado en primer lugar. Suponía que se iba a horrorizar, sí, pero no porque su padre hubiera regalado a su hermana, sino porque resultaron ser familia. Bien, lo admitía, había juzgado mal al conde.

—Dicho de esa forma —comentó Anthony—, suena bastante mal.

—¡Lo es! —exclamó él más alto de lo que debía—. Regaló a su propia hermana... ¡Todo por evitar el maldito escándalo!

Sí, dicho de esa forma sonaba todo un poco feo, pero en cierto punto Anthony lograba comprender al antiguo lord Coventry. Si la sociedad se enteraba de que una niña había nacido fuera del matrimonio, la vergüenza no solo acarrearía a la madre, sino también a la hija. Nadie respetable los aceptaría y el apellido quedaría manchado. Era demasiado para una familia que llevaba dos siglos presumiendo de un comportamiento intachable.

—No los juzgues tan duramente —dijo intentando defender al tío, que, por cierto, nunca conoció. Uno creería que alguien en esa circunstancia hubiera podido tener más interés en ver a su sobrino... pero bien, quizás solo era para mantener las apariencias—. Sabes lo que hubiera sucedido si el escándalo hubiera estallado.

Eliot se pasó las manos por el negro cabello y no respondió, como si lo hubiera oído.

—Toda mi vida —comentó—, toda mi vida intentando mantenerme lejos del escándalo. Toda mi vida intentando mantener limpio el apellido, pues creía que ese era mi deber, ¿solo para enterarme que en realidad sí hubo un escándalo, que nunca se supo, pero escándalo al fin?

—Creo que se les da mucha importancia a los cánones de la sociedad. Verás, ninguna vida está libre de escándalo, por más que intenten ocultarlo, todos tenemos algo de lo que avergonzarnos. Por eso siempre he considerado que vivimos en un mundo de hipócritas. La gente critica y juzga lo que según ellos se considera incorrecto, pero la realidad es que todos de alguna forma hemos pecado. Opino que el secreto de la felicidad está en no dejar que los demás rijan

tu vida.

Eliot lo miró, y una media sonrisa se formó en su rostro.

—¿Has vivido feliz así? —preguntó.

—Podría decirse que sí. —Si no tuviera tantas cosas atormentándolo, puede que lo hubiera hecho—. Ve el lado bueno. Ya que has descubierto que tu familia no es intachable, no tienes la obligación moral de seguir comportándote bien. La sociedad cree que tu apellido está limpio, sí, pero eso no significa que tú debas mantenerlo así, porque de alguna forma alguien más ya lo ensució. Puedes hacer lo que te plazca o haga feliz. Piénsalo. Al final descubrirás que la vida es más sencilla así.

Eliot consideró el asunto, pero no debió llegar a una conclusión inmediata porque desvió el tema.

—¿Te casarás con la señorita Loughy?

Anthony se atragantó con el oporto.

—¡No! ¿De dónde has sacado esa idea?

Recordó entonces que lord Coventry había visto a Esmeralda cuando lo fue a buscar sola, esa tarde en el almuerzo, y maldijo interiormente.

—No es lo que piensas —dijo sin saber porque quería justificarse—. Lo que sucede es que...

El conde le hizo una seña con la mano para hacerle saber que no era necesario que se explicara.

—No importa. Se comenta que las Srtas. Loughy son un poco intensas.

¿Intensas? Locas le quedaría mejor. Esmeralda Loughy estaba loca.

—Por ello —continuó lord Coventry—, me compadezco de ti.

Eso no sonaba bien, y aunque le dio miedo preguntar, lo hizo.

—¿A qué te refieres?

Eliot sonrió.

—¿No me vas a decir que no te has dado cuenta de cómo te mira?

A Anthony no le gustaba nada el rumbo de la conversación.

—Cualquiera con sentido puede darse cuenta de que te ha puesto el ojo.

No, no. ¡No! Eso era imposible, absurdo, y lo que había estado temiendo desde hace tiempo. Anthony sabía que detrás de la persecución de la muchacha había

algo extraño, pero se había negado a pensar en profundidad sobre el asunto temiendo una respuesta parecida a la que le acababan de dar. Le gustaba la compañía de la joven, ya no podía negarlo, pero si ella en verdad estaba interesada en él, no podía permitirse seguir viéndola. No podía seguir ilusionándola sabiendo que él jamás se casaría. Tenía que alejarla, pero primero tenía que desmentir el rumor.

—Eso es ridículo. Es la pupila de un duque, tiene una dote grande, familiares poderosos y es hermosa. ¿Qué persona en su situación, con un mínimo de sentido común, me preferiría a mí pudiendo cazar a un duque?

Se repitió eso intentando convencerse de que ella en verdad no estaba interesada en él.

—Según se rumorea, todas las Loughy carecen de sentido común.

¡Eso ya lo sabía!

—No importa, ella no... —Se detuvo cuando su vista se posó en un par de muchachos que acababan de entrar.

Se los quedó mirando, y no solo porque eran demasiado jóvenes para estar ahí, sino porque estaba casi seguro de que esos eran los carteristas a los que había perdido durante el camino hacia ahí. La sospecha se le instaló en la mente y se dedicó a observarlos, parecían discutir entre sí. Coventry, viendo que Anthony se había distraído, también prestó atención a los jóvenes, aunque su semblante dejaba claro que no entendía qué había de interesante.

Haberse aventurado sola supuso más problemas de los que imaginó, como por ejemplo, el hecho de que Anthony se le perdiera apenas había incursionado en Covent Garden. Decir que no tuvo miedo mientras se adentraba por los callejones en busca de la taberna, sería mentira. Esmeralda casi estuvo tentada de regresar corriendo y detener un carruaje de alquiler para ir a la seguridad de su casa, pero la curiosidad y la aventura ganó la partida; así que, caminó por las calles sola, pero el disfraz de muchacho que Angélique había conseguido debió

ser mejor de lo imaginado, pues recorrió las calles y nadie le prestó la mayor atención.

Encontrar la taberna fue otro problema, pues por obvias razones, detenerse a pedir indicaciones estaba descartado, así que tuvo que buscarla por su cuenta. Tardó al menos media hora en encontrar el letrero torcido que indicaba el nombre del establecimiento. Una vez dentro, se percató de que el lugar no era de apariencia tan mala como imaginó, y Esmeralda se dispuso a buscar con la mirada a Tony, que estaba en una mesa lejana, hablando para su sorpresa con lord Conventry.

Dudó sobre acercarse o no. Una cosa era presentarse así frente a Anthony, y que este catalogara como una locura su aventura, al final, él sería su esposo y verían eso en un futuro como un cómico recuerdo. Sin embargo, era diferente con lord Conventry. Esmeralda casi no lo conocía.

La vista de Anthony se posó en ella y Esmeralda se la sostuvo. Sabía que se daría cuenta, estaba segura de que lo haría, y era lo que deseaba. Pasaron al menos dos minutos hasta que sus ojos mostraron la sorpresa de verla ahí. Se abrieron con incredulidad y sus labios se separaron un poco como si quisiera decir algo. No parpadeó hasta después de casi medio minuto, y cuando lo hizo, su compostura regresó. Se giró hacia lord Conventry, le murmuró algo, y este asintió. Posteriormente se levantaron y empezaron a caminar en su dirección.

En un principio, lord Conventry pasó de largo, pero su vista se detuvo un instante en ella antes de salir del establecimiento. Sus ojos se achicaron y la observaron con curiosidad, aunque luego de unos segundos, decidió salir murmurando algo que no escuchó.

Sin importarle mucho, Esmeralda se giró hacia su objetivo y lo encontró frente a sí. No podía decir con exactitud qué reflejaban sus ojos, pero uno menos valiente ya hubiera salido corriendo. Le dio miedo, sí, pero como en el fondo sabía que no le haría nada, no se movió y esperó a que él llegara. Cuando lo hizo, Esmeralda compuso su mejor sonrisa y saludó.

—Hola, Tony.

Capítulo 20

Anthony la miró y, después de comprobar que lo que tenía enfrente no era una alucinación, empezó a pensar en la mejor forma de matarla por semejante estupidez. Tal vez debería llevarla directo a Bedlam e internarla él mismo, pues estaba claro que sus tutores no pensaban hacerlo, y si alguna vez le quedó una mínima idea de que ella había perdido el juicio, estaba más que aclarada. Esmeralda Loughy no estaba en uso completo de sus facultades mentales.

¿A qué dama en su sano juicio se le ocurría ir hasta ahí? La pregunta estaba demás, ella no estaba en su sano juicio después de todo. A estas alturas, creía que nada de lo que ella hiciera podía sorprenderle, pero de alguna forma la muchacha siempre conseguía hacerlo; parecía que era un don natural.

Aunque sabía que la respuesta de la pregunta que estaba por hacer no aplacaría en nada sus instintos asesinos, y probablemente los avivaría, aún así se obligó a hacerla.

—¿Qué haces aquí?

Ella volvió a sonreír, aunque bajó la mirada avergonzada.

—Yo... quería tener una aventura; y también deseaba enterarme de primera mano lo que planean tú y tu amigo para acabar con el asesino, solo que llegamos tarde porque te perdí en el camino.

Así que era ella... No podía creer que no se hubiera dado cuenta antes... aunque en su defensa, si algo se le podía reconocer era lo bien que se había disfrazado. La camisa oscura y holgada escondía sus senos, y había sido arrugada y agujereada en algunos lados para dar el aspecto de alguien desaliñado, igual que los pantalones. El tono oscuro de la ropa, que se camuflaba

con la noche, impedía ver con claridad la buena costura de la ropa y la calidad de la tela, por lo que al ocultar sus cabellos con el ancho sombrero, podía pasar fácilmente por un niño, de los muchos que había por Covent Garden.

No obstante, eso no significaba que hubiera estado exenta de peligro. En un mundo donde sobrevive el más fuerte, todos pelean contra todos. Cualquiera hubiera podido ir a atacarla solo por apoderarse del abrigo que tenía en las manos y ella no hubiera podido hacer nada. Los peligros que corrió eran innumerables y a Anthony le dieron ganas de sacudirla para ver si así le regresaba un poco el sentido común.

Abrió la boca para enumerarle los peligros a los que se expuso, pero la cerró. Presentía que ella tendría una justificación para cada cosa que él dijera y prefería mantener sus instintos asesinos bajo control.

—Te llevaré a casa —dijo, la tomó del brazo y empezó a arrastrarla hacia la salida, pero ella clavó los talones en el piso.

—Espera. Creo que lord Conventry me reconoció.

—Si lo hizo, tengo la certeza de que no diré nada. No es dado a chismorreos y a diferencia de otros, sabe usar el sentido común.

—Pero... —Ella sabía que el conde no diría nada, pero quería que Anthony se distrajera con algo para que su furia mitigara y pudieran hablar sin que las manos de él sintieran la tentación de viajar a su cuello—. No me quedare tranquila hasta que él mismo lo afirme, por favor...

Anthony volvió a gruñir y empezó a arrastrarla nuevamente, esta vez al fondo del lugar, donde había una puerta que los llevó a un oscuro pasillo. Nadie pareció prestarles atención y en el fondo lo agradeció. Caminaron por el oscuro pasillo y Anthony se detuvo al final de la pared, la tanteó, y tomó algo que resultó ser el pomo de una puerta que se abrió ante su insistencia. Dentro, una estancia iluminada por un quinqué apareció ante sus ojos, amueblada solamente por dos sillas y un escritorio detrás del cual estaba un hombre.

—Anthony ¿Qué...? —empezó el hombre, pero se detuvo cuando fijó su vista en ella—. ¿Quién rayos es el muchacho?

Esmeralda sonrió, sí debía de ser bueno el disfraz que Angelique preparó.

—Es mi incordio personal —respondió Anthony—, y no es un muchacho, sino

una insensata que necesito que me cuides por unos minutos mientras me aseguro de que esta locura no traiga consecuencias. Confío en ti, Calvin, cuídala como si fuera una hija y no dejes que salga de aquí, así la tengas que amarrar a la silla. ¿Entiendes?

Calvin asintió cauteloso y la miró con curiosidad.

—Bien—. Anthony la empujó dentro y salió cerrando de un portazo.

Esmeralda observó con curiosidad al hombre que la observaba con el ceño fruncido. No debía tener más de cuarenta años y era bastante intimidante. Su rostro estaba curtido, aunque tenía ciertos aires aristocráticos. «Debe ser algún bastardo de un noble», pensó Esmeralda con tristeza decidiendo sentarse en una de las sillas frente al escritorio. A pesar de todo, le inspiraba confianza, tal vez porque era amigo de Anthony. Quizás podrían iniciar una conversación mientras él regresaba.

—Hola —saludó y el afianzó más el ceño fruncido, luego negó con la cabeza como para despejarse.

—Hola —respondió él. Su voz tenía un leve acento cockney, aunque no demasiado pronunciado, como si hubiera recibido educación, ¿sería?

—¿Es usted el amigo en el que Tony confía, cierto?

Sabía que era él, si no lo fuera, jamás la habría dejado ahí. Sin embargo, necesitaba comenzar la conversación de alguna forma.

—¿Tony? —preguntó, su ceño fruncido ahora sustituido por una leve sonrisa.

—Así le digo yo —dijo ella—. Verá, soy una persona con una pésima memoria y siempre me voy por lo fácil, así que prefiero decirle Tony que Anthony.

Calvin asintió.

—Y él, ¿accedió a que lo llamara así? —Calvin no creía que a Anthony le gustara el apodo.

—Digamos que se resignó —comentó ella—, pero nos desviamos del tema. ¿Es usted su amigo?

—Podría decirse que sí... y usted es... ¿Su incordio personal? —preguntó recordando lo que le había dicho Anthony.

Esmeralda resopló.

—Claro que no, soy... su amiga.

—Amiga... Claro.

Por el tono en que lo dijo, Esmeralda supo qué pensaba.

—No esa clase de amiga —espetó—, más bien soy... ¿Qué tan bueno es guardando secretos, señor Calvin?

Él no pudo ocultar la sorpresa que le causó la pregunta.

—Depende de la clase de secretos.

Esa no era la respuesta que Esmeralda esperaba, pero al final pudo más el hecho de que la creyera una fulana, por lo que habló aún a riesgo de que él dijera algo.

—Bien, digamos que soy su futura esposa, pero él no lo sabe.

Si antes se había quedado sorprendido, ahora estaba estupefacto.

—Él es el amor de mi vida —explicó haciendo caso omiso del hecho de que él la miraba como a una loca—, pero Tony está un poco receloso con respecto a temas de amor se refiere, no sé si sabrá...

—Sí, lo sé —respondió de pronto interesado.

—Bien, lo que sucede es que me he dado a la firme tarea de hacerle ver que yo soy la mujer de su vida, pero debido a lo esquivo que se muestra, mis métodos han sido poco convencionales. De igual forma, yo sé que un día se dará cuenta y nos casaremos. Debe pensar que estoy loca, Anthony piensa lo mismo, pero créame que sucederá.

Calvin se encontró entonces entre la difícil decisión de reír a carcajadas, o quedarse con la boca abierta de la sorpresa. Al parecer, su amigo tenía a una pequeña muchacha planeando la boda y él ni siquiera estaba enterado. Una muchacha que, por cierto, parecía ver toda la vida de forma fácil y feliz, con un optimismo sorprendente... «¡Justo lo que Anthony necesitaba!», se dio cuenta Calvin pensando bien las cosas. ¿Qué mejor para alguien hastiado de la vida que alguien que parecía encontrarle el lado bueno a todo y creía que el universo conspiraba a su favor? Esa era la persona ideal para él; después de todo, la vida no debía odiarlo.

—Así que... ¿Usted está segura de que se casará con él?

Ella asintió.

—Si usted es su amigo, con gusto le hago llegar una invitación a la boda. Solo

prométame que no le diré nada de lo que le acabo de decir o él mismo me llevará de aquí directo a un manicomio.

Calvin rio.

—Seré una tumba.

Ella se relajó.

—Maravilloso, ahora, ¿puede decirme todo lo que sabe de Tony?

Calvin iba a responder, pero en ese momento entró Anthony, solo.

—Lord Coventry me aseguró que él no vio nada. Puedes estar tranquila, has sobrevivido a otra locura. Te llevaré a casa. —Le hizo un gesto para que se levantara, pero Esmeralda lo ignoró.

—¿Por qué mejor no discutimos cómo se procederá ante el presunto asesino? No quiero hacerte perder tiempo llevándome a casa si de todas formas vas a regresar aquí.

El gruñido de exasperación que soltó Anthony hubiera asustado a uno más cobarde. Por suerte, ninguno de los que estaban ahí lo era.

—Escúchame bien. Te voy a llevar a casa y...

—No. —Se empeñó ella—. Yo quiero estar presente en la discusión.

La risa disfrazada de tos que soltó Calvin le ganó una mirada fulminante de Anthony.

—No creo que haya problema en que se quede —dijo Calvin—, ya que lo sabe todo...

—Por favor, Tony... —Esmeralda puso su mejor cara de ruego y se quitó el sombrero para que pudiera ver mejor sus ojos suplicantes. Ella debía saber que él no se podía resistir a esa cara, porque con un gruñido de rendición, se sentó en el asiento libre y relató a Calvin todo lo recién descubierto.

—Pero qué interesante... —dijo Calvin tamborileando los dedos en la mesa—. Tengo un hombre que te puede ayudar. Puede seguir a tu primo y ver si comete un paso en falso. Aunque si quieres terminar con este asunto, te recomiendo que le pongamos un señuelo.

—¿Un señuelo? —preguntó Esmeralda curiosa.

—Sí —respondió Calvin—, me refiero a algo que lo lleve a realizar su próximo ataque rápidamente. Podemos hacerle saber de alguna manera que te

encontrarás a cierta hora, en cierto lugar desierto, completamente vulnerable. Así pues, decidirá o bien contratar a alguien, o bien realizar un ataque él mismo; donde lo podremos atrapar infraganti.

Anthony estaba por hablar mostrando su consentimiento, pero Esmeralda intervino.

—¡No! Eso sería ponerte en peligro, Anthony, debe haber otra forma.

A pesar de que estaba furiosa y con ganas de estrangularla, le conmovió que se siguiera preocupando por él, a pesar de saber que lo que le dijo Eliot podría ser verdad y ella podría estar forjándose ilusiones que no pasarían de ahí.

—Creo que es una buena idea. —Al ver que ella iba a protestar, siguió—. Estar en peligro no sería nada nuevo, querida. Ten por seguro que si salí ileso de las otras, podré salir ileso de estas.

—Además de que habría agentes en los alrededores —contribuyó Calvin—. De hecho, serían menos riesgos que antes.

—El asunto sería, cómo hacerle llegar la información. ¿Me cito con él? Puedo sostener la excusa de que quiero conocerlo, ya que es el que heredará todo...

—No —volvió a intervenir ella—, eso sería ponerlo en alerta, ¿no crees? Un interés repentino podría hacerlo deducir que sospechas de él.

—Es verdad —concordó Calvin mirándola con cierta admiración, como si se preguntara cómo alguien tan pequeño podía tener tal astucia—, tiene que haber alguna forma más sutil... ¡Un momento! Si el asesino sabe cada vez que vas solo a algún lugar, es que debe de estar siguiéndote. Por ende, si empiezas a visitar algún lugar desierto con frecuencia...

—En resumen, puedo tomar la costumbre de venir de pronto todos los días aquí. Así, con la esperanza de otro ataque próximo.

—Exactamente —concordó Calvin—, yo mañana mismo pondré a un agente de Bow Street a iniciar una persecución al hombre. Pero, para prevenir, mandaré una carta pidiéndole a uno de mis viejos colegas que vengan aquí, como si fuera a disfrutar del servicio, y le expondré el plan.

—Quedamos así, entonces —concordó Anthony levantándose y dirigiéndose hacia Esmeralda que seguía con el ceño fruncido—, ¿nos vamos?

Ella asintió.

—Está bien. Adiós, señor Calvin —dijo antes de salir y le guiñó un ojo, como queriendo decir: «Le mandaré una invitación a la boda».

Calvin solo sonrió.

—Sigo pensando que es un asunto muy arriesgado —comentó Esmeralda una vez que estuvieron en el carruaje de camino a la casa de ella. Había empezado a llover, por lo que iban a una velocidad lenta y tardarían en llegar—. Tal vez si...

—Nada me sucederá —aseguró él—, te lo prometo.

Ella lo miró, pero no supo si fue su vehemencia, o simplemente el hecho de haberlo prometido, lo que hizo que ella pareciera más tranquila.

—Bien. ¿Qué hacías hablando con lord Coventry? —preguntó, pues tenía esa incógnita en mente desde que lo vio.

Instintivamente, Anthony se llevó las manos al frac y tanteó las cartas.

—Vino a entregarme algo —respondió evasivo.

—¿Qué cosa?

Él suspiró como si hubiera sido mucho esperar que ella no siguiera interrogando; y mucho temía que no desistiría hasta que él dijera todo.

—Promete que si te lo cuento, no dirás una palabra a nadie, ni siquiera a esa amiga tuya que está igual de loca.

Esmeralda levantó una mano en señal de juramento.

—Te lo prometo.

—Vino a traerme unas cartas que mi madre le envió a su padre —contó y al ver que ella abría la boca para preguntar más, se adelantó y le contó toda la historia.

A su favor podía decir que por primera vez ella se mostraba sorprendida.

—Eso quiere decir que lord Coventry y tu son...

—Primos —confirmó él—, que irónica la vida. ¿No crees?

—Es maravilloso —exclamó Esmeralda con su característico optimismo, ella siempre parecía ver algo bueno que él no veía—. ¿No crees, Tony?

Anthony hizo una mueca que decía que no sabía cómo tomarlo.

—No importa —dijo al final—, más bien...

—Y... ¿Qué dicen las cartas? —Sabía que se estaba metiendo en algo que no era de su incumbencia, pero aún así no pudo evitar preguntar. Quizás porque él

había puesto una cara que significaba que iba a darle un reproche que no quería.

—No lo sé. No las iba a leer ahí.

—Por supuesto... ¿Crees que confirmen lo que el señor Dudley te dijo?

Anthony suspiró y se recostó en el asiento, por lo que Esmeralda supo que él no solo lo quería, sino que lo deseaba. Deseaba que esa versión fuera cierta porque así se sentiría más querido, deseaba que fuera cierta porque así sabría que sí era merecedor de ser amado, y Esmeralda también deseaba que fuera cierta, porque así las cosas serían más sencillas para ella.

Durante la última semana se había dado cuenta de que había ganado cierto terreno. Él la buscaba en los bailes, conversaba con ella, y no trataba de huir desesperadamente de su presencia, no es que ella se lo fuera a permitir, pero era un progreso que él no quisiera huir. Sabía que faltaba poco para que él claudicara, y tal vez enterarse de que su madre sí le profesaba afecto ayudaría a hacerlo. Tenía que tener paciencia, como venía haciendo todo ese mes.

Él no respondió y Esmeralda se sentó a su lado.

No dijeron nada por varios minutos y lo único que se oía era el sonido del traquetear del carruaje y las gotas de lluvia que golpeaban su techo. Esmeralda deseaba que el viaje de camino a casa se hiciera eterno.

—Tony... —dijo con cautela

—¿Sí?

—¿Qué pasará si esa carta confirma que tu madre sí venía por ti, que sí te quería?

Silencio. Eso fue lo único que recibió Esmeralda por respuesta los siguientes minutos, solo silencio. No lo culpaba, ese era un asunto muy personal, ella no tenía porque meterse ni interrogarlo, pero... deseaba tanto saber cómo se sentía, cómo se sentiría después de enterarse que era merecedor de cariño, porque estaba segura de que esas cartas se lo confirmarían, no sabía cómo estaba segura, simplemente lo estaba. Ella quería que él se desahogara, que le dijera todo eso que parecía atormentarlo por dentro. Deseaba que viera en ella el pilar de apoyo que necesitaba, que se diera cuenta de que ella lo podía ayudar... pero tal vez estaba pidiendo demasiado.

Ya se había resignado a su silencio, cuando él habló.

—No lo sé —admitió.

—¿Dejarás de creer esa estúpida idea de que no naciste para ser amado?

Él la miró, pero cuando respondió, no dijo lo que ella esperaba.

—Esmeralda... dime por favor que tú no estás interesada en mí.

«Lento de entendimiento», se recordó para no soltar un gruñido de frustración, no solo porque había evadido su pregunta, sino porque había desviado el tema a uno que sabía que no iba a traer una buena conclusión del tema. Esmeralda había evitado todo ese tiempo confesarle abiertamente sus sentimientos por temor a la reacción de él, pero no era tan tonta para como para pensar que él no era ni siquiera un poco consciente de su interés. ¡Si lo venía persiguiendo todo este tiempo! Alguna pista debió de haberle dado, algo debió haberle hecho saber que sí había alguien que podía quererlo... pero no, al parecer él había hecho caso omiso de cualquier pista que ella se hubiera afanado en darle y prefirió considerarla una loca que se dedicó a perseguirlo sin razón alguna. Ahora había sacado el tema, y ella temía que fuera cual fuera las frases que se dijeran ahí, no iba a ser bueno para ella. Casi podía prever la forma en que él insistiría en que no debían volver a verse. ¡Después de todo lo que le había costado ganar terreno! ¡Pues no! No pensaba dejar que la despachara, aunque no sabía bien cómo lo haría, pues no podía mentirle y decir lo que él quería, y tenía la impresión de que una evasiva en forma de beso tampoco serviría.

—Yo... ¡Sí! —dijo al fin diciéndose que era ridículo seguir posponiendo el momento—. Estoy interesada en ti. Lo he estado todo este tiempo, y no sólo eso, ¡estoy enamorada de ti! —confesó sintiéndose libre, aunque la cara de él le dio a entender que debió haberse callado esa última parte.

Anthony suspiró y se pasó una mano por sus marrones cabellos. Cerró los ojos y respiró hondo varias veces; luego los abrió y la miró.

—Eso es imposible —afirmó, aunque parecía querer convencerse más a él que a ella.

—No, no lo es —aseguró—. Yo...

—¡No! Tú no estás enamorada. Solo es... ¡Un capricho! Sí, eso es.

Esmeralda estuvo tentada de decirle que ella sabía perfectamente cuál era la diferencia entre un enamoramiento, o un encaprichamiento, y ella sabía que

estaba enamorada, pero calló, consciente de que cualquier intervención en defensa de sus sentimientos sería tomada de mala forma por él. Podía decir en ese momento un discurso de amor del grueso de un libro, pero él no le creería e intentaría convencerse de lo contrario, más porque querría convencerse a él mismo que a ella. Anthony no lo aceptaría, y no solo porque fuera lento de entendimiento, sino porque el niño herido y hombre que sufría por la muerte de un viejo amor se negaba a concebir la idea de que alguien podía amarlo. Las palabras no servirían de nada, pero quizás...

—Tony... ¿Qué responderías si te dijera que quiero ir a tu casa en lugar de la mía?

El cuerpo de él se tensó completamente y sus ojos ámbar la miraron con una mezcla de deseo y estupefacción.

Esmeralda no necesitó ser adivina para predecir lo que él dijo a continuación.

—Diría que te has vuelto loca.

Ella suspiró, pero entusiasmada como estaba con esa nueva idea que empezaba a formarse en su mente, insistió.

—Pero yo quiero ir —dijo y al ver que él se disponía a replicar, se adelantó—, sin ningún compromiso, Tony. No esperaré ninguna propuesta de matrimonio, nada que signifique algún compromiso para ti; te lo prometo— aseguró y levantó las dos manos como para enfatizar su juramento.

Sus palabras hicieron que el interior de Anthony empezara una batalla entre lo que quería hacer y lo que debía hacer. Él quería estar con ella, sí quería, pero no podía. No podía aprovecharse de ella de esa manera, no podía usar el supuesto enamoramiento que ella decía profesarle para su beneficio. Era un acto demasiado bajo hasta para él; pero... la propuesta era tan tentadora: «sin ningún compromiso». ¿Sería posible? ¿En verdad estaba ella dispuesta a entregarse a él sin ningún compromiso? ¿Sabiendo que quedaría completamente arruinada después de eso? ¿Siendo consciente de que jamás podría aspirar a un matrimonio decente? ¿Por qué? ¿Solo porque se creía enamorada? ¿O simplemente lo deseaba? «Un poco de ambos», concluyó Tony. Pero no, aún así él no podía aprovecharse de ella. Al final ella se arrepentiría y él se sentiría como un completo desgraciado por haberse aprovechado de su inocencia e ingenuidad.

Se giró hacia ella, pero como si presintiera su negativa, Esmeralda se le sentó encima y habló.

—Por favor, Tony. Tengo veinte años. Conozco las consecuencias de lo que te estoy proponiendo y estoy dispuesta a correrlas, solo dame el gusto. Sé que después insistirás en que no nos veamos más, así que por lo menos déjame despedirme de ti de esa manera.

Dicho eso, rozó sus labios una, dos, tres veces, en suaves caricias que no podían considerarse verdaderos besos.

—Dame ese gusto, Tony. Dátelo a ti. Sé que también lo quieres. —Al ver que él seguía dudando, replicó—. Haz por una vez, frente a mí, uso de esa supuesta mala reputación que te caracteriza. En mi opinión, para afirmar que no eres un caballero, te estás comportando como uno.

Anthony no respondió. Los minutos pasaron en completo silencio y Esmeralda casi previó su respuesta negativa. Estaba a punto de decir otra cosa para poder convencerlo, pero él se adelantó.

—Sin compromisos, Esmeralda.

Ella contuvo una sonrisa triunfante.

—Sin compromisos.

Anthony asintió y haciéndola a un lado, abrió la pequeña puerta en el techo y se levantó solo para gritar al cochero las nuevas indicaciones.

Como ambas casas estaban relativamente cerca, no fue mucho lo que el chofer se tuvo que desviar, así que pocos minutos después, se estaba deteniendo frente a la mansión del barón de Clifton.

Anthony bajó primero para luego ayudarla a bajar a ella. Debían ser alrededor de la doce y la llovizna empezaba a convertirse en una lluvia más fuerte. Entraron rápidamente a la casa antes de que las frías gotas les calaran los huesos y Anthony la guió a su habitación. Esmeralda lo siguió, imaginando la cara que pondría Rowena si se enteraba de lo que ella estaba a punto de hacer. Topacio seguramente afirmaría lo de «sangre caliente» aunque Esmeralda prefería pensar que su madre no estaba revolcándose en la tumba, pues al fin y al cabo, la culpa vendría siendo de la sangre irlandesa, ¿no?

Entraron a la habitación y ella vio como él se acercaba a encender la chimenea.

Dudosa de qué hacer, ni de cómo proceder, se sentó en la cama, diciéndose que si no estuviera completamente segura de lo que iba a hacer, posiblemente tendría un poco de miedo.

Cuando él terminó con la chimenea, se acercó a ella, intimidándola con su altura y arqueó una ceja. No necesitó que formulara la pregunta para saber qué quería decir: «¿Estás arrepentida?»

Esmeralda le sonrió en respuesta y en un impulso atrevido se levantó y se pegó a él, como aquella noche en el laberinto. Le enlazó los brazos al cuello y deseó interiormente ser más alta, para así poder besarlo... pero no, de toda la familia, ella se había quedado enana.

—No me voy a echar para atrás, Tony. Así que mejor olvida la posibilidad.

Él sonrió como si hubiera sido mucho esperar. Quitándole el sombrero, le soltó las horquillas que sujetaban el recogido y tomó uno de los mechones rubios entre sus dedos, acariciándolo. Luego la miró.

—Siento que estoy a punto de aprovecharme de ti —murmuró.

Ella negó con la cabeza.

—Mi querido barón, soy yo la que está por aprovecharse de ti.

Como Anthony no parecía hacer el más mínimo esfuerzo por continuar, y ella sabía que buscaba la mejor forma de salir del embrollo en que lo había metido, Esmeralda usó sus anchos hombros como barra de impulso y se elevó para darle un beso en la boca. Él la sostuvo para mantenerla arriba y correspondió el beso, comprendiendo que era imposible hacerla desistir, pero más imposible era resistirse.

Se besaron con intensidad, con pasión contenida. Él introdujo la lengua en su boca y Esmeralda no tardó en sentir ese calor familiar recorrer su cuerpo. Se removiό como si fuera posible pegarse más a él, a su calor. Quería sentirlo, necesitaba sentirlo.

Él la soltó, y ella sintió un vacío, tanto que abrió la boca dispuesta a protestar, y lo hubiera hecho si no fuera porque vio que él empezaba a desabrocharse el chaleco que posteriormente se quitó, siguiéndole luego el lazo y la camisa. Su musculoso torso quedó al descubierto y Esmeralda no pudo hacer más que quedarse mirando embobada.

Anthony sonrió, como si supiera perfectamente el efecto que causaba en ella, y se fue acercando hasta quedar frente a ella. Tomándola de la cintura, la atrajo hacia sí y empezó a acariciar sus caderas, subiendo poco a poco y alzando la camisa en el proceso, para luego sacársela por los brazos. Al verse desnuda del torso para arriba, Esmeralda se ruborizó, pero no se alejó ni protestó cuando él llevó las manos a sus pechos, acariciándolos casi con reverencia.

Con hambre feroz, volvió a tomar su boca acallando cualquier gemido de Esmeralda producido por las caricias. Ella puso las manos en su pecho y empezó a moverlas, de pronto consciente de nada más que de la otra persona y de las sensaciones nuevas y desconocidas que empezaban a embargarla. No había cabida a arrepentimientos, y aunque quisiera echarse para atrás, en el fondo sabía que no podría hacerlo, ni quería hacerlo.

Ella se pegó a él regocijándose en el contacto de piel contra piel, sin separar en ningún momento sus labios. No supo cuándo llegaron a la cama ni fue consciente del momento en que el resto de las prendas desaparecieron; lo único que percibía era la sensación del cuerpo de Anthony encima del suyo, acariciándola con ternura y urgencia a la vez.

Era sorprendente la forma en que dos cuerpos tan diferentes en tamaño parecieron acoplarse de maravilla en lo que sucedió a continuación; haciendo del acto algo maravilloso, mágico y único, algo para lo que ni mil novelas de romance la hubieran preparado; algo que estaba segura, jamás olvidaría, pues, comprobó, esa forma de cabalgar sí le gustaba.

Capítulo 21

Con cuidado de no despertar a la pequeña figura que se había quedado dormida a su lado, Anthony se bajó de la cama incapaz de conciliar el sueño. Se había acostado con una virgen. ¡Una virgen! Esa era la regla de oro que ningún libertino debía romper, y él la había roto; siendo lo peor que no estaba tan arrepentido como se supone debía estarlo.

Recogiendo sus pantalones del suelo, se los puso y, evitando deliberadamente mirar al ángel de ojos verdes que ocupaba su cama, Anthony recogió su frac y sacó las cartas. Se sentó frente al fuego de la chimenea y, con las manos temblando de anticipación, abrió la primera, con fecha de enero.

Querido hermano,

Para cuando recibas esta carta, debe ya haber llegado un nuevo siglo, y llegará también para mí la oportunidad de volver a Londres a buscar aquello que cobardemente abandoné. Las cosas le están yendo bien a Ian, por lo que estoy segura de que ya podré traer a Anthony y darle la vida que se merece. No te miento, la posibilidad de que mi hijo me rechace me remueve la mente, pero tengo la esperanza de que todo salga bien y pueda ganar su perdón. Sé que no será fácil, el viejo ogro no va a dejar ir a su único heredero tan fácil, pero tengo un plan y espero dé resultado. Sé que no te acercas mucho por allá para evitar cualquier murmuración, pero por favor, al menos haz el intento de averiguar si mi hijo está bien.

Evangeline.

Anthony dobló la carta y, con esfuerzo, abrió la siguiente, la que había dejado incompleta en la cantina.

Querido hermano,

Al fin se me ha presentado la oportunidad y he comprado boleto para viajar en marzo a Inglaterra. No sabes la emoción que me da la idea volver a verte, pero aunque ofenda tu vanidad, no es nada comparada con la alegría de que por fin podré tener a mi hijo conmigo. Todos estos años con la culpa de haberlo dejado con su padre, de haber preferido mi bienestar al suyo, no me han dejado dormir por las noches. Tú más que nadie sabes de mi tormento, y aunque me asegures que siempre lo ves bien, no me puedo convencer simplemente por el hecho de haberlo dejado al lado de ese hombre. Apenas llegue, te aviso.

Evangeline

Anthony tiró dos cartas al piso incapaz de saber cómo reaccionar. Así que no había dormido por la culpa, que se preocupaba por él... ¡Pues qué bueno! Porque él tampoco había dormido varias noches pensando en el motivo de su abandono. Él tampoco había dormido en varias noches cuando su padre llegaba borracho y lo golpeaba hasta cansarse. Le alegraba bastante que haya sido atormentada por la culpa.

Él sabía que guardar rencor no era bueno, pero tampoco era algo que se pudiera evitar. Tantos años sufriendo en silencio, diciéndose que no le importaba nada; habían hecho mella en él, y todos esos sentimientos guardados acaban de salir a flote solo por leer unas palabras escritas en la carta. Lo quería... lo extrañaba... ¡¿Por qué no lo había llevado con él?! ¡Mal... sea! ¡¿Por qué no lo había llevado con él?!

Se pasó las manos por los cabellos conteniendo el impulso de golpear algo. En el fondo, muy en el fondo, la certeza de que sintiera algo hacia él parecía curar una vieja herida, sin embargo, no disminuía el rencor en lo absoluto.

También estaba el hecho de que lord Coventry le aseguraba que él estaba bien. ¿Cómo se supone que aseguraba eso si nunca se habían visto? Anthony no

recordaba haber hablado nunca con el hombre... ¿o sí? Puso a su mente a trabajar intentado enfocar la cara del viejo lord, intentado recordar si lo había visto alguna vez en su infancia... ¡Claro!, recordaba una vez. Él estaba en el vestíbulo cuando lord Conventry llegó. La costumbre normal entre los nobles era la de no prestar mucha atención a los niños, por lo que lord Conventry no tenía ninguna obligación ni siquiera de dirigirle la mirada, pero lo había hecho, y no sólo eso, sino que había hablado con él. Anthony no recordaba la conversación, ni siquiera si lo había visto otras veces, pero algo era seguro, y es que lord Conventry no llegaba ni a imaginarse que lo que aparentemente estaba bien, no lo estaba.

Suspirando, tomó la siguiente carta. Tenía que seguir leyendo si quería saber la verdad.

Mayo 3, 1800.

Querido hermano,

Al fin me encuentro en Inglaterra y debo decirte que tengo mucho miedo, pero eso no me hará desistir de mis objetivos. Me estoy quedando en una posada cuya dirección te dejaré al final de la carta. Todavía no tengo el plan claro, pero cuando lo tenga, te lo haré saber.

Evangeline

Anthony dejó a un lado la carta y tomó la siguiente.

Mayo 5, 1800.

Querido hermano,

Necesito un favor. Deseo que me investigues la fecha más próxima de la velada a la que asistirá el viejo ogro. Lo tengo todo planeado y estoy decidida a actuar.

Evangeline

Sintiéndose cada vez más cerca de descubrir todo, Anthony tomó la última carta y la leyó.

Mayo 7.

Alexander,

Gracias por la información. Mi plan es el siguiente. Esa noche me escabulliré en la casa por aquella ventana que me aseguraste no han arreglado aún. Subiré hasta la habitación de Anthony y lo traeré conmigo. Juntos nos montaremos en el carruaje que dejaré esperando a una manzana de la casa y esa misma noche partiremos hacia Bristol. Muchas gracias por mover tus influencias y conseguirnos pasajes para una fecha próxima. No sé que hubiera hecho sin ti.

Evangeline

Mayo 10

Querido hermano,

Al fin ha llegado el día. Te agradezco mucho la información proporcionada y tu apoyo incondicional. Ya tengo en mi poder los pasajes. Esta noche tendré a Anthony conmigo y, como es menester hacer todo lo más rápido posible y sabiendo que no habrá tiempo para una despedida apropiada, me despido en este momento. Seguiremos en contacto desde Francia.

Evangeline

Anthony dejó la carta no pudiendo creer que no hubiera resuelto nada. Había quedado todo igual. Se suponía que su madre había ido a buscarlo el 10 de mayo de 1800, pero claramente no lo había hecho, o... no había conseguido sacarlo. ¿Sería posible? ¿Existiría la posibilidad de que algo hubiera salido mal? Tal vez su padre... ¡Su padre pudo haberla descubierto! Razonó pensando bien las cosas, pudo haber llegado antes de la fiesta, o no haber ido, pero entonces, ¿por qué no comunicar el plan fallido a lord Coventry? ¿Por qué desapareció así nada más?

Una posibilidad se le instaló en la mente tomando forma y dejándolo frío. Su padre no hubiera sido capaz... no, él no podía haber... ¡Jesús! ¿Podía ser?

Anthony siempre supo que su padre era un ser sin corazón ni escrúpulos, pero ¿en verdad habría sido capaz de hacer algo semejante a lo que pensaba? Le gustaría creer que no, pero ya la duda se había instalado y recorría cada parte de su ser rápidamente, como el veneno de una serpiente, haciéndolo actuar para que

se librara de ella; solo que él no podía librarse de ella porque no había nadie que pudiera darle una pista. Cuando su padre murió, Anthony había vendido su casa en Londres y había comprado otra, deseando tener la niñed de recuerdos posibles de su progenitor. Asimismo, la servidumbre había sido despachada con buenas referencias, por lo que no había nadie que pudiera darle una pista. Al parecer, estaría condenado a vivir con esa duda.

Con mucho esfuerzo, contuvo un gruñido de frustración. No podía decidir qué era peor, que fuera hijo de un ser tan abominable como lo era el antiguo barón de Clifton, o que existiera la posibilidad de que nunca pudiera hablar con su madre y saber la verdad, pues aunque ya conocía más del asunto gracias al señor Dudley y a las dichas cartas, no podía dejar de desear oír la versión de su progenitora. Quería escuchar de sus propios labios los motivos de su abandono, quería que ella despejara sus dudas, y aunque nunca lo admitiría en voz alta, también quería evaluar si en verdad lo quería.

Un ruido proveniente de la cama lo sacó de sus cavilaciones. Se giró y vio que la pequeña figura en el centro de la cama cambiaba de lado y se abrazaba a la almohada como si esta se le fuera a escapar.

Preso de una indescriptible ternura, Anthony se acercó a la cama y se agachó frente a ella. Esmeralda dormía tranquilamente y su rostro, ya de por sí angelical, se tornaba adorable y su belleza casi parecía sobrenatural.

Él no quería verla, porque no le gustaba recordar que acababa de desflorar a esa criatura divina sin ningún compromiso, pero tampoco podía evitarlo, pues la fuerza de atracción que ejercía sobre su persona era incuestionable; y no sólo eso, sino que en esa noche parecía haber encontrado todo eso que supo que le hacía falta. Ella le había devuelto ese algo sin nombre que se había escapado de su vida y que hacía que el acto se volviera... aburrido. Hubo algo especial esa noche, y Anthony no sabía qué. Tal vez fuera su inocencia mezclada con sus atrevidos besos lo que lo hacía diferente; o quizás su forma dulce de entregarse, bien podía ser eso, o simplemente era el hecho de que era ella, Esmeralda Loughy, la criatura más loca y adorable que hubiera conocido jamás. Esa que se había dedicado a perseguirlo en todo momento, esa que no le había dado a su mente un segundo de paz, y esa de la que no podía alejarse.

Desde lo sucedido en Vauxhall el viernes, Anthony pasó al menos las veinticuatro horas intentando convencerse de que sí podía alejarse de ella, de que no significaba nada para él. Se lo repitió hasta el cansancio para hacerlo realidad, pero el hecho era que no pudo convencerse a sí mismo. Esa mañana, cuando ella tan amablemente le había conseguido la información que quería, Anthony sintió que había encontrado a alguien que parecía dispuesta a todo por él. Pero esa noche, cuando tan ardientemente le había confesado que lo amaba como para que no quedara duda del asunto, y luego le había ofrecido su virtud, sin ningún compromiso a cambio, supo que estaba perdido, aunque no lo admitiera hasta ese momento.

De alguna forma, Esmeralda Loughy había entrado en su vida como un torbellino de alegría y optimismo, mandando lejos todo lo malo e intentando hacerle ver el lado bueno de la vida. Había calado hondo en su alma con su insistencia y su locura, y ahora él estaba perdido, sin saber que hacer.

Ella decía que lo amaba, aseguraba que lo amaba, pero ¿en verdad era posible? Una persona como él, que tan mal se había comportado en los últimos años, ¿podía siquiera aspirar al amor de una mujer tan pura y bella como la que tenía en frente? Después de todos esos años en los que el destino se había asegurado de demostrarle que no podía ser amado, ¿podía creer que esa criatura lo quería?

Una parte racional, esa que se negaba a sufrir, le decía que no creyera, que era una nueva trampa para que cayera y terminaran arrebatándole nuevamente el corazón; pero otra parte, esa parte masoquista suya, lo instaba a probar, le aseguraba que esa era la recompensa por tantos años de sufrimiento y desamor. Después de todo, ¿cómo saber el resultado de algo si no se arriesga? Le gustaba pensar que alguien se había enamorado de él, le gustaba pensar que ella lo quería y, aunque no lograba descifrar cómo había sucedido todo, quería creerlo y en el fondo lo creía, pues ¿por qué otro motivo se habría entregado sin reservas? Un capricho no llegaba a tanto, se dijo mientras le acariciaba la mejilla con ternura.

Su contacto debió de haberla alertado, porque entreabrió los ojos, parpadeó un par de veces y luego los abrió completamente mostrándole las pupilas más verdes que había visto jamás.

—Buenos días, Tony —saludó con una pequeña sonrisa somnolienta.

—En realidad, aún es de madrugada —respondió él intentando descifrar la hora en el reloj arriba de la chimenea—. Son las cuatro de la mañana.

Esmeralda bostezó.

—Bien, eso es de día, ¿no?

Él rió.

—Más o menos.

Con flojera, Esmeralda se incorporó en la cama cuidando de cubrirse con la colcha.

—Creo que debería cambiarme para que me lleves a la casa... —dijo, pero su tono de voz dejaba claro que quería seguir durmiendo. Después de todo, era domingo, no había ser humano que se parara temprano un domingo.

—Creo que sí —admitió él, sabiendo que era mejor devolverla lo más pronto posible, pero antes tenía que deshacerse de una duda—. ¿Estás arrepentida?

Ella le dirigió una sonrisa divertida.

—No, ¿y tú, Tony?

Él soltó una carcajada.

—No —respondió y se quedó callado un momento como meditando sus próximas palabras.

Anthony no estaba seguro de lo que estaba a punto de hacer. Sin duda él no tenía ninguna obligación, ella se lo había dejado claro, pero también sabía que si no lo hacía, se arrepentiría, y no solo porque era su deber, sino porque presentía, y ya admitía muy a su pesar, que no podía estar sin ese incordio personal. Mentiría si dijera que no temía al futuro, que no temía que ella también le fuera arrebatada de forma abrupta como le fue Susan, pero algo le decía que Esmeralda Loughy no era de las que esperaban a que el destino decidiera su futuro, ella formaba su futuro, y no se dejaría vencer.

—Esmeralda... ¿Quieres casarte conmigo?

El chillido que soltó bien pudo haberlo dejado sordo temporalmente. En pocos segundos le tenía encima de él y casi hace que pierda el equilibrio y se caiga al piso.

—Oh, Tony, no tienes ni que preguntarlo, claro que... —ella se detuvo un momento como si se diera cuenta de algo—. Espera, ¿no me estarás proponiendo

matrimonio solo por... por lo que acaba de suceder? —preguntó con cautela alejándose un poco y tomando la sábana que se le había resbalado en el impulso.

Él no respondió, pensando lo que debería decirle, pero ella se adelantó.

—Si es así, mi respuesta es no. No me quiero casar contigo si es por obligación.

Anthony se sorprendió ante la vehemente declaración y no supo cómo reaccionar. Hace un momento estaba feliz y ahora... parecía decepcionada. Eligió sus palabras con cuidado.

—No es por eso. Es porque... —calló mientras pensaba en cómo le explicaba lo que sentía—. No sé cómo explicar —masculló al final, al parecer incapaz de decir lo que ella quería oír.

Ella suspiró, pero ya no parecía tan decepcionada, y después de mascullar algo que sonó como «lento de entendimiento», volvió a abrazarlo.

—Estoy muy, muy feliz —dijo ella y se pegó a él—. Tienes que hablar con William, ¿lo sabes, verdad?

Anthony hizo una mueca ante la mención de pedir la mano, que si su tutor fuera alguien sensato, se la negaría. Y el duque de Richmond no tenía fama de insensato.

—¿No podemos fugarnos a Gretna Green? —sugirió.

Ella se alejó y lo miró acusadora.

—Solo si quieres causar la muerte de mi tutora, eso después de que haya acabado con nosotros. ¿Sabes lo que nos hará si la privamos de la boda? No nos perdonará nunca.

—Pero... ¿El duque aceptará darme tu mano?

Ella sonrió.

—Claro que lo hará, si no lo hace, prometo que me fugo contigo, pero no habrá necesidad. ¿Vas a ir hoy?

—Estaba pensando que quizás fuera mejor después de resolver todo lo del asesinato...

—Oh, eso no importa —interrumpió ella impaciente de dar la buena nueva—. Puedes hablar con ellos hoy, y después de que se resuelva todo, lo hacemos público. Por favor...

—Está bien. Después del almuerzo, ¿está bien?

—Antes, así te quedas a almorzar —respondió sin que se le borrara la sonrisa.

De mala gana, Esmeralda se separó de él y empezó a buscar su ropa. La amaba, él la amaba, solo que todavía no estaba preparado para decirlo, pero ella estaba segura de que la quería, y él lo sabía, lo vio en sus ojos. Decir que estaba feliz era poco, quería brincar de alegría y dar vueltas como toda una soñadora. Era un sueño hecho realidad, al fin se casaría con el amor de su vida, después de tres largas temporadas, por fin podría tener su final feliz de novela con el hombre de sus sueños. Sola faltaba que él dijera en voz alta sus sentimientos para poder vivir feliz, pero todavía era pronto, así que esperaría.

Admitía que por un momento temió que le estuviera proponiendo matrimonio por obligación, pues aunque se empeñara en afirmar lo contrario, era un caballero, y eso era lo que se esperaba de él. Sin embargo, después de un segundo de duda, ella se dio cuenta de que simplemente no podía ponerle palabras a lo que sentía, o no estaba listo para ello, por lo que se conformaría con el pedido de matrimonio y la certeza de que ya no pretendía alejarla como si de la peste de trataba.

Encontró su ropa y empezó a vestirse, ruborizándose al ser consciente de la mirada atenta de él que la examinaba con minuciosidad. Terminó de cambiarse rápido y se giró para decirle que estaba lista, pero su vista se posó antes en las cartas desparramadas en el sillón.

—Tony...

Anthony siguió su mirada y suspiró cuando vio a dónde se dirigía. Como si pudiera leerle el pensamiento, dijo:

—Quedé en las mismas. No había nada interesante.

Su tono era controlado, pero ella sabía que en el fondo le afectaba. Él quería encontrar a su madre y la ausencia de pistas lo estaba impacientando sobremanera. Esmeralda no quería ni pensar qué pasaría si resultaba que su madre estaba muerta.

Lentamente se acercó a él y se sentó a su lado en la cama. Poniéndole una mano en el hombro, le dijo en el tono más optimista que pudo:

—Todavía puedes encontrarla, Tony. No puedes perder la esperanza.

Anthony la miró, sus ojos eran una mezcla de sentimientos encontrados.

—No entiendes, yo... creo que está muerta. Creo que mi padre la mató.

Esmeralda casi dejó caer su mandíbula por la sorpresa, ¿su propio padre mató a su esposa? Y lo peor, ¿por qué él no parecía en lo absoluto sorprendido por ello?

—Ella había planeado buscarme —aseguró con voz contenida de emoción—, pero nunca llegó, y después de la supuesta fecha no se supo más. ¿Qué otra explicación puede haber? —Ya no la miraba a ella, sino a un punto de la pared.

—Pero tu padre... ¿era un mal hombre?

Él sonrió sin humor, pero no la miró.

—Era una bestia, un ogro sin escrúpulos. No me sorprende que hubiera sido capaz de un acto semejante.

Esmeralda tuvo que contener un jadeo horrorizado. Para que su propio hijo tuviera semejante impresión de su padre, es que en verdad tuvo que haber sufrido en carne propia su maldad... Tembló solo de imaginar a un pequeño niño de siete años que acababa de ser abandonado por su madre y además sufría el desprecio de su padre, e incluso maltrato. Pobre Anthony, de esa forma no costaba mucho imaginar por qué tenía tanto poco aprecio por su vida; no tenía a nadie... hasta ahora, ahora la tenía a ella, y en un futuro tendría muchos niños.

—Tal vez te equivoques —dijo intentado sonar optimista—, aún puedes encontrarla...

Él hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—No importa. Ya no quiero encontrarla.

—Tony, ambos sabemos que eso es mentira, tú sí quieres encontrarla.

Él gruñó.

—¿Por qué debería buscar a una mujer que puede que esté muerta? Que me abandonó. Que buscó primero su bienestar antes que el mío. Ella pudo haberme llevado consigo sabes, pudo y no lo hizo. —Había empezado a hablar como poseído por una fuerza desconocida, una fuerza que lo instaba a liberar todos esos sentimientos tan bien guardados durante años.

Sin ser consciente, a Anthony se le formó un nudo en la garganta. Las lágrimas contenidas por años pugnaron por salir de sus ojos ya sin poder evitarlas. El niño que había dentro de sí quería llorar por el abandono, mientras el hombre que era

ahora se rebelaba contra las lágrimas diciéndose que era absurdo llorar por lo que no se podía cambiar. Sintió que unos brazos lo rodeaban, pero siguió sin prestarle atención. Su cerebro parecía haberse desconectado de su cuerpo y en ese momento hablaba su corazón buscando liberación.

—Me alegré cuando leí que me quería —admitió él en voz baja y temblorosa—. Me alegré más cuando vi que quería volver por mí, pero ¿por qué no me llevó consigo antes? ¡¿Es tan difícil de responder esa pregunta?! ¿Por qué no llevarme cuando tuvo la oportunidad? ¿Por qué dejarme con él? ¡Ella sabía que él me odiaba! —La voz de Anthony empezaba a aumentar considerablemente su tono, pero Esmeralda no se amedrentó y apretó su brazo.

—Todos cometemos errores, Tony. Ese fue el suyo.

Él la miró como si acabara de recordar su presencia.

—Piensa que tal vez no quería arrastrarte consigo a un futuro indeciso. Podían pasar hambre, penurias, tal vez ella no quería eso para ti.

Él soltó un bufido, cualquier rastro de debilidad pareció desaparecer y ser suplantado nuevamente por la furia.

—¡Me dejó con mi padre! Creo que sabía que el hambre y las penurias no podían resultar tan malas en comparación.

A Esmeralda se le encogió el corazón, para que alguien prefiriera morir de hambre a vivir con su propio padre... es que este en verdad debía ser malo. Lo abrazó más fuerte aún, como si así pudiera sanar las heridas del pasado.

Anthony respiró hondo y se desprendió poco a poco de ella, al parecer había empezado a retornar el control y tomar consciencia de lo que acababa de decir.

—No importa, nada de eso importa ya. Puede estar muerta y no tendré nunca mis respuestas. El pasado ya no importa. ¿A qué hora voy a tu casa?

Esmeralda sabía que le estaba cambiando el tema, y también sabía que él no quería hablar más del asunto, de hecho, había hablado más de lo que esperó. Aunque ella quería que él perdonara a su madre, pues vivir con rencor no era bueno, tampoco quería hacerlo enojar, y menos ahora, que había que empezar a planear la boda...

—Tony.

—¿Sí? —respondió él mientras buscaba su camisa para ponérsela.

—Te amo.

Él se detuvo a medio vestir y se quedó completamente quieto, como saboreando las palabras que parecía aún no poder creerse. Al final, terminó de ponerse la camisa y se acercó a ella. Le tomó la barbilla y la besó con ardor.

Esmeralda no necesitó más respuesta.

Capítulo 22

«**E**sto no puede ser», se dijo Esmeralda cuando se levantó horas después y se encontró a toda su familia en la casa; se había olvidado por completo de que era domingo de almuerzo familiar.

Después de que sus tres primas se casaran, y los hijos empezaban a llegar, se formó la tradición que el primer domingo de cada mes todos los parientes se reunirían para charlar y ponerse al día de la vida de cada quién. Era una forma de mantenerse unidos, el único problema era que no creía que a Tony le agradase no haber sido avisado con anticipación de que toda la familia estaría presente cuando fuera a pedir su mano; que aunque solo se la pidiera al duque, todos se enterarían. Eso no suponía un problema para Esmeralda, quien estaba más que contenta de que todos se enteraran de una vez de todo el asunto, pero no sabía si a Tony le agradaría.

Suspirando, se dijo que tenía que averiguarlo después.

—Se te han pegado las sábanas, querida —comentó su hermana al verla entrar al salón principal donde todos estaban reunidos. Todos menos los niños, que se encontraban en el salón de al lado junto con sus respectivas niñeras.

Esmeralda esperó sinceramente no haberse ruborizado ante el recuerdo de por qué había dormido hasta tarde. Por si acaso, prefirió no responder y se sentó en uno de los sillones.

Ansiosa de contar lo sucedido a alguien de confianza, buscó con la vista a su incondicional amiga y la encontró sentada al lado de Zafiro. Esmeralda le sonrió y Angélique le devolvió la sonrisa con complicidad, al parecer, no sólo seguía viva, sino que algo bueno tenía que haber pasado porque le dedicó la misma

mirada de Esmeralda que decía: «Tenemos que hablar».

Como aún era temprano para el almuerzo, la familia estaba reunida ahí para charlar antes de pasar a la terraza donde realizarían la comida. Los únicos que faltaban eran Rowena y William. Rowena debía de estar arreglándose aún, y William seguramente estaba trabajando.

Esmeralda se levantó para decirle a Angelique que se fueran a un lugar más privado, pero en ese momento alguien entró en el salón causando revuelo.

—Buenos días, familia. Sabía que era hoy el almuerzo, el día perfecto para regresar.

—¡James! —exclamaron casi todas al unísono y se pararon para darle un abrazo de bienvenida al que estaba desaparecido desde hacía al menos tres meses.

—Gané —afirmó Topacio después de los saludos, y miró a sus primas con una sonrisa—. Cada una me debe cinco libras —aseguró.

—Eso es lo que nos pasa por apostar con alguien que tiene sangre gitana —masculló Rubí volviendo a su asiento.

—Debí hacer caso a mi instinto y saber que no era una apuesta sensata —añadió Zafiro también tomando asiento.

—¿De qué están hablando? —dijo James confuso por tan rara bienvenida. Esmeralda prestó atención a la respuesta.

—Apostamos cuánto tardarías en aburrirte del campo y regresar a Londres —explicó Topacio.

—Yo dije que regresarías para marzo —comentó Rubí negando con la cabeza por haber perdido.

—Yo creí que aguantarías hasta abril —aseguró Zafiro encogiéndose de hombros.

—Y yo aseguré que llegarías en mayo —dijo Topacio victoriosa—, y aquí estás, ¿no?

James masculló algo en voz baja.

—Tardaste más de lo que imaginamos —habló Zafiro mientras se ponía un dedo en la barbilla, pensativa.

—Rowena estará encantada de verte —intervino Topacio con una sonrisa

pícaro—. Ahora tendrá alguien más a quien casar.

Al contrario de lo que pensaron, James no hizo ninguna mueca ni soltó un lamento, en cambio los sorprendió a todos con una sonrisa.

—Pues me temo que eso no pasará, porque... ¿cómo se los explico? Me casé —respondió simplemente disfrutando de la cara atontada de las Loughy.

Incapaces de decir algo ante semejante noticia, las mujeres se miraron entre sí y, justo cuando parecía que iban a acribillarlo con preguntas, algo sucedió.

Un animal entró cojeando al salón causando jadeos sorprendidos, pues el animal en cuestión no era otra cosa que un zorro rojo. Instintivamente los hombres se pararon para agarrarlo, pero soltando una maldición entre dientes James se les adelantó y lo tomó por el cuello. El animal, molesto, le enseñó los filosos dientes, pero él no se dejó intimidar y lo mantuvo a distancia de su cuerpo.

Antes de que alguien pudiera preguntar qué rayos sucedía, una mujer de cabellos negros entró en el salón y buscó con la mirada hasta que dio con James y el animal.

—No lo tomes así, le vas a hacer daño —exclamó—. Dámelo, tú le caes mal —dijo y extendió los brazos.

—¿En serio? —respondió James, sarcástico—. Qué casualidad, él también me cae mal a mí. —Le entregó el animal que, para sorpresa de todos, se acurrucó en los brazos de la mujer como un tierno cachorro.

Al verse el centro de atención, la mujer se sonrojó y dio un paso hacia James como si buscará su protección.

James suspiró y después se dirigió al público.

—Familia, les presento a mi esposa, Jade. Jade, ellos son gran parte de mi familia.

Todas las miradas se posaron en ella con curiosidad y Jade solo atinó a sonreír mientras apretaba más al animal contra sí.

—Jade —dijo Topacio como si le encontrara algo divertido al asunto—. ¿Nunca te iba a poder librar de las joyas?, ¿verdad, James?

James hizo una mueca.

—Eso parece —respondió suspirando—. Bien, creo que haré las

correspondientes presentaciones. Jade, ella es Topacio Loughy, actualmente Topacio Hawkings, duquesa de Rutland. —Señaló a Topacio y luego advirtió—, No te acerques mucho a ella, es una mala influencia. Tiene una lengua venenosa y es medio bruja.

Topacio rió y, para sorpresa de todos, la mujer de cabellos negros también.

—¿No exageras un poco? —le preguntó, pero Topacio fue quien respondió.

—Claro que exagera, yo soy un amor de persona, y toda una santa.

Esta vez todos rieron y Topacio los miró con una expresión de fingida indignación.

—Ella es Zafiro Loughy —continuó James señalando a Zafiro—, ahora Zafiro Allen, condesa de Granard. Suele ser sensata la mayor parte de las veces, pero tiene los nervios frágiles. No intentes discutir con ella cuando esté molesta al menos que hables francés, italiano, español, latín, alemán, griego o ruso. Con ella sí te puedes juntar, pero no tanto porque ahora es una Allen, y no sé si sabes, pero son la familia problemas. «El que se junta mucho con un Allen, irremediablemente termina en problemas» —citó—. Tampoco te acerques mucho a sus hijos pues son los mellizos Allen... Sabes qué, mejor no te acerques a esa familia tampoco —concluyó James después de pensarlo un rato.

—Oh, eres imposible, James —masculló Zafiro y le dirigió una sonrisa a Jade—. No le hagas caso, siempre ha tenido tendencia a la exageración.

Jade asintió en conformidad.

—Ella es Rubí Loughy —siguió James—, ahora Rubí... Rubí, ilumíname, ¿cuál era tu apellido?

Topacio y Zafiro soltaron una pequeña carcajada y Rubí las fulminó con la mirada.

—Rushfort —respondió.

—Rubí Rushfort, marquesa de Aberdeen. Ella es la menos loca de todas, o eso creo, y tiene frecuentes ataques de histeria. Pero con ella si te puedes juntar. Y ella... —Señaló a Esmeralda—. Es «duende».

—¡James!

—Digo, es Esmeralda, pero yo le digo duende, y no porque se quedo con la estatura de uno, sino porque es verdaderamente irritable cuando se lo propone.

¿Te he hablado de ella, no? —Jade asintió—. Bien, con ella también te puedes juntar, pero no te sientes cerca en la cena, la cicatriz de mi hombro es su culpa.

Jade no supo cómo responder y Esmeralda solo sonrió.

—Bien, aparte. Ellos son el duque de Rutland, el conde de Granard y el marqués de Aberdeen. —Jade les hizo una reverencia a todos y ellos respondieron con una inclinación de cabeza—. Son los hombres con tan poco sentido común como para casarse con las Loughy, pero viven felices así. Ella... —Señaló a Angelique—. Es Angelique Allen, recuerda, no te acerques a ella, es una Allen y eso es igual a problemas.

Angelique solo blanqueó los ojos como si estuviera acostumbrada a la frase.

—Te presentaría a los niños —continuó él—, pero es mejor conservar la paz por unos minutos más, ¿no crees? Además, todavía tengo que presentar a mi hermano y a Rowena.

—¡Rowena! —exclamó Zafiro como si recordara algo, y luego se dirigió a los presentes—. ¿Alguien más se ha dado cuenta de que aquí hubo una boda y Rowena no la organizó?

Los presentes se mantuvieron en silencio, como si evaluaran la gravedad de la situación. Al final, fue Topacio quién habló.

—Jade, espero tengas un armario lleno de vestidos negros porque no tardarás en enviudar. Rowena lo va a matar.

Jade frunció ligeramente el ceño y se giró hacia James, quien sonrió.

—No te preocupes, no habla en serio. —La tranquilizó, pero ni él mismo parecía muy seguro.

—¿No podemos esperar a decírselo? —intervino Esmeralda de pronto—. Yo lo quiero vivo para mi boda.

—¿Te casas? —preguntó James, atónito.

—Por supuesto —dijo Topacio—. Todos lo saben, apenas se entere el novio, se realizará la boda.

Los presentes rieron, pero Esmeralda se cruzó de brazos en pose defensiva.

—Él vendrá a pedir mi mano —aseguró, y eso llamó la atención de todos los curiosos.

—¿En serio? —intervino Rubí, animada—. ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho

él?

—Sí.

—¿Cuándo? —inquirió Topacio.

—¿Cuándo vendrá? Hoy.

Esmeralda sabía que se refería a cuándo se lo había dicho, pero si lo recordaba se ruborizaría y eso la delataría.

—Me refiero a... ¿cuándo te lo dijo? —aclaró su prima no dejándose engañar.

—Ayer, en el almuerzo de *lady* Dartmouth.

«Que no me haya ruborizado, que no me haya ruborizado», rogó Esmeralda en silencio, pero por las cejas arqueadas de sus primas y hermana, supo que no le fue cumplida su petición. Sin embargo, el ser divino debió de apiadarse un poco de ella, porque en ese momento entró Rowena en la sala, seguida de más atrás por William.

Rowena sonrió al ver a James, pero frunció el ceño al ver a la mujer a su lado, que además sostenía un zorro en sus manos.

—James...

—¡Rowena! —James le dio un efusivo abrazo como si quisiera predisponerla a su favor—. Qué alegría verte. Tantos meses y sigues igual de hermosa que siempre. Bien, ya que también está aquí mi hermano les presentaré a Jade, mi esposa. —Todo lo dijo tan rápido que no cabía duda de que quería terminar lo más rápido posible con el asunto, pues era probable que después no tuviera el valor.

Rowena miró a James, luego a Jade, nuevamente a James y otra vez a Jade con expresión atónita. Se podía decir en su favor que incluso William parecía sorprendido.

—¿Te has casado? —dijo en un murmullo casi inaudible, y James asintió con cautela—. ¡¿Y la fiesta de bodas?! —esta vez casi gritó.

James desvió la vista hacia el piso y todos los demás también evitaron mirarla.

—¡Te has casado y no ha habido una fiesta de bodas! —volvió a gritar Rowena fulminando a James con la mirada—. ¡Esto es imperdonable! ¡¿Cómo has podido hacerme esto?! —seguía exclamando mientras se abanicaba teatralmente—. Oh, yo... —No pudo decir más pues, en ese momento, cayó al piso

desmayada.

Capítulo 23

Rowena Armit, duquesa de Richmond, podía ser lo que sea; dramática, imprudente, indiscreta, pero nunca había sido de las que fingía un desmayo, y menos uno donde no hubiera un sillón cómodo donde caer como muchas lo harían, por lo que su caída al piso solo podía significar que algo malo ocurría y todos así se lo tomaron, porque después de varias exclamaciones de sorpresa, se mandó por un médico y por sales.

—¿Esto no fue por lo de la boda, verdad? —preguntó James mientras miraba cómo Rubí le pasaba por la nariz un frasco de sales a la duquesa que no reaccionaba.

—¡Claro que no! —respondió Topacio brusca—, debe ser algo más.

—La llevaré a su cuarto —afirmó el duque tomando sin ningún problema a la duquesa en sus brazos—. Cuando llegue el médico, háganlo subir inmediatamente —ordenó, su voz brusca y autoritaria estaba teñida de preocupación.

Justo en el momento en que el duque salía con la duquesa en brazos, el mayordomo apareció bloqueándole el camino. El semblante normalmente adusto y sin expresión del empleado, no pudo evitar ser desfigurado por la sorpresa al ver a *lady* Richmond desmayada. Tal sería su estado de conmoción que tardó un poco en apartarse del camino y mencionar a qué había ido.

—El barón de Clifton desea hablar con usted, excelencia.

William le lanzó una mirada suspicaz a Esmeralda y esta le sonrió confirmándole sus dudas; pero antes de que el duque respondiera, unos quejidos de parte de Rowena llamaron la atención.

—¿Qué sucedió? —preguntó la mujer poniéndose las manos en las sienes. Vio a su esposo y frunció el ceño—. Querido, bájame, puedo caminar.

William no le hizo caso y se giró al mayordomo.

—Dígale a lord Clifton que en este momento no lo puedo atender, si puede regresar más tarde, o quiere quedarse a almorzar, es bienvenido.

Empezó a caminar con Rowena en brazos, pero la duquesa se enderezó al escuchar el nombre y miró a Esmeralda.

—¿Lord Clifton? ¿Al fin te va a cortejar, Esmeralda? —preguntó esperanzada por una posible boda.

—Viene a pedir mi mano —aseguró y Rowena pareció recomponerse de repente.

—Oh, William, bájame y atiende al hombre ¿Cómo lo vas a hacer esperar? —Rowena forcejeó hasta que consiguió que él la bajara—. ¿No ves que al fin se va a casar? Anda, anda, yo estoy perfectamente.

William masculló algo en voz baja.

—Cuando llegue el doctor, que la revise —ordenó y salió para indicarle al mayordomo que mandara al barón a su despacho.

Rowena chasqueó la lengua y se giró hacia Esmeralda.

—Una boda, esto es maravilloso, querida, al menos esta sí tendré el placer de organizarla —dijo y le dirigió una mirada acusadora a James y a Jade, parecía más sorprendida porque su cuñado la haya privado de la boda que porque la esposa de su cuñado tuviera un zorro en las manos.

—Entonces —dijo James queriendo desviar la atención del tema—, ¿te vas a casar con la peor paria de la sociedad? Sinceramente, nunca creí que una escoria como Anthony Price fuera tu tipo de hombre ideal, duende. Me has sorprendido.

Esmeralda, ofendida, había abierto la boca para defender a capa y espada a su amor, pero para su sorpresa, y la de todos, Jade se adelantó.

—Él no es una escoria —afirmó con vehemencia fulminando con la mirada a su marido—, es una buena persona.

Todos la miraron sorprendidos, y como si presintiera que pedirían una explicación, se adelantó.

—Él se iba a casar con Susan, mi hermana, antes de que muriera. —Su voz se

tiñó un momento de melancolía, pero luego se recompuso—. Incluso después de que esta muriera, siguió ayudándonos cuando la situación... —se calló bruscamente—. ¡Rayos! Se supone que no debí haber dicho eso, olvídenlo.

Pero estaba claro que ella no conocía a nadie de los que estaban ahí, porque no le quitaron la mirada de encima y estaba claro que no lo iban a olvidar.

—Él pronto será parte de la familia, querida. Puedes hablar con confianza —instó Topacio.

—Sí, habla —apremió Esmeralda.

Jade, al verse acorralado, recurrió a James.

—James...

Puso una cara tan adorable que James no le pudo negar nada. Bien, en realidad nunca le podía negar nada.

—Ya, déjenla tranquila. No quiere hablar del asunto.

Los presentes hicieron un gesto enfurruñado por tener que quedarse con la duda.

—El hecho es que no es malo. Pero no digan que yo se los dije, en su última carta me dijo algo de una reputación que cuidar.

Esmeralda rio, y Topacio habló.

—El secreto está a salvo con nosotros. Sé que no hay nada peor que perder tu reputación.

Esta vez, todos rieron.

—¡Una boda! —Rowena parecía haberse recompuesto por completo y ahora andaba de un lado a otro del salón, su mente empezó a idear todos los detalles—. Tienes que darme al menos dos meses —señaló Rowena—. Rubí y Topacio se casaron demasiado rápido, estas tienen que ser unas bodas esplendorosas. Buenos músicos, un buen banquete...

Ella seguía paseando y Esmeralda le dedicó a Angélique una mirada en donde decía claramente que no quería esperar dos meses para la boda, pero tampoco se atrevían a contradecir a la mujer que acababa de sufrir un desmayo por haberse perdido la organización de una.

—¡Los vestidos! Hay que mandar a encargarse de los vestidos desde ahora. ¿Qué tal un verde pastel, Esmeralda? Creo que te quedaría muy bien.

Rowena siguió parloteando y yendo de un lado a otro, mareando a los presentes.

—Es muy importante que decidan la fecha, así podemos mandar a elaborar las invitaciones...

Esmeralda seguía viendo a su tutora y se dijo que cuando el doctor arribara, llegaría a la conclusión de que su llamado fue una broma del mal gusto, pues cualquiera que viera a la duquesa en ese momento jamás se imaginaría que acababa de sufrir un desmayo.

Tan concentrados estaba todos en las idas y vueltas de Rowena, que no se percataron cuando el zorro se escapó de los brazos de Jade y fue a darle la bienvenida a los recién llegados. No fue hasta que se escuchó un: «Oh, no, tú no», que miraron a la puerta.

William y Anthony acababan de entrar, y el animal, reconociendo el rostro del que antes iba a formar parte de la familia, se había colocado a los pies de Anthony y no parecía tener intención de moverse.

—Jade, quítame a esta criatura de encima.

Jade masculló algo en voz baja que no lograron escuchar, pero, por su cara, estaba claro que no entendía porque los demás no parecían querer a lo que según ella era una adorable mascota.

Volvió a coger al animal en brazos y le dirigió una sonrisa a Anthony.

—Buenos Días, lord Clifton. También es un placer volver a verlo —dijo irónica haciéndole saber que su «Jade, quítame a esta criatura de encima» no era lo que se esperaba por un saludo.

Anthony no respondió, solo masculló algo en voz baja que sonó como una maldición.

—Que casualidad verte aquí...

—Me casé —explicó ella y señaló a James—, ¿no es maravilloso que sin saberlo terminamos perteneciendo a la misma familia?

Anthony le dirigió una mirada a toda la familia, y luego una mirada acusadora a Esmeralda por no haberle dicho que todos estaría presente ese día. Ella le dirigió una sonrisa de disculpa y se encogió de hombros para hacerle saber que lo desconocía. Él tampoco parecía muy contento con el hecho de que ya todos

supieran que había ido a pedir su mano.

—Oh, lord Clifton —dijo Rowena, alegre—, estábamos hablado de la boda. Creo...

Rowena se interrumpió cuando el mayordomo entró e informó que el médico había llegado. Como niña pequeña, la duquesa se cruzó de brazos y elaboró su mejor gesto enfurruñado afirmando que ella se sentía bien; pero si Rowena era terca, el duque, normalmente de pocas palabras, también lo era, así que de mala gana, terminó saliendo de la habitación.

No dispuestos a iniciar el almuerzo sin la duquesa, la familia se quedó en el gran salón hablando de temas triviales.

Esmeralda se sentó al lado de Anthony y, como cosa extraña, no se le despegó. Y esta vez ni siquiera intentó disimular las miradas de adoración que le dirigía al hombre que, de vez en cuando, se las retribuía de forma más disimulada.

James, por su parte, a pesar de saber ahora que era ese amor el que Esmeralda siempre pregonaba, no terminaba convencido de que la peor paria de la sociedad londinense se haya regenerado. Teniendo como le tenía un especial cariño fraternal a Esmeralda, no soportaría que ella se llevara una desilusión, y aunque toda la familia parecía haber aceptado al barón, él tenía sus recelos de hermano mayor.

—Deja de mirarlo con el ceño fruncido —le regañó Jade a su lado en voz baja—. Ya te dije que él es una buena persona.

Ambos estaban en el rincón más alejado de salón, donde tenían una vista privilegiada de los demás.

—¿Segura? —preguntó James con recelo.

—Sí.

Él frunció el ceño, pero ya no tanto por temer por el corazón de su casi hermana, sino porque su esposa defendía con mucha vehemencia al hombre.

—Pareces tener fiel confianza en él —masculló sin poder ocultar sus celos.

Ella sonrió.

—Ya lo dije, se iba a casar con mi hermana.

—Sí, pero de eso ya hace muchos años. Cariño, has estado en el campo todo este tiempo, no sabes qué clase de vida se ha dedicado a llevar.

—Me doy una idea —aseguró Jade—, pero confía en mí, él es bueno. Recuerda lo que te conté. Por eso puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que él es una buena persona. Solo que no le gusta que los demás se enteren. Ahora, deja de mirarlo con el ceño fruncido y deja que sean felices, se ve que están enamorados —ordenó y acarició al animal para que volviera a recostarse en su regazo.

James trasladó su ceño fruncido de Anthony al zorro.

—Podías haberlo dejado en el campo —farfulló malhumorado.

—Si lo hacía, mi madre se hubiera deshecho de él —protestó.

—Maravilloso —conjeturó James—, no veo el problema.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Sabes lo que le debo a este animal, no pienso abandonarlo a la intemperie y dejarlo a merced de los cazadores, sobre todo sabiendo que ya no puede defenderse como antes.

James masculló algo en voz baja pero no respondió, pues muy en el fondo, y aunque nunca lo admitiría en voz alta, le caía bien el animal.

La conversación cesó de pronto, y todos dirigieron su vista al médico que acababa de entrar.

El médico se aclaró la garganta y, después de mirar a todos los presentes con expresión neutra, dijo.

—La duquesa se encuentra perfectamente, es solo que... —calló un momento como si no supiera cómo dar la noticia—. Está embarazada.

Poco faltó para que todos en el salón se quedaran con la boca abierta. La noticia pareció vagar por cada uno de los cerebros y era tan increíble que nadie pareció creerla, por lo que nadie podía formular palabra.

El doctor, pensando que el silencio se debía a que precisaban más información, siguió hablando.

—Este es un caso poco común —admitió el hombrecillo calvo—. Pocas mujeres a la edad de la duquesa son capaces de concebir, pero no es imposible. Mi recomendación es que se mantenga lo más tranquila posible, que no se agite, no reciba emociones negativas, y descanse la mayor parte del tiempo. Cuando el embarazo se empiece a notar, será mejor que solo salga de la cama si es

indispensable, pues como dije, es un caso poco común y también un tanto... riesgoso.

—¿Riesgoso? —bramó la voz del duque preocupado.

El doctor pareció incómodo ante el tono.

—Bueno... su excelencia pasa por poco los cuarenta, no estoy diciendo que sea vieja ni mucho menos, pero no es una edad común para tener hijos. Puede haber unas pocas complicaciones más que si se tratara de una mujer más joven, pero si se siguen mis indicaciones, todo puede salir perfectamente.

Al ver que todos seguían sin poder decir nada, el doctor murmuró una disculpa y se retiró.

Pasaron al menos dos minutos hasta que, casi al mismo tiempo, las personas de la habitación empezaron a gritar vítores. Solo el duque, normalmente controlado, parecía no poder creerse aún la noticia.

—Vamos, hermano, reacciona —le dijo James casi sacudiéndolo—. Ve a ver a tu esposa. Vamos todos.

—Sí, vamos —instó Topacio siendo la primera en levantarse—. Ustedes quédense aquí. —Señaló a los esposos y a Anthony—. No entraremos todos.

Dicho eso, las Loughy, seguidos de un conmocionado William y de un entusiasta James, fueron hasta la habitación de la duquesa. Angelique y Jade prefirieron quedarse en el salón junto con los caballeros.

Rowena no estaba mejor que su esposo; parada en medio de la habitación, miraba un punto fijo en la pared. La conmoción era lo único que se podía leer en su rostro y su boca estaba ligeramente abierta por la incredulidad.

Sintiendo su presencia, Rowena se giró y miró a los recién llegados. Parecía no saber qué decir. Su boca se abría y se cerraba, pero no salía palabra alguna de ella.

Todos le sonrieron, y Rubí y Topacio se pusieron cada una a su lado, y le pasaron un brazo por cada hombro.

—Vamos, Rowena, yo hubiera esperado una reacción más alegre de tu parte —dijo Topacio en tono de burla.

—No puedo creerlo —masculló la duquesa al final—, no puedo creerlo.

—Pues ya son dos —dijo James pasando la vista de su cuñada a su hermana—,

porque William tampoco parece tener reacción.

—Es la emoción —conjeturó Esmeralda animada—, un bebé. ¡Es maravilloso! ¡Tendremos un hermano, o hermana!

La frase hizo que ambos duques giraran la cabeza hacia ella, saliendo un momento de una conmoción para entrar a otra.

—Yo espero que sea un hermano —opinó Topacio atrayendo también la atención—. Por su bien espero que sea un hermano. Además, nunca tuvimos uno.

—Es cierto —concordó Zafiro, ahora con todas las vistas en ella—. La familia siempre fue puras mujeres, pero creo que el sexo no importa mientras venga sano, ¿no?

—Cierto —apoyó Rubí—, todo con tal de que venga sano, puede ser mujer u hombre —dijo, pero claramente deseaban que fuera hombre, y no solo porque sería el heredero del ducado, sino porque tendría al menos seis años más que ellas antes de que Rowena empezara a hacer de casamentera.

Las Loughy parecieron darse cuenta entonces de que los duques la miraban con una expresión extraña.

—¿Qué? —preguntó Topacio frunciendo el ceño—. ¿Qué pasó?

—¿Hemos dicho algo malo? —inquirió Esmeralda con inocencia.

—Solo divagamos sobre el sexo de bebé. No creo que eso sea malo —opinó Zafiro.

—No, es solo que... —Rowena se calló un momento, la voz ahogada por emoción? —Ustedes... ustedes ¿han dicho hermanos?

Las Loughy se miraron extrañadas y asintieron como si no entendieran el porqué de la pregunta.

A Rowena se le empezaron a salir las lágrimas causando más confusión a las jóvenes.

—¿Y ahora qué hemos hecho? —cuestionó Esmeralda.

—Es el embarazo —aseguró Rubí—, suele ponernos sensibles.

—Sí —afirmó Zafiro—, seguro que todavía no puede con la emoción de la noticia.

Topacio asintió en conformidad. Sin embargo, cuando se giraron, vieron que

William parecía incluso más conmovido que cuando había entrado, solo James, con una media sonrisa en la cara, parecía entender qué sucedía.

—¿Alguien me puede explicar qué sucede? —inquirió Topacio un tanto exasperada porque todos las miraran como bichos raros.

Rowena se limpió una lágrima con la mano de forma poco femenina y sorbió su nariz.

—Eso... ¿eso quiere decir que... que ustedes nos consideran sus padres? —preguntó esperanzada.

Como si de una obra ensayada se tratara, las cuatro Loughy fruncieron sus ceños al mismo tiempo y cruzaron sus brazos en pose ofendida.

—¿Pero qué clase de pregunta es esa, Rowena? —dijo Topacio indignada—. Claro que sí.

—Siempre creímos que lo sabían —comentó Rubí.

—Pensamos que era obvio —concordó Zafiro.

—Nunca creímos que pudieran siquiera ponerlo en duda —aseguró Esmeralda.

—Mis hijos les dicen abuelos —siguió Topacio como si no pudiera comprender por qué dudaron de su cariño.

—Y los míos —apoyó Rubí.

—Y los míos —concordó Zafiro.

—Creo que debimos habérselo dicho más seguido —comentó Esmeralda.

Las otras asintieron, pero Rowena se deshizo de nuevo en lágrimas por lo que no pudieron decir más.

—Oh, vaya que somos malagradecidas, miren lo que hemos provocado —dijo Esmeralda acercándose para abrazar a su tutora—. No llores más Rowena, eso no puede ser bueno para el bebé.

—Son lágrimas de felicidad —apuntó Zafiro—, no creo que sea tan malo —dijo y también se acercó a la duquesa.

—Un abrazo familiar —sugirió Rubí animada y las demás asintieron, todas menos Topacio, que, cuando se encontró con ojos acusadores, dijo:

—Oh, está bien. Pero que nadie más llore, por favor.

En lo que fue una escena conmovedora, toda la familia se reunió en un abrazo, incluso James se les unió.

—Nosotras los queremos mucho —anunció Esmeralda sintiendo ganas de llorar—. ¿Quién más hubiera aguantado mis ideales románticos?

—O mis ataques de histeria y todas mis equivocaciones —apoyó Rubí.

—O mi pésimo carácter —concordó Topacio.

—O mis nervios frágiles y arranques en otros idiomas —añadió Zafiro.

—Nos hubieran lanzado a la calle a los dos días —dijo Topacio intentando dar humor a la situación.

—Y nunca hubiésemos aprendido a disparar... ¡Un momento! Después de todo sí tuvimos un hermano. Oh, James, perdónanos, creo que nos olvidamos de ti también —dijo la más joven de las Loughy dándole una mirada de disculpa a el hombre—, somos horribles.

—Cierto —concordó Topacio—, un hermano maravilloso. Un hermano normal jamás nos hubiera enseñado todo eso.

—Ni nos hubiese aguantado las peleas en la comida —habló Zafiro.

—Quedamos en la mejor familia de todas —dijo Rubí y todos asintieron.

Las lágrimas, a pesar de que intentaron contenerlas, no se hicieron esperar, pronto todas las mujeres, incluida Topacio, tenían lágrimas de emoción en los ojos; y los hombres, puede que aún no lloraran, pero sí que estaban tan conmovidos como todos. Se quedaron así varios minutos, unidos en un abrazo familiar que representaba todo lo que no se podía expresar con palabras. Ese sentimiento de amor hacia una familia, aunque no sea consanguínea, ese sentimiento especial y único, poderoso como ninguno que nunca se romperá. Expresaron con el simple gesto ese amor que no se podía ni explicar ni describir, ese amor que no necesita ser mencionado todos los días, pero que está ahí, pues no hay nada más maravilloso que el amor hacia una familia.

Capítulo 24

Anthony caminó por quinto día consecutivo por el callejón que conducía a las cantinas de mala muerte en Covent Garden, con la esperanza de que hubiera alguien siguiéndolo que notificara a su señor que Anthony Price regresaba a las andadas y caminaba sin protección por callejos solitarios de noche.

Aquel día, después del almuerzo que muy al contrario de lo que pensó no se suspendió, Anthony había decidido que lo mejor era acabar con el asunto lo más rápido posible. Ahora era un hombre prometido y, por ende, tenía el deber de velar por la seguridad de la que sería su futura esposa. No podía permitir que un asunto personal interfiriera en su futuro matrimonio.

«Futuro matrimonio». Por más que se lo repetía, no lograba creerse que estaba prometido nuevamente. Después de lo de Susan, el miedo a que sucediera lo mismo, sumado a la certeza de que no merecía ser amado, le había obligado a alejarse de la sociedad y de toda mujer que pudiera significar un peligro para su maltrecho corazón. Pero ahora, estaba nuevamente a punto de echarse la soga al cuello, siendo lo peor que no se sentía en lo absoluto arrepentido de la decisión tomada.

No tenía idea de cómo había cambiado su forma de pensar, ni sus planes de vida, pero estaba seguro de que todo era culpa de ella y de nadie más. Ahora, que tan vehementemente le había confesado que lo amaba, Anthony había llegado a la conclusión que ninguno de los encuentros con la joven fueron casualidad, pues aunque le gustaría pensar que no estaba a punto de casarse con una loca acosadora, sabía en el fondo que era así. Sin embargo, en vez de usar el término «loca acosadora», prefería decir «mujer persistente», ya que recordarse

que estaba a punto de unirse en matrimonio con una mujer a la que le ponía en duda sus facultades mentales no era lo que uno diría un incentivo para seguir adelante con la boda, de la que por cierto, ya no podía echarse para atrás, y no solo porque ella no lo dejaría, sino porque todos se habían enterado.

Llegar a la casa y encontrarse con que toda la familia estaba reunida, no era lo que Anthony hubiera deseado, pero a pesar de sus reservas iniciales, tenía que volver a admitir que era una familia amable y simpática; parecían haberlo aceptado olvidando toda la fama que lo precedía, por el simple hecho de que Esmeralda lo había elegido. Se podía decir que la duquesa era la más emocionada, pero no solo porque casaba a su última pupila soltera, sino porque tendría dos bodas que organizar: la de ellos y la de la joven Allen con lord Coventry, según se había enterado. A pesar de que le dijeron que era mejor guardar el mayor reposo posible en su estado, la duquesa de Richmond se negó de manera rotunda a dejar que la privaran de la organización de la boda, alegando que caería en una terrible depresión si así era. Por lo que, decidiendo entre el peor de los males, era mejor que ella organizara la boda, que para su desgracia, sería en dos largos meses. Solo rogaba que Esmeralda no estuviera esperando un hijo suyo, porque sino este nacería sietemesino, y todo porque a *lady* Richmond no se le podía privar del placer de una gran boda, cosa que dejó claro con las continuas miradas de reproche que le dirigió a su cuñado y a la esposa de este, Jade.

Esa, por cierto, había sido otra de las tantas sorpresas que se había llevado en el día. Nunca, ni en sus más remotos pensamientos, pudo haber imaginado que la que estuvo a punto de convertirse a en su cuñada ahora perteneciera a la misma familia a la que pertenecería él. Si eso no se llamaba ironía, no sabía cómo ponerle. No tenía muchos detalles de por qué el matrimonio apresurado entre la joven y lord James, y la verdad es que tampoco le interesaba; ella se veía feliz y eso era lo importante. A Anthony siempre le había caído bien la extraña joven, y era por ella, y por nadie más, que había seguido ayudando a su familia aún después de la muerte de Susan. Jade no se merecía vivir en la miseria por errores ajenos, aunque, según tuvo entendido, sus problemas hace meses habían desaparecido, o al menos a él no habían recurrido más. No importaba, ella ya

estaba casada y todo parecía que tendría un desenlace feliz, tanto para ellos, como para los demás.

Anthony suspiró y miró de reojo a la figura que se movía entre las sombras y los objetos del callejón. Era uno de los agentes contratados para que velaran por su seguridad y sirvieran de testigos en este plan que llevaban a cabo. Como ya había mencionado, llevaba cinco días consecutivos yendo al famoso local y a otros más para despistar, tomaba tragos, salía de ellos bien entrada la noche y simulaba caminar como alguien pasado de copas y totalmente indefenso. Todo estaba perfectamente calculado, solo había que esperar a que el ratón cayera en la trampa.

Que se rumoreara que estaba cortejando a Esmeralda, y que se estaba reformando, no suponía ningún inconveniente como se podía pensar, al contrario, le servía, pues el asesino podía llegar a la conclusión de que Anthony Price pasaba nuevamente por una pena amorosa, que radicaba en que los tutores de la muchacha se negaron a permitir que la siguiera viendo, y por eso había regresado a las andadas. Por ello, y para no levantar sospechas, Anthony no se había aparecido por más bailes ni por la casa Richmond en esos últimos días. Toda la familia le había prometido guardar el secreto, y así confiaba que sería. Pronto tendría todo resuelto.

Siguiendo la costumbre, Anthony visitó ese día una de las cantinas de mala muerte y pidió un par de tragos, para salir horas después con aspecto de alguien borracho, pero siempre atento al mínimo ruido.

Siempre había algo que podía salir mal, lo sabía. Siempre existía la posibilidad de que el asesino fuera más listo que ellos, o que se percatara de la presencia de uno de los dos agentes que lo seguían a escondidas, pero tampoco era el hecho de ser pesimista. El asesino estaba desesperado, eso lo había dejado claro, y una persona desesperada siempre cometía errores absurdos, solo había que esperar.

Si era sincero, ya se estaba cansando. Deseaba que el asesino diera la cara de una vez, que lo atraparan y quedar libre de peligro, pues si bien antes no le interesaba su vida, ahora sí, y no pensaba permitir que alguien frustrado lo mantuviera alerta todo el tiempo. Ese asunto tenía que acabar pronto o Anthony no respondería de lo que podía hacer su falta de paciencia. No podía hacer nada

más que eso, lo sabía, ya que ir a enfrentar al señor Ledger era, de lejos, la opción más estúpida que podía ocurrírsele; pero una persona impaciente no solía pensar bien las cosas.

Se decía que todo acabaría pronto, y muy en el fondo, lo deseaba. La necesidad de una vida y tranquila y feliz al lado de una mujer mal de la cabeza, de pronto se imponía ante todo sus deseos. Eso era lo que quería, eso era lo que le faltaba, y por Dios que eso era lo que obtendría tarde o temprano. Por su salud mental, que fuera más temprano que tarde.

Como si la entidad que dirige al mundo se hubiera apiadado de su agonía, en ese momento se oyó un ruido detrás de él que hizo poner en alerta a sus sentidos. Tomó con disimulo la pistola escondida y siguió caminando como quién no se percató de nada.

El ambiente se llenó de una tensión inesperada, y Anthony, dispuesto a acelerar lo que sea que estuviera sucediendo, dio un traspié y fingió una caída al piso.

Sintió el sonido casi inaudible de unos pasos acercarse y decidió cerrar los ojos y fingirse dormido o desmayado. Los pasos se volvieron cada vez más cercanos y Anthony abrió un ojo justo en el momento en que el cañón de una pistola le apuntaba a la cara.

Reaccionando rápido, jaló con la mano uno de sus pies tomándolo por sorpresa y haciéndolo perder el equilibrio. Un disparo sonó en el aire y Anthony sintió un escozor en el hombro, pero aún así logró atrapar a su agresor y maniatarlo. Pocos segundos después tenía a los agentes de Bow Street acudiendo en su ayuda y sosteniendo al hombre, que, para su sorpresa y alivio, era el mismísimo señor Ledger, pues todo en él decía que era un caballero, o mejor, todo en él aparentaba ser un caballero.

Horas después, Anthony estaba en Newgate esperando poder tener una audiencia con el hombre que tantos dolores de cabeza le había causado desde hace siete meses.

Cuando regresó a su casa esa noche, tuvo que ocuparse de la molesta herida de bala en el brazo que, para su fortuna, no había sido más que un roce. Luego, se había dormido, solo para levantarse temprano para buscar un permiso que le permitiera visitar al prisionero.

Si había molestado durante los últimos siete meses, al menos tenía derecho de saber el motivo, y aunque este no era muy difícil de deducir, Anthony quería escuchar la versión del hombre que pronto sería condenado a la horca.

Atravesando los oscuros pasillos de la cárcel, Anthony hizo una mueca ante los olores putrefactos que lo embargaban. Se oían lamentos de prisioneros y gritos de agonía de aquellos que sabían estaban condenados a muerte. Sin duda, ese era el peor lugar donde podía caer alguien.

El guardia que lo acompañaba lo dejó frente a una celda. Dentro, se oyó un movimiento y pronto apareció entre las pequeñas rejas que estaban en la puerta de metal una cara regordeta, según lo poco que podía ver gracias al quinqué que tenía en la mano.

—Vaya, vaya —dijo el hombre que estaba dentro con voz cínica, como si ya no le importara nada—. Así que tengo visita.

—Tenía cierto interés en conocer la cara del misterioso asesino —dijo Anthony tranquilamente—. Ah, también surgió cierta curiosidad por saber sus motivos. Dado que no sé quién es, desconozco lo que le hice para merecer la muerte.

Su tono relajado pareció molestar al señor Ledger.

—No debiste haber nacido en primer lugar, mal... bastardo —escupió el hombre y Anthony sonrió.

—Es una lástima, porque no solo nací, sino que además sigo vivo. Mala hierba no muere, señor Ledger. Pero no me ha dicho el motivo. ¿Es por sus problemas económicos? Si es así, le aviso que la finca de la baronía no da mucho, al menos no lo suficiente para pagar lo que según tengo entendido que debe. Ahora, si pensaba contar con mi dinero, eso es ya otra cosa; pues en ese dado caso, sí le hubiese convenido mi nacimiento, pues le aseguro que la fortuna que poseo no me la heredó mi padre.

El señor Ledger no dijo nada, se alejó de la reja y se internó en la oscuridad.

—¡Lárgate! Si has venido solo ha burlarte, ¡lárgate! Al final, me has hecho un favor. Mejor la horca a una estancia indefinida en Marshalsea.

—Ve, después de todo si le aporté algo en vida —se burló Anthony y se dispuso a girarse para irse, pero lo que dijo el señor Ledger a continuación hizo que se detuviera.

—Púdrete, Clifton, así como debe estar pudriéndose tu madre en el infierno por zorra.

Todos los músculos de Anthony se tensaron y en un movimiento brusco se giró hacia el hombre.

—¿Qué has dicho? ¡Habla! —bramó al ver que él se había quedado callado.

—¿Qué? ¿No lo sabías? —se burló el hombre desde el interior—. Tu madre está muerta, Clifton. Tu padre la mató por zorra.

Anthony no supo describir con claridad lo que sintió en ese momento, una mezcla de sorpresa, reconocimiento y aceptación. Él lo sabía, lo suponía, pero no podía evitar sentirse sorprendido. Su propio padre había matado a su madre. Eso era algo que uno no podía digerir por completo a pesar de haberlo supuesto desde un principio.

—¿Cómo sucedió? —preguntó intentando que su voz sonara calmada.

El hombre, que sabía que no tenía nada más que perder, lo contó todo.

—Ese día, tu padre y yo habíamos regresado temprano de la velada a la que habíamos asistido. La idea era emborracharnos y hablar un rato, y posiblemente saldríamos a un burdel a buscar compañía. Cuando entramos a la casa, tu padre divisó una sombra subiendo por las escaleras y fue tras él creyendo que se trataba de un ladrón. Ya te imaginarás la sorpresa que nos llevamos al ver al fantasma aparecer. Fue una escena muy cómica. Tu madre, la muy ingenua, enfrentó a tu padre y aseguró que te llevaría consigo. —Se escuchó una risa como si el hombre recordara la escena y aún considerara graciosa esa parte—. Clifton se rio en su cara, por supuesto, pero entonces, ella sacó una pistola y lo amenazó. ¿Puedes creerlo? La zorrita tenía agallas; pero tu padre no era tonto, o tal vez sí lo era, no sé, pero no se dejó intimidar. Alejado como estaba de todo por precaución, no pude ver bien lo que sucedió, solo escuché el disparo y... después tu madre estaba en el piso, aunque si me permites decirlo, no veía a Clifton muy arrepentido. Él aseguraba que fue un accidente, pero yo creo que eso era lo que quería desde hace tiempo. Tuve que ayudar a Clifton con el cuerpo y nos las arreglamos para lanzarlo al Támesis. Después, me encargué de sacarle una buena cantidad de dinero a tu padre por mi silencio, aunque el negocio se me vino abajo cuando el viejo murió. Entonces, incapacitado, busqué otras formas

de conseguir dinero, pero no tuve suerte. Al final, decidí que quitarte del camino sería lo mejor, después de todo, a nadie le ibas a hacer falta.

Ese último comentario tenía toda la intención de abrir una vieja herida, y tal vez lo habría conseguido, si Anthony le hubiera prestado atención y no estuviera analizando la historia de la muerte de su madre.

Sin decir más nada, se alejó por los oscuros pasillos y, de camino a casa, se puso a pensar en lo sucedido. Entonces era verdad, él la mató. Su propio padre mató a su madre, en autodefensa, o quizás adrede, pero la mató, y a pesar de haberlo supuesto, no era algo fácil de digerir.

Anthony siempre fue consciente de que su padre no tenía ni un gramo de sentimientos buenos en su corazón, sin embargo, de ahí a tener la falta de escrúpulos de matar a su propia esposa y no parecer ni un poco arrepentido por ello... era demasiado. Todo eso era demasiado, aunque no sabía que le pegaba más, confirmar que era hijo de una persona tan despiadada, o que su madre estuviera muerta y nunca podría volver a verla.

Intentando convencerse, se dijo que eso no debería ser un problema. Ya sabía la verdad, ya no había ninguna interrogante suelta, sin embargo, no podía quitarse de encima la profunda decepción que sentía al saber que su madre estaba muerta. No iba a decir que estaba dolido, porque no lo estaba, pero tampoco estaba contento o tranquilo. Ya no había posibilidad de enfrentar a su madre, ya no había manera de saber su versión de la historia, de su propia boca. Podía pedirle el resto de las cartas a Conventry y saber un poco más, pero no sería lo mismo, nunca sería lo mismo. Ahora, en desconocimiento de los sentimientos de su madre, a Anthony solo le quedaban dos opciones: perdonarla aún sin saber toda la versión, o vivir eternamente con el rencor.

Desde luego, vivir eternamente con el rencor no era algo que una persona en su sano juicio recomendaría; no obstante, perdonar, tampoco era algo fácil de hacer. Para ser una palabra sencilla de nueve letras era bastante complicada de llevar a cabo. «Perdona», te podían decir los demás, pero el rencor parecía tener más fuerza, se te enterraba dentro del corazón y la mente y se negaba a salir, era como un veneno, recorría cada célula de tu cuerpo haciéndote sentir mal y era casi imposible de erradicar. Era sencillo decir «voy a perdonarla», pero cuando

todos los recuerdos negativos enlazan una lucha con los positivos, tarde o temprano casi siempre gana lo malo, pues por alguna maña del destino, la gente prefiere vivir amargada que tranquila.

Cuando llegó a su casa, fue directo a su habitación, su mente aún convertida en un torbellino de emociones y pensamientos. Abrió la puerta de su cuarto protegiéndose los ojos de la luz que entraba por las ventanas que tenían las cortinas descorridas... ¡Un momento! Él había dejado las ventanas cerradas, entonces ¿cómo...?

—Hola, Tony.

Y ahí tenía su respuesta. Anthony supo, sin necesidad de haberla visto aún, de quién se trataba, y es que era imposible no saberlo, habiendo escuchado como había escuchado tantas veces esa voz y esa frase. Lo peor de todo era que ya no estaba en lo absoluto sorprendido.

Capítulo 25

Anthony buscó con la mirada a la enana con la que no tenía ni una semana de comprometido y ya había invadido su casa.

Ella se había quitado las zapatillas y se había sentado de manera informal en su cama, con las piernas cruzadas ocultas bajo un vestido mañanero amarillo pastel. Sus codos estaban en sus rodillas y su cabeza en sus manos. Lo miraba con esa típica sonrisa adorable.

—Eh... ¿Cómo entraste? Y... ¿Por qué has venido cuando dije claramente que no vinieras hasta que todo se resolviera?

Con el fin de correr el menor riesgo posible, Anthony le había pedido a Esmeralda que no le buscara ni le mandara correspondencia, no quería que los asociaran más de lo que ya lo hacían y así poder ponerla en peligro a ella, que, por cierto, no debía verlo de la misma manera que él porque no se había tomado a bien la noticia de no verse aunque fuera por unos días. Dicho sea de paso, tampoco se había tomado a bien la idea de usarlo como señuelo para atrapar al asesino y había insistido hasta el último minuto en que podía haber otra solución que no le pusiera en peligro, pero esta vez Anthony no se había dejado convencer por la terquedad de la joven. Y ella tampoco había seguido insistiendo pues probablemente sabía que era la única solución factible; aunque a él le enterneció el hecho de que ella siguiera preocupándose por su seguridad, le recordaba que le importaba a alguien.

—El mayordomo me dejó entrar —dijo como si fuera obvio—, y vine porque no podía aguantar más al estar lejos, ¿qué noticias tienes, Tony?

Él había pensado mandarle una carta explicándole, pero al parecer ella se había

adelantado.

—Todo resuelto —dijo con lo que esperó fuera ánimo, pero algo debió delatarlo, porque en vez de alegrarse, ella frunció el ceño.

—¿Pasa algo, Tony? —preguntó haciéndole un gesto para se fuera a sentar a su lado.

—Confirmé que mi madre está muerta —confesó él sentándose a su lado—, mi padre la mató.

Esmeralda intentó que no la sorpresa no se le reflejara.

—Fue una pelea por la pistola con la que mi madre intentó asustar a mi padre para poder llevarme.

Ese era otro asunto que lo había afectado de una manera sorprendente. No solo estaba muerta porque los planes fracasaron, sino que hasta el último minuto estuvo dispuesta a llevarlo consigo, esa vez sí estaba decidida a llevarlo con ella, esa vez sí tenía la decisión que le faltó la última vez.

Esmeralda no dijo nada por un momento, al parecer no sabía que decir.

—Creo que debes perdonarla, Tony. Ella te quería, simplemente se equivocó, todos nos equivocamos.

Anthony suspiró, ahí estaba justo el consejo que esperaba. Perdonarla, le pedían que la perdonara, pero ¿por qué era más fácil de decir que de hacer?

—Tal vez no ahora —sugirió Esmeralda viendo su cara—, pero con el tiempo... No es un proceso fácil, Tony, pero dime la verdad. ¿Ahora que sabes todo, la odias como antes? ¿No disminuyó ni siquiera un poco el rencor?

Anthony suspiró, y después de unos segundos, negó con la cabeza.

—No, no la odio como antes.

—Y, ¿en verdad vale la pena seguir guardándole rencor a un muerto?

Anthony volvió a negar con la cabeza.

—¿Ves? —dijo ella acercándose y colocando su cabeza en su hombro—, no vale la pena, Tony. Lo pasado pasó, ahora nos toca a nosotros formar nuestro propio futuro, un futuro juntos, porque... ¿todavía quieres casarte conmigo? ¿Cierto?

Anthony sonrió.

—¿Me darías la oportunidad de arrepentirme?

Esmeralda negó con la cabeza.

—Te perseguiría hasta el fin del mundo y si fuera necesario te arrastraría al altar.

Él se carcajeó, pero en el fondo, no lo dudaba.

—Esmeralda, ¿viniste sola?

Ya sabía la respuesta, pero quería confirmarlo.

—No —dijo ella como si fuera obvio.

—Ya... viniste en pleno día a mi casa, sin ninguna compañía, corriendo el riesgo de que alguien te viera...

Ella asintió y el suspiró.

—¿Qué dijo tu tutora al respecto?

—No lo sabe. Está muy ocupada planificando dos bodas desde la comodidad de su habitación.

—Hablando de bodas... ¿no podemos adelantarla?

Ella se emocionó porque él quisiera adelantar la boda.

—Yo quisiera, Tony. Intentaré hablar con Rowena, pero no te garantizo nada.

—Suspiró melancólicamente pero luego sonrió—. Ahora que se arregló todo, podemos hacer el anuncio público. Así, si alguien me vio entrar aquí, no habrá problemas, mi reputación será resarcida, en dos meses, pero resarcida.

Él volvió a reírse, solo ella veía la vida con tanto positivismo, porque ella era... ella, especial, única, y pronto, solo suya. A veces se preguntaba si todo eso en verdad era real, si en realidad estaba siendo resarcido por todo, si era cierto que la vida no se estaba burlando nuevamente de él.

—Te amo —le confesó Anthony segundos después tomándola por sorpresa—, en realidad, creo que no me diste otra opción. Te metiste primero en mi vida, luego en mis pensamientos, y luego en mi corazón. No te pude alejar por más que quise, y recién me he dado cuenta de que era amor. Siempre lo fue y no lo quise reconocer, en el fondo siempre lo supe. Viniste destinada a cambiar mi vida y lo has hecho, me has mostrado una parte más feliz del mundo, me has instado a no ser desconfiado ni rencoroso, y aunque no te puedo prometer que me libraré por completo de todo eso que me atormenta, sí te puedo prometer que no le daré más importancia de la que se merece. Tengo miedo, eso no lo puedo

evitar. Miedo de que esto no sea real, de que me seas arrebatada como todo lo demás, pero también estoy dispuesto a arriesgarme, porque tú lo vales. —Sacó de un de los chalecos el anillo de esmeralda que ella le había dado en una ocasión y se lo regresó—. Tú eres la que se ha preocupado por mí, la que me ha demostrado interés, y por ende, eres la única por la que estoy dispuesto a arriesgarme. Te amo. Te amo.

Al final de la declaración, Esmeralda tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, Tony. Yo también te amo, aunque ya te lo dije, te lo repito. Lo supe desde el principio, sabía que estábamos destinados a estar juntos, solo necesitaba que te dieras cuenta, los hombres son lentos de entendimiento en este tipo de cosas. Te amo, y te prometo que yo no me voy a ningún lado, me quedaré contigo porque ese es mi destino, nuestro destino. Viviremos felices y comeremos perdices —asintió para enfatizar lo dicho y lo besó—. No me importa que no seas el príncipe que siempre esperé, el villano es mejor —aseguró y lo volvió a besar.

Anthony le retribuyó el beso por largo rato, disfrutando del contacto de sus labios contra los suyos.

—Después de todo, no viniste a hacerme pagar mis pecados —le comentó él mientras le acariciaba la mejilla con el dedo—, todo lo contrario.

Esmeralda sonrió.

—Esperé mucho para que te dieras cuenta —afirmó ella y lo abrazó—. Eres maravilloso, Tony.

—Aún no entiendo qué viste en mí.

Ella se encogió de hombros.

—¿Importa? Podría decirte muchas cosas, pero la realidad es que el amor llega de improvisto, como en las novelas. De hecho, ahora que lo pienso, nuestra historia fue como la de una novela, solo que al final el villano no me secuestró, faltó esa parte.

Anthony frunció el ceño.

—Me alegro que no haya sucedido esa parte. Tener que lidiar con el secuestro de tu prometida no hubiera sido muy alegre. Además, se supone que yo soy el villano, ¿no?

Ella rio.

—Pues sí... y creo que te prefiero así, pero pensándolo bien, creo que no eres ni villano ni protagonista, simplemente eres... Tony, mi Tony.

—Y siempre lo seré —aseguró él tomando nuevamente su boca y sellando una promesa de perfecto e imperfecto amor.

Si te ha gustado

La conquista de Esmeralda

te recomendamos comenzar a leer

Tres rosas robadas

de *Ascen Núñez*



Capítulo I

Tres rosas. Tres símbolos de pureza sobre un pañuelo blanco de seda y ribeteado con una hermosa puntilla de encaje, que la jardinera no había llegado a cortar jamás. Tres rosas como tres losas, pesadas e incapaz de quitárselas de encima. Maldito el día de su desgracia, maldita su sangre y su suerte marcada para los restos. La vida era así para mujeres de su etnia: o te casabas con menos de dieciocho o te morías soltera. A sus treinta y un años ya sabía que se iría de este mundo entre plañideras sobrinas vestidas de riguroso luto y engrosando el segundo grupo, y, para más inri, no solo soltera, sino también entera.

¿La ventaja? Presumir de poder lucir su nombre en el cartel junto a la puerta de consultas externas del Hospital Materno Infantil: Vanesa Ortega Heredia, médico adjunto del servicio de Ginecología y Obstetricia, para que nadie de los suyos le recriminase jamás que había pasado por la vida sin pisar un paritorio, y para seguir con la tradición de su familia, de comadronas y *ajuntaoras* desde tiempos inmemoriales; aunque bien sabía que esa última profesión no podría jamás ejercerla por el hecho de ser soltera, a pesar de estar mucho más cualificada que cualquiera de sus antepasadas. En fin, así de extraño era el mundo donde la tradición no dejaba demasiado espacio a la ciencia.

Suspiró sentada ante otra primeriza quejica con pródromos de parto y pidiendo la epidural a voz en grito.

—Pues yo estaba pensando en mandarte de nuevo a casa —le soltó en tono decidido.

—¿A casa? ¿Estás loca, joía bruja? ¡Estoy de parto!

Meneó la cabeza ante los sutiles trazos del monitor que ni por asomo registraba contracciones con la intensidad suficiente para justificar el ingreso. Para colmo, el tacto vaginal apenas había dejado discernir un ligero borrado del cuello uterino y una mínima dilatación.

—Es posible que mañana, pasado o al otro estés de parto, pero ya te digo yo

que hoy no lo estás; por lo menos, no en este momento. Y, como nos conocemos y sé que vives aquí al lado, en el Cerro de Reyes, te voy a mandar andando para casa...

—¿Andando encima?! Con lo malita que estoy —volvió a protestar—. No tienes lache, prima. Mira que mandarme andando a casa como a una perra...

Se levantó encolerizada. «La confianza da asco», decía un refrán, pero en ese momento, más que asco le estaban dando ganas de chillar y patalear. Su pueblo alardeaba de guardar las tradiciones más ancestrales; sin embargo, en cuestiones obstétricas, no sabía dónde narices se habían quedado. Aún guardaba en su memoria el día en que, dieciocho años atrás, su madre la había sacado de la cama con fuertes gritos para que la ayudara a recibir a su hermano pequeño, cuando ella contaba apenas con catorce años. Ni por un momento escuchó a su madre pedir un médico, una ambulancia o un medicamento para calmar el dolor, sino que se limitó a gritar con libertad y a pujar con todas sus fuerzas cuando su cuerpo se lo demandó, sin que ninguna matrona titulada le tuviera que indicar cuándo hacerlo y cuándo no. Al día siguiente, ya estaba lavando la ropa y preparando la comida, y sin soltar a su hermano recién nacido enganchado a la teta todo el día hasta que cumplió los tres años.

No obstante, en los tiempos que corrían, las mujeres de su etnia se quejaban al más mínimo síntoma de que se acercaba el parto, presentaban el mayor índice de cesáreas y no había conocido a una sola que hubiera elegido la lactancia materna para criar a su bebé. Eso sí, se ocupaban de sus casas y sus hijos como aquellas que, en la antigua India, decidieron migrar hacia occidente rumbo a un mundo nuevo con la esperanza de ofrecer a sus descendientes una mejor vida, para acabar encontrando desprecio y marginación por cada país que pasaban.

—Mira, Yanira. Si te digo que hagas esto, es para que tu parto vaya más rápido. ¿No quieres que te ayude? Pues te aconsejo que te vayas andando a casa —explicó después de soltar un resoplido más—. Verás que, si me haces caso, en unas horas estarás pariendo de verdad. —La prima abrió la boca para volver a protestar, pero Vanesa alzó la mano y consiguió mantenerla callada. Prosiguió—: Ya sé que estás molesta, que te duelen los riñones y lo menos que te apetece es echarte a andar; pero si lo haces, verás cómo sientes alivio y dilatas más rápido.

—¿Y qué sabrás tú, si no has parido nunca?

—Tú tampoco —espetó la doctora, harta de tanta pamplina—. Mira, Yanira, que llevo trayendo niños a este mundo mucho tiempo, y el primero fue mi hermano Quini cuando todavía era un niña; así que no me vengas con esas. Y si no tienes suficiente, ya sabes de qué familia provengo: de buenas comadronas desde que hay memoria. Lo llevo en la sangre, prima, así que déjate de monsergas y tira para casa con tu marido.

—Hija, qué remilgosa que te has vuelto desde que te faltó el Isma —protestó la paciente.

El calor comenzó a subirle por la punta de los dedos de los pies, ascendió por sus piernas y su tronco y se agolpó en su cara. Sus ojos se desencajaron y la misma ebullición de la sangre la hizo levantarse de su asiento. Los músculos de sus brazos se contrajeron y las venas de sus manos, largas y delgadas, se hincharon antes de cerrarse de forma involuntaria. Su prima tenía suerte de estar embarazada y de encontrarse en su consulta; de lo contrario, se habría llevado un puñetazo en plena boca.

Dejó escapar su furia en sonoros resoplidos y se esforzó por controlar el caudal de sus pulmones para contener el grito cuando, al fin, consiguió hablar:

—No te atrevas a mentarme a Isma si no quieres buscarte una ruina —advirtió con una suave y amenazante voz—. Porque, encima, eras un bebé cuando me faltó, así que cállate.

Yanira bajó la mirada y comenzó a restregarse las manos mientras la respiración de Vanesa comenzaba a sosegar. Si las primeras palabras le habían provocado un repentino ataque de ira, las que siguieron a estas no se quedaron atrás en cuanto a sentimiento.

—Vane, perdóname. Deben ser las hormonas esas o como se diga. No quería hacerte llorar... —suplicó instantes antes de levantarse del asiento para abrazarla y así provocar que sus ojos vidriosos se deshicieran sobre sus mejillas.

Lloraron de forma sonora una en el hombro de la otra, sin *lache*, sin rencores, hasta que el sosiego invadió sus almas repletas de ese sentimiento visceral que solo es capaz de sentir quien no se avergüenza de él.

—Tengo un canguelo, prima... —confesó la madre primeriza sin apartarse del

abrazo.

—Yo también lo tendría, Yanira. Por muchos partos que haya atendido, también me moriré de miedo el día que me toque parir a mi propio hijo —admitió en un susurro.

—Todavía piensas que hay un hombre para ti en alguna parte, ¿no?

—La esperanza es lo último que se pierde, Yani —bromeó con la boca torcida antes de limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano.

—Algún viudo quedará por ahí que quiera a una buena moza, aunque esté entradita en años.

—Y bien moza. Que se lo digan a mi abuela, que me hace una buena revisión cada año —advirtió sin dejar esa mueca burlona—. Dice que tiene que cuidar de que no me pierda; que a mi edad, la pureza es lo único que podría darme un buen matrimonio, aunque sea de segundas. Como si mi única meta en la vida fuera pescar un viudo de treinta y tantos años con cuatro o cinco criaturitas.

—Pero acabas de decir que...

—Tengo esperanza —reconoció afirmando con la cabeza—. Pero yo me refiero a un matrimonio por amor, no por conveniencia. A mí no me hace falta un hombre para que me dé de comer, ni siquiera para tener hijos. Tengo el centro de reproducción aquí al lado.

Los ojos pardos de la paciente se abrieron al tiempo que su boca. Vanesa era así, resuelta en la vida. No le había quedado otro remedio que andar el camino pedregoso por el que le había tocado transitar con botas de senderismo y un machete para cortar de raíz los problemas que osaran aparecer frente a ella desde la trágica pérdida de Ismael.

—Chacha, los tienes bien puestos; por dentro como los gallos, pero que muy requetebién puestos, sí, señor.

Vanesa dejó escapar una sonora carcajada y, sin darle demasiada importancia al comentario de su prima, retomó el tema que a ella le interesaba.

—¿Me vas a hacer caso, quejosa?

—Vaaale. Pero, por mis muertos, que como me tengan que hacer la cesárea esa por tu culpa, tú misma me vas a limpiar la casa mientras estoy en cama.

—Si acabas en quirófano, ya te digo que no va a ser por mis consejos, eso

seguro —insistió con total convencimiento—. Mira si estoy segura de lo que te digo que acepto el reto. Es más, verás como hasta mañana por la noche, que tengo guardia, no te pones de parto. Y si me equivoco, me comprometo a ser la madrina de la criatura y a correr con todos los gastos del bautizo.

—Venga, va —aceptó Yanira, extendiendo la mano derecha para estrecharla con la suya.

—Pues vístete y escúchame con atención. —Yanira asintió y volvió a tomar asiento—. Te vas a ir andando a casa. A Jose Mari le dices que se lleve el coche para allá, por si te encuentras muy mal cuando vengas y no te ves capaz de andar; aunque si puedes, ven andando también. Espera en casa y aguanta las molestias que tengas. Si no quieres que te pongan el gotero o te hagan una cesárea, no vengas hasta que los dolores no te den cada cinco minutos durante una hora entera, o si rompes la bolsa o sangras, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. De verdad que lo intentaré, prima.

—En casa, el dolor se soporta mejor. No te creas que por venir antes te van a poner la epidural. Solo lo harán cuando estés bien dilatada, y si te toca el doctor Díaz, no te extrañes si te hace parir como nuestras abuelas, de cuclillas y sin anestesia.

—Entonces no vendré hasta que estés tú, Vane.

—Si todo va bien, puede que yo también haga como Díaz, que conste —amenazó torciendo la boca de nuevo.

—No te atrevas, prima, que para eso pago mi sello de autónoma por el puesto del mercadillo, para que me pongas la epidural.

—Ya veremos, blandengue —se burló a la vez que le sacaba la lengua—. De momento, vete a casa, que tengo una boda esta tarde.

—¿Y quién se casa que a mí no me han invitao?

—Una boda paya —aclaró—. De mi compañera Clara, la doctora rubia que te ha atendido algunas veces.

—Pero ¿esa no tiene un crío de pocos meses?

—Más motivos para casarse, ¿no?

—¿Y con quién?

—Pues, con el padre de la criatura, hija. ¿Con quién va a ser?

Yanira resopló disgustada y se miró el vientre.

—Qué suerte tienen las payas, Vane —se lamentó—. El Jose Mari y yo nos escapamos y nos quedaron sin boda. Lo que habría dado yo por vestirme de blanco, que me cubriesen de peladillas y me alzaran en volandas.

—Pues haber cerrado las piernas, primita, si sabías la que te esperaba, guapa; que yo llevo más de treinta años sin catarlo y no me he muerto —aseguró, aunque si era sincera consigo misma, sí se sentía muerta en vida a pesar de su perenne sonrisa, de su éxito profesional, su generoso sueldo y su apartamento en la Avenida de Europa.

—¡Ay! Los hombres. Son tan exigentes algunas veces...

—Y nosotras, muy débiles —secundó Vanesa con una sonrisa—. Anda, vete, que ya he acabado el turno y me vas a hacer llegar tarde a la peluquería.

La joven, de escasos diecisiete años, se levantó definitivamente del asiento y se dirigió a la puerta, no sin antes volverse para mostrarle una sonrisa cómplice.

—Nos vemos mañana por la noche, Vane.

Ella guiñó el ojo y mostró el pulgar de su mano derecha hacia arriba.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, se dispuso a recoger sus cosas y salió escopetada hacia el vestuario, donde se deshizo del pijama verde y se enfundó unos *leggings* y una sencilla camiseta de un conocido grupo de rock que se había convertido en la banda sonora de su vida desde la más tierna adolescencia, pese a las protestas de su madre y sus hermanos, que preferían una música más acorde a su cultura. No era demasiado amante del flamenco; no porque lo despreciase, ni mucho menos, sino porque, harta de lo mismo un día sí y otro también, había preferido pasar la adolescencia escuchando grupos como Scorpions, Iron Maiden, Obús o Barón Rojo. Eso sí, cuando su gente se había puesto más pesada de la cuenta, había optado por torturarlos con música más afín a ellos, como Triana o Medina Azahara, más apreciado por la mayoría, o Antonio Flores que, al fin y al cabo, también era gitano.

Cuando consiguió respirar el aire puro del exterior, se dirigió caminando a su antiguo barrio, calle abajo por La Violeta hasta cruzar Pablo Neruda y llegar al pequeño adosado donde vivía su madre, donde aprovechó para ducharse y salir corriendo hasta la peluquería de su amiga Jesica para que le adecentara el pelo y

acudir a la boda que se celebraba a las siete de la tarde. ¡Y ya eran más de las cuatro!

Jesica había instalado su peluquería en la única habitación de la planta baja que tenía construida el pequeño unifamiliar de protección oficial, unas casas más abajo de donde vivía su madre, justo en el mismo lugar donde le había llegado la fatal noticia casi dieciséis años atrás.

Ismael volvió a sus pensamientos; aquel moreno de ojazos verdes, piel canela y sonrisa encantadora que le había robado el corazón siendo casi una niña; un hombre valiente y forzado a madurar antes de tiempo que, con solo diecisiete años, se estaba preparando para montar su propio puesto de música con la idea de labrar un porvenir para ella y sus futuros hijos; quien había respetado su pureza para permitirle ejercer sus derechos de novia y poder estrenar tres hermosos vestidos y un pañuelo blanco de seda con puntilla de encaje, bordado con sus iniciales, que dejaron endeudado a su padre durante más de dos años, para no estrenarlos jamás. En aquel mismo sillón se encontraba sentada, años atrás, cuando recibió la fatal noticia de boca de su futura suegra unos días antes de la boda, cuando Jesica y ella probaban recogidos para el gran día.

—¡¡¡Vane!!! —sonó la desesperada voz de Juana, que acababa de irrumpir en la estancia con el rostro desencajado y un torrente de lágrimas surcando sus mejillas curtidas por el sol—. ¡Ay, Vane...!

La voz no conseguía traspasar su garganta; sin embargo, las lágrimas, que no dejaban de salir con profusión de sus ojos, hablaban por ella.

—¿Qué ha pasao, tía Juana? —inquirió, levantándose del sillón, con las horquillas a medio poner en un estrambótico semirecogido que la hacía parecer una demente—. El Isma... —gimió mientras se sentaba en el banco que Jesica utilizaba como espera para las clientas.

—¡¿Qué pasa con el Isma, tía?!

Jesica soltó el peine y las horquillas para sentarse junto a Juana y abrazarla. Los espasmos de los pulmones de la madre de Ismael apenas le permitían exhalar aire y mucho menos articular un sonido inteligible.

—Vamos, tía Juana, serénese usted y cuéntenos qué pasa —fueron las suaves palabras de la peluquera, que, dichas con calma y en voz baja, consiguieron su

propósito.

—¡Ay, mi niño! —volvió a quejarse con un llanto atronador—. Que me han llamao del hospital y me han dicho que está muy malito...

—¿Qué le ha pasao, tía? —insistió Vanesa en un vano intento de no trasmitir su incertidumbre.

—La moto... Un accidente en la carretera de Portugal... En la rotonda...

Se arrancó la capa y las horquillas que, con tanto esmero, había estado colocando minutos antes la peluquera, y cogió su bolso antes de volver a preguntar:

—¿Dónde está?

—En el Infanta —consiguió decir la histérica madre entre sollozos.

No necesitó escuchar más. Salió como alma poseída hacia su casa, cogió la bicicleta de su hermano Manuel y pedaleó hasta llegar al hospital donde, después de haber llegado resoplando por la carrera y preguntar desesperada por él, lo vio morir desangrado en uno de los boxes del servicio de urgencias antes de que le diera tiempo a su propia madre de llegar.

Se abrió paso entre el equipo médico, a gritos y empujones, para conseguir besar sus labios y cerrar sus ojos.

—Te quiero, Isma —susurró al espíritu que, sin duda para ella, se hallaría rondando por los alrededores—. Te querré siempre. Dios no ha querido que fuese tuya y ya no podré ser de nadie —concluyó solemne.

Tres meses más tarde, y cumpliendo con su firme promesa, había retomado la Educación Secundaria, que había dejado a medias desde el pedimento, y logró graduarse. No contenta con ello, continuó con el Bachillerato y consiguió tan excelentes notas que le permitieron matricularse en la Facultad de Medicina. El MIR lo aprobó en la primera convocatoria y había pasado los cinco años de rigor hasta conseguir el título de especialista en ginecología y obstetricia con la buena suerte de hallar un puesto vacante como interina en el mismo hospital donde lo había cursado. Había logrado convertirse en una mujer culta, independiente y, al mismo tiempo, respetuosa con sus tradiciones y su promesa; aunque ya el

celibato le comenzara a pesar más que a un cura guapo.

No podía negar que envidiaba a rabiar a su compañera Clara, que se iba a casar esa misma tarde con el amor de su vida y padre de su hijo.

Clara también había perdido a un gran amor entre las cifras de tráfico años atrás, y ella misma había sido testigo de sus dudas, de sus miedos y de su sentimiento de culpa por enamorarse de Alberto, el hombre que se convertiría en unas horas en su marido. Cuánto daría ella por sentir esa culpa y ese miedo; porque, la verdad, desde los quince años en que había perdido a su novio, el amor no había querido cuentas con ella. Bien era verdad que los hombres le huían como si tuviera la peste: los gitanos, por su posición; los payos, por miedo a casarse, no solo con ella, sino con todo el clan de los Ortega y los Heredia. Así que ahí seguía, con sus tres rosas a punto de marchitarse y condenada por su propia promesa.

—¡Vane! Que estás en las nubes —llegó a ella la voz de la peluquera como si proviniera de un sueño nocturno.

Dio un brinco en su asiento y sacudió la cabeza de manera inconsciente para salir de la maraña de sus recuerdos.

—¿Decías algo?

—Pues claro, hija —protestó—. Te preguntaba si querías un recogido o si lo preferías suelto.

—Ni pa ti ni pa mí, Jesi. Hazme un semirecogido de esos que haces tú tan bonitos, anda.

—Qué zalamera eres, joía —advirtió Jesica antes de resoplar de disgusto—. Me has pedido lo más difícil. Con el trabajo que tengo...

—Anda, bonita, que eres la mejor peluquera de todo Badajoz —insistió sin dejar atrás los halagos—. Pues no voy a ir yo guapa ni ná a la boda gracias a tus manitas.

—¿No te digo lo zalamera que es la señora? Anda, que por mucha doctora que seas, eres gitana y no hay quien lo niegue.

—¿Lo dudabas? —inquirió enarcando una ceja.

—Anda, mira p'alante, que vas a ir más guapa que la novia —aseguró a la vez que empuñaba el cepillo con decisión para desenredar la espesa y rizada mata de

cabello de Vanesa, larga hasta las caderas—. A ver si te cortas el pelo un día de estos, que cualquier día me quedo sin brazos por tu culpa.

—Quejica...

—La que te vas a quejar vas a ser tú cuando te pase la cuenta, doctora melindrosa.

La risa estridente de una de las clientas que esperaba su turno desencadenó una carcajada general que las mantuvo bromeando hasta que abandonó la peluquería entre más risas.

El único hombre que no podía amarla era el único al que ella deseaba.



Esmeralda Loughy tiene un solo objetivo: encontrar al hombre de su vida y casarse con él. El hombre perfecto tiene que ser un caballero simpático, alegre, romántico, fiel y, sobre todo, que la quiera tanto como lo querrá ella. Sabe que lo reconocerá en cuanto lo vea... Y así sucede, aunque hay un pequeño problema: no tiene ninguna de las cualidades anteriores, y ni siquiera cree en el amor.

Esmeralda no se dará por vencida, es una Loughy, y las Loughy son tercas. Ella está dispuesta a enamorarlo y a tener su final feliz de novela.

Anthony Price, barón de Cliffton, es un paria en la sociedad londinense. Su horrible reputación hace que los caballeros tiemblen cuando lo ven, las madres alejen a sus hijas de él y las mujeres casadas suspiren ante su aura de peligro. Después del abandono de su madre, la rabia de su padre y la muerte de su prometida hace años está convencido de que no nació para ser amado, por ello, se dedica a destruir literalmente su vida. Alcohol, juegos, mujeres, y aventuras forman parte de su cotidianidad, y no está dispuesto a cambiar...

O no lo estaba al menos hasta que esa entrometida muchacha se interpuso en su camino. Con esos ojos verdes llenos de la inocencia de quien no ha sufrido en la vida y ese carácter tan optimista, ella se dedicará a perseguirlo poniendo en peligro su corazón y también la reputación que tanto se ha esforzado en fomentar.

Catherine Brook es el seudónimo bajo el que escribe esta joven autora venezolana. Estudiante de arquitectura, disfruta del romance desde que tiene uso de razón. Siempre le han gustado las novelas con final feliz y fue después de leer *Bodas de odio*, de Florecia Bonelli, que se enamoró del género histórico y todas sus autoras. Cuando se le presentó la oportunidad de publicar en *Wattpad*, jamás se imaginó tal aceptación y, gracias a ello, ha dado rienda suelta a esta pasión, pues en su opinión, no hay nada mas mejor que una bella historia de amor con final feliz.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Catherine Brook

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-37-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La conquista de Esmeralda

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Catherine Brook

Créditos